

La subinspectora Norma Forester tiene una familia de lo más variopinta: su padre fue un brigadista de Manchester ejecutado al final de la Guerra Civil, su madre es *hippy*, su marido Octavi trabaja como médico forense, su hija pertenece al movimiento okupa, su ex es homosexual y ahora también es su cuñado, y tiene una tía monja de clausura muy aficionada a la informática. Norma disfruta de su entorno familiar, pero también le absorbe su trabajo policial. Ahora tiene que investigar la muerte de Francesc Parellada, un catedrático de Historia que estaba a punto de jubilarse. Norma y su ayudante Gabriel Alonso se ocupan del caso, pero la investigación apenas avanza hasta que relacionan la muerte de Parellada con un homicidio sucedido un par de semanas antes y con unas memorias en las que se describe el duro clima moral y material de la posguerra española.



### Teresa Solana

# **Negras tormentas**

ePub r1.0 Titivillus 24.06.15 Título original: Negres tempestes

Teresa Solana, 2010 Traducción: Teresa Solana

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para Tom, Ruth y Claudia.

«Expresa tus penas: dolor que te guardes musita a tu pecho y le pide que estalle». WILLIAM SHAKESPEARE, Macbeth, 4, III (Traducción de Ángel-Luis Pujante)

«Negras tormentas agitan los aires nubes oscuras nos impiden ver...». WACLAW SWIECICKI, La Varsoviana (Traducción de Valeriano Orobón)

# Capítulo 1

El hombre que se disponía a cometer un asesinato salió de casa a las seis y media en punto de la tarde, tras comprobar que llevaba las llaves del coche en el bolsillo y decirle a su novia Mary que debía ocuparse de unos asuntos. Hacía varios días que no usaba el coche y, dado que el aspecto destartalado de su Seat Ibiza de tercera mano lo protegía de los ladronzuelos incluso en un barrio como el suyo, solía aparcarlo en la calle. Al ver la gruesa capa de polvo que lo cubría y leer las obscenidades que alguien había escrito en la carrocería y los cristales, pensó que un coche tan sucio seguramente llamaría la atención y que quizá valía la pena gastar algunas monedas y pasar por el túnel de lavado. La larga cola de vehículos que esperaban a la entrada del túnel hizo que empezara a impacientarse, pero un vistazo al reloj le confirmó que aún era pronto porque el catedrático no lo había citado hasta las nueve menos cuarto y tampoco podía presentarse antes. Tenía tiempo de sobra. No había de qué preocuparse.

Con el coche ya limpio, tomó la Gran Via en dirección a la plaza de Espanya. Dobló por Entença para ir a buscar la avenida de Roma y, al llegar a la plaza de los Països Catalans, dejó el vehículo en un aparcamiento y entró en la estación de Sants dispuesto a confundirse con el resto de viajeros. Estaba convencido de que en un lugar concurrido y caótico como una estación de tren nadie le prestaría atención, precisamente por eso lo había elegido y, apresurando el paso, se dirigió a los servicios agarrando con fuerza la mochila negra en la que había tenido la precaución de meter todo cuanto necesitaba para ejecutar su plan: el disfraz, los guantes de látex para no dejar huellas, el trozo de cuerda plastificada procedente de un tendedero. La mochila era vieja y no pesaba demasiado. Un botín poco tentador para los rateros que merodeaban por la estación al acecho de presas fáciles, mezclados entre los viajeros.

En el lavabo de hombres buscó un cubículo desocupado. Tras comprobar que el pestillo no estaba roto, se encerró en su interior. Del bolsillo de la chaqueta sacó una papelina y se preparó una raya de coca al tiempo que pensaba cómo se las arreglaría para que aquel miserable restillo le durara hasta que Mary regresara con nuevas provisiones. La cocaína lo despejó, y, con la droga haciéndole cosquillas en el cerebro, se quitó la chaqueta y la camisa, se puso el disfraz y se colocó en bandolera un macuto de pana donde metió la cuerda y los guantes. Vestido con unos vaqueros negros, una camisa de cuello mao que le quedaba un par de tallas grande y el pañuelo palestino que había comprado en el mismo tenderete *hippy* del que procedía la camisa, su aspecto era ahora muy diferente al que solía tener. Por precaución, una gorra de color caqui y unas RayBan de imitación se encargaban de ocultarle los ojos, el cabello y parte de la cara. Al salir de los lavabos y verse de refilón en el escaparate de una de las tiendas de la estación, no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

Con aquel ingenioso disfraz, se dijo, nadie sería capaz de reconocerlo.

Transformado en una persona distinta, se dirigió a la consigna y dejó la mochila en una taquilla antes de bajar al metro para tomar la línea 3. Veinte minutos más tarde, el hombre que se disponía a cometer un asesinato caminaba por las Ramblas en dirección a la Facultad de Historia, y mientras avanzaba a paso ligero, procurando esquivar a los transeúntes y a los turistas embobados, se felicitó por la afortunada ocurrencia de hacerse pasar por un estudiante de doctorado y haber adoptado un nombre falso. De sospechar algo, quizá el catedrático habría atado cabos y se lo habría contado a alguien, puede que incluso a la policía, pero la jugada le había salido bien. El profesor se había tragado el anzuelo y había accedido a recibirlo en su despacho una vez acabadas las clases, a una hora en la que los pasillos de la facultad estarían despejados y en la que se ahorraría tener a docenas de testigos moviéndose a su alrededor. Si todo salía de acuerdo con su plan, acabar con la vida del catedrático resultaría incluso sencillo. Hasta cierto punto, el hombre que se disponía a cometer un asesinato lo había calculado todo a la perfección.

Cuando el día anterior, a media mañana, le llamó por teléfono para pedirle una entrevista, le sorprendió la buena disposición del catedrático, con la que en principio no había contado. Había esperado encontrar al otro lado del teléfono a un académico estirado y engreído, pero contra todo pronóstico el profesor había aceptado sin titubeos concederle una entrevista de un día para otro a una hora más bien intempestiva y sin necesidad de grandes explicaciones. Antes de llamarle, había preparado un pequeño discurso, convencido de que debería justificar con alguna excusa la urgencia de la reunión y, sobre todo, suplicar para que el profesor accediera a recibirle fuera del horario docente. Había previsto incluso apelar a la lagrimita con alguna explicación confusa sobre un accidente de coche y una madre en el hospital, pero finalmente no había necesitado recurrir a subterfugios melodramáticos. Desde el primer momento, el académico se había mostrado cordial y había accedido a recibirle sin manifestar la menor extrañeza por la urgencia ni por lo avanzado de la hora. Muy amablemente, le había indicado dónde estaba su despacho y se había disculpado porque apenas podría dedicarle media hora.

—Mañana es la víspera de Todos los Santos y a las nueve y media debo estar en casa porque tenemos invitados —dijo.

\* \* \*

Hacía solo tres semanas que el catedrático se había reincorporado al trabajo y estaba contento. Había pasado los últimos seis meses en casa, sin poder pisar la facultad, y recobrar el ritmo plácido y tedioso de la rutina académica le parecía un síntoma de que por fin su vida volvía a la normalidad. La larga convalecencia había resultado una experiencia anímicamente agotadora, sobre todo al principio, cuando se había visto obligado a renunciar a la lectura porque los medicamentos que tomaba

para combatir el cáncer le impedían concentrarse y seguir el hilo del discurso. A los trastornos ocasionados por la enfermedad había que sumar la desazón que le causaba la idea de la jubilación, que desde hacía tiempo planeaba sobre su vida como una injusta condena a cadena perpetua que pronto se vería obligado a cumplir. En un par de años, en cuanto cumpliera los setenta, le ofrecerían un emotivo homenaje, le darían unas palmaditas en la espalda y lo declararían inservible para la docencia. Lo enviarían a casa sin miramientos, y él, docente vocacional, tendría que despedirse de sus estudiantes porque así lo estipulaba una burocracia que no tenía en cuenta la capacidad intelectual, los méritos o las circunstancias personales. Aunque lo comprendía y, con buena voluntad, intentaba hacerse a la idea a fin de ser capaz de encarar con cierta dignidad todos los cambios que debería afrontar cuando llegara el momento de cederle la plaza a su sustituto, al viejo catedrático le costaba imaginar su vida lejos de la universidad, sin la inercia de las clases, la refrescante ingenuidad de los alumnos y las sempiternas peleas de las reuniones de departamento. Sin duda cuando se jubilara tendría más tiempo para escribir, como piadosamente argumentaban su mujer y sus hijos para animarle, pero, a pesar de esa perspectiva alentadora, el catedrático todavía era lo bastante lúcido como para darse cuenta de que jubilarse equivalía a cerrar definitivamente otro capítulo de su vida en un momento en que ya no quedaban muchos nuevos que iniciar.

La enfermedad lo había obligado a renunciar al sexo, y hacía años que una diabetes incipiente había desterrado de su dieta las grasas, los dulces y el alcohol. Los fines de semana ya no podía salir a pasear a solas por el campo porque en los caminos que le gustaba frecuentar el móvil no tenía cobertura y su familia pasaba ansia, y, como le fallaban las fuerzas y había perdido agilidad, en verano tampoco podía adentrarse en el mar a nado ni acompañar a sus nietos a recoger mejillones entre las rocas cuando bajaban a la playa. Pese a todo, como nunca había tenido una afición desmesurada por el sexo ni vocación de deportista, hacerse viejo y tener que renunciar a unas actividades que siempre habían tenido un carácter secundario en su vida no era lo que le deprimía, a envejecer ya se había resignado. Que lo obligaran a recluirse en casa como si fuera un trasto inservible, como si por el mero hecho de cumplir setenta años tuviera que empezar automáticamente a chochear, igual que un muñeco al que de repente se le acaba la cuerda, ya era otra cuestión. Ciertamente el cuerpo le fallaba, pero su cerebro había envejecido bien, a la manera de un buen vino, y eso lo llenaba de orgullo. Todavía podía presumir de una memoria prodigiosa que sus colegas más jóvenes envidiaban, por no mencionar el hecho de que los mismos años que lo habían desgastado físicamente también se habían encargado de transformar toda la erudición pacientemente acumulada en un sólido poso de sabiduría. Desde hacía un año y medio el cáncer lo había complicado todo, pero al menos la inoportuna enfermedad había tenido la deferencia de respetar la buena salud de sus neuronas. Estoico por naturaleza, el catedrático se conformaba con asistir al naufragio de su cuerpo manteniendo la lucidez.

Su mujer protestó un poco cuando, a la hora del almuerzo, él le comentó que aquella tarde había quedado a última hora con un estudiante de doctorado. Para evitar la discusión, le prometió que en vez de regresar tranquilamente dando un paseo, como solía hacer, tomaría un taxi para ganar tiempo. Como muy tarde, a las nueve y media estaría en casa. En el tira y afloja que había tenido lugar a los postres, ella había conseguido que su marido accediera a llevarse la gabardina y la bufanda argumentando que en la televisión habían anunciado que durante la noche refrescaría. Ahora, sentado en su despacho, mientras contemplaba cómo unos nubarrones negros se apoderaban del cielo amenazando con desplomarse en forma de tromba de agua, el catedrático se alegraba de haberle hecho caso.

Habían disfrutado de un octubre lo bastante cálido como para permitir que los barceloneses todavía fueran en manga corta, pero su mujer tenía razón. El tiempo estaba cambiando, y posiblemente por la noche, cuando saliera de la facultad, el otoño haría acto de presencia en forma de viento y lluvia. Aún estaba convaleciente, y dadas las circunstancias era mejor pecar de exagerado que caer víctima de un resfriado peligroso e inoportuno.

\* \* \*

#### —¿Doctor Parellada?

El hombre que se disponía a cometer un asesinato sabía que el catedrático se encontraba en su despacho y, sin esperar respuesta, abrió la puerta, entró y la cerró tras él con suavidad. Se sintió aliviado al descubrir a un hombrecillo pequeño e insignificante que aparentaba más años de los que había supuesto que tendría, y al instante comprendió que acabar con su vida no le resultaría complicado. Al profesor la chaqueta y la camisa le quedaban grandes, como si todo él hubiera menguado, y apenas pesaba sesenta quilos. Bajo su traje oscuro, convencional, de catedrático pulcro y respetable, era fácil adivinar sus músculos atrofiados, resultado de haber pasado más de medio siglo sentado ante escritorio entre libros y papeles. Al ver la torpeza con que se movía y la palidez demacrada de su rostro, el hombre que se disponía a cometer un asesinato comprendió que el profesor era víctima de alguna enfermedad implacable que le consumía el cuerpo, y esa circunstancia, pensó mientras se le escapaba una sonrisa, sin duda le facilitaría las cosas. De nuevo, la suerte parecía estar de su parte.

El catedrático se levantó de la silla, se le acercó con una sonrisa franca y alargó el brazo para estrecharle la mano. A partir de ahí todo sucedió muy deprisa. El desconocido solo tuvo que esperar que aquel anciano debilitado por el último ciclo de la quimioterapia le diera confiado la espalda para pasarle la cuerda alrededor del cuello, ahogando cualquier posible grito antes incluso de que tuviera tiempo de formársele en la garganta. Lo había visto en una película y le había parecido un método sencillo, efectivo y, sobre todo, limpio. No podía arriesgarse a que la ropa se

le manchara de sangre, como había sucedido la última vez, y tampoco quería correr el riesgo de que el catedrático chillara y alguien lo oyera, por más que a aquellas horas, en víspera de festivo, apenas quedaba nadie en el departamento. Estrangularlo por la espalda, de improviso, sin que el hombre pudiera darse cuenta de nada, era, había pensado, la mejor opción. Ahora ya tenía experiencia, y al fin y al cabo matar resultaba menos complicado de lo que siempre había creído.

El catedrático apenas opuso resistencia. Bastaron unos pocos segundos, ocho, quizá diez, para que su cuerpo diminuto dejara de moverse. Por precaución, siguió tensando la cuerda más tiempo del que sin duda era necesario mientras contaba mentalmente hasta sesenta, sin prisa, decidido a seguir paso a paso el minucioso plan que había trazado. Ya puestos, era mejor asegurarse. Transcurrido ese minuto, el más largo de su vida, soltó el cuerpo despacio y el profesor se desplomó como una pequeña marioneta inerte dentro de su traje grande y anticuado. Había sido un trabajo silencioso, rápido y, en efecto, limpio. No había sangre en ninguna parte.

No tardó en encontrar sobre la mesa el paquete que había ido a buscar. Era un sobre de color marrón, de formato comercial, que se apresuró a guardar dentro del macuto de pana junto con el pedazo de cuerda que acababa de utilizar para estrangular al profesor. Tras comprobar que no se oía a nadie en el pasillo, apagó la luz, se puso la gorra y permaneció unos instantes expectante, conteniendo la respiración en la oscuridad. Se imponía la prudencia, porque por la facultad aún rondaban algunos estudiantes con sus carpetas de apuntes bajo el brazo y las empleadas de la limpieza pronto empezarían a recorrer los pasillos, abriendo y cerrando puertas, vaciando papeleras y barriendo y quitando el polvo. Si no quería arriesgarse a que lo sorprendieran, no podía perder tiempo. Tenía que salir del edificio cuanto antes.

Se disponía a abrir la puerta cuando notó que a su alrededor flotaba un hedor desagradable que no recordaba haber percibido al entrar. Era un olor acre, pestilente, que identificó en el acto y que de inmediato lo transportó a la sórdida residencia en la que desde hacía diez años tenía ingresada a su madre. El catedrático se había meado encima y sus orines apestaban a vejez y a todos los fármacos que tomaba para combatir la enfermedad que lo consumía. Al contemplar su cuerpo inerte tendido en el suelo, bañado en sus propias secreciones, el hombre que acababa de cometer un asesinato pensó que posiblemente acababa de hacerle un favor.

Abrió la puerta con precaución, se quitó los guantes y salió del despacho. En el vestíbulo se cruzó con algunos estudiantes, pero como llevaba puestas las RayBan de imitación y estaba convencido de que con aquel aspecto de estudiante progre nadie sería capaz de reconocerlo, pasó junto a ellos haciendo caso omiso de las miradas de curiosidad de las que fue objeto. Por mucho que se complicaran las cosas, pensó, ¿a quién se le ocurriría relacionarlo a él con el asesinato de un viejo profesor?

#### —;Eh, disculpa! ¿Tienes fuego?

Acababa de poner un pie en la calle y de encender con las manos temblorosas un cigarrillo cuando dos chicas que ocultaban el pecho tras unas carpetas en las que podía verse el logotipo de la universidad se le plantaron delante y le cerraron el paso. No tendrían más de veinte años. El corazón le dio un vuelco, porque el hombre que acababa de cometer un asesinato no había previsto que dos estudiantes desvergonzadas lo abordaran con sus cigarrillos apagados mientras emprendía la huida. En la maniobra que inició para esquivarlas una de las estudiantes recibió un empujón involuntario, y como él no se detuvo y ni siquiera se giró para ofrecer una disculpa, la chica le dedicó un contundente «¡Gilipollas!» que resonó en toda la calle. El hombre que acababa de cometer un asesinato aceleró aún más el paso en dirección a las Ramblas para procurarse la protección del anonimato urbano, y, cuando finalmente consiguió sumarse a la riada de transeúntes que en aquellos momentos abarrotaban la avenida, respiró hondo y se dijo que el percance carecía de importancia. Por mucho que se complicaran las cosas, en cuanto se deshiciera del disfraz y recuperara su aspecto habitual de ciudadano respetable nadie sería capaz de reconocerlo, y menos aún de identificarlo. Su plan era perfecto. No había que darle más vueltas.

La esposa del catedrático tenía razón. Había refrescado y un viento gélido y cortante recorría las calles y hacía que la gente apresurara el paso y se arrepintiera de no ir más abrigada. Por suerte no llovía, aunque los nubarrones que se cernían sobre los edificios eran negros como el hollín y en el aire podía olerse la proximidad de la tormenta. El hombre que acababa de cometer un asesinato entró en el metro, en la estación de Plaça Catalunya, bajó hasta el andén y esperó con impaciencia la llegada del convoy. Tras subirse a uno de los vagones, localizó un asiento vacío en un rincón y se sentó en él con la cabeza gacha para hacerse invisible. A esas horas, salvo algunos grupos de jóvenes que salían de juerga, endomingados con los uniformes de sus tribus urbanas respectivas o, según la moda importada de Halloween, disfrazados con pelucas y máscaras espeluznantes camino de alguna discoteca, el resto de los pasajeros estaban demasiado cansados para fijarse en un estudiante adormecido que agarraba con fuerza el macuto de pana que debía de contener sus apuntes de clase. Pero él no dormía. Dentro de su cabeza, una vocecita le martilleaba el cerebro y le susurraba, con la cadencia hipnótica de las letanías y los conjuros, que todo había salido bien.

# Capítulo 2

Norma llevaba toda la noche mirando el reloj con disimulo y esforzándose por participar en la conversación para aparentar que todo iba bien. No quería hacer un drama de algo que, en el fondo, sabía que no lo era, y, sobre todo, quería ahorrarse que su familia se pasara la cena intentando consolarla o, en el peor de los casos, poniéndola aún más nerviosa con especulaciones pesimistas y consejos inútiles de andar por casa. Puesto que conocían a Norma y sus esporádicas salidas de tono, su familia llevaba una hora y media mordiéndose la lengua, pero Norma sabía que en cuanto ella les diera pie empezarían las lamentaciones y que lo que era una cena de celebración se transformaría en un psicodrama en el que todo el mundo querría meter baza. Norma estaba preocupada por su hija, naturalmente que lo estaba, pero delante de la familia prefería no exteriorizarlo. Octavi, su marido, era de la misma opinión.

Sus compañeros de trabajo le habían asegurado que era cuestión de tiempo, de algunos meses, un par de años a lo sumo. «¡Ah, este jodido idealismo de los jóvenes...!», había exclamado, comprensivo, el comisario Nebot al enterarse de la noticia. Incluso él había estado de acuerdo en que no era para tanto y había intentado quitarle hierro al tema. Él también tenía hijos adolescentes y sabía por experiencia que ese tipo de arrebatos son cosa de la edad. Claro que sus hijos nunca habían llegado tan lejos, había añadido el comisario con una sonrisa de alivio en los labios, pero de todos modos estarían atentos. Vigilarían con discreción a la chica y mantendrían informada a Norma. Enfrentarse a Violeta abiertamente, había sentenciado el comisario con su habitual tono entre autoritario y afable, solo serviría para empeorar las cosas. Lo que Norma tenía que hacer era armarse de paciencia y dejar que el tiempo corriese a su favor.

Octavi le había dicho más o menos lo mismo. En su caso, la procesión, si es que existía, iba por dentro, y la serenidad con que su marido encaraba la situación contribuía a que Norma no sacara las cosas de quicio. La decisión de Violeta había pillado a todo el mundo por sorpresa, aunque quizá no tanto, porque Violeta era una joven acostumbrada a decir lo que pensaba y en casa todo el mundo sabía la opinión que le merecían algunas cosas. ¡Pero de ahí a dar el paso que había dado…! Guillem, el padre biológico de Violeta, se había tomado bastante bien el inesperado anuncio de su hija, pero, tratándose de Guillem, consideraba Norma, el consuelo que le brindaba la actitud de su ex, siempre tan comprensivo cuando se trataba de Violeta, no le servía de mucho. Octavi era un hombre racional, ecuánime, pero Guillem, pensaba Norma, era un cabeza de chorlito y de su criterio no se podía fiar.

Norma siempre había pensado que, en lo relativo al carácter, Violeta y su padre biológico no se parecían demasiado, aunque últimamente ya no estaba tan segura. Al principio se había aferrado a los tópicos y había relacionado el temperamento

impulsivo de Guillem con su homosexualidad, haciendo extensiva la manera de ser un tanto atolondrada de su ex a todo el colectivo gay. Claro que quizá el hecho de ser gay no tenía nada que ver con su carácter, pensaba ahora al considerar la aventura en la que se había embarcado Violeta, sino que todo se reducía a que Guillem era un soñador y su hija había heredado ese rasgo de su carácter. Al fin y al cabo era su padre y algo suyo debía tener, sobre todo teniendo en cuenta que físicamente ella no se le parecía demasiado. Violeta era clavada a su madre, todo el mundo lo decía, y, como no se cansaba de repetir la bisabuela Senta, su nieta Norma y su bisnieta Violeta eran el vivo retrato del abuelo Jack.

Como le debían días de vacaciones desde tiempos inmemoriales y en esos momentos no tenía ningún asunto urgente entre manos, en contra de su costumbre Norma había decidido concederse un día de fiesta. Se había levantado temprano para ordenar la casa, ir al mercado y ocuparse de cocinar. Una cena para diez personas no puede improvisarse en media hora, y menos aún cuando se trata de una celebración. Norma detestaba cocinar, pero defendía la idea —una idea anticuada, según sus amigas— de que la hospitalidad implica hacer el esfuerzo de preparar algún plato suculento cuando se tienen invitados. No es que los tuvieran con mucha frecuencia, porque con sus profesiones ni ella ni Octavi podían hacer muchos planes, pero quizá por eso a Norma le parecía de mal gusto invitar a alguien a cenar y ofrecerle después un triste plato precocinado o el socorrido pan con tomate, como si la comida no fuera importante. Aquella noche de Difuntos celebraban su cumpleaños, y antes de abalanzarse sobre las castañas, los boniatos y los tradicionales *panellets* de mazapán, Norma se había propuesto que su familia degustara una sopa casera de setas y una lubina salvaje cocinada al horno.

La noche de Difuntos no deja de ser una fecha curiosa para venir al mundo. La subinspectora Norma Forester lo había hecho treinta y ocho años atrás, en torno a la medianoche, en un parto sorprendentemente rápido para una mujer que daba a luz por primera vez. Su madre Mimí solía explicar, divertida, que al día siguiente su habitación se convirtió en un inacabable desfile de ramos de crisantemos y gente vestida de luto. Como Todos los Santos es festivo, los parientes aprovecharon para pasar por la clínica camino de la tradicional visita al cementerio, de manera que las alegres cestas de flores que traían para obsequiar a Mimí iban inevitablemente acompañadas del luto de los vestidos y de otros ramos más tristes destinados a algún difunto. La madre de Norma también recordaba las caras de circunstancia de sus parientes, indecisos entre hacerle carantoñas a la recién nacida o consolarla a ella, como si se tratara de una tragedia, sin lograr entender que Mimí hubiera decidido traer al mundo una hija sin tener un marido a su lado. Corría el año 1971 y, según Mimí, a pesar de Boccaccio, la pátina cosmopolita de la gauche divine y las excursiones a Perpiñán para ver películas prohibidas, ser madre soltera todavía constituía un motivo de escándalo en la Barcelona esquizofrénica de las postrimerías del franquismo. Cuando lo contaba entre risas, pero con el deje triste en la voz de

quien ha dejado definitivamente atrás los mejores años, Senta sonreía y asentía con la cabeza.

\* \* \*

- —Deberíamos empezar a cenar. No creo que venga —dijo Norma consultando el reloj y levantándose del sofá—. Son más de las diez y media.
- —No tenemos ninguna prisa, hija. Podemos esperar un poco más. —A su manera, Mimí también estaba preocupada por su única nieta—. ¿Por qué no la llamas? A lo mejor está a punto de llegar…
- —Norma tiene razón. —Octavi atajó un posible conciliábulo familiar sobre si debían o no esperar a su hija—. Vamos a cenar.

Lo dijo con suavidad, pero todo el mundo se levantó sin rechistar y ocupó su lugar en la mesa mientras Norma y él se dirigían a la cocina. Octavi nunca alzaba la voz, pero, como suele ser habitual en los médicos, la suya poseía un tono imperioso y una autoridad natural a los que era difícil sustraerse. Octavi no estaba enfadado con su hija, pero sí más preocupado de lo que en realidad aparentaba. Al fin y al cabo, Violeta solo tenía dieciocho años, y, aunque nunca se lo había comentado a Norma, a él también le inquietaban los genes aventureros de aquel bisabuelo inglés que sabía que corrían por el ADN de su hija. Estaba convencido de que exteriorizar su preocupación no serviría para cambiar las cosas, sino más bien para complicarlas, y por eso no decía nada. Conocía a Violeta y confiaba en su criterio, pero sobre todo se aferraba a los dieciocho años de paciente adoctrinamiento durante los cuales Norma y él se habían esforzado por inculcar a la joven las tres únicas cosas que consideraban imprescindibles para ir por la vida: generosidad de espíritu, sentido de la justicia y sentido común. Que a su edad todavía tuviera la cabeza llena de pájaros era algo con lo que había que contar, pensaba Octavi con resignación. Violeta era hija única. Mimí y Norma, también.

Todos los años, Norma convocaba una pequeña cena familiar la noche de Difuntos para celebrar su cumpleaños. Junto con la gran fiesta que le organizaban a Violeta, que cumplía años en mayo, y dejando de lado el día de Navidad —el cumpleaños de Octavi no era buena fecha, porque caía en agosto—, aquellas eran las únicas ocasiones en que ella y su marido reunían a sus respectivas familias en torno a la mesa. El trabajo de Norma no entendía de horarios ni de días festivos, como no se cansaban de reprocharle, y tenían razón, porque en más de una ocasión, con la nevera rebosante de viandas, se había visto obligada a llamar a su familia en el último minuto para aplazar un almuerzo o una cena planificados con semanas de antelación. Sin embargo, esa noche Norma lo tenía todo controlado, o al menos eso era lo que creía. Oficialmente hacía un par de meses que no veía a su hija, de manera que había conseguido arrancarle a su superior la promesa de que, pasara lo que pasara, esa noche se olvidarían de su teléfono y la dejarían cenar en paz. En realidad, se las había

ingeniado para espiar a Violeta por las calles de Gracia para asegurarse de que estaba bien, pero eso no contaba. El inspector Bernat Roca, su superior inmediato en la Brigada de Homicidios, era además un buen amigo, y Norma estaba convencida de que algo muy gordo tenía que pasar para que el inspector, que era un hombre de palabra, incumpliera su promesa.

Por primera vez desde que organizaba aquellas cenas de cumpleaños, Norma había decidido invitar a Guillem y a su pareja Robert a la fiesta. Era el señuelo que se le había ocurrido para conseguir que su hija se presentara a la cena, a la que también estaban invitados los padres de Octavi y la tía Margarida, que como era monja de clausura tenía que inventarse siempre alguna excusa para salir del convento. La madre de Norma y la bisabuela Senta vivían con Norma y Octavi desde que Mimí se había quedado viuda, y Norma era consciente de que desde hacía cinco años la ausencia de su padrastro había transformado aquella fiesta de aniversario en una celebración un poco triste. Que cayera en Todos los Santos no ayudaba, y menos aún que la bisabuela Senta se dedicara a encender velas y a colocar ramitos de flores junto a las fotografías descoloridas de los familiares difuntos. Senta, que a pesar de su aspecto frágil y su aire ausente conservaba la lucidez, pasaba de los noventa; Mimí, que seguía fiel a la estética *hippy* de su juventud y llevaba el pelo largo y teñido de color naranja, acababa de cumplir sesenta y ocho.

\* \* \*

Además de ser el exnovio de Norma y el padre biológico de Violeta, Guillem era el hermano menor de Octavi, y esa coincidencia, incómoda al principio, había propiciado que entre ambos se estableciera una complicidad que de niños nunca tuvieron a causa de la diferencia de edad. Octavi y Guillem se llevaban diez años y no se parecían en nada, o, por decirlo en palabras de Mimí, se parecían como un huevo a una castaña. Era como si en el vientre de su madre Isabel, los rasgos de los dos progenitores no se hubieran mezclado en absoluto, lo cual había dado como resultado que Guillem fuera físicamente muy parecido a su madre y Octavi, a su padre. Guillem había heredado de Isabel el rostro moreno de facciones redondeadas y el cabello rizado y oscuro, mientras que Octavi había sacado de su padre la complexión atlética, el cabello prematuramente gris y unos ojos miopes y claros. Observando los rasgos angulosos de su cara, nadie diría que Guillem y él eran hermanos y, cuando se los trataba, la impresión se confirmaba: allí donde Octavi utilizaba el razonamiento frío y la lógica, Guillem aplicaba el entusiasmo y la intuición. Octavi era un hombre de ciencia, disciplinado, sensato y metódico, mientras que Guillem, que desde niño había dado muestras de poseer una vena artística que no acababa de concretarse, tendía a la bohemia y nunca terminaba nada de lo que empezaba.

A Guillem las parejas no le duraban demasiado, pero como llevaba casi un año viviendo con Robert, Norma creía que esta vez ellos dos iban en serio. Robert

conocía a Violeta y a Norma pero no al resto de la familia, y no podía evitar mostrarse nervioso. Aunque a lo largo de su vida había tenido otras parejas y había pasado en diversas ocasiones por el trance de enfrentarse a suegros reticentes y a cuñados hostiles, hasta la fecha nunca había tenido que cenar con un médico forense y una *mossa d'esquadra*, y no sabía muy bien qué actitud adoptar. Que Norma fuera policía no le entusiasmaba, y, aprensivo como era, saber que Octavi practicaba autopsias le provocaba náuseas. Cuando se enteró de que su futuro cuñado trabajaba en el Hospital Clínico y que era jefe del servicio de Patología Forense, lo primero que pensó fue que tendría que vérselas con un personaje siniestro salido de alguna de aquellas novelas góticas que él mismo coleccionaba en edición de bibliófilo y se asustó. ¿Qué clase de persona decidía dedicar su vida a hurgar cadáveres, a ganarse el pan con el desagradable fenómeno de la muerte? ¿Un psicópata? ¿Un médico incapaz de soportar el sufrimiento de los vivos? A Robert los muertos le daban miedo, y no entendía que alguien estuviera dispuesto a pasarse todo el santo día en un sótano oscuro destripando cadáveres. Por deferencia, no le había comentado nada a Guillem, pero en su fuero interno estaba convencido de que debía de existir algún componente sádico o perverso en la naturaleza de las personas que elegían una profesión tan poco alegre como la que ejercía Octavi. A un hombre sensible como él, saber que debería estrechar su mano fría le había provocado pesadillas. Para colmo de males, lo habían invitado a cenar en una noche especialmente tétrica, lo que significaba que además de tener que compartir la mesa con aquella extravagante familia debería hacerlo también con todas las almas en pena de los pobres desgraciados a los que Octavi abría en canal. Robert, que además de ser sumamente impresionable también era bastante supersticioso, consideraba aquella velada una broma de mal gusto.

Sin embargo, lo cierto es que se sintió algo decepcionado cuando, al cabo de un rato de conversación, se vio obligado a admitir que el doctor Octavi Claramunt no solo no tenía nada de siniestro sino que era un hombre lo bastante sensible y atractivo como para despertar el interés de ambos sexos con independencia de su profesión. Quizá al principio se había mostrado un poco distante bajo su actitud de profesor sabiondo, pero Robert enseguida se dio cuenta de que su cuñado poseía una mirada miope peligrosamente seductora y de que era un hombre extrovertido y simpático con un agudo sentido del humor. A regañadientes, porque en el fondo toda aquella parafernalia macabra con la que había fantaseado no dejaba de tener a sus ojos un punto de decadente exquisitez victoriana, Robert se vio obligado a reconocer que sus temores carecían de fundamento.

\* \* \*

El estallido de un trueno interrumpió la siesta de Hamlet, que alzó una oreja y dio un inmenso bostezo antes de volver a dormirse hecho un ovillo sobre el sofá. Maurici, el suegro de Norma, se puso a especular sobre la proximidad de la tormenta, y la conversación no tardó en empezar a girar en torno al tiempo y las habilidades oraculares de Senta, que horas antes había vaticinado lluvia. En los últimos años, Senta se había aficionado a predecir el tiempo convencida de que se trataba de una habilidad que se adquiría por arte de magia al envejecer, pero, como casi nunca acertaba, con la excepción de Mimí nadie le hacía mucho caso. No obstante, el viento helado que aquella noche soplaba del noroeste parecía darle la razón, y de tanto en tanto Senta miraba a su familia, asentía con la cabeza y sonreía con ademán de sibila inspirada. El largo verano acababa de emprender la retirada y el aire por fin olía a otoño, a mar agitado, a hojarasca seca. A toda prisa, Octavi se levantó de la silla para cerrar una ventana que el viento había abierto de golpe haciendo volar algunos papeles.

- —¿Estás bien? —le susurró Guillem a Robert con gesto de preocupación—. No tienes buena cara…
- —No es nada. Es que hoy he dormido mal —mintió Robert—. Será cosa del tiempo.

Todo el mundo se dio cuenta de que Robert estaba algo pálido, pero nadie hizo ningún comentario. Aquella noche, antes de salir de casa, Robert se había tomado un ansiolítico para sobrevivir a la esperpéntica cena a la que creía que se iba a enfrentar, y ahora, entre el tranquilizante y el par de copas del excelente Ribera del Duero que había bebido con el estómago aún vacío, empezaba a sentirse algo aturdido. Norma se puso a servir la sopa y Octavi se apresuró a abrir otra botella mientras Robert pellizcaba un trocito de pan con la esperanza de espabilarse. Ya no estaba tan nervioso, pero los párpados le pesaban y comenzaba a tener sueño.

- —Esta sopa huele de fábula —dijo Maurici, que sentía debilidad por su nuera—. Norma, cuando te decides a entrar en la cocina, tienes una mano…
- —Octavi me ha ayudado a limpiar las setas. ¡Hoy tendremos que compartir el mérito…! —contestó Norma sonriendo y guiñando un ojo a su marido.

Robert probó la sopa casera hecha con setas calabaza, trompetas de los muertos y rebozuelos, y, sinceramente conmovido, se unió a los elogios de Maurici. Un poco avergonzado, recordó que antes de poner los pies en aquella casa había supuesto que su aire de *dandy* refinado suscitaría risitas, que lo obligarían a beber un vino barato que le provocaría acidez de estómago y que tendría que escuchar chistes de maricas de labios de una policía de aspecto vulgar y ademanes de marimacho, y fingir que le resultaban graciosos. Sin embargo, se había equivocado de medio a medio. Aquella cena no tenía nada que ver con la velada surrealista que había imaginado, y Norma y Octavi parecían unas personas bastante civilizadas a pesar de lo peculiar de sus respectivas profesiones. Incluso Isabel y Maurici, los padres de su novio, eran unas personas lo bastante prudentes como para limitarse a sonreír con resignación.

—No debe de ser fácil acostumbrarse a trabajar con muertos. Supongo que veis cada cosa… —Soltó de repente Robert, incapaz de reprimirse durante más tiempo.

Todos suspiraron, y Norma, que en los quince años que llevaba con Octavi había

tenido que escuchar miles de veces comentarios parecidos, no pudo evitar que se le escapara una sonrisa. Ella, como el resto de la familia, ya estaba acostumbrada. En realidad, Robert se había hecho el firme propósito de no caer en la vulgaridad de preguntarle a su cuñado nada relacionado con su profesión, pero el tranquilizante, las copas de vino y el ambiente de cordialidad que se respiraba en aquella casa habían logrado que se relajara hasta el punto de que su embotado subconsciente lo había traicionado expresando en voz alta sus pensamientos. Robert se arrepintió en el acto de haber abierto la boca y notó que se sonrojaba. Balbuceando, intentó disculparse.

—Lo siento muchísimo. No debería haber sacado el tema. Es imperdonable. Quiero decir que…

Octavi sonrió y, con parsimonia, dejó la cuchara dentro del plato de sopa. Bebió un sorbo de agua, se colocó bien las gafas y adoptó un aire profesoral. Todos se quedaron callados, conscientes de lo que ocurriría a continuación.

- —En la mesa no, por favor —protestó Mimí sin demasiado convencimiento.
- —Las transformaciones que sufre el cuerpo a partir del momento de la muerte forman parte de un proceso perfectamente natural que tiene unas etapas muy definidas... —empezó a explicar Octavi con tono solemne, dispuesto a satisfacer la curiosidad de Robert.

Sin embargo, el ruido de unas llaves intentando abrir la puerta interrumpió la clase magistral que el doctor Octavi Claramunt estaba a punto de impartirle a su invitado.

## Capítulo 3

El hombre que había acabado con la vida del profesor Francesc Parellada se llamaba Antoni Falgueres, tenía cuarenta y nueve años y era abogado. Como jurista era bastante mediocre, hasta el punto de que los únicos clientes a los que representaba procedían de un bufete prestigioso que solo recurría a sus servicios para evitar que su nombre circulara por los juzgados mezclado en según qué asuntos. Desde hacía ocho años, Antoni Falgueres se limitaba a firmar alegatos y querellas escritos por otros y a actuar de testaferro en complicadas operaciones ideadas para defraudar a Hacienda con facturas falsas, sociedades interpuestas y paraísos fiscales. A cambio de estampar su firma y de figurar como administrador en un puñado de sociedades cuya única finalidad era la de ocultar beneficios y evadir impuestos, los abogados del bufete le pagaban religiosamente un sueldo en negro que, sin ser nada del otro mundo, le permitía pagar el alquiler del modestísimo despacho que tenía en la Ronda de Sant Antoni con objeto de guardar las apariencias e ir tirando. En Barcelona había miles de fracasados como él dispuestos a venderse por un plato de lentejas, lo que significaba que Antoni Falgueres no estaba en posición de negociar y que tenía que conformarse con las migajas que tacañamente le ofrecían, calderilla en realidad teniendo en cuenta que él era una pieza clave en un engranaje complejo. De vez en cuando, en función de lo turbios que eran los asuntos que requerían su rúbrica, lo recompensaban con alguna propina que él y Mary no tardaban en gastarse saldando las deudas pendientes con los camellos del barrio y contrayendo otras nuevas.

Sin embargo, el asunto que lo había llevado a acabar con la vida del profesor Parellada no tenía nada que ver con los elegantes abogados para los cuales trabajaba, y ni siquiera Mary sabía nada. Él no era un sicario profesional, no era uno de esos matones que a veces le pedían que contratase para intimidar a algún testigo o dar alguna que otra paliza, y no podía evitar sentirse nervioso. Hasta ese momento, y salvo el desafortunado incidente con las estudiantes, estaba convencido de que todo había ido como la seda, pero aun así temía que la inexperiencia acabara jugándole una mala pasada. Si lo encausaban, podían llegar a caerle hasta veinte años, calculaba, veinte años que con un poco de suerte se quedarían en diez o quince, pero que a su edad, con la cocaína y el alcohol pasándole factura, era lo máximo a lo que podía aspirar antes de convertirse en una piltrafa. Había malgastado la mayor parte de su vida y ahora el tiempo se le echaba encima. No podía permitirse ningún error.

Al llegar a la estación de Sants, se dirigió a la consigna y recuperó la mochila. Con ella a la espalda, volvió a los lavabos de la estación, se quitó el disfraz y recuperó aquel aspecto de ciudadano anodino que tan útil le resultaba para pasar inadvertido. A continuación, esnifó los restos de coca que quedaban en la papelina y aprovechó la renovada confianza que le proporcionaba la droga para sacar unas

tijeras, cortar a trocitos los guantes y la cuerda y hacerlos desaparecer por la taza del váter. Hasta diez veces tiró de la cadena para evitar atascarlo, y, cuando finalmente tuvo la certeza de que aquellos restos comprometedores se perdían por las alcantarillas de la ciudad, salió de la estación aparentando no tener prisa y volvió al aparcamiento en busca del coche.

Desde Sants se dirigió hacia Hospitalet para deshacerse del disfraz. Al llegar al mercado de la Florida, detuvo el coche en doble fila, sacó de la mochila tres bolsas de supermercado arrugadas y metió en ellas el pañuelo, la gorra y las gafas. Procurando no llamar la atención, arrojó las bolsas en tres contenedores de basura diferentes, consciente de que tarde o temprano acabarían en manos de los pobres diablos que se dedicaban a hurgar en los contenedores a la caza de tesoros. Todavía tenía que deshacerse de la camisa, pero lo pensó mejor y decidió que se ocuparía de ella en casa por el mismo procedimiento con el que se había librado de los guantes y la cuerda en los lavabos de la estación. El macuto de pana que ahora contenía el sobre que había robado de la mesa del catedrático no era un problema, porque pensaba envolverlo con papel de regalo y obsequiárselo a su sobrina por su cumpleaños, y de los vaqueros y las zapatillas deportivas tampoco tenía que preocuparse porque formaban parte de su vestuario y en Barcelona se contaban por millones. Las zapatillas, de baratillo, eran las que se calzaba cuando salía a pasear con Mary los fines de semana antes de que ella comenzara a trabajar, y los vaqueros negros, que de hecho le iban un poco estrechos y no le gustaban mucho, eran un regalo de Mary y volverían a ocupar un rincón olvidado en el fondo del armario. Lo tenía todo controlado.

Mientras volvía al coche, se percató de que estaba a punto de ponerse a llover y decidió darse prisa. Su viejo Ibiza no tenía GPS, y lo último que deseaba era que la primera tormenta de la temporada lo pillara circulando por un barrio y unas calles con los que no estaba familiarizado. Una vez en el coche, justo cuando empezaban a caer las primeras gotas, puso la radio y respiró hondo. Los días de penuria y miseria, de apurar los restos de las botellas y desesperarse porque los camellos del barrio ya no le fiaban más papelinas, pronto quedarían atrás.

Si todo iba bien, Mary y él emprenderían un largo viaje al extranjero y durante una temporada se olvidarían de las deudas y los problemas. Irían a algún país provisto de playas tropicales, alguno situado al otro lado del océano, donde los daiquiris y las caricias de Mary lo ayudarían a no pensar en aquellos dos muertos que ahora tenía en la conciencia si los remordimientos empezaban a asaltarle. Viajarían al Caribe, tal vez a Cancún, por más que aún no supiera cómo se las arreglarían en el turístico Cancún para conseguir aquella coca a la que desde hacía tiempo él y Mary estaban enganchados. Con dinero en el bolsillo suponía que no sería difícil encontrar proveedores, y, en cualquier caso, estaba seguro de que Mary, que era una chica lista, se encargaría de averiguar dónde se escondían en Cancún los camellos y la diversión.

\* \* \*

A esas horas, pasadas las once, no era fácil encontrar un hueco en el que dejar el coche y se vio obligado a dar unas cuantas vueltas. Cuando finalmente consiguió aparcarlo, hacía ya un buen rato que una de las empleadas de la limpieza había encontrado el cuerpo del profesor y que la primera patrulla de mossos había detenido su vehículo frente a la entrada de la facultad. Llevaba un buen rato lloviendo, una lluvia densa, hecha de gotas gruesas que estallaban sonoramente contra el suelo formando pequeños charcos de agua, y, como no llevaba paraguas, se vio obligado a recorrer el par de travesías que lo separaban de su casa buscando el refugio de los balcones para evitar empaparse. En las calles no se veía ni un alma, y como de costumbre la lluvia había hecho que algunos semáforos dejaran de funcionar.

Aunque sabía que Mary no volvería del club hasta las siete o las ocho, decidió extremar las precauciones cerrando la puerta del piso con llave, que dejó colocada para bloquear la cerradura. Al notar que tenía los pies mojados, se descalzó y dejó las zapatillas deportivas en el recibidor, no tanto para evitar ensuciar el suelo como porque la sensación de humedad le resultó desagradable. Acto seguido se dirigió al comedor, dejó la mochila encima de la mesa y corrió las cortinas, una precaución absurda porque los cristales estaban tan sucios que los vecinos del edificio de enfrente difícilmente podían verle desde el otro lado de la calle. En el comedor, se quitó la corbata y la chaqueta, apuró los restos de coca que quedaban en la papelina frotándose las encías y se sirvió un whisky. Repantigado en el sofá, bebiendo y fumando, se entretuvo un rato pensando en la explicación que le daría a Mary el día que apareciera con un descomunal fajo de billetes en el bolsillo y le dijera que eran ricos. Mary no sabía nada, e intentó imaginar la cara de sorpresa que pondría cuando le pidiera que hiciera las maletas porque se iban de vacaciones a Cancún. Mary tampoco había tenido mucha suerte en la vida, pero ahora la suerte de los dos estaba a punto de cambiar.

El whisky se encargó de aflojarle los músculos y enturbiarle el cerebro. Al advertir que se le cerraban los ojos y que empezaba a entrarle sueño, decidió ir a lavarse la cara para despejarse un poco. De regreso al comedor, agarró la mochila y vació su contenido. Del macuto de pana, extrajo el sobre marrón que había robado de la mesa del catedrático y lo contempló unos instantes. Antes de ponerlo a buen recaudo en la mochila, decidió dar una ojeada al manuscrito que contenía. Demasiadas letras, pensó volviendo a colocar el documento dentro del sobre; en todo caso, ya lo leería más adelante. Llevó la mochila al dormitorio y la disimuló entre otras bolsas de viaje dentro del armario. A continuación, tras envolver el macuto con el mismo papel de regalo que habían utilizado en el establecimiento donde lo había comprado, se ocupó de la camisa, que también hizo pedacitos antes de hacerla desaparecer con paciencia por la taza del váter. Por último, fue a buscar las zapatillas

deportivas, se dirigió a la cocina y se entretuvo limpiándolas en el sumidero con lavavajillas y el estropajo de lavar los platos. No les habría ido nada mal una pasada por la lavadora, pensó mientras las aclaraba bajo el grifo, pero hacía tiempo que la vieja lavadora de su madre no funcionaba y que Mary tenía que lavar a mano.

Tras dejar las zapatillas en el fregadero para que se secaran, se desnudó y se metió bajo la ducha. No estuvo mucho rato, porque el calentador no funcionaba y el agua salía helada. Con el pijama ya puesto, decidió recurrir al *whisky* que quedaba en la botella para entrar en calor mientras se encendía otro cigarrillo. En la cocina no había nada que llevarse a la boca, aunque en realidad no tenía hambre. Lo que necesitaba era una raya, pero, a falta de coca, apuró el *whisky* y procuró distraerse fantaseando sobre la gran vida que Mary y él se darían en Cancún. Pensó en la ropa cara que comprarían en las tiendas de lujo, en los hoteles de cinco estrellas en los que se alojarían, en los camareros vestidos con esmoquin blanco que los tratarían como señores. Por primera vez en su vida, el mundo de los ricos estaba a su alcance, y para ello solo tenía que conservar la calma, tener paciencia y jugar bien sus cartas. Lo peor había pasado.

Se metió en la cama sintiéndose mareado y con el estómago revuelto, pero la borrachera, el cansancio y el mono hicieron que a los pocos minutos se quedara dormido. Sin embargo, bajo el efecto de aquel *whisky* barato que Mary había robado el día anterior en alguno de los supermercados del barrio, Antoni Falgueres no soñó con Cancún, ni con ninguna playa tropical rodeadas de palmeras, sino con las calles laberínticas de una ciudad familiar y extraña, hecha de distorsiones y recuerdos, por las cuales deambuló durante una pesadilla interminable, asustado, perdido y terriblemente solo.

# Capítulo 4

- -¡Violeta, nena!
  - —¡Qué alegría!
  - —¡Pero si estás helada!
  - —Dejad que se quite el abrigo...
  - —La sopa todavía está caliente...

Violeta dio un beso a todo el mundo, le propinó unas caricias al gato, que había saltado del sofá para ir a restregarse contra las piernas de la joven, y se disculpó por llegar tarde. Aquel día, dijo, había tenido clase en la universidad y, al acabar, había tenido que asistir a una reunión que se había alargado más de la cuenta. Como ella solo se desplazaba en su vieja bicicleta para no contaminar, por el camino había pinchado y se había entretenido reparando la rueda. Antes de sentarse a la mesa, tenía que lavarse, añadió con una sonrisa mostrándoles unas manos sucias y manchadas de grasa mientras se dirigía al cuarto de baño tarareando por el pasillo. Al verla de tan buen humor, todos suspiraron aliviados.

- —¡Qué guapa está…! —susurró Mimí.
- —Pero ha adelgazado un poco... —contestó con un hilo de voz su consuegra—. ¿Habéis visto el pelo que lleva?
  - —Son rastas, Isabel. Es la moda —dijo Mimí, dándoselas de experta.
  - —No, si buena cara tiene... —reconoció Isabel.
  - —Y parece bastante contenta...

Octavi, que como el resto de la familia estaba más tranquilo después de haber comprobado con su ojo clínico el buen estado de salud de su hija, alzó una ceja y dedicó una mirada de reproche a su madre y a su suegra.

—Yo ya os lo decía, que exagerabais. ¡Si os hubierais oído hace unos días…! — dijo alzando las cejas.

Isabel y Mimí sonrieron mientras, un tanto avergonzadas, inclinaban la cabeza. Como siempre, el sensato de Octavi tenía razón. Su nieta no se había convertido en una yonqui cadavérica ni en una salvaje, como funestamente habían vaticinado ambas, y estaba claro que ninguna de sus apocalípticas predicciones se había cumplido. Violeta seguía siendo la misma muchacha afectuosa y alegre de siempre y, de hecho, Norma también se relajó al ver el aspecto saludable que tenía su hija y el excelente humor que la acompañaba. Puede que hubiera adelgazado un poco, pero bajo las rastas, los *piercings*, la camiseta deshilachada y los pantalones caídos, cualquiera podía darse cuenta de que Violeta estaba radiante. Aun así, Norma no pudo evitar percibir el olor de la marihuana entre la intensa vaharada de pachulí que la joven dejaba a su paso. No en vano, Norma había pasado tres años en estupefacientes y, a diferencia de Octavi, su olfato era lo bastante fino como para no

dejarse engañar por aquel perfume empalagoso que personalmente siempre había detestado. Norma alzó las cejas y miró disimuladamente a su marido, que comprendió en el acto por dónde iban los tiros, pero ninguno de los dos dijo nada. Aquel silencio formaba parte de la estrategia que, llegado el caso, ambos habían acordado adoptar.

\* \* \*

- —¿De qué hablabais? —preguntó Violeta mientras se sentaba a la mesa y se servía un buen plato de sopa.
- —Tu padre iba a explicarle a Robert cosas de su trabajo —saltó Guillem con malicia.
- —¡Papá…! —Violeta alzó las cejas, echó la cabeza hacia atrás y sonrió—. Ya sé que es Halloween, pero no atosigues a Robert con tus historias de terror. El pobre no está acostumbrado.
- —¡Qué tontería! —Octavi se hizo el ofendido—. Aquí celebramos la castañada. —Y añadió con tono profesoral—: En realidad, Halloween es una fiesta de origen celta que los emigrantes irlandeses llevaron a los Estados Unidos en el siglo XIX y que...

Violeta fingió cómicamente un bostezo y Octavi, dándose por aludido, interrumpió su disquisición. Aunque se apresuró a añadir, con tono de fingida disculpa, dispuesto a retomar el hilo:

—En realidad, solo iba a explicarle...

En ese preciso momento, el móvil de Norma sonó provocándole un buen sobresalto. Mal asunto, pensó. Tras intercambiar con su marido un gesto de contrariedad, se levantó de la silla a regañadientes para contestar la llamada. Cuando vio el número que aparecía en la pantalla, sacudió la cabeza y chasqueó la lengua. Apenas había empezado a hablar cuando sonó otro móvil. Esta vez era el de Octavi. Él también tuvo que levantarse a toda prisa para contestar la llamada, y cuando lo hizo Mimí soltó un contundente suspiro y Violeta un bufido. Salvo Robert, todo el mundo sabía qué significaban aquellas llamadas. Acababan de aguarles la fiesta.

—Hoy es mi cumpleaños. Tengo a toda la familia cenando en casa, ya lo sabes — oyeron que susurraba Norma—. ¿Seguro que no puede encargarse Carrasco?

Durante un par de minutos que parecieron eternos, Norma escuchó en silencio, con actitud tensa, las explicaciones de su interlocutor. De vez en cuando, levantaba la cabeza, asentía en voz baja y se frotaba la frente con gesto de preocupación. Salvo la bisabuela Senta, que dormitaba sentada en la silla, todos los ojos estaban concentrados en adivinar la gravedad de la situación a través de aquellos asentimientos monosilábicos y de la expresión sombría del rostro de su anfitriona. Finalmente, oyeron que decía con voz resignada:

—Está bien. Ahora mismo voy. Yo me encargo de avisar a Gabriel.

Octavi, que se había refugiado en la cocina para responder a la llamada, regresó al comedor con el móvil en la mano y el semblante serio. También parecía traer malas noticias. Isabel y Mimí, sentadas una al lado de la otra, se lo quedaron mirando con expresión incrédula.

—¡No me digas que también tú te tienes que ir…! —dijo Norma con un gesto expresivo de la mano, aunque por la cara que tenía su marido intuía la respuesta.

Octavi apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Era Nebot. No sé qué narices pasa, pero quieren que me ocupe personalmente.
—Y añadió, dirigiéndose al resto de invitados—: Lo siento, pero me parece que tendréis que continuar la cena sin nosotros.

—;Papá...!

Violeta dejó caer bruscamente la cuchara en el plato de sopa y echó la silla hacia atrás.

—Lo siento, cariño. Son órdenes de arriba.

No era la primera vez que Norma recibía una llamada en mitad de un almuerzo o una cena que la obligaba a dejar plantada a su familia para ir a ocuparse de un caso, pero que Octavi también tuviera que salir de forma precipitada, como si fuera el último mono del departamento, era toda una novedad. Los mossos no acostumbraban a llamar al doctor Octavi Claramunt a las tantas de la noche cuando se producía un homicidio o encontraban un cadáver, porque para eso ya estaban los forenses de guardia. Era raro que su móvil sonara a esas horas, y durante unos instantes unos y otros se miraron en silencio con cara de preocupación.

- —Será algo importante, si tenéis que ir los dos —murmuró Guillem un poco desconcertado.
- —Parece que ha habido un homicidio en la universidad, en la Facultad de Historia —Norma no quería entrar en detalles.
  - —Violeta, ¿tú no estudias historia? —Saltó Isabel, dirigiéndose a su nieta.
- —Tranquila, abuela. Lo mío es la filosofía. Mamá, ¿a quién se han cargado? ¿Es un estudiante?
  - —Todavía no lo sabemos —mintió Norma.
  - —Ostras, mamá. ¿Es que no puedes dejar de ser pasma ni por un momento?
  - —No le hables así a tu madre —la regañó Mimí.
  - —Vamos, mamá... Dinos qué ha pasado.
  - —Te digo que no lo sé.
- —¡Vaya mierda! —Violeta chasqueó la lengua—. ¡Siempre el mismo rollo! —Y en voz más baja, añadió—: Todos los polis son iguales…

Violeta se calló y se echó de nuevo hacia atrás, enfurruñada. Hacía rato que Mimí rezongaba y se movía inquieta en la silla, hasta que finalmente estalló:

- —¡Es increíble! ¡Que justamente hoy tengáis que ir los dos…! Pero ¿es que no tienen más policías ni médicos, esa gente, o qué? —exclamó.
  - —La orden viene de arriba —se defendió Norma.

- —¿Seguro que no pueden enviar a nadie más?
- —¿Y si decís que estáis enfermos?
- —Podríais fingir que os habéis intoxicado con la cena.
- —Ya está: decid que las ostras estaban en mal estado.
- —Pero, tía, si no hemos comido ostras...

Norma suspiró y abrió la boca con la intención de atajar aquella conversación disparatada, pero de pronto cambió de opinión. Lo mínimo que ella y Octavi podían hacer en esas circunstancias era dejar que su familia se desahogara y aguantar estoicamente la sarta de lamentaciones y protestas, al menos durante un rato. Mientras Mimí y la tía Margarida rivalizaban en una improvisada tormenta de ideas, urdiendo excusas absurdas para evitar que Norma y Octavi acudieran a cumplir con sus obligaciones, Violeta seguía poniendo mala cara y se limitaba a hacer chasquear la lengua.

—Familia —dijo por fin Octavi con voz autoritaria—, lo siento pero Norma y yo os tenemos que dejar. —Y añadió, casi en tono de súplica—: Por favor, no nos lo pongáis más difícil…

\* \* \*

El comisario Josep María Nebot, con quien Octavi acababa de hablar, era el jefe de la Comisaría General de Investigación Criminal, y, aunque tenía fama de ser un hombre bastante razonable, su rango aconsejaba no llevarle la contraria, especialmente en los momentos de crisis. Octavi habría podido negarse a su petición, ya que los forenses no trabajaban a sus órdenes sino a las de los jueces, pero intuía que aquella noche el comisario no estaba para sutilezas habida cuenta del tono áspero de su voz. A Octavi le había parecido que sonaba más autoritaria que de costumbre, y todo el mundo sabía que cuando el comisario adoptaba aquel tono seco que iba con el cargo era porque algo gordo se cocía. Por teléfono no había querido entrar en detalles, pero que él en persona se hubiera tomado la molestia de llamarlo para pedirle que fuera a examinar un cadáver *in situ*, prescindiendo de las disposiciones del juez y del forense de guardia, solo podía significar una cosa: que en la brigada de homicidios había movilización general.

- —De todos modos —insistió Mimí, dirigiéndose a Norma—, ya nos podríais dar alguna pista. Total, lo que digáis no saldrá de estas cuatro paredes.
  - —No insistas, mamá.
- —Déjalo correr, abuela. No vale la pena. —Violeta hizo una mueca y dedicó un gesto de complicidad a Mimí—. Ya sabes que mamá nunca cuenta nada de su trabajo. Así se hace la interesante.

Norma se limitó a hacer una mueca de disgusto y optó por no replicar a su hija. Confiaba en que tarde o temprano se le pasaría la rabieta. Desde niña, Violeta había tenido que acostumbrarse a esas llamadas que sacaban a su madre de la cama en

plena noche o, peor aún, en medio de su fiesta de cumpleaños, con la casa llena de niños disfrazados, los regalos por abrir y las velas aún sin soplar. Violeta nunca había logrado entender por qué su madre no podía tener un trabajo normal que no incluyera sobresaltos cada vez que sonaba el teléfono, y todavía no le había perdonado haber crecido con el sonido de aquellas llamadas que la despertaban y que le arrebataban a su madre en medio de la oscuridad, cuando más indefensa se sentía, cuando más la necesitaba. Norma no lo sabía, pero a Violeta el sonido del teléfono a medianoche todavía le provocaba pesadillas.

- —Supongo que la policía está obligada a mantener en secreto sus investigaciones —apuntó Robert, que en el fondo estaba muerto de curiosidad—. En realidad, puede que ni siquiera ellos sepan quién es el muerto.
- —Seguro que es un pez gordo. Si la hubiera palmado un indigente o una puta, no los llamarían a ellos a estas horas —contestó Violeta con indiferencia—. Por lo menos no a papá, que es el que manda. ¿Me equivoco?
- —Veo que sigues siendo una chica lista… —Octavi optó por la ironía—. ¡Me alegra ver que algunas cosas no han cambiado!

Violeta hizo una mueca que acabó en una sonrisa y se puso a hacer bolitas con la miga del pan. Sabía que era inútil insistir, porque sus padres no le contestarían o lo harían con evasivas. A diferencia de Octavi, que solía explayarse con su familia explicando detalles truculentos de su oficio con la misma naturalidad que si trabajara en un establecimiento de comestibles o en una empresa de seguros, Norma evitaba hablar de los casos que investigaba. De vez en cuando, accedía a contar alguna anécdota intrascendente, pero, en lo relativo a su trato cotidiano con delincuentes y asesinos, se encerraba en un mutismo hermético que ninguna súplica conseguía romper.

- —¿Te quedarás a dormir esta noche? —preguntó Norma a su hija, al tiempo que la abrazaba por la espalda y le besaba los cabellos—. Me gustaría que tuviéramos un rato para charlar, a lo mejor mañana por la mañana...
  - —Joder, mamá, es que siempre es lo mismo...
  - —No seas exagerada.
- —Quédate a dormir esta noche y mañana te traeré ensaimadas para desayunar propuso Octavi, conciliador.
  - —Papá, es que ahora soy vege.
- —¿Qué dice que es? —Saltó la bisabuela Senta volviendo de repente al mundo de los vivos y dando un buen susto a Robert, que pegó un bote en la silla.
- —Vegetariana, mamá —explicó Mimí levantando un poco la voz porque la bisabuela era un poco sorda—. La niña dice que se ha vuelto vegetariana. Significa que no come carne.
  - —¡Ya sé lo que quiere decir! ¡Soy sorda, no idiota!
- —Pero ensaimadas sí que comes, ¿no? Ahora entiendo por qué estás más delgada... —dijo Norma, a quien la noticia de la conversión de su hija al

vegetarianismo la había puesto en estado de alerta.

- —Mamá, las ensaimadas llevan manteca de cerdo. Y no es verdad que esté más delgada.
  - —¡Pero si no tienes culo! ¡Si se te caen los pantalones!
  - —¡Ahora eres tú la que exagera!

Antes de que empezaran a gritarse, Octavi dijo que llegaban tarde y que tenían que cambiarse de ropa. Tirando suavemente a su mujer del brazo, la condujo hacia el dormitorio al tiempo que le hacía un gesto a Violeta para que se callara en un intento de evitar la discusión. Sospechaba que su hija traía preparado alguno de sus discursitos incendiarios con el fin de enfurecer a su madre, algo a lo que últimamente parecía haberse aficionado, pero el tiempo se les echaba encima y aquel no parecía el momento más indicado para iniciar un debate sobre los derechos de los animales y las virtudes y defectos de las dietas vegetarianas. Sobre todo, calculaba Octavi, porque Mimí acabaría poniéndose de parte de su nieta y la discusión se alargaría y acabaría a gritos. En la universidad, según había deducido Octavi de la llamada, los esperaba una buena comitiva de galones, de manera que más valía que se dieran prisa. Hasta que él no examinara el cadáver, los de la brigada científica tendrían que permanecer de brazos cruzados soportando las indirectas y el malhumor de la intendente Mistral, una tortura que, conociendo a la intendente, Octavi no le deseaba a nadie.

- —Violeta tiene razón. ¡Siempre pasa lo mismo! —murmuró decepcionada mientras se quitaba el vestido—. ¡Y eso que esta vez Bernat me lo había prometido…!
- —Tranquila. La tendrás aquí mañana por la mañana, ya lo verás. Y por cierto, subinspectora, yo también había hecho planes para esta noche... —dijo Octavi abrazándola por la cintura y besándole el cuello.

Norma se dio la vuelta con lentitud, le puso los brazos alrededor del cuello y susurró:

—Entonces, doctor, será mejor que nos demos prisa.

## Capítulo 5

Mientras Norma y Octavi se cambiaban de ropa, Isabel y Mimí intercambiaron unas palabras en voz baja y decidieron ir a la cocina en busca del segundo plato.

- —Será mejor que nos comamos la lubina antes de que se enfríe —dijo Mimí levantándose de la silla con gesto decidido. Y dirigiéndose a Violeta, añadió—: Seguro que hace tiempo que no pruebas la lubina. Al precio que está...
  - —Es que tampoco como pescado... —dijo Violeta con un hilo de voz.

Mimí se detuvo en seco, dio media vuelta y le plantó cara a su nieta.

—¡Tonterías! ¡Como me llamo Mimí que probarás la lubina que ha cocinado tu madre! ¡Hasta aquí podíamos llegar…!

Violeta hizo una mueca pero no contestó. Sabía por experiencia que cuando su abuela adoptaba aquel tono autoritario era mejor abstenerse de llevarle la contraria. Isabel tampoco dijo nada, pero interiormente se alegró de que por una vez Mimí tomara la iniciativa y le ahorrara tener que hacer por enésima vez el papel de la mala de la película. Isabel y Mimí no tenían muchas cosas en común, salvo la preocupación por el bienestar de su nieta y el deseo ferviente de que Norma abandonara la policía. A diferencia de Mimí, que procedía de un barrio burgués y de una familia acomodada, Isabel era de origen humilde, y a ella el carácter excéntrico y el aspecto estrafalario de su consuegra la desconcertaban. Tímida y conservadora, tanto en su manera de pensar como de vestir, Isabel era fiel a una elegancia ramplona y pasada de moda que en las ocasiones especiales ella misma acentuaba con un collar de perlas auténticas y un maquillaje más que discreto. Para aquella cena había elegido un traje chaqueta azul marino y una blusa de color crema que contrastaban con el juvenil vestido de diseño que llevaba Mimí, que no había dudado en rematar el conjunto pintándose los labios de rojo. Con todo, Isabel no podía evitar la envidia que le producían los zapatitos planos, de suave terciopelo negro, que calzaba su consuegra, mucho más cómodos que los elegantes zapatos de tacón en los que ella llevaba embutidos los pies. Excepto los anillos, el resto de joyas que lucía Mimí eran de fantasía, y todos aquellos abalorios, junto con su cabellera rizada y artificialmente calabaza, la hacían parecer una vieja actriz de Hollywood algo trastornada o una vidente en trance de predecir el futuro. Robert, que tenía algunos amigos travestís que veneraban aquella estética de farándula y lentejuelas, llevaba toda la noche contemplándola embelesado. Algo desconcertado por la forma en que se desarrollaba la velada, en esos momentos dudaba entre levantarse y ofrecerse caballerosamente para ir a la cocina a echar una mano o hacer como Guillem y quedarse sentado a la mesa.

—Mi madre es antropóloga, supongo que ya lo sabes —dijo Violeta dirigiéndose a Robert, aprovechando que Norma no estaba en el comedor—. Todo el mundo se llevó una buena sorpresa cuando decidió hacerse policía.

—En esta familia hemos tenido muchas sorpresas... —murmuró Maurici sacudiendo la cabeza y mirando de reojo a su hijo y el pequeño pendiente que llevaba en la oreja.

Aunque lo dijo en un tono más bien neutro, no pudo evitar que el comentario sonara a reproche.

- —Vamos, papá, no empieces... —dijo Guillem con un suspiro.
- —¿Acaso he dicho algo raro? —Saltó Maurici, que tenía la nariz un poco roja y empezaba a trabucarse con las palabras.

Guillem miró hacia otro lado para no darse por aludido, pero Violeta, que estaba sentada junto a Maurici, riñó afectuosamente a su abuelo y le dio un beso en la mejilla. Maurici refunfuñó una frase incomprensible, que no quedaba claro si era un taco o una disculpa, y al final bajó la mirada y se quedó callado. A todas luces incómodo, Robert se puso a jugar con los cubiertos.

- —No os preocupéis. Es cosa del vino... —susurró la tía Margarida mientras alcanzaba la botella y se llenaba generosamente la copa. Y en defensa de Maurici, añadió—: Es que a nuestra generación nos educaron de otra manera. Ahora todo es diferente.
- —No según el Papa… —replicó Guillem con una sonrisa picara—. En Roma, las cosas no han cambiado mucho…
- —¡Deja tranquilo al Papa! —Saltó la monja, haciéndose la ofendida—. Si tuviéramos que hacerle caso… —añadió con desdén.
- —Bueno, se supone que es tu jefe... —insistió Guillem, con ganas de buscarle las cosquillas a la monja.
- —Tú ríete, pero ya verás como pronto tendremos una Papisa en Roma y las cosas cambiarán.

Y mientras se quitaba la toca y dejaba al descubierto sus cabellos plateados y no tan cortos como cabría esperar en una religiosa, sentenció:

- —Y eso del celibato también tiene los días contados. Y, si no, al tiempo.
- —Caramba, tía, no me digas que te ha salido un pretendiente fraile... —Saltó Violeta, burlándose.
- —¡Calla, tonta! ¡Yo ya no tengo edad para esas cosas! Pero si fuera veinte o quizá treinta años más joven... —dijo guiñándole un ojo y soltando una carcajada.

La tía Margarida era, en realidad, prima hermana de Mimí, y ambas compartían un sentido del humor que hacía ruborizar a Isabel y una afición por el aguardiente y el cava que el resto de la familia encontraba preocupante. Pertenecía a la orden de las clarisas, la rama femenina de los franciscanos, y Norma estaba convencida de que la devoción adolescente que la tía sentía por el abad de Montserrat rayaba en la herejía. Hacía doce años que se había hecho monja y que vivía en el monasterio de Pedralbes, y la clausura le había permitido descubrir sus excepcionales dotes para la informática y su talento como internauta: además de hacer pastelitos y cultivar el huerto, la

hermana Margarida dirigía el proyecto de digitalización del archivo histórico del convento. Dado que la suya había sido una vocación tardía y de carácter más estético que místico, con la familia mostraba la suficiente cordura como para no hablar nunca de teología, y menos aún de religión.

\* \* \*

Esa vez el trueno estalló con furia y toda la casa quedó a oscuras. Senta, aterrorizada, soltó un grito y se tapó las orejas. Últimamente Senta confundía los truenos con las bombas que los aviones italianos y alemanes habían dejado caer sobre Barcelona durante la guerra, y, cuando tronaba, no podía evitar ponerse a temblar. A tientas, Mimí le tomó la mano y la tranquilizó.

- —No pasa nada, mamá. Son truenos.
- —Voy a la cocina a buscar una linterna —se ofreció Violeta, levantándose de golpe y guiándose con la llama de un pequeño encendedor.

Violeta volvió refunfuñando un par de minutos más tarde con una vela en la mano. La linterna, dijo, estaba rota o no tenía pilas. Por suerte, la electricidad volvió enseguida y todos suspiraron aliviados. La tía Margarida aprovechó que Violeta había bajado la guardia para interceder por Norma.

- —Deberías ser un poco más comprensiva con tu madre, nena. Seguro que a ella no le hace ninguna gracia tener que irse. Si hubieras visto cómo le ha cambiado la cara cuando has llegado…
- —¡Pero es que siempre pasa lo mismo! —contestó Violeta mientras hacía equilibrios en la silla para sentarse en la posición del loto. Y añadió a modo de explicación, dirigiéndose a Robert—: Es lo que tiene que tus padres sean policías: ¡matan a alguien y ellos desaparecen!
  - —Tu padre no es policía, niña. Es médico.

Isabel, que acababa de entrar en el comedor con una fuente recién sacada del horno, estaba muy orgullosa de la profesión de su hijo.

- —Sí, pero trabaja para ellos, como mamá.
- —Ellos —saltó Guillem en un tono que Violeta no esperaba— también son los que meten en la cárcel a los violadores, los pederastas y los asesinos. No lo olvides.
- —Y a los inmigrantes ilegales y a los okupas... Y hasta no hace mucho también os metían a vosotros —contraatacó Violeta, un poco descolocada por el tono vehemente de Guillem.
- —Pues ahora ya no. Ahora defienden nuestros derechos porque las cosas han cambiado. ¿O es que te crees que no hay policías que entienden? —Guillem, que a diferencia de Robert no tenía demasiada pluma, subrayó sus palabras con un gesto muy femenino que Isabel y Maurici fingieron no ver.
  - —Eso no quiere decir que no sepan darle a la porra.
  - —¡Haz el favor de no decir tonterías! —Guillem se revolvió en la silla y alzó un

poco la voz—. Tu abuela tiene razón. Tu padre es médico y tu madre trabaja en homicidios, no en antidisturbios, ya lo sabes. No se dedica a repartir mamporros. Y, en cualquier caso, no seas ingenua: quienes toman las decisiones sobre la cantidad de hostias que se reparten en las manifestaciones son los políticos, no los policías. La pasma se limita a cumplir órdenes.

- —Son instrumentos de la represión —murmuró Violeta, un poco descolocada.
- —Mujer, hay de todo... —intervino Robert en tono conciliador.

Guillem optó por no seguir discutiendo con su hija y un silencio tenso se apoderó del comedor. Por fortuna, en ese momento reapareció Mimí con una segunda fuente humeante y con Norma y Octavi listos para irse.

—¡Qué elegante! —dijo Guillem, burlón—. ¡Si hasta te has puesto corbata!

Octavi se había limitado a ponerse un chaleco de lana y una corbata discreta, mientras que Norma, que para aquella cena había elegido un vestido escotado de color morado que casi le llegaba a los tobillos, había tenido que cambiarse de pies a cabeza. Iba a investigar un homicidio, no a una fiesta, y para visitar el escenario de un crimen iría más cómoda con unos pantalones, una camiseta y unos zapatos planos. Con aquella nueva indumentaria, mucho más sobria, Norma se dio cuenta de que el maquillaje que llevaba quizá era un tanto exagerado, pero decidió pasar por alto ese detalle. Hacía rato que los esperaban, y en la Facultad de Historia, pensó, todo el mundo debía de estar muy nervioso.

Desde el dormitorio, Norma no había podido evitar oír la discusión que había tenido lugar momentos antes en el comedor, pero a ella las opiniones radicales de Violeta y sus filípicas anarquistas no la pillaban por sorpresa. Se acercó como si nada hasta su hija y, con suavidad, le puso las manos sobre los hombros y la besó en la mejilla.

- —¡Tonta! —le susurró con una sonrisa.
- —¡Y tú más!
- —¡No, tú más!

Desde que Violeta era pequeña, aquel afectuoso intercambio de insultos entre madre e hija se había convertido en una especie de ritual que dejaba las discusiones en tablas. Sin embargo, llegaban tarde, Octavi decidió interrumpir aquella tierna escena de reconciliación maternofilial que había hecho que el ambiente se relajara.

- —Llévate el casco. Y una chaqueta. Iremos en moto —propuso Octavi.
- —No sé si es buena idea. Me parece que está a punto de llover.
- —Bah, caerán cuatro gotas. Llegaremos en un momento.
- —¡Pero si hasta se ha ido la luz! Y además, la abuela ha dicho que llovería... Es mejor que vayamos en coche.
- —No lo podrás aparcar. Son calles estrechas —replicó Octavi con el casco en la mano—. Además, te recuerdo que tu abuela no acierta nunca.
- —Hombre, acierta a veces, como todo el mundo. Y no te olvides de que soy policía. ¡No me van a poner una multa!

—Sí, pero después seguro que tú encontrarás a alguien que te lleve a casa, y esto tiene pinta de que a mí me tocará ir al Clínico, me apuesto lo que quieras. ¡Si no pillo un taxi, ya me dirás cómo iré, a estas horas…! Vamos, toma el casco —insistió Octavi mirando el reloj.

Octavi iba en moto a todas partes, pero a Norma las motos no le gustaban. A lo largo de su vida había visto demasiados accidentes, demasiadas cabezas reventadas, demasiada gente en silla de ruedas, aunque ninguno de sus argumentos y maniobras, algunas con lencería atrevida incluida, habían logrado convencer a su marido para que cambiara su vieja Guzzi por un medio de transporte más seguro. De todos modos, aquella noche ella se había tomado unas cuatro copas de vino y probablemente daría positivo en un control de alcoholemia, y como Octavi tenía carnet de moto pero no de coche si cogían el Volkswagen le tocaría conducir a ella. Estaba segura de que su marido, que en todo era mucho más moderado, solo había bebido un par.

- —Está bien... —Norma cedió de mala gana—. Pero no corras.
- —Ya sabes que yo no corro nunca.

Un nuevo relámpago volvió a dejarlos a oscuras e hizo que temblara todo el edificio, esta vez fue Robert quien soltó un grito. El gato corrió a esconderse bajo la mesa, y Violeta se apresuró a encender la vela al tiempo que se quejaba de que en aquella casa hubiera miles de libros y cachivaches pero ninguna linterna en condiciones. Oportunamente, antes de que el tema de la linterna provocara una nueva discusión, la tía Margarida anunció que era el momento de abrir otra botella, cosa que ella misma se encargó de hacer con una habilidad que Robert encontró insólita en una monja de clausura. Guillem propuso un brindis a la salud de los treinta y ocho años que Norma estaba a punto de estrenar y de los cuarenta y ocho que Octavi había cumplido en verano, y, a continuación, Isabel se levantó de la silla y propuso un tercer brindis, esta vez a la salud de Robert.

—¡Bienvenido a la familia, hijo! —dijo elevando tímidamente la copa bajo la fantasmagórica luz de la vela.

Era la primera vez que Isabel reaccionaba de esa manera, con una naturalidad que, no por el hecho de ser fingida, tenía menos valor. Guillem se emocionó al ver que su padre también alzaba dócilmente la copa para brindar. Bajo el mantel, Robert buscó la mano de su novio y la apretó con fuerza.

—¿Sabes? —susurró—. Tienes una familia curiosa. Pero creo que me gustan.

## Capítulo 6

La Facultad de Historia se encontraba muy cerca del Museo de Arte Contemporáneo, a medio camino entre la rambla de Canaletas y la popular ronda de Sant Antoni, en un barrio de callejas antiguas que hasta hacía poco habían sido oscuras y estrechas y que ahora, tras derribar algunos edificios y desalojar a algunos vecinos, el ayuntamiento había incorporado al monstruoso parque temático en que se había convertido Barcelona desde la celebración de los Juegos Olímpicos. Norma y Octavi habían estado no hacía mucho en el museo visitando una exposición que no les había gustado en absoluto, y, a la salida, ambos habían jurado malhumorados no volver a arriesgarse con artistas posmodernos de discurso tópico y talento incierto. *Ars longa vita brevis*, había sentenciado Octavi tras desfogarse diciendo lo que pensaba del arte contemporáneo en general y del barcelonés en particular. Las siguientes exposiciones que fueran a ver, dijo, serían de alguien que como mínimo llevara muerto cincuenta años. A su edad, añadió contrariado, no estaban para perder el tiempo con tonterías.

De noche y en moto apenas tardaron diez minutos en llegar a la Facultad de Historia, aunque las calles no estaban precisamente desiertas. Desde que Barcelona se había convertido en una ciudad para turistas de hígado cirrótico en busca de alcohol barato, era habitual ver grupos de gente paseando a todas horas, sobre todo de noche y por el centro. Había coches por todas partes, y el hecho de que fuera puente contribuía a que hubiera más noctámbulos y turistas que de costumbre. A esas horas, muchos deambulaban bastante ebrios, sin saber muy bien adónde ir, y se mezclaban fraternalmente con los autóctonos invadiendo las calzadas, lo que obligaba a los vehículos a aminorar la velocidad. En cuanto la moto de Octavi alcanzó las Ramblas, una comitiva de esqueletos sonrientes que desfilaba blandiendo guadañas de plástico y botellas de cerveza a modo de un macabro carnaval lo obligó a detener el vehículo.

—¡Menudo personal! —protestó Octavi intentando abrirse paso—. ¡Todavía no es medianoche y ya están borrachos!

Desde hacía unos años, la víspera de Todos los Santos se había convertido en una noche complicada, ambos lo sabían. Por teléfono, el inspector Roca le había avanzado a Norma que el otro investigador del grupo de homicidios, el subinspector Agustí Carrasco, estaba ocupado con una muerte por sobredosis en la otra punta de la ciudad. Cuando acabara con los preliminares, el subinspector tendría que encargarse de lo que parecía un ajuste de cuentas en la Barceloneta que había terminado con un par de traficantes cosidos a navajazos, y eso que la noche no había hecho más que empezar. Los próximos días, vaticinó sombríamente el inspector haciendo honor a la fama de pesimista que lo precedía, Octavi y su equipo tendrían trabajo.

En la entrada y los alrededores de la facultad, entre el personal de las ambulancias, los municipales, los mossos y los curiosos, había como mínimo unas

cincuenta personas. Octavi aparcó la moto a pocos metros de la entrada de la puerta principal y enseguida algunos curiosos se acercaron. La Guzzi California 1000 que conducía Octavi era un modelo antiguo que databa de 1985, y, cuando la aparcaba en la calle, siempre había quien se detenía a contemplarla. Era negra, con los cromados que brillaban como si fueran nuevos porque Octavi se encargaba de tenerlos limpios como una patena, y su diseño, futurista y anticuado al mismo tiempo, hacía que pareciera una pieza de museo. Octavi, que desde joven era aficionado a las motos, la había comprado nueva hacía más de veinte años, y, a pesar de las reiteradas protestas de Norma, su vieja Guzzi era una de las pocas cosas a las que no estaba dispuesto a renunciar.

El inspector Roca los esperaba con gesto de preocupación a la entrada del recinto, y nada más verlos llegar les hizo un gesto para que se acercaran. Parecía algo incómodo entre tanto curioso y tanto policía de uniforme, y Norma suspiró al ver sus vaqueros roñosos y su camisa deshilachada; aquella vieja camisa de algodón quizá había sido blanca alguna vez, pero en aquellos momentos exhibía un tono indefinido que oscilaba entre el amarillo lamparón y el gris sucio. Como de costumbre, el inspector iba sin afeitar y tenía cara de sueño.

—Buenas noches, chicos —dijo aliviado al verlos—. Ya sé que os he estropeado la fiesta, pero son órdenes directas del comisario. Él y la intendente Mistral están arriba. Y corren rumores de que la consellera también se dejará caer por aquí de un momento a otro…

Norma y Octavi intercambiaron una mirada de perplejidad.

- —Caramba, Bernat, ¿la plana mayor, con consellera incluida? —Norma soltó un silbido de sorpresa y Octavi alzó inquisitivamente las cejas en un gesto que traslucía su asombro—. Pero ¿a quién demonios se han cargado? ¿No dijiste que era un profesor?
- —Un catedrático de historia contemporánea, para ser más exactos. Al parecer, lo han estrangulado.
  - —¿Y no podía ocuparse Puig? —protestó Octavi con brusquedad.

Antes de contestar, el inspector lanzó una mirada a su alrededor y bajó un poco la voz.

- —Lo que pasa es que es el suegro de Mónica Muntaner —dijo, aunque al ver que ninguno de los dos reaccionaba al oír aquel nombre, añadió—: Sí hombre, la familia Muntaner, la de los laboratorios... Seguro que os suena. Son los dueños de algunas de las empresas más importantes del país.
- —¡Ahora entiendo porqué estamos aquí! —refunfuñó Octavi, a quien le molestaba tener que dar la razón a su hija y su pandilla de amigos furnetas.

Esa vez Violeta había acertado. Incluso entre los muertos había categorías, cadáveres de primera que provocaban una movilización general y cadáveres de segunda que se despachaban sin pena ni gloria. Era una actitud que sacaba de quicio a Octavi, quien en el Clínico obligaba a sus subordinados a dedicar la misma atención

profesional a todas las víctimas que pasaban por su departamento con independencia del tamaño de su cartera.

- —Joder, Bernat —insistió Octavi—. ¿Es que ahora van así las cosas? —le espetó.
- —Hombre, no se cargan a un catedrático de universidad todos los días. Y, además, ya sabes cómo se ponen los de arriba cuando el muerto tiene nombre y apellidos...
- —¿Y me puedes explicar entonces de qué coño sirven los protocolos? ¿O es que os creéis que yo podré hacer algo que no podría haber hecho Puig?

Octavi había levantado la voz un poco más de la cuenta y Norma, que se dio cuenta de que unos cuantos mossos de uniforme prestaban discretamente atención, le hizo un gesto para que se calmara.

- —No te lo tomes así, doctor —contestó el inspector—. Es que aquí todo el mundo está muy nervioso. Lo de avisarte a ti ha sido idea del comisario, a mí no me mires. Además —añadió—, tu colega Puig todavía está un poco verde…
- —¡Puig es perfectamente capaz de ocuparse de esto, lo sabes muy bien! —replicó secamente Octavi—. Y, además, ¿desde cuándo los mossos dais órdenes a los forenses?

Con la cabeza gacha, el inspector suspiró y se limitó a encogerse de hombros.

- —Muy bien, mata al mensajero, si quieres... Pero ya os he dicho que ha sido cosa de Nebot. Y os aviso de que hoy el comisario no tiene un buen día.
- —Ya que estamos aquí, será mejor que nos cuentes los detalles. —Norma decidió terminar de una vez con el capítulo de las lamentaciones e ir al grano—. ¿Qué sabemos?
- —Todo apunta a que lo han estrangulado. En principio, no parece que sea un robo, pero todavía es pronto para sacar conclusiones.
  - —¿Habéis avisado a la familia?
- —Hemos hablado con el hijo, Jordi Parellada, que estaba en la Cerdanya con su mujer, pero a la viuda todavía no le hemos dado la noticia. Su hijo dice que padece del corazón y que antes quiere prepararla. Cuando el comisario habló con él, y lo llamó en persona, el hombre dijo que cogía el coche y venía hacia aquí. Llegará de un momento a otro.
- —Eso será si no se encuentra con una patrulla y le inmovilizan el coche por exceso de velocidad —dijo Norma con sarcasmo.
  - —No lo creo. Me parece que Nebot ya ha enviado un aviso.
  - —El comisario está en todo, ¿no?
  - —Mujer, por eso es el comisario...
  - El inspector soltó una risita.
  - —Este Jordi Parellada, ¿es hijo único?
- —Tiene una hermana, pero ahora mismo está con la madre. Ah, y la víctima era un hombre enfermo. Lo estaban tratando de un cáncer.
  - —¿Sabemos la edad? —preguntó Octavi.

- —Sesenta y ocho años. Al parecer, en la universidad no los jubilan hasta los setenta.
  - —¿Dónde lo han encontrado exactamente?
- —En su despacho. El comisario está allí y os espera. —El inspector dudó un poco
- —. Con el juez… y tu amiga la intendente.
  - —¡Mierda! —exclamó Norma, contrariada.
  - —Ha preguntado por ti varias veces.
  - —Estaba celebrando mi cumpleaños. ¿Te acuerdas?

La intendente Antonia Mistral era una mujer antipática y autoritaria que no contaba con excesivas simpatías entre sus subordinados. En la brigada de homicidios todo el mundo sabía hasta qué punto Norma y ella se detestaban, y corría el rumor de que la intendente hacía todo lo que estaba en su mano para impedir que Norma ascendiera a inspectora. La intendente Mistral consideraba a la subinspectora Norma Forester demasiado blanda y excesivamente de izquierdas para ser policía, y Norma, por su parte, no soportaba el feminismo de escaparate y de consignas rancio y anticuado de la intendente, siempre dispuesta a recurrir al discurso del macho opresor y a esgrimir injusticias atávicas cuando era objeto de alguna crítica. A Norma, la afición de la intendente por perseguir actitudes machistas y convertir en víctimas a todas las mujeres del mundo la sacaba de quicio. Le parecía una actitud pueril y contraproducente en una mujer de su rango, como también su incansable defensa de la corrección política y lingüística y sus constantes amenazas de abrir expedientes disciplinarios. Por más que a veces tuviera razón, a Norma aquellas cazas de brujas la aburrían. En cualquier caso, había llegado a la conclusión de que prefería escuchar chistes vulgares compartiendo una cerveza con sus compañeros que arengas feministas que en su opinión no servían para nada.

\* \* \*

—Será mejor que vaya subiendo —dijo Octavi colocándose bien las gafas—. Os espero arriba.

Mientras Octavi desaparecía con paso enérgico por el pasillo, el inspector Roca agarró a Norma del brazo y la condujo hasta un rincón discreto. El inspector le sacaba seis años y había sido su mentor en la brigada de homicidios, y, aunque era un buen policía, todos sabían que a veces, cuando lo sometían a mucha presión, se aturullaba un poco. Algunos pensaban que el cargo de jefe de homicidios le quedaba grande, pero, en realidad, todos los problemas del inspector se reducían a un divorcio que lo había pillado por sorpresa y del que todavía no se había recuperado. Los ocho kilos que había ganado en poco tiempo se debían al hecho de que últimamente dedicaba sus horas libres a atontarse delante de la tele bebiendo cerveza y comiendo *pizza*, y sus propios compañeros hacían apuestas sobre cuánto tardaría el inspector en cambiar la cerveza por el *whisky* y las películas porno por las putas. Mientras observaba los

lamparones de la camisa y su cara sin afeitar, Norma decidió que era urgente dedicar un rato a confeccionar una lista de amigas disponibles para poner remedio al aletargamiento del inspector.

Antes de convertirse en su jefe, él y Norma habían trabajado juntos bajo las órdenes de la intendente Mistral, su antecesora en el cargo, y de aquella experiencia traumática había nacido una buena amistad que había resistido el hecho de que lo nombraran jefe del grupo de homicidios de la comisaría de Les Corts. En el departamento sus colegas habían vaticinado que el nombramiento recaería en Norma, y, entre los mossos, la inesperada noticia del ascenso del subinspector fue recibida con indisimulada sorpresa. El hecho de estar divorciado y de no tener hijos sin duda había jugado a su favor, pero todo el mundo sospechaba que la manía que la intendente le tenía a Norma había hecho el resto. En realidad, lo único que la subinspectora envidiaba a su atareado colega era el sueldo, pero no así las reuniones, los gritos histéricos y el papeleo. En el fondo, se alegraba de poder moverse a sus anchas, especialmente ahora que su superior inmediato ya no era la estirada intendente Mistral, sino su antiguo compañero.

- —El comisario quiere que te encargues de la investigación. Mistral quería a Carrasco, pero el comisario ha insistido en que te avisáramos a ti. Ha dicho que eres la mejor.
  - —La intendente estará que se sube por las paredes.
- —Pero no te equivoques, porque nos lloverán hostias de todos lados. Será mejor que nos hagamos a la idea —dijo el inspector con aire abatido.

Al inspector Roca, un primer vistazo al escenario del crimen y sus años de experiencia le decían que se encontraban ante un caso complicado.

- —Hombre, a lo mejor no es para tanto... —Norma decidió mostrarse optimista para contrarrestar la expresión huraña de su colega—. Si no se trata de un profesional, con un poco de suerte lo atraparemos pronto, ya verás.
- —Por desgracia, la suerte es un factor que no podemos controlar —contestó el inspector con cara de malas pulgas.
- —¡Vaya, hablas igual que Octavi! Bah, seguro que Permanyer encontrará un pelo, una huella, una gotita de sudor... Conociéndolo, puede que tarde un poco, pero seguro que terminará sirviéndonos el nombre del asesino en bandeja de plata.
- —Eso es lo que me preocupa. Como comprenderás, no me entusiasma la idea de tener a Mistral metiendo la nariz en mi despacho todo el santo día.
- —Me han dicho que se ha teñido el pelo y que ahora va de rubia. Y como por lo visto hay peces gordos de por medio, hoy irá la mar de elegante —dijo Norma en tono burlón.
  - —La verdad es que no me he fijado —mintió el inspector.
- —¿Por qué no pruebas a ligar con ella? —sugirió Norma—. Al fin y al cabo, la intendente no está nada mal... —Y añadió—: Pero, claro, antes tendrías que afeitarte y cambiarte esa camisa llena de manchas.

—Me gusta esta camisa. Y, gracias, pero no estoy tan desesperado.

Norma le dedicó una sonrisa cargada de escepticismo y le pasó la mano afectuosamente por el hombro.

- —Tranquilo, mañana mismo me pongo manos a la obra. Tengo un montón de amigas que sí están desesperadas y que, además, están buenas. Pero, volviendo al caso, dices que lo han estrangulado...
  - —Eso parece.
  - —Bien, como mínimo no habrá sangre...
  - —Tienes razón. Esta vez has tenido suerte.

Aunque con los años había acabado por acostumbrarse, había algunos espectáculos que Norma prefería ahorrarse. Si bien era capaz de ensuciarse las manos o de asistir impasible a una autopsia antes de retirarse a un rincón a vomitar, en el departamento todos sabían que cuando había sangre de por medio la subinspectora Forester fingía alguna llamada urgente y se escabullía. Por suerte, su compañero Gabriel no tenía tantos reparos, porque en eso era como Octavi, capaz de mirarlo todo con ojos profesionales e interponer una prudente distancia emocional. Norma se justificaba diciendo que tenía de sobra con la información que le proporcionaban las fotografías y los informes de las autopsias, y en parte era cierto. Su trabajo consistía en buscar móviles, comprobar coartadas e interrogar a los vivos, porque de sacar información a los muertos ya se ocupaba su marido.

- —A primera vista, no parece que el asesino haya dejado muchas pistas —dijo el inspector ladeando la cabeza—. Pero tendremos que esperar a que tu marido acabe.
  - —Octavi está muy cabreado.
  - —De verdad que siento lo de la cena. Es una putada. ¿Qué tal está Violeta?
- —En plena rebelión juvenil contra sus padres. O, mejor dicho, contra su madre...
  —Norma suspiró, antes de añadir—: Tenía buen aspecto, pero olía a maría. Supongo que fuma porros.
- —Mujer, tiene dieciocho años, dice que es anarquista y vive en Gracia con un grupo de okupas. ¿Qué esperabas? Que fume porros es lo mínimo...
  - —Hombre, gracias. ¡Ahora ya me quedo más tranquila...!
- —Y, no es por nada, pero tú tenías más o menos la misma edad cuando la tuviste a ella… —le recordó el inspector.
  - —Calla. ¡No quiero ni pensarlo!

El inspector Roca no tenía hijos ni sobrinos, pero conocía a Violeta desde niña y en casa de Norma se convertía en el tío Bernat. Él y Octavi habían crecido juntos, y Norma sabía que al inspector le encantaba representar el papel de tío postizo que había asumido con Violeta y que incluía llevarle la *mona* el lunes de Pascua y los juguetes más espectaculares el día de Reyes.

- —¡Será mejor que subamos antes de que la intendente empiece a echar humo…! —dijo Norma con resignación.
  - —Usted primero, subinspectora. —El inspector le cedió teatralmente el paso—.

El caso es todo tuyo.

# Capítulo 7

Norma y el inspector se dirigieron al departamento de Historia Contemporánea, donde la víctima tenía su despacho y donde hacía aproximadamente una hora y media una de las empleadas de la limpieza había descubierto el cadáver. La mujer, una ecuatoriana que rondaría los cuarenta y cinco años pero que aparentaba unos diez más, se había llevado un buen susto, porque lo primero que pensó al encontrarse al catedrático en el suelo fue que el hombre había sufrido un desvanecimiento y se apresuró a intentar reanimarlo. Al darle la vuelta, el profesor la había mirado desde el más allá con los ojos inyectados de sangre, a punto de salirle de las órbitas, y ella había estado a punto de sufrir un síncope. El guardia de seguridad del edificio, alertado por sus gritos y los de sus compañeras, se había apresurado a llamar a una ambulancia y a avisar a los mossos.

- —¿Qué te había dicho? —dijo Norma en voz baja—. Hoy la intendente se nos ha puesto de tiros largos. ¡Debe de tener esperanzas de salir en la foto!
  - —¡Chisss! Será mejor que bajes la voz.

La intendente Mistral y el comisario Nebot estaban en el pasillo y hablaban con expresión tensa con el jefe de la Policía Científica. El inspector Francesc Permanyer y sus hombres, maletín en mano, esperaban que Octavi acabara de examinar el cadáver y que el juez ordenara el levantamiento del cuerpo para procesar el escenario. La presencia del juez también era un hecho poco habitual, porque, por regla general, cuando se producía un homicidio los jueces se limitaban a contactar por teléfono con el forense de guardia y a dar instrucciones sin salir del despacho. Sin embargo, en esta ocasión el juez se había tomado la molestia de personarse en el lugar de los hechos y estaba allí hablando con Octavi. Norma frunció el ceño cuando vio la cara del magistrado encargado del caso. El juez Óscar Gallardo, un hombre en la cincuentena con fama de ser un jurista tan quisquilloso y machista como petulante y ambicioso, era célebre por la inquina que les tenía a los mossos. Todo el mundo sabía que no les pondría las cosas fáciles.

- —Ya era hora de que le viéramos el pelo, subinspectora —soltó la intendente Mistral al tiempo que fingía mirar el reloj y alzaba una ceja en señal de desaprobación.
- —Yo también me alegro de verla, intendente. —Norma procuró que su voz sonara glacial, pero al dirigirse al comisario Nebot cambió de tono—. Buenas noches, comisario.
  - —Me han dicho que hoy es tu cumpleaños, Norma. Felicidades.
- —Gracias, señor. De hecho, Octavi y yo estábamos en casa celebrándolo con la familia —dijo procurando que el comisario advirtiera su decepción.
  - —Ya lo sé. Y de verdad que lo siento —se disculpó él.

El comisario se pasó una mano por la cabeza, rasurada casi al cero para disimular una calvicie más que incipiente, y, mirando de reojo a la inspectora Mistral, añadió:

—Mira, te prometo que más adelante intentaremos compensarte por haberte estropeado la fiesta, pero de este homicidio necesito que te ocupes tú. El subinspector Carrasco es un magnífico investigador, no hace falta que te lo diga, pero tú tienes más mano izquierda. Como es de suponer, en este caso no podemos permitirnos ninguna metedura de pata. Tenemos que causar buena impresión.

Norma sabía perfectamente a qué se refería el comisario y se limitó a asentir con la cabeza. Nadie podía negar que el subinspector Carrasco era un buen policía, pero todo el mundo sabía que, si por algo se caracterizaba, era por sus métodos poco sutiles, su abuso de las palabrotas y su afición a los chistes políticamente incorrectos. En los sórdidos ambientes del distrito V en los que se movía el subinspector, aquellos métodos de viejo dinosaurio solían darle resultados excelentes, pero el comisario no quería ni imaginárselo interrogando con su peculiar falta de modales a una de las familias más poderosas del país ante las uñas afiladas de sus eficientes abogados. Norma actuaba de otro modo, con más educación y frialdad, y, aunque había quien pensaba que en realidad no tenía madera de policía, el comisario consideraba que la subinspectora contribuía a transmitir la imagen de eficiencia y modernidad que pretendía dar al cuerpo por más que su aire refinado a veces fuera objeto de burlas en el departamento.

- —El inspector me ha informado de que la víctima es un historiador y que además es el suegro de una de las mujeres más ricas del país. Supongo que eso explica que media comisaría esté aquí —observó Norma lanzando una mirada rápida a su alrededor.
- —Es el profesor Francesc Parellada, un catedrático de historia contemporánea confirmó el comisario—. La mujer que lo encontró lo ha identificado. De todos modos, llevaba la documentación encima.
- —El guardia de seguridad solo lleva tres meses trabajando en la universidad y al parecer no lo conocía —añadió tímidamente el inspector—. Claro que tampoco conoce a todos los alumnos. La mujer de la limpieza nos ha explicado que el catedrático estaba de baja por enfermedad desde hacía tiempo. Precisamente acababa de reincorporarse.
- —Su hijo me lo ha confirmado —corroboró el comisario asintiendo con la cabeza
  —. Tenía cáncer de pulmón.

Octavi y el juez salieron del despacho y, a Norma, una vaharada de colonia masculina, de alguna marca inequívocamente cara, le cosquilleó en la nariz y la hizo estornudar. El juez iba muy elegante, enfundado en un sobrio traje oscuro en el que destacaba una corbata de seda que seguramente estrenaba ese día, y llevaba el cabello engominado y peinado hacia atrás. A su lado, con gafas redondas, despeinado y con una chaqueta de pana negra, Octavi parecía justo lo que era: un progre desencantado que todavía no se había resignado a renunciar a sus ideales.

- —Yo ya he terminado —dijo Octavi quitándose los guantes y los patucos de plástico y buscando un lugar en el que tirarlos—. Le he tomado la temperatura al hígado y hará un par de horas que está muerto, tres como mucho. —Y, dirigiéndose al juez, añadió—: Si le parece bien, nos lo llevamos al Clínico. Mañana a primera hora le haremos la necro.
  - —¿Mañana? ¿No puedes hacerlo esta noche? —imploró el comisario.
- —Hombre, comisario, ¿qué quieres? ¿Que saque a todo el mundo de la cama a estas horas? Extraoficialmente te diré que todo apunta a que lo han estrangulado, probablemente con algún tipo de cuerda no demasiado delgada ni áspera. Hay laceraciones y hematomas alrededor del cuello, pero la piel no se ha llegado a rasgar. A simple vista, no parece que hayan quedado restos de la cuerda, pero tengo que examinarlo a fondo. Y, como te he dicho, a lo sumo hace tres horas que está muerto, no más.
  - —Y eso situaría la hora de la muerte...
- —Estaríamos hablando de entre las ocho y media y las nueve y media de la noche, minuto arriba minuto abajo. En cualquier caso, tendremos que esperar a ver qué encontramos cuando le hagamos la necro. —Pero, al ver la cara de desesperación del comisario, añadió—: De todos modos, ahora, en el Clínico, le haré un examen preliminar.
- —Será mejor que también yo eche un vistazo —anunció Norma mientras revolvía en el interior de su bolso.

Norma buscaba un pasador y tardó un poco en encontrarlo. Tras recogerse el pelo con una coleta, pidió patucos desechables y guantes a los compañeros de la científica y entró en el despacho. La víctima era un anciano de aspecto frágil y enfermizo, y la mueca de dolor de su rostro, deformado por la asfixia, le confería un aspecto grotesco que recordaba las máscaras de terror que por esos días se vendían en las tiendas de disfraces. Mezclado con la perfumada colonia del juez, Norma percibió el tufo acre que impregnaba la habitación y se acercó al cadáver para examinarlo de cerca. La incontinencia urinaria es un efecto secundario en algunos tipos de muerte, lo cual, junto con las lesiones que se apreciaban alrededor del cuello, reforzaba la hipótesis de la asfixia.

El cuerpo no parecía presentar otros signos de violencia y, por la posición en que había quedado el cadáver, Norma dedujo que el profesor había dado la espalda a su verdugo y que este le había sorprendido por detrás. El catedrático no había sospechado que su vida corriera peligro, lo que significaba que o bien conocía a su agresor o le había parecido una persona inofensiva. En lo referente al despacho, era un cubículo anodino de unos diez metros cuadrados con las paredes forradas de estanterías atiborradas de libros. Las ventanas estaban cerradas, y, aunque en la calle el aire era frío, allí dentro empezaba a hacer calor. Había un escritorio, una mesita de centro con dos pequeñas butacas y un par de mesitas bajas atestadas de libros y papeles. Todo el mobiliario tenía la misma vocación de rabiosa modernidad que se

respiraba al entrar en el edificio, y el conjunto transmitía ese aire impersonal propio de los materiales sintéticos y los colores fríos tan apreciados por los arquitectos y los diseñadores barceloneses. De todos modos, era un diseño de pacotilla, especialmente concebido para no resistir el paso del tiempo, dedujo tras examinarlo de cerca. En diez o quince años, todo aquel costoso mobiliario se habría estropeado y habría que tirarlo a la basura. Por asociación de ideas, Norma pensó en las antigüedades que ella y Octavi tenían en casa y en sus muebles macizos, ennoblecidos por la pátina del tiempo. Mal negocio para los anticuarios del futuro, se dijo sacudiendo la cabeza. Casi nada de lo que se hacía ahora perduraría.

Dejando de lado el caos de papeles que resultaba lógico encontrar en el estudio de un hombre de letras, Norma no vio nada que le llamara la atención. Ni el despacho estaba particularmente desordenado ni parecía mostrar señales de lucha. El inspector Roca tenía razón. El agresor no había dejado muchas pistas.

—Por mí, ya se lo pueden llevar. No hay mucho que ver. —Y, dirigiéndose al fotógrafo, añadió—: Supongo que ya has hecho las fotos…

El fotógrafo se limitó a bostezar y asentir con cara de sueño. En el pasillo esperaban dos hombres vestidos de gris que sostenían una camilla y una funda negra de plástico y que también bostezaban. El juez interrogó a Octavi con la mirada y, a continuación, hizo un gesto a los dos hombres para que entraran y procedieran a trasladar el cadáver.

- —¡Suerte que los chicos de la patrulla han llegado antes que los de la ambulancia y no han dejado entrar a nadie…! —suspiró el inspector Francesc Permanyer, jefe de la Policía Científica—. La mujer y el hombre que lo han encontrado dicen que no han tocado nada, pero nunca podemos fiarnos…
- —Pues a ver si esta vez sus hombres no meten la pata, ¿eh, Permanyer? —El magistrado Óscar Gallardo, que hasta entonces se había limitado a posar con aire de superioridad, acompañó sus palabras con una sonrisa estudiadamente mefistofélica.
- —Mis hombres no acostumbran a meter la pata. Pero equivocarse —el inspector encogió los hombros— forma parte de la naturaleza humana. Usted que es juez debería saberlo.

El magistrado echó el cuerpo hacia atrás y sonrió, satisfecho de haber acertado en uno de los puntos débiles del inspector.

—¡Hombre, Permanyer, no hace falta que se me ponga filosófico…! —dijo con suficiencia—. Solo era un comentario…

El inspector volvió a encogerse de hombros y se limitó a adoptar una de sus expresiones estoicas.

- —Supongo que hay que descartar un accidente o un suicidio —intervino el comisario cambiando de tema y con un hilo de esperanza en la voz.
- —Supones bien. —Octavi alzó las cejas y se colocó bien las gafas—. No sé cómo este pobre hombre se habría podido estrangular a sí mismo, voluntariamente o por accidente, y, una vez muerto, hacer desaparecer la cuerda o lo que sea que hubiera

utilizado. Claro que si a vosotros se os ocurre alguna idea...

- —No es preciso que se nos ponga sarcástico, doctor Claramunt —le soltó secamente la intendente Mistral—. Ya sabe que de entrada no hay que descartar nada.
- —Que busquen bien por los alrededores, a ver si hay suerte. —Octavi se limitó a hacer caso omiso de la intendente—. Si la cuerda aparece y el agresor no llevaba guantes, a lo mejor encontramos células epiteliales.
- —Quién sabe. Tal vez se trate de una mujer. La víctima era un hombre mayor, poco corpulento y, además, estaba enfermo. Una mujer habría podido sorprenderlo y asfixiarlo —sugirió la intendente.

Octavi la miró con escepticismo pero no dijo nada.

- —¿A ti qué te parece? —El comisario se volvió hacia Norma, que hasta ese momento se había limitado a escuchar sin abrir la boca.
- —Estadísticamente es improbable —dijo encogiéndose de hombros—. Pero como afortunadamente las estadísticas están cambiando...
- —No es esta la actitud que esperamos de usted en esta investigación, subinspectora. —La intendente alzó una ceja y la miró con desdén desde su metro ochenta y cinco de altura—. ¿O es que ahora que su hija vive en una casa ocupada, con uno de esos grupos antisistema, tiene una opinión diferente de los delincuentes y ya no está interesada en meterlos en la cárcel?

Norma, que no esperaba un golpe tan bajo, notó como el rubor se apoderaba de sus mejillas. En esos momentos, le habría gustado enviar su educación a freír espárragos y atizarle un buen puñetazo a la intendente, pero en vez de eso apretó los puños y se limitó a dedicarle una mirada cargada de odio. Para no complicar más las cosas, y porque pelearse con la intendente Mistral no era buena idea, todos disimularon y nadie dijo nada, con la excepción del juez Gallardo, que aprovechó para emitir un silbido fingiendo que la revelación lo pillaba por sorpresa. En realidad, la noticia de la incorporación de la hija de Norma a los grupos radicales de Gracia había corrido como la pólvora y él estaba perfectamente enterado.

- —¿Tiene una hija okupa, subinspectora Forester? —Y tras hacer una pausa, añadió—: En fin, supongo que le vendrá de familia. Porque tengo entendido que su abuelo también era uno de aquellos anarquistas…
- —¿Uno de cuáles, señor? ¿Se refiere a uno de aquellos a los que los fascistas asesinaron en el Camp de la Bota? —replicó Norma dedicándole una mirada glacial.

El magistrado le aguantó la mirada durante unos segundos, hasta que decidió volver la cabeza y mirar hacia otro lado. Octavi, que estaba a punto de reaccionar y soltar algún improperio, notó que el comisario lo sujetaba con suavidad por la manga y le hacía un gesto para que permaneciera callado.

—A lo mejor se trata de un estudiante resentido —sugirió oportunamente el inspector Roca para evitar que Norma y Octavi se metieran en un lío con el juez. Y, dirigiéndose explícitamente a Norma, añadió—: Tendremos que revisar los expedientes académicos, a ver si hay algún alumno que tenga antecedentes de

trastorno mental o de violencia. Y habrá que ver también qué cuentan la familia del catedrático y el resto de profesores y funcionarios...

—¡Confiemos en que su hijo sepa algo...! Está en camino. —El comisario consultó el reloj y ladeó la cabeza—. De todos modos, esperad hasta mañana para empezar a interrogar a la gente, ¿eh? Por muy suegro que sea de una Muntaner, no son horas de sacar a nadie de la cama sin un motivo concreto. Lo último que necesitamos son más titulares en los periódicos sobre la prepotencia de los mossos. No quiero recibir ninguna llamada de Roure. ¿Está claro, Norma?

—Sí, señor.

El comisario se refería al Director General de la Policía, el hombre que después de la consellera de Interior cortaba el bacalao. El nombre del director general siempre ponía nervioso a todo el mundo, sobre todo, después de las broncas que habían tenido que tragarse algunos jefes como consecuencia de las meteduras de pata de algunos mossos.

—¿Dónde está la mujer que lo ha encontrado? ¿Y el vigilante? Me gustaría hacerles algunas preguntas —dijo Norma.

El inspector Roca se aclaró la garganta.

- —Hemos dejado que se fueran a casa. Aquí no hacían más que estorbar. Yo mismo he hablado con ellos, pero aseguran que no han visto a ningún sospechoso. De todos modos, los he citado mañana en comisaría para que firmen una declaración. Quizá más tranquilos recordarán algo.
- —Quiero hablar con ellos. No los dejéis marchar hasta que los haya interrogado —insistió Norma.

Por el pasillo vieron acercarse una mossa uniformada que buscaba al comisario.

- —Señor —dijo dirigiéndose a él—, han llegado el decano de la facultad y el rector. Y nos acaban de comunicar que la consellera Roig está a punto de llegar.
  - —Gracias, Laura. Enseguida vamos.

El comisario volvió a mirar la hora, se frotó los ojos y suspiró. Aquel día se había levantado a las cuatro y media de la mañana para asistir a una aburrida reunión de cooperación internacional en Bruselas y no había parado ni un momento. Por regla general, cuando viajaba en avión aprovechaba para dormir un poco, pero justamente ese día le había tocado de compañero de asiento un colega de Zaragoza y le había parecido de mala educación ponerse a roncar. Como tenía la presión arterial por las nubes y su médico le había prohibido el café, el comisario estaba muerto de sueño.

- —Será mejor que vayamos a recibirlos —dijo el comisario con voz cansada—. Lo dejo en vuestras manos, ¿eh, Norma? Y tú, Octavi, procura acelerar el tema. Y avisad a Gabriel. ¿Dónde demonios está? ¿No tendría que estar aquí?
  - —Llegará en un momento —mintió Norma.

Y discretamente, mientras el comisario Nebot, la intendente Mistral y el comisario Roca se dirigían protocolariamente hacia el vestíbulo para recibir a las autoridades académicas, Norma sacó el móvil del bolsillo y volvió a marcar el

número del superiores si				excusa	daría	a s	sus

### Capítulo 8

Norma había intentado ponerse en contacto con Gabriel repetidas veces, pero su compañero no respondía al teléfono. Seguramente estaba en algún bar, intentando ligar con alguna chica, actividad a la que Gabriel dedicaba buena parte de su tiempo libre cuando no estaba en la piscina entrenando. El sargento Gabriel Alonso tenía treinta y dos años y cara de buen chico, y su metro noventa de altura y su cuerpo proporcionado y musculoso hacían que las féminas invariablemente se giraran para mirarlo y aceptaran tomar una última copa en su casa con la esperanza de quedarse a desayunar. Escarmentado con los divorcios de los amigos e incapaz de mantenerse fiel a una mujer, se había propuesto no tomarse en serio ninguna relación hasta cumplir los cuarenta, lo cual implicaba que no tenía una sola novia, sino varias. En el trabajo era impulsivo y algo chuleta, pero también imaginativo, competente y leal, y a Norma le gustaba tenerlo de compañero. La diferencia de edad hacía que ella tuviera tendencia a tratarlo maternalmente, y Gabriel le seguía el juego y se dejaba regañar y aconsejar por su superiora como un hermano pequeño acostumbrado a hacer diabluras.

- —¡Ya era hora de que contestaras! ¿Dónde demonios te habías metido? ¡Hasta Nebot ha preguntado por ti…! —Le soltó Norma cuando por fin respondió.
- —¡Joder! ¿El comisario? —dijo Gabriel gritando—. ¡Lo siento, Norma, es que aquí hay un poco de ruido!

De fondo se oía la música sonando a todo volumen, y Norma tuvo que alejar el aparato de su oreja.

- —Pues vete despidiendo y ven inmediatamente a la Facultad de Historia, en la calle Montalegre —susurró Norma, que no quería que se enteraran de que estaba hablando con Gabriel—. ¿Sabes dónde está? —Le pareció que Gabriel respondía que sí—. Se han cargado a un profesor. Hay bastante jaleo, porque la víctima pertenece a una familia importante.
- —¿A una qué? Joder, Norma, es que casi no te oigo y ahora mismo estoy ocupado. ¿No podríamos dejarlo para mañana? A primera hora, te lo prometo.
  - —¡Sargento Alonso, ponte las pilas y ven ahora mismo!
  - —¡Cojonudo! ¡Está claro que tengo que cambiar de trabajo!
  - —Lo que tienes que cambiar son tus hábitos nocturnos. ¡Acabarás sordo!

Gabriel estaba en Castelldefels, de fiesta en una conocida discoteca que también frecuentaban algunos jugadores de fútbol y un puñado de jovencitas raquíticas que aspiraban a convertirse en tertulianas de televisión, y, por más que pisara a fondo el acelerador, todavía tardaría un buen rato en llegar a la facultad. Norma decidió aprovechar la espera para intercambiar impresiones con el inspector Francesc Permanyer, el jefe de la Policía Científica, un hombre flemático y metódico cuya

parsimonia lograba sacar de quicio a todo el mundo. Ella y el inspector se llevaban bien, y con los años habían aprendido a confiar el uno en el otro. Norma sabía que si él supervisaba personalmente el trabajo no se les pasaría por alto ningún indicio, lo cual significaba que la noche, además de pasada por agua, sería tremendamente larga. La lentitud del inspector era proverbial entre los mossos y suscitaba toda clase de bromas y comentarios, pero él se limitaba siempre a encogerse de hombros y no hacer caso de las indirectas. Las hipótesis de los investigadores tienen que ser coherentes con las pruebas materiales, repetía cuando le metían prisa, y su trabajo consistía en asegurarse de que ningún rastro quedara sin analizar, costara el tiempo que costara.

El despacho del catedrático, como ya había sospechado Norma, era un caos de huellas, pisadas y cabellos que seguramente no llevarían a ninguna parte. Sus hombres, anunció el inspector sin que ese hecho pareciera perturbarlo en absoluto, tenían para un buen rato.

- —No parece un robo. La víctima aún tenía la cartera en el bolsillo, con las tarjetas de crédito y toda la documentación. Además, llevaba encima unos cien euros en efectivo, entre billetes y monedas. Y tampoco le han quitado el reloj ni el anillo.
- —A lo mejor el ladrón oyó que se acercaba la mujer de la limpieza y se asustó. O a lo mejor en el despacho había algo de valor... —Norma no parecía muy convencida.
- —El despacho de un catedrático de historia contemporánea no parece un lugar en el que vayan a guardarse objetos de valor. Además, las empleadas de la limpieza tienen llaves de los despachos y entran y salen cuando quieren, me refiero a que no es un lugar seguro. —El inspector hizo una pausa y se rascó la cabeza—. A menos que se trate, no sé, de documentos antiguos o de algún libro que pueda interesar a los bibliófilos…
- —Estamos en el departamento de Historia Contemporánea, tú mismo lo has dicho. En principio, aquí no hay cosas muy antiguas —contestó Norma recorriendo el despacho con la mirada.
  - —Esta vez coincido con Bernat. Este caso me da mala espina.
- —¿Por alguna razón especial? —Norma sabía que el inspector era zorro viejo y que valía la pena fiarse de sus intuiciones.
  - —No sé qué decirte. Sencillamente no acabo de verlo claro.
  - —Parece premeditado, ¿verdad?
- —Sí. Nadie estrangula en caliente, ya lo sabes. Si le hubieran dado un empujón y el hombre hubiera caído... O incluso si lo hubieran apuñalado o le hubieran abierto la cabeza con algún objeto, sería diferente. Pero alguien que va por el mundo con una cuerda en el bolsillo es muy probable que haya tomado la precaución de ponerse guantes.
  - —Quién sabe, a lo mejor tenemos suerte con las huellas.
  - —Lo dudo. Además, si el angelito no está fichado...
  - —O la angelita. ¿No has oído a Mistral?

El inspector la miró por encima de sus gafas con una sonrisa picara.

- —Tú ríete —replicó Norma alzando las cejas—, pero seguro que la intendente se alegrará el día en que empiece a haber mujeres psicópatas que se dediquen a destripar a los hombres. ¡Habremos dado otro paso más hacia la igualdad!
- —Las mujeres no destripáis a nadie —contestó el inspector con fingido tono pedagógico—. Vuestros crímenes son más sofisticados, sin tanta sangre de por medio. Si el crimen perfecto existiera, estoy seguro de que el autor sería una mujer, no un hombre.
  - —Y ya has visto el juez que nos ha tocado. También es mala suerte...
- —Esa es otra —el inspector echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había oídos curiosos—. Ya sabes cómo le gusta a Gallardo tocarnos las narices. La cosa más amable que le he oído decir es que mis hombres y yo somos una panda de incompetentes que no sabemos hacer la o con un canuto —añadió sin disimular su irritación.
  - —Tú y yo sabemos que no es verdad. Y los de arriba, también.
  - El inspector bajó la mirada y murmuró:
  - —La cagamos en el caso de aquella chica...
- —Todo el mundo la caga de vez en cuando. —Norma ladeó la cabeza y le puso la mano afectuosamente en el hombro—. Yo tuve suerte.

En una ocasión, Norma perdió los estribos con un sospechoso en la sala de interrogatorios y, hecha una furia, le soltó un par de guantazos que le partieron la nariz y se llevaron por delante un par de dientes. Durante un tiempo, en la comisaría no se habló de otra cosa, y a ella el incidente estuvo a punto de costarle la suspensión por una buena temporada.

- —Es agua pasada —murmuró el inspector, consciente de que se trataba de un tema delicado—. ¡Fue peor lo que le hicieron después los otros presos en la Modelo!
- —Mentiría si dijera que lo siento... Aunque, en realidad, debería sentirlo. Se supone que somos seres civilizados, no bárbaros.
- —A los bárbaros les importan un comino los tipos que van por el mundo violando y asesinando a niñas. Por eso el comisario le dio carpetazo al asunto.

Norma asintió con la cabeza y estuvo a punto de confesarle que aquel incidente aún le provocaba remordimientos y la llevaba a tenderse en el diván de una psicoanalista una vez por semana. Ella no era una policía de la vieja escuela, no era hija de policías o militares, y, a diferencia de algunos de sus compañeros, no sentía especial predilección por los uniformes ni las pistolas. Su padre adoptivo era un filólogo experto en lenguas clásicas con cátedra en la Universidad de Barcelona, su madre una exhippy de ideas pacifistas que no entendía que su hija hubiera decidido hacerse policía y ella misma tenía un doctorado en antropología, era capaz de leer latín y griego antiguo con fluidez y había heredado de su familia materna la pasión por la ópera y el teatro. No obstante, nada de todo aquello había impedido que en una ocasión perdiera los papeles y se comportara como una salvaje.

- —No le des más vueltas. Voy a ver qué dicen los chicos —dijo el inspector al darse cuenta de que uno de sus hombres salía del despacho con el desánimo instalado en la cara.
- —No es que aquí se maten mucho con la limpieza… —se quejó el policía—. Jefe, aquí hay un montón de pelos y fibras. ¡Tardaremos semanas en clasificarlo todo!

Como de costumbre, el inspector Permanyer se limitó a encogerse de hombros y a adoptar aquella expresión estoica que en la brigada científica todos conocían y temían. Para eso les pagaban, dijo. Aunque enseguida añadió:

- —Ahora os echaré una mano.
- —Voy a ver si ha llegado Gabriel —dijo Norma con más fe que convicción—. ¡Como no aparezca pronto los dos nos meteremos en un buen lío!

### Capítulo 9

Norma dejó al inspector Permanyer y a sus hombres tomando muestras y se dirigió bostezando hacia el vestíbulo. La entrada de la facultad era un ir y venir de policías, pero quien llegaba en ese momento no era el sargento Gabriel Alonso sino la flamante consellera de Interior, en coche oficial y rodeada de una aparatosa escolta. Al recibir la llamada del comisario Nebot, la consellera decidió interrumpir sus vacaciones y volver precipitadamente a Barcelona, consciente de la resonancia que un caso como aquel tendría en la prensa. Quedarse tranquilamente en el Empordà haciéndose la sueca no era una opción, había resuelto tras sopesar las alternativas, por más que desde el punto de vista de la investigación oficial su presencia solo fuera un estorbo.

La consellera Roig fue recibida por el comisario en persona, que le abrió la puerta del coche y le ofreció resguardarse del diluvio que caía bajo un inmenso paraguas negro. Tenía más o menos la misma edad que el comisario, alrededor de cincuenta y cinco años, y, junto con la fama de ser una mujer lista y astuta, también arrastraba la de tener la susceptibilidad a flor de piel. Treinta años de militancia y de moverse entre políticos la habían vuelto desconfiada y, según el día, un poco paranoica. Aquella madrugada lucía ojeras y cara de sueño, y el traje chaqueta que había elegido para pasearse por el escenario de un crimen, de un tejido que se arrugaba con facilidad y de un dudoso color salmón, le iba pequeño, como mínimo un par de tallas, lo cual, en contra de lo que ella pretendía, no tan solo no la estilizaba sino que la hacía parecer más gorda. Entre el estrecho vestido en el que se había embutido, la lluvia y los tacones sobre los que intentaba desplazarse, la operación de salir del coche no estuvo exenta de riesgos y acabó con una aparatosa carrera en la media izquierda.

- —¡Ya es casualidad que justo hoy haya empezado a diluviar! —observó con amabilidad el comisario mientras le ofrecía su paraguas y su brazo.
- —Gracias por llamar. Ya sé que no podré hacer gran cosa, pero considero que es mi deber estar aquí. ¿Ha llegado la familia?
  - —Estamos esperando al hijo, que está volviendo de la Cerdanya.
  - —Supongo que lo tienen todo bajo control, ¿verdad, comisario?
- —Absolutamente todo, no se preocupe. Por aquí, consellera. Cuidado con ese escalón.

Al ver que el comisario y la consellera se apresuraban a entrar en la facultad, Norma decidió dar media vuelta y hacer mutis por el foro. La consellera Roig no le caía del todo mal, o al menos le caía algo mejor que su incompetente antecesor, pero a aquellas horas estaba demasiado cansada para ponerle buena cara a nadie. Además, quería evitar que el comisario volviera a preguntarle por Gabriel, que todavía estaba

en la autopista volviendo a toda pastilla en su coche tuneado.

Mientras la consellera y el comisario se dirigían al despacho del catedrático, Norma miró la hora y decidió salir a respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, no caían precisamente cuatro gotas, de modo que tuvo que volver a entrar a toda prisa al edificio para resguardarse de la lluvia. En la calle empezaban a formarse arroyos que bajaban acompañados de la correspondiente inmundicia, y automáticamente Norma pensó en Octavi y en su vieja Guzzi indefensos bajo el chaparrón. De todos modos, calculó que su marido ya estaría en el Clínico, y, en cualquier caso, confiaba en que fuera lo bastante sensato como para no ponerse a conducir sobre dos ruedas mientras siguiera lloviendo a cántaros. Durante unos instantes pensó en llamarle al móvil, pero al final decidió no hacerlo y sus pensamientos se centraron en Violeta y en las goteras y humedades que a buen seguro infestaban la casa ocupada donde vivía con sus amigos alternativos. Al ver la tromba de agua que caía, Norma cruzó los dedos deseando que su hija hubiera aceptado la invitación de quedarse a dormir en casa. Conociendo a su familia, sin duda habrían aprovechado su ausencia para hacer circular con generosidad el cava y los licores, y con un poco de suerte, calculó Norma, los excesos alcohólicos de Mimí y la tía Margarida dejarían a Violeta K. O. en la cama. Al día siguiente quizá tendría resaca, pero eso era preferible a dormir en una casa desvencijada y húmeda y pillar una pulmonía. Con el invierno acercándose, pensó Norma, aquel era un tema que debían discutir.

Mientras esperaba a Gabriel, encontró una máquina de café y se sirvió un cortado. Como apenas había cenado y estaba muerta de hambre, su estómago empezó a rugir tan pronto recibió el primer sorbo. Sin embargo, era demasiado tarde para pensar en cenar y demasiado temprano para ir en busca del desayuno, porque aún pasarían algunas horas antes de que alguno de los bares de los alrededores abriera sus puertas. Puesto que era festivo probablemente no todos abrirían o lo harían más tarde que de costumbre, y, ante el dilema de tener que soportar las protestas de un estómago hambriento o zamparse algunas de las asquerosas chocolatinas industriales que le ofrecía la máquina situada junto a la del café, al final se decantó por esa última opción. Aunque no le gustaban, pensó que como mínimo engañaría al estómago y que el chute de azúcar la ayudaría a mantenerse despierta.

Norma se puso a masticar la chocolatina y sus pensamientos volvieron a centrarse en Violeta. ¿Y si en el fondo su madre y su abuela tenían razón? ¿Y si Violeta se había ido de casa y se había convertido en okupa porque tenía una madre policía? Norma era consciente de que su trabajo era incompatible con llevar una vida normal, y, desde que Violeta había volado del nido, Mimí se dedicaba a atosigarla y ella no podía evitar sentirse culpable. Ahora bien, se preguntaba Norma, ¿qué sabían en realidad las mujeres de la familia Abat de lo que era llevar una vida normal?

Para empezar, a todas las habían bautizado con el nombre de alguna heroína de ópera, una tradición que resultaba difícil dé cambiar. Al nacer Violeta ella misma había sucumbido al ritual familiar, si bien el nombre de la protagonista de *La* 

Traviata que eligió para su hija resultaba excepcionalmente corriente en comparación con algunos de los nombres que figuraban en el árbol genealógico de la familia Abat. A Norma le había tocado en suerte el de una sacerdotisa druida con instintos matricidas, y ella y su hija aún podían dar gracias, porque llamarse Norma o Violeta no era como ir por el mundo llamándose Mimí, Senta o Antígona, como la pobre tatarabuela. ¡Si hasta había una Electra en la familia...! En realidad, Norma siempre había sospechado que toda aquella sarta de nombres extravagantes solo era un síntoma, y que si alguna cosa no cuadraba con su familia era precisamente el adjetivo normal al cual últimamente su madre parecía tener tanta afición.

\* \* \*

La cara de despistado del sargento Gabriel Alonso interrumpió sus reflexiones y la devolvió a la prosaica realidad del homicidio que tenía que investigar. Gabriel llegó al mismo tiempo que Jordi Parellada, el hijo del catedrático asesinado, y esa circunstancia hizo que Norma decidiera postergar el sermón que le tenía preparado. Alguien debió de avisar al comisario y a la consellera Roig, porque el hombre aún no había bajado del coche y los dos se encontraban ya en el vestíbulo preparados para recibirlo. Desde el rincón en el que Norma y Gabriel se habían refugiado, oyeron al comisario y a la consellera darle el pésame antes de explicarle que se habían llevado el cuerpo del catedrático al Clínico y que el mismísimo jefe del Servicio de Patología Forense se encargaría de hacerle la autopsia. Mientras el comisario y la consellera de Interior rivalizaban elogiando la profesionalidad de los policías que trabajaban en homicidios y en la brigada científica, un aturdido Jordi Parellada los escuchaba en silencio, limitándose a asentir con la cabeza. A Norma, que como policía había tenido que presenciar muchas escenas de ese tipo, le pareció que el hombre estaba francamente desbordado por la situación.

El comisario había visto de reojo a Norma y a Gabriel situarse a una distancia prudente y les hizo un gesto para que se acercaran.

—Le presento a la subinspectora Forester y a su compañero, el sargento Alonso. Son los mejores investigadores que tenemos en el cuerpo y se ocuparán de la investigación.

Y añadió, en un tono que pretendía ser diplomático:

- —Tendrán que hacerle algunas preguntas.
- —Lo entiendo.
- —Le acompaño en el sentimiento —dijo Norma dándole la mano.
- —Gracias —murmuró un abrumado Jordi Parellada—. Todavía no me he hecho a la idea.

El hijo del catedrático era un hombre educado, de aspecto serio y carácter tímido, y, pese al aparatoso Mercedes plateado que su chófer había dejado aparcado frente a la puerta, no parecía excesivamente dado a la ostentación y la extravagancia. Vestía

de manera clásica y discreta, y Norma calculó que tendría aproximadamente la edad de Octavi, algo menos de cincuenta años. Doctor en Ciencias Económicas y licenciado en Derecho, su suegro lo había puesto a él, —y no a su propio hijo— al frente de los Laboratorios Muntaner, una rentable empresa familiar que a menudo se citaba como ejemplo de buena gestión empresarial que tenía sus naves en un polígono industrial de las afueras de Barcelona. A Jordi Parellada se le atribuía el mérito de haber sabido modernizar la empresa a tiempo, y, de hecho, desde que él ocupaba el cargo de director general sus beneficios se habían quintuplicado.

- —No quisiera atosigarlo en un momento como este —empezó diciendo Norma con tacto—, pero debo hacerle algunas preguntas. ¿Sabe si su padre había recibido amenazas?
- —No, que yo sepa —Jordi Parellada negó con la cabeza—. Mi padre no tenía enemigos.
- —Tengo entendido que era catedrático de historia contemporánea. Quizá había algún profesor con el que se hubiera peleado, algún estudiante disgustado...
  - —Si fuera así, no recuerdo que nos dijera nada.
  - —Comprendo.
- —Claro que siempre hay estudiantes que consideran injusta una nota o que se les haya negado una beca —añadió—. En la universidad esas cosas pasan siempre, pero los que más protestan no son los que suspenden, sino los mejores, los que esperan sacar un sobresaliente o una matrícula para tener un buen expediente.
  - —¿Y qué ocurre entonces? —preguntó Gabriel.
- —Normalmente, la cosa no pasa de una queja al decano, y a veces ni eso. Quiero decir que me cuesta imaginar que la muerte de mi padre se deba a la venganza de un estudiante que se ha quedado sin la matrícula, si están pensando en eso. Pero yo creía que se trataba de un robo...
- —Es posible —dijo Norma con prudencia—. Todavía no lo hemos descartado. ¿Sabe si su padre quedó con alguien anoche?
- —No. En realidad, hacía un par de días que no hablaba con él. Desde que se reincorporó al trabajo pasaba mucho tiempo fuera de casa. Y como no había forma de que se acostumbrara a llevar el móvil... Con mi madre es diferente. Con ella hablo todos los días.
  - —¿Habló con ella ayer?

Jordi Parellada puso cara de recordar, como si «ayer» se situara en un pasado muy remoto.

- —Sí, hablé con ella por la mañana. Me comentó que mi padre se encontraba bien y que por la noche cenarían con unos viejos amigos, como hacían siempre la víspera de Todos los Santos. Una especie de tradición que empezó cuando los hijos nos hicimos mayores.
- —¿Y no se le ocurre nadie que estuviera resentido con su padre? —insistió Norma—. ¿Alguien que tuviera motivos…?

- —Subinspectora —terció la consellera Roig con ganas de hacerse notar—, quizá creará que me meto donde no me llaman —eso fue efectivamente lo que pensó Norma—, pero me parece que debería dejar las preguntas para mañana. El señor Parellada estará cansado, y no creo que este sea el momento más adecuado para interrogarle.
  - —La consellera tiene razón, Norma —añadió suavemente el comisario.
  - —Lo siento, señor.
- —Mi padre estaba muy enfermo. Su cáncer no tenía buen pronóstico, pero los médicos le daban todavía dos o tres años… —murmuró Jordi Parellada con un nudo en la garganta.
  - —Lo lamento —se disculpó Norma—. No era mi intención atosigarlo.
  - —Al contrario. Les agradezco lo que están haciendo.
- —Hablaremos mañana con más calma. Sé que son momentos difíciles, pero tenemos que hacerle algunas preguntas.
- —Naturalmente. ¿Tendré que ir a comisaría? —dijo sin el más mínimo asomo de ironía en la voz—. Estoy a su disposición.
- —¡De ninguna manera! —Saltó el comisario antes de que Norma abriera la boca —. La subinspectora y el sargento irán mañana donde usted diga. —Pero se apresuró a añadir—: Ya sabe que tenemos que seguir el protocolo y, en estos casos, a veces la familia sabe cosas que piensa que no son importantes pero que a nosotros nos ayudan en la investigación.
  - —También me gustaría hablar con su esposa —dijo Norma tanteando el terreno.
  - —¿Mi esposa? —repitió Jordi Parellada, sorprendido.
- —Las mujeres son más intuitivas y detallistas que los hombres —dijo Norma con una media sonrisa para ahorrarse tener que explicar que los familiares de la víctima son los primeros sospechosos que investiga la policía—. A veces, captan cosas, se dan cuenta de pequeños detalles…
- —Mónica está todavía en la Cerdanya. Bajará mañana a primera hora. —Y, como si tuviera que justificarse, aclaró—: Nuestros dos hijos estaban con unos amigos en una discoteca y ha sido un poco difícil localizarlos... Mi mujer y yo hemos pensado que sería mejor que yo me adelantara. Supongo que ella estará aquí antes del mediodía.
  - —¿Qué le parece si quedamos a eso de la una? —propuso Norma.
  - —Sí, la una me parece bien. Y si a ustedes no les importa venir a casa...
  - —En absoluto.
- —Esta noche me quedaré con mi madre, pero mañana a primera hora tendré que ir a casa para ocuparme de los preparativos del funeral —se justificó.
- —No le molestamos más. —Norma alargó la mano para despedirse—. Le reitero mi pésame, señor. Le aseguro que atraparemos al culpable.
- —Necesitarán mi dirección... —dijo Jordi Parellada mientras se palpaba los bolsillos en busca de su pluma.

—No se preocupe —interdónde vive. Es nuestro trabajo.	vino suav	remente el	comisario	Nebot—. `	Ya sabemos

# Capítulo 10

Norma ofreció a Gabriel un café de la máquina y lo puso al corriente de lo que habían averiguado hasta el momento, que en realidad era muy poco. El inspector Permanyer y sus hombres todavía se encontraban en el despacho del catedrático recogiendo muestras, y Gabriel decidió ir a echar un vistazo. Al cabo de un rato, puesto que no había nadie a quien interrogar y los de la científica ya se ocupaban de peinar la zona en busca del arma, Norma propuso que se fueran a dormir.

En el momento de salir de la facultad, Norma recordó que no había traído el coche y le pidió a Gabriel que la acompañara a casa. Eran casi las cuatro y las calles estaban desiertas, y Gabriel pisó el acelerador a fondo y no tardó ni diez minutos en plantarse ante la casa de Norma.

—Ahora vete directo a la cama, sargento. Mañana te quiero en plena forma —le dijo al bajar.

—Sí, mamá.

En el ascensor, Norma consultó la hora y se dio cuenta de que tenía pocas horas de sueño por delante. Abrió la puerta del piso procurando no hacer ruido, pero enseguida comprendió que no era preciso andar de puntillas porque en su casa se celebraba un concierto: roncaba su marido, roncaba su madre y roncaba la bisabuela Senta, y la casa no temblaba de milagro. La única que no roncaba era Violeta, que finalmente se había quedado a dormir y volvía a ocupar su antigua habitación. Por un momento, Norma estuvo tentada de entrar en el dormitorio de su hija para darle un beso, como hacía siempre cuando Violeta era pequeña, pero cambió de idea. Con aquel recital de ronquidos, era posible que si su hija se despertaba luego tardase un buen rato en volver a conciliar el sueño, lo que implicaría que por la mañana estaría aún de peor humor.

Al salir de la habitación de Violeta, Norma escuchó unos ruidos extraños que procedían del comedor y el corazón le dio un vuelco. Instintivamente, se llevó la mano a la cartuchera para comprobar que llevaba la pistola. A oscuras, aguzó el oído y constató que eran cuatro, y no tres, las personas que roncaban en la casa. Aliviada, apartó la mano del arma y sonrió. Tendría que haberlo adivinado. Procurando no golpearse con los muebles, fue hacia el sofá y comprobó que se trataba de la tía Margarida, que dormía plácidamente vestida aún con el hábito de monja bajo la manta que alguien le había puesto encima. Al acercarse, el aliento alcoholizado de la tía hizo que se echara instintivamente hacia atrás y que se fijara en el despliegue de botellas de licor y latas de cerveza aún esparcidas sobre la mesa. Seguro que de las cervezas había dado buena cuenta Violeta, pensó, y que de los licores se habían encargado su madre, su tía y su abuela. A regañadientes, se vio obligada a darle la razón a Octavi: a su familia no se la podía dejar sola.

Norma estaba lo suficientemente cansada como para dormirse a pesar del concierto que sacudía la casa y, al cabo de cinco minutos de meterse en la cama, el cuarteto de roncadores se convirtió en un quinteto. Norma durmió con un sueño profundo y pesado hasta las ocho y media, hora en que sonó el despertador. La luz de un día frío y gris se filtraba por la ventana, y Norma abrió un ojo, solo uno, resistiéndose aún a despertar del todo. Solo había dormido cuatro horas, y seguía muerta de sueño; a tientas, alargó el brazo, buscando a Octavi. En el otro lado de la cama no había nadie, y eso quería decir que su marido ya se había levantado y que ella podía aprovechar para remolonear un poco: si se quedaba dormida, Octavi se encargaría de despertarla. Cumpliendo con su promesa, su marido había bajado a buscar ensaimadas y estaba en la cocina preparando café.

Mimí, que últimamente se desvelaba cuando tomaba alcohol, también se había levantado y desayunaba en la cocina con Octavi, pero la tía Margarida, Senta y Violeta aún dormían. Octavi, que había oído que Norma apagaba el despertador, esperó unos minutos antes de entrar a recordarle que se hacía tarde.

—¿La señora se levantará o desea que le traiga el desayuno a la cama? —dijo dándole un beso.

Norma protestó y se dio la vuelta. En esos momentos estaba enredada en la angustiante telaraña de un sueño que la retenía en un examen de matemáticas de tercero de bachillerato y se resistía a despertarse. Octavi tuvo que sacudirla un poco para conseguir que abriera los ojos.

- —¡Vamos, marmota!
- —Uf, será mejor que me levante. ¿Qué hora es?
- —Tranquila, todavía no son las nueve. Supongo que ayer volviste tarde. Lo siento, pero no te oí llegar.
  - —Eran casi las cuatro. No me lo recuerdes... —dijo mientras saltaba de la cama.
- —Bueno, por lo menos has podido dormir un poco —dijo Octavi con optimismo—. Podría haber sido peor.

Norma le dedicó una mueca y empezó a restregarse los ojos. Había olvidado quitarse el maquillaje, y entre el rímel corrido y los ojos enrojecidos de tanto frotárselos su cara estaba hecha un desastre. Tras dudar unos instantes, aún medio dormida, decidió lavársela con agua y jabón y dejar la ducha para después del desayuno. Dejando de lado las pocas cucharadas de sopa que a duras penas había tenido tiempo de ingerir y aquella chocolatina gomosa, llevaba casi veinte horas en ayunas y estaba hambrienta.

Hacía rato que Mimí y Octavi habían acabado de desayunar, pero él se sirvió otra taza de café mientras Norma comía una ensaimada y sorbía un inmenso tazón de café con leche. Octavi tenía que estar en el Clínico a las nueve y media, pero en moto y siendo día festivo sabía que apenas tardaría un cuarto de hora en llegar. Norma, que había quedado con Gabriel para que pasara a recogerla a las diez en punto para ir a la comisaría, vio que por culpa de la lluvia el estado de su pelo era lamentable y que

tendría que lavárselo. Como en contra del consejo de sus amigas y de su peluquera se negaba a cortárselo, solo entre secarlo y peinarlo se le irían veinte minutos.

- —Supongo que Violeta aún duerme —dijo Norma con voz somnolienta cuando su madre salió de la cocina y se quedaron a solas. Y en voz baja, añadió—: Tenemos que hablar del tema de los porros. Supongo que ayer te diste cuenta.
- —Lo intuí por la cara que ponías. Ya sabes que, afortunadamente, el sentido del olfato no es mi fuerte.
  - —¡Pero si se olía a un kilómetro de distancia!
- —Yo solo noté ese perfume de *hippies* que acostumbra a ponerse —dijo Octavi encogiendo los hombros—. Pero tú eres la experta. Si dices que olía a maría, es que olía a maría.

Norma cogió otra ensaimada y respiró hondo.

- —¿Y qué vamos a hacer?
- —De momento, no hacer un drama. —Octavi consultó la hora y se levantó de la silla—. Ahora tengo que irme. Tenemos programada la necro a las diez. —Pero al ver la cara de preocupación de su mujer, añadió—: Hablaremos después. Es mejor no precipitarse.
  - —¿Y si resulta que hay algo más, además de los porros?
- —Ayer tenía buen aspecto. Quizá al principio estaba un poco nerviosa, después de haberse hecho la dura y no haber aparecido por casa en dos meses, pero las pupilas no parecían dilatadas y tenía buen color. En realidad, lo que me preocupa no es que de vez en cuando se fume un porro. Si solo es eso…

Norma sintió un escalofrío, y Octavi la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Desde que Violeta se había ido de casa, no dejaba de repetirse que su hija tenía las mismas posibilidades de consumir drogas viviendo en Gracia con unos okupas que como frecuentando los exclusivos ambientes de las discotecas de la avenida del Tibidabo y la zona alta de la ciudad. De eso no tenía ninguna duda. Por otra parte, ¿acaso no había fumado ella más de un porro cuando iba a la universidad? Al verla tan preocupada, Octavi se sacó del bolsillo una bolsita de plástico transparente y se la enseñó a Norma. Dentro había un mechón de cabellos de color castaño donde se apreciaban los reflejos de la *henna* que Violeta se ponía de vez en cuando.

- —¿Pero qué demonios…? —dijo Norma escandalizada.
- —Haré que los analicen discretamente, por si hay rastro de otras drogas.
- —¿Le has arrancado cabellos a tu hija?
- —Tranquila, ni se ha despertado. He ido con mucho cuidado. Solo ha protestado un poco.
  - —Ostras, Octavi... ¡Esta vez te has pasado!

Su marido, que ya había sospechado de entrada que Norma se horrorizaría, había decidido no decirle nada a su mujer, pero cambió de opinión al verla tan preocupada. Ella, por su parte, sabía que como buen científico Octavi era un hombre práctico, con más tendencia a la acción que a las discusiones bizantinas, pero aun así consideraba

que en aquel tema había llevado su pragmatismo positivista demasiado lejos.

- —Creo que deberíamos confiar algo más en ella —dijo Norma con un suspiro—. Esto no está bien. Imagínate que todos los padres se dedicaran a espiar a sus hijos de esta manera... Y, además, Violeta ya es mayor de edad. Quiero decir que si se entera...
- —Mujer, no todos los padres tienen un laboratorio a su alcance y una hija con la cabeza llena de pájaros que vive en Gracia con una peña de indocumentados... Mira, no es que no confíe en ella. De lo que no me fío es de las hormonas alborotadas de una niña de dieciocho años y de los cabrones de los traficantes.
- —Ya lo sé. Pero ¿te imaginas cómo me habría puesto yo si mi madre me hubiera hecho algo así?
- —Tu madre fumaba porros. Y dejémoslo así, en pasado. —Y, sacudiendo la bolsita, añadió—: ¿Prefieres que lo deje correr o le digo a Trias que lo analice?
  - —Vale. Pero no le digas que los cabellos son de ella.
  - —No hará falta. Ella también tiene hijos de la edad de Violeta. Se lo imaginará.

Norma bajó los ojos y no contestó. Estaba claro que tenía que dedicar un rato a pensar en todo aquello antes de proseguir con la conversación. Una cosa era que, siendo policía, de vez en cuando el comisario Nebot enviara una patrulla de mossos a controlar las actividades de Violeta y sus amigos para evitar que se metiera en líos, pero analizarle el cabello a escondidas era algo muy distinto. No quería ni pensar en las consecuencias si Violeta se enteraba.

—Vamos, mujer... —dijo Octavi quitándole hierro al asunto mientras se ponía la chaqueta—. Si está limpia, dejaremos de preocuparnos. Y, si Trias encuentra algo, entonces ya decidiremos qué es mejor.

Resignada, Norma suspiró y, de mala gana, asintió con la cabeza. Después de haber olido el olor de marihuana en la ropa y el pelo de su hija, la opción de tener que convivir con la duda de qué sustancias consumía Violeta no resultaba demasiado alentadora. Como en el fondo la iniciativa de Octavi podía proporcionarles la tranquilidad que no tenían, decidió inhibirse y cambiar de tema. Siempre podría excusarse diciendo que no había sido idea suya.

—¿Averiguaste alguna cosa, ayer, en el Clínico?

Ser la mujer del jefe de Patología Forense tenía sus ventajas, como por ejemplo ser la primera en enterarse de los resultados de las autopsias.

- —Es casi seguro que murió estrangulado, pero te lo confirmaré más tarde, cuando lo abramos. Lo más probable es que sobre la una hayamos terminado.
- —Llámame. O, mejor, envíame un mensaje. He quedado con Gabriel para ir a comisaría y hablar con el vigilante y la mujer que encontró el cuerpo. Después tenemos que ir a hablar con el hijo de la víctima.
  - —Te llamaré en cuanto sepa algo. Y ahora me marcho porque ya llego tarde.

Octavi le dio un beso y la dejó en la cocina acabando de desayunar. Hacía un poco de frío, porque el mes de noviembre acababa de empezar y todavía no habían

encendido la calefacción. A pesar de eso, Norma agradeció poder disfrutar de unos instantes de paz en la cocina antes de meterse en la ducha. Tras servirse un poco más de café y comprobar que Mimí estaba en el cuarto de baño y que el resto de la familia todavía dormía, cerró la puerta con sumo cuidado, abrió la ventana que daba al patio interior y, subida a una silla, sacó de uno de los armarios una cajita de té oculta detrás de un tarro de galletas. En aquella casa nadie tomaba té, y Norma extrajo del interior de la caja un paquete de cigarrillos y un encendedor. En teoría, era exfumadora, pero de vez en cuando se fumaba un cigarrillo a escondidas y en aquel momento necesitaba uno. Hacía años que intentaba dejarlo, pero como la perspectiva de renunciar para siempre al tabaco se le hacía insoportable había encontrado una solución de compromiso con aquella actitud adolescente de fumar a escondidas. Norma guardaba paquetes de tabaco en diferentes lugares por si el deseo de fumar la apremiaba, y Octavi, que desde hacía tiempo sospechaba que su mujer fumaba a hurtadillas, fingía no darse cuenta. Estaba seguro de que ahora ya no quemaba el par de paquetes que consumía antes de dejarlo oficialmente y, tras sospesar los pros y los contras, había llegado a la conclusión de que era mejor hacer la vista gorda y evitar una discusión y la posibilidad de una recaída en toda regla. Por suerte, Gabriel no había sido nunca fumador. Él, tampoco.

Apuró el café saboreando aquel cigarrillo clandestino y entró en el cuarto de baño. Estuvo diez minutos bajo la ducha, veinte más secándose y peinándose la melena y otros diez frente al armario dudando qué ponerse. Quería algo elegante y discreto, pero aquella mañana nada de lo que veía lograba convencerla. Como le costaba deshacerse de la ropa vieja o pasada de moda, su armario estaba lleno de prendas que no combinaban y que solo servían para acumular ácaros y polvo, como intentaba explicarle Octavi cada vez que ella se quejaba de que el mueble se le quedaba pequeño. Primero escogió unos pantalones negros, una blusa de color lila y una chaqueta de piel, también negra, pero, al mirarse en el espejo, se dio cuenta de que con aquellos colores parecía ir vestida de luto y decidió sustituir la blusa por otra con un estampado más alegre. Con la lluvia, los zapatos que llevaba la noche anterior habían quedado hechos un asco y tuvo que calzarse unas botas. A las diez menos cuarto, ya peinada y ligeramente maquillada y perfumada, se dirigió a la habitación de su hija y abrió la puerta.

Violeta dormía plácidamente con cara de no haber roto nunca un plato, y Norma se quedó unos instantes contemplándola en silencio antes de sentarse a su lado en la cama. Con suavidad, empezó a despertarla acariciándole el cabello.

- —Nena, lo siento, pero es tarde y tengo que irme. ¿Qué te parece si quedamos para comer?
  - —Hoy no puedo —dijo Violeta restregándose los ojos.
- —¿Qué tal mañana? Si quieres, me acerco a Gracia. En tu barrio seguro que hay muchos restaurantes vegetarianos. Invito yo.
  - —Ya veremos...

Violeta se incorporó, adormilada, le dio un beso a su madre y murmuró que le dolía la cabeza antes de darse media vuelta para seguir durmiendo. Norma le dio otro beso y se ofreció a ir a buscarle una aspirina, pero antes de acabar la frase se dio cuenta de que su hija volvía a roncar y decidió no volver a despertarla. Al salir, ajustó lentamente la puerta y le pidió a Mimí que la dejara descansar.

- —Cuando se despierte, no la atosiguéis. ¡A saber en qué estado la enviasteis a la cama anoche!
- —¡Qué cosas tienes! Tu abuela y yo nunca la atosigamos —protestó Mimí haciéndose la ofendida—. Y, además, tampoco bebimos tanto...
  - —Bueno, pero no os paséis dándole dinero, ¿eh? —suplicó Norma.
- —Mira, si decidimos hacerle un regalito, eso es cosa nuestra. Seguro que necesita ropa. ¿No has visto cómo va vestida? Con esa camiseta descolorida y llena de agujeros que llevaba anoche...
  - —Es la moda, mamá. La moda que se lleva en Gracia entre los jóvenes.
  - —¡Tonterías! Una cosa es ir de *hippy* y otra de pobre. ¡Si lo sabré yo…!

Norma no tenía tiempo de discutir, y, por otra parte, sabía que intentar hacer entrar en razón a su madre cuando se trataba de malcriar a Violeta era una empresa abocada al fracaso. Con una sonrisa resignada, le dio un beso, se miró en el espejo del recibidor y salió de casa para esperar a su compañero.

En la calle no se veía ni un alma. Como era festivo, las tiendas estaban cerradas y apenas circulaban coches. Los efectos de la tormenta aún eran visibles, porque la ciudad había amanecido salpicada de charcos y cubierta de hojarasca. Aunque lucía el sol, el viento soplaba frío, y Norma se arrepintió de no haberse puesto una camiseta bajo la blusa. «Un verano menos», pensó mientras se abrochaba la chaqueta y se frotaba los brazos para calentarse. ¿Cuántos veranos le quedaban todavía? ¿Treinta? ¿Cuarenta? Pronto llegaría la Navidad, y de repente Norma tuvo la impresión de que hacía muy poco que habían celebrado las anteriores Navidades y de que el año se había ido muy deprisa. ¿Qué percepción debían de tener su madre y su abuela del paso de tiempo?, se preguntó. ¿Sentían que se esfumaba más deprisa? ¿Más despacio? ¿Pensarían mucho en la muerte? Mimí tenía sesenta y ocho años y se conservaba bastante bien, pero la bisabuela Senta empezaba a perderse entre los recuerdos nebulosos de su juventud y poco a poco se iba apagando. Norma, que últimamente tenía que esforzarse para no expresar en voz alta pensamientos nostálgicos que la avergonzaban, se dio cuenta de que aquello era un signo inequívoco de que también ella empezaba a envejecer. Por suerte, la llegada de Gabriel, que desobedeciendo las ordenanzas municipales hizo sonar la bocina al ver que su compañera estaba en las nubes, interrumpió aquellas reflexiones llenas de tópicos sobre el paso del tiempo y la juventud perdida que su terapeuta, contraviniendo todas las doctrinas del maestro Freud y la particular escuela psicoanalítica a la que pertenecía, le tenía terminantemente prohibidas.

### Capítulo 11

A diferencia de otros días, aquella mañana Antoni Falgueres habría continuado durmiendo aún con pesadillas, pero hacia las ocho el sonido agudo del timbre de la puerta lo despertó provocándole un sobresalto. La insistencia de quien llamaba le hizo recordar que había dejado la llave bloqueando la cerradura, de manera que se levantó con resignación al suponer que debía tratarse de Mary, que no podía abrir. Mary volvía del trabajo con un ojo morado y el labio hinchado, pero contenta y con ganas de hablar. La paliza con que la habían obsequiado horas antes le había reportado una buena propina, le dijo mostrando una sonrisa cariada y desdentada, porque el psicópata que le había tocado en suerte se había arrugado al oírla chillar y amenazarlo con una llamada a la policía. El cliente había echado mano a su cartera, y Mary se había apresurado a invertir una parte del dinero en una botella de ginebra y un par de papelinas de las buenas. Con lo que había sobrado, dijo, iría al mercado a comprar ternera y le haría ese estofado que tanto le gustaba. No era la primera vez que un cliente la zurraba, pero las propinas con las que la recompensaban cuando le desfiguraban la cara o le rompían una costilla no siempre eran tan buenas. Esa vez, dijo con orgullo mientras se desvestía y se metía bajo la ducha, había tenido mucha suerte.

El parloteo de Mary lo despejó y, después de un revolcón rápido, porque Mary estaba cansada y la cara le dolía, Antoni Falgueres fue a la cocina a preparar café y esnifó una raya para ponerse en marcha. Mientras Mary intentaba dormir bajo los efectos de un cóctel de analgésicos, se sirvió el café y, mientras esperaba a que se enfriara, se comió una magdalena con sabor a rancio. En el comedor, se sentó en el sofá y encendió la tele. Quería saber qué contaban en el telediario del asesinato que había cometido y descubrir si la policía seguía alguna pista. No le fue difícil encontrar un canal con un presentador de voz engolada que daba la noticia con cara de circunstancias. Antoni Falgueres subió un poco el volumen y echó el cuerpo hacia delante para no perderse ni un detalle, y de repente palideció: uno de los rostros que aparecían en fotografía en la pantalla le resultaba inquietantemente familiar. El corazón le dio un brinco, la taza de café se le resbaló de las manos y el líquido negro acabó sobre la andrajosa alfombra del comedor.

Cambió varias veces de canal con la secreta esperanza de que el rostro que acababa de ver solo fuera una mala pasada que le jugaba la coca. Cuando por fin comprendió que no se trataba de ninguna alucinación y vislumbró las consecuencias que se derivaban de aquella casualidad desafortunada, entró en estado de *shock* y se derrumbó en el sofá.

—No puede ser... —murmuró.

Su cuerpo quedó bañado en sudor frío y le sobrevino una fuerte taquicardia.

Consciente de que tenía que serenarse antes de que el corazón le estallara y sufriera un infarto, rechazó la idea de esnifar otra raya y fue a por el bolso de Mary. No tardó en encontrar los ansiolíticos que ella tomaba para sobrellevar su profesión y combatir el mono, y, con manos temblorosas, se colocó un par de píldoras bajo la lengua y se recostó en el sofá.

Mientras esperaba que las pastillas le hicieran efecto, respiró hondo y cerró los ojos. Aquel dato inesperado lo trastocaba todo. De hecho, deshacerse del catedrático había sido idea suya, si bien su cliente le había dado carta blanca y le había pedido que se ocupara del asunto sin entrar en detalles. Le había prometido una buena recompensa si resolvía su problema, pero ahora que sabía el nombre de la persona que lo había contratado y a qué podía aspirar, le exigiría más dinero bajo amenaza de hacer público el asunto si se negaba. En cuanto tuviera sus honorarios en el bolsillo, iría a una agencia de viajes y reservaría un par de billetes de avión para interponer entre él y la investigación policial un prudente océano de distancia que ningún juez pudiera cruzar. Mary y él se irían enseguida, el tiempo justo de cobrar, comprar los billetes y hacer las maletas, pero, por si acaso, se inventaría una coartada y le pediría a Mary que corroborara su versión. Seguramente terminaría confesándole la verdad, porque Mary no tenía ni un pelo de tonta y, si la policía la interrogaba, ella misma ataría cabos y sacaría sus propias conclusiones. A partir de ahí, Mary lo tendría en sus manos, pero ella lo amaba, quién sabe por qué, y él confiaba en poder manejar la situación. De hecho, todavía lo tenía todo bajo control, se dijo para darse ánimos. Teniendo en cuenta que no estaba fichado y que no conocía a ninguna de las dos víctimas, era difícil que la policía llegara a relacionarlo con el caso. Si conservaba la calma y no se dejaba llevar por el pánico, pronto Mary y él empezarían una vida nueva muy lejos de la sordidez que conocían y todo sería diferente. Solo que, por más que se esforzaba, ahora va no conseguía oír dentro de su cabeza aquella vocecita tranquilizadora que le aseguraba que todo iba bien.

# Capítulo 12

Norma y Gabriel llegaron a la comisaría de Les Corts un poco antes de las diez y media. El inspector Roca había citado al guardia de seguridad y a la empleada de la limpieza a las once, y Norma le propuso a Gabriel hacer un alto en el bar de la esquina antes de entrar en el edificio. Aquella noche Gabriel tampoco había dormido mucho y, entre el sueño que arrastraba y la bronca por no haber atendido al móvil mientras estaba en la discoteca, parecía un poco alicaído.

—Esta mañana los dos necesitamos una dosis extra de café —dijo Norma al entrar en el bar.

Dentro del local había algunos mossos de uniforme que desayunaban mientras seguían una carrera de Fórmula 1 en la tele. Norma y Gabriel los saludaron, se sentaron a la barra y pidieron dos cafés. Tras el primer sorbo, ella estuvo tentada de encender otro cigarrillo, pero como aquella mañana ya se había fumado uno, se contuvo. El café sabía distinto sin un cigarrillo en los labios, pero Norma no quería volver a las andadas. Además, no le apetecía ponerse a fumar delante de Gabriel y tener que explicarle que de vez en cuando se encendía un cigarrillo a escondidas, como si fuera una colegiala. Ella era subinspectora de homicidios, una mujer capaz de tomar sus propias decisiones, y tener que reconocer que fumaba a hurtadillas no le parecía la mejor manera de ganarse el respeto de Gabriel.

Un poco antes de las once, salieron del bar y se dirigieron a la comisaría. Los dos testigos habían llegado hacía rato, y Norma y Gabriel les agradecieron su paciencia antes de empezar a interrogarlos por separado. Primero le tocó al vigilante, que les contó que llevaba poco tiempo trabajando en la universidad y que solo conocía al catedrático de vista. El día del asesinato no había visto a nadie sospechoso, dijo, o al menos a nadie con un aspecto más sospechoso de lo habitual. La empleada de la limpieza, que había acudido acompañada de una de sus hijas porque seguía muy afectada, tampoco fue de gran ayuda: aparte de encontrar el cadáver, no había visto ni oído nada. La mujer era un manojo de nervios y no dejaba de frotarse las manos, y Norma tuvo que tranquilizarla porque era extranjera y temía perder el trabajo.

—Aquí tiene mi tarjeta con el teléfono —le dijo—. Llámeme si tiene algún problema.

Tras hacerles firmar una declaración, Norma los dejó marchar. Esperaba tener más suerte con las muestras que habían recogido los hombres del inspector Permanyer, aunque intuía que las probabilidades eran mínimas. De momento, los mossos habían peinado sin éxito la facultad y las calles adyacentes, y, ante la falta de pistas, Norma pensó que tendrían que centrarse en el móvil.

—Si el catedrático tenía algún enemigo con suficientes motivos para cargárselo a sangre fría —reflexionó en voz alta—, alguien de su entorno tiene que saber algo.

- —Eso si no se trata de un loco —objetó tímidamente Gabriel.
- —No seas agorero.

Tenían media hora por delante. Gabriel le guiñó un ojo y le dijo que la aprovecharía para poner al día el papeleo atrasado. Traducido, eso quería decir que Gabriel pensaba dedicarse a contestar correos personales y actualizar su Facebook. Norma le dedicó una mirada de reproche pero no dijo nada. Ella también se dirigió a su mesa, puso en marcha el ordenador y tecleó la contraseña: en su correo aparecieron una pila de mensajes nuevos. Ninguno parecía urgente, pero, por si acaso, repasó la larga lista en negrita sin decidirse a abrir ninguno.

De pronto, Norma dio un respingo e instintivamente levantó la vista para comprobar que nadie se hubiera percatado de su gesto de sorpresa. Acababa de descubrir un mensaje que aquel día no esperaba recibir, y durante unos instantes, con el dedo inmóvil sobre el ratón, estuvo tentada de abrirlo. Al final, cambió de idea y decidió que lo leería por la tarde con más calma. En cualquier caso, sabía exactamente qué decía aquel mensaje: David Subirana estaba en Barcelona y quería verla.

Hacía cerca de seis meses que no tenía noticias de David, a quien suponía atareado con sus excavaciones en El Cairo, y la perspectiva de volver a verle hizo que el corazón empezara a latirle con fuerza. ¿Cuánto tiempo se quedaría en Barcelona esta vez? No quería llamarle desde la comisaría y arriesgarse a que alguien oyera la conversación, y, además, antes de interrogar al matrimonio Parellada tenía que hacer los deberes: quería echar un vistazo en Google para saber con qué clase de familia se enfrentaba y comprobar si la información colgada en la red sugería algún móvil. El inspector Permanyer había descartado el robo, y ella se inclinaba a darle la razón.

Norma apartó a David de su cabeza y entró en Google. El profesor Francesc Parellada aparecía en miles de entradas por su condición de docente de la Universidad de Barcelona y experto en la guerra civil española. Era autor de una docena de libros y centenares de artículos especializados, y Norma recordó haber visto los títulos de algunos de sus libros en la biblioteca de su padrastro. La mayoría de los artículos podían consultarse en Internet, y, como el tiempo apremiaba, decidió guardar algunas direcciones en la carpeta de favoritos para examinarlas más tarde con calma. En cuanto a la familia Muntaner, cuyo apellido había provocado aquella inusitada movilización de altos cargos, tenía una presencia más bien discreta en la red. Aun así, Norma descubrió que Rafael Muntaner, el patriarca de la familia, había fallecido ocho años atrás, que buena parte de la Barcelona que vivía al norte de la Diagonal había asistido al funeral y sus dos hijos habían heredado un patrimonio que rondaba los mil millones de euros. Mientras tomaba notas, su móvil sonó y Norma se sobresaltó de nuevo.

Era Octavi, que llamaba para confirmarle que el catedrático había muerto estrangulado. Todavía no habían acabado, dijo, pero había podido hablar por teléfono con el oncólogo que lo trataba y este le había confirmado que el profesor era un

hombre enfermo al que le había extirpado un cáncer de pulmón.

- —Lo más probable es que lo asfixiaran con algún tipo de cuerda o con un cordel plastificado. O quizá con un trozo de cable... —añadió Octavi, un poco contrariado por ser tan impreciso—. En la piel no hay rastros de fibras y tampoco he encontrado nada bajo las uñas. Lo siento.
- —De todos modos, envía el traje del profesor al equipo de Permanyer para que lo analicen.
- —¡Eh, que no soy ningún aprendiz! —protestó él fingiendo que se ofendía—. No te preocupes, ya lo he hecho. —Y añadió—: Pero no te hagas demasiadas ilusiones... Creo que el hombre ni siquiera tuvo opción de resistirse. La quimio lo había dejado muy tocado.
  - —Lo asfixiaron por detrás, ¿verdad?
  - —Sí, de eso no hay duda. Y diría que quien lo hizo era más alto que la víctima.
  - —¿Cuánto más alto? ¿Mucho más?
  - —¡Y yo qué sé! ¿Te crees que esto es el CSI?
  - —Vale, no te enfades. ¿Irás a comer a casa?
  - —En cuanto terminemos, me subo a la moto. ¿Quieres que llame a tu madre?
  - —No te preocupes, yo la aviso.

Después de colgar, Norma llamó al inspector Roca y le contó lo que Octavi había descubierto, que por desgracia era bien poco. En esos momentos el inspector se encontraba en la Facultad de Historia departiendo con un preocupado decano mientras dos de sus hombres revisaban expedientes académicos y confeccionaban una lista de los alumnos y los profesores del departamento. Decidieron verse más tarde en comisaría para revisar la lista, y a continuación Norma marcó el número de su madre y le dijo que comerían en casa pero que no sabían a qué hora llegarían. Mimí, que los días de fiesta se encargaba de cocinar —o, mejor dicho, de calentar lo que la asistenta dejaba preparado en la nevera—, le preguntó si les apetecerían unos canelones o si preferían pollo a la cazuela.

—El pollo, y un poco de ensalada —dijo después de pensarlo un par de segundos. Antes de salir, volvió a la bandeja de entrada de su correo y clicó sobre el mensaje que le había enviado David. No se había equivocado: David estaba en Barcelona y quería verla.

—Vamos —dijo dirigiéndose a Gabriel—: Hoy tenemos que ser puntuales.

\* \* \*

- —¿Descartamos definitivamente el móvil del robo? —preguntó Gabriel con aire abatido mientras se dirigían hacia el coche.
- —En principio, nunca hay que descartar nada de manera definitiva —contestó Norma en tono de burla, parodiando las palabras de la intendente Mistral.

El deje de ironía que percibió en su voz hizo que Gabriel optara por guardar

silencio. No sabía cómo interpretarlo, y, además, aquella mañana Norma ya le había echado una buena bronca por no responder a sus llamadas. Por su parte, Norma consideraba que, al menos durante un rato, era conveniente adoptar con su compañero una expresión severa para que aprendiera la lección y no confundiera el buen rollo con la falta de profesionalidad. Gabriel llegaría a ser un buen investigador, le había asegurado al inspector Roca, pero en lo tocante a disciplina aún estaba un poco verde.

—Hoy conduces tú —le dijo mientras bajaban en el ascensor hacia el aparcamiento.

A Norma le dolía la cabeza y le daba pereza conducir. Además, ella estaba acostumbrada a su Volkswagen escarabajo y no soportaba el Hyundai tuneado de Gabriel, sobre todo para ir por la ciudad. Como él detestaba ir de copiloto y no soportaba la forma de conducir demasiado prudente de su compañera, recibió la orden con una sonrisa de alivio.

Apenas había tráfico, y Gabriel decidió pisar a fondo el acelerador. Dio por sentado que su compañera protestaría y le soltaría alguno de sus discursitos, pero para su sorpresa Norma se limitó a mirar por la ventana. Gabriel, que después de la reprimenda recibida no estaba seguro del significado del silencio pensativo de su compañera, disminuyó la velocidad y empezó a detenerse ante los semáforos en ámbar. Por descontado, no sabía nada de David ni de sus correos.

—Esto tiene que estar por aquí cerca... —dijo al llegar al monasterio de Pedralbes.

Norma, absorta en sus pensamientos, ni siquiera le oyó.

\* \* \*

El lujoso chalet en el que vivían los Parellada, en el barrio de Sarria, se encontraba muy cerca del monasterio de Pedralbes. Desde el coche, Norma contempló el edificio y se preguntó si la tía Margarida habría regresado al convento o si también ese año se tomaría un par de días de vacaciones y se instalaría en su casa. Desde joven, la tía Margarida había soñado con vivir en aquel viejo monasterio, y, aunque no era una mujer especialmente religiosa, siempre le había fascinado la idea de pasearse entre sus muros góticos disfrazada con el sobrio hábito de las clarisas cual heroína de otros tiempos. Como no tenía hijos y no soportaba vivir sola, al morir su marido decidió poner en práctica aquel viejo sueño después de considerar las ventajas de envejecer en un monasterio venerable en vez de terminar sus días en alguna residencia sórdida en la que la obligarían a asistir al desfile diario de bolsas negras camino del tanatorio. La falta de vocaciones y el generoso donativo que hizo llegar al obispado contribuyeron a que la recibieran con los brazos abiertos, y, desde que profesó en las clarisas, la hermana Margarida cumplía diligentemente con sus obligaciones de religiosa, fascinada por la disciplina monótona y relajante que, según

había descubierto, imponía el hábito. Desde hacía ocho años vivía confortablemente aislada del mundo y de sus problemas tras aquellos muros impenetrables hechos de piedras y oraciones antiguas, pero como a ratos añoraba la libertad de su vida de seglar de vez en cuando se inventaba una excusa para salir y aprovechaba la escapada para ir al bingo, tomarse un cóctel en Boadas y charlar con Mimí.

—Es muy pronto —dijo Norma con una mueca—. Esperemos un poco. No aparques delante.

Gabriel volvió a poner el coche en marcha y lo dejó a unos doscientos metros de la casa, en un callejón. Norma sacó del bolso un paquete de cigarrillos y encendió uno. Hacía días que no fumaba, pero esa mañana iba ya por el segundo. Definitivamente, el correo de David la había alterado.

- —Ostras —se sorprendió Gabriel—. Creía que lo habías dejado.
- —Solo fumo de vez en cuando —se justificó ella—. Ni se te ocurra contarlo en comisaría… Y aún menos a Octavi. Es una orden, ¿me copias?
  - —Tú mandas. Pero no creo que sea una buena idea.
  - —Lo tendré en cuenta. Y, por cierto, hoy déjame hablar a mí.
  - —¿Tenemos que considerarlos sospechosos? A la familia, me refiero.
  - —No lo sé. Lo decidiré más tarde.

Norma apagó el cigarrillo y, antes de tocar el timbre, comprobó la dirección para estar segura de no equivocarse. En aquel lugar solo había pisos y chalets de lujo, y el de los Parellada era casi invisible desde la calle. El chalet, como el monasterio, también estaba aislado del mundo por un frondoso jardín y alto muro, solo que en este caso el muro estaba pintado de color gris oscuro y sobre la puerta de hierro una cámara de vigilancia constituía un elemento disuasorio que controlaba la identidad de los intrusos. Norma pulsó el timbre y, acto seguido, una mano invisible abrió la pesada puerta invitándolos a entrar en la finca; sin disimular su curiosidad, Norma y Gabriel se dispusieron a seguir obedientemente el pulcro sendero de grava que conducía hasta la casa. Antes de alcanzarla, una segunda cámara les dio la bienvenida, anticipándose a sus anfitriones.

El edificio era una construcción de volúmenes cúbicos, pintada también de gris, moderna y triste. No tenía balcones ni ningún tipo de ornamentación, y Norma pensó que la filosofía arquitectónica de aquel chalet se situaba en las antípodas de la colorida estética de mosaicos y vitrales modernistas que la burguesía barcelonesa había adoptado cien años antes como símbolo de riqueza y buen gusto. A Norma, aquella casa excesivamente sobria y poco alegre, sin ningún vecino a quien desear los buenos días y con quien intercambiar unas palabras de cortesía o algún chisme, le recordó una cárcel. Como la mayoría de los ricos, los Parellada vivían una vida de náufragos solitarios en su particular trozo de paraíso, pero la idea que Norma tenía del Edén no incluía cámaras de vigilancia ni muros de hormigón.

Jordi Parellada y su mujer los esperaban tomados de la mano delante de la puerta principal. Ambos parecían sinceramente afligidos, y los oscuros círculos que rodeaban sus ojos delataban que ninguno de los dos había dormido bien. Una vez realizadas las presentaciones y reiterado y agradecido el pésame, el matrimonio los invitó a entrar en la casa y los hizo pasar al salón.

Norma aprovechó el intercambio de frases de cortesía para observar disimuladamente a la heredera de la familia Muntaner, una mujer de aspecto discreto que, según dedujo, no iba por el mundo presumiendo de los ceros de su cuenta corriente. Como su marido, vestía de forma cómoda y sencilla, y su actitud, compungida y serena al mismo tiempo, distaba mucho de la arrogancia de talonario que exhibían otras mujeres de su posición. Según había descubierto Norma en Google, se había doctorado en Química y era la jefa del área de investigación y desarrollo de los Laboratorios Muntaner, un cargo de auténtica responsabilidad que no tenía nada de honorífico ni de ornamental.

A Norma le pareció una buena señal que el matrimonio no hubiera llamado a ningún abogado para que estuviera presente durante lo que no dejaba de ser un interrogatorio, si bien debían de suponer que la policía no tenía ningún motivo para considerarlos sospechosos. De entrada, no parecían tener ningún móvil, y ninguno de los dos se encontraba en Barcelona cuando se produjo el crimen.

El matrimonio los condujo hasta un espectacular salón presidido por una chimenea de hierro que flotaba suspendida en medio de la estancia y por un inquietante Francis Bacon que Norma supuso que era original. Alrededor de la chimenea, apagada en ese momento, había tres sofás de piel blanca colocados en forma de U. El matrimonio se sentó en uno de ellos, y Norma y Gabriel, siguiendo sus indicaciones, ocuparon el más cercano.

Exhibiendo modales de buena anfitriona, Mónica Muntaner se apresuró a ofrecerles un café que ellos educadamente rechazaron. Norma sacó del bolso sus gafas para ver de cerca y una libreta, y empezó con las preguntas de rutina. Haciendo caso de sus instrucciones, Gabriel se limitó a escuchar en silencio.

El matrimonio respondió a todas las preguntas con educación y sin impacientarse, lo que reforzó la impresión inicial de Norma de que ambos se esforzaban por colaborar. Le reiteraron que no conocían a nadie que tuviera motivos para estar resentido con el catedrático y menos aún para asesinarlo, y tampoco les constaba que se hubiera peleado con ningún estudiante o profesor. La beneficiaría de la herencia era su madre, explicó Jordi Parellada antes de que Norma sacara el tema, y dicha herencia se reducía al piso que poseían en la Gran Via, al apartamento de Calella de Palafrugell donde iban a pasar el verano y a unos ahorros que ascendían a unos setenta mil euros. Poca cosa en comparación con la fortuna de los Muntaner, pensó Norma. Aquella herencia modesta difícilmente podía constituir un móvil.

- —Tengo entendido que su padre era especialista en la guerra civil —dijo Norma tanteando el terreno.
- —Sí, era toda una autoridad. Había publicado muchos artículos y unos cuantos libros, y ahora mismo estaba preparando otro. —E, intentando sonreír, añadió—:

Sentía especial simpatía por los anarquistas.

- —Pero él no era ningún anarquista, ¿eh? —Saltó su mujer.
- —No, no. Pero admiraba la cultura de los ateneos, la efervescencia de la Barcelona obrera, el idealismo de los revolucionarios... Como saben, en los años treinta Barcelona estaba llena de anarquistas. Mi padre decía que eran unos idealistas y que la mayoría eran buenas personas. Según él, la guerra lo cambió todo, porque puso a los obreros entre la espada y la pared.
  - —Ganar la guerra o hacer la revolución —murmuró Norma.
  - —Eso es.
- —Mi abuelo no creía que no se pudiera ganar la guerra sin hacer la revolución dijo Norma repitiendo lo que había oído tantas veces en casa.

El comentario de Norma los sorprendió a todos, y durante unos instantes un silencio incómodo planeó por el salón de diseño de los Parellada. Al darse cuenta de que había expresado en voz alta sus pensamientos, Norma se ruborizó e inclinó la cabeza mientras fingía concentrarse en sus notas.

—En este tema —dijo Jordi Parellada con una sonrisa—, mi padre y yo no estábamos de acuerdo. Él decía que, de entrada, era una guerra imposible de ganar. Pero yo siempre he creído que si los republicanos hubieran aparcado sus diferencias y se hubieran comportado como un ejército profesional...

Norma estuvo a punto de replicar, pero finalmente decidió quedarse callada para no dar pie a un debate sobre las circunstancias que llevaron a los republicanos a perder la guerra. Temiendo que la conversación se embrollara, Mónica Muntaner miró el reloj y a su marido, y dijo con suavidad:

- —Jordi, recuerda que tu madre nos está esperando. Y estos señores tendrán trabajo...
- —Como pueden ver, mi padre me contagió su pasión por el estudio de la guerra civil —se justificó Jordi Parellada dejando que aflorara a sus labios una sonrisa triste.

Norma asintió con la cabeza y, aprovechando el cariz que había tomado la conversación, decidió preguntarle si el catedrático había tenido alguna vez problemas con los extremistas por sus opiniones o sus escritos.

- —No, que yo sepa. Mi padre era un hombre tímido y apenas tenía perfil público, me refiero a que no era una de esas personas que hablan por la radio o salen en la tele. Sus publicaciones eran más bien eruditas. Ninguno de sus libros se convirtió en un éxito de ventas, pero tampoco lo pretendía. —Y añadió con cierto orgullo—: Él era un académico.
- —Le encantaba dar clase —explicó su mujer con un tono que delataba la sincera admiración que sentía por su difunto suegro—. Lo que más lo entristecía de estar enfermo era no poder ver a sus alumnos.
- —Tendré que hablar con su madre. —Norma procuró que aquella afirmación no sonara como una amenaza—. Puede que su padre le contara algo que ustedes desconocen.

Por primera vez, Jordi Parellada se puso a la defensiva y su voz sonó menos cordial.

- —Francamente, preferiría que dejaran a mi madre al margen de este asunto. Para ella ha sido un golpe muy duro y todo esto es muy desagradable.
- —Lo comprendo perfectamente —dijo Norma con diplomacia—. Pero tengo que saber si su padre estaba preocupado por algo o si alguien lo había amenazado de alguna manera. Le prometo que no la atosigaremos.
- —Es lógico que quieran hablar con ella, Jordi —intercedió su mujer con suavidad—. Tu madre lo comprenderá.
- —Puede que mañana —accedió el hombre con un suspiro—. Hoy no creo que esté en condiciones.

Norma asintió con la cabeza, guardó las gafas y la libreta en el bolso y se levantó del sofá mientras hacía un gesto a Gabriel para que la imitara.

- —Es curioso... —musitó Jordi Parellada levantándose también del sofá—. No hace ni dos semanas que mi padre fue al entierro de un amigo suyo que también murió en circunstancias violentas.
- —Es verdad, el pobre Víctor... Lo había olvidado —corroboró su mujer. Y, al ver que Norma alzaba la cabeza y la interrogaba con la mirada, añadió—: Unos ladrones entraron en su casa y lo apuñalaron.

Norma se quedó inmóvil durante unos instantes y, a continuación, retrocedió y volvió a sentarse. Tanto Gabriel como el matrimonio Parellada, sorprendidos por su reacción, la imitaron.

- —¿Quién era ese amigo? —dijo buscando una página en blanco en la libreta y volviendo a ponerse la gafas.
- —Se llamaba Víctor Porta —dijo Jordi Parellada, visiblemente desconcertado—. Él y mi padre eran amigos desde niños. De hecho, los dos habían nacido en el mismo barrio y habían ido juntos a la escuela.
  - —¿Qué ocurrió?
- —Lo que le ha dicho mi mujer: unos ladrones entraron en su casa, lo sorprendieron y lo apuñalaron.
- —Parece ser que murió desangrado —musitó Mónica Muntaner con un hilo de voz.
- —¿Es aquel hombre al que asesinaron hace poco en el Poble Sec? —preguntó Norma intentando recordar el caso. Estaba casi segura de que le habían encargado la investigación al inspector Carrasco.
- —Sí, Víctor vivía junto al Paral·lel, aunque había pasado la mayor parte de su vida en México. De hecho, volvió a Barcelona tras fallecer su mujer. —Hizo una pausa—. Pero aquello fue un robo, ¿no? Según los periódicos, fue una de esas bandas del este… —añadió al tiempo que comprendía que la coincidencia no dejaba de ser extraña—. No pensará que hay algún tipo de relación…
  - —No lo sé —reconoció Norma sacudiendo la cabeza—: Solo es una posibilidad.

¿Tienen idea de cuándo fue la última vez que se vieron?

- —Creo que fue poco antes de... —Jordi Parellada ladeó la cabeza y dejó sin concluir la frase—. Pero no sabría decírselo con exactitud. A lo mejor mi padre lo anotó en su agenda.
  - —¿Sabe si vivía solo?
- —Sí, Víctor vivía solo. Aunque tengo entendido que su hija y su nieto lo visitaban con frecuencia. —E insistió, sin mucho convencimiento—: Pero lo que le pasó a Víctor solo es una coincidencia, ¿no?
- —Quizá sí —dijo Norma con suavidad—. Pero las coincidencias siempre son sospechosas. Tendremos que investigarlo.

Norma no creía que el caso de Víctor Porta estuviera cerrado ni mucho menos. Mientras se levantaba por segunda vez dando por finalizada la reunión, añadió:

- —¿Qué le parece si mañana por la tarde pasamos un momento por casa de su madre? Le prometo que la importunaremos lo menos posible.
- —Mi madre vive en la Gran Via, cerca de la Plaça Universitat. Les anotaré la dirección.
  - —Naturalmente, pueden estar presentes cuando hablemos con ella —dijo Norma.
- —Prométame que será una conversación breve —le pidió Jordi Parellada—. Lleva un marcapasos.
  - —Tiene mi palabra.
- —Intentaré arreglarlo para mañana. —Y casi con tono de súplica, añadió—: Será usted la que hablará con ella, ¿verdad?
- —Si lo prefieren, iré sola. Su madre, ustedes y yo. Un cuarto de hora como máximo —dijo Norma recordando la advertencia del comisario de andar con pies de plomo.
- —Mi mujer y yo les agradecemos todo lo que están haciendo, de verdad —dijo alargando la mano para despedirse.
- —No duden que estaremos encantados de colaborar como sea y con lo que sea. Quiero decir que si el equipo que lleva el caso necesita más recursos o hacer horas extras... —añadió la heredera de los Muntaner sin demasiada sutileza.
- —No se preocupe —Norma atajó de raíz lo que podía sonar como un bienintencionado intento de soborno—. Lo tenemos todo bajo control.

# Capítulo 13

Mientras atravesaban el jardín, todavía encharcado por el aguacero que había caído la noche anterior, Norma miró a su alrededor extrañada y consultó la hora. El reloj le confirmó que apenas pasaban unos minutos de las dos, pero unas nubes negras como el carbón habían oscurecido tanto el cielo que la noche parecía estar a punto de caérseles encima para engullirlos con su oscuridad húmeda y densa. Una ráfaga de viento helado la sacudió y le provocó un escalofrío, y de pronto se dio cuenta de que alguna cosa no iba bien porque seguía doliéndole la cabeza y los cafés que había tomado por la mañana no habían conseguido despejarla. Se sentía extrañamente cansada, e intuyó que tenía un poco de fiebre.

- —¿Te importaría acercarme a casa? —preguntó mientras subían al coche—. Necesito dormir un poco antes de volver a comisaría. Tú también, supongo.
  - —Una siesta no me vendría nada mal, lo reconozco.
- —Vete a casa pero mantente localizable —dijo Norma alzando una ceja—. Te espero a las seis.
- —No te preocupes, jefa. Mensaje recibido. —Gabriel acompañó sus palabras con una sonrisa y un simulacro de saludo militar.

Dentro del coche, Norma se puso a mirar por la ventana. Gabriel, que comprendió que su compañera no tenía ganas de conversación, se limitó a conducir en silencio. Al llegar a la Via Augusta, Norma se dio cuenta de que Gabriel la miraba de reojo y se movía inquieto en el asiento.

- —¿Qué te pasa? —preguntó Norma.
- —No, nada...
- —Alguna cosa te ronda por la cabeza —insistió ella.
- —Me preguntaba si es verdad eso que le dijiste ayer al juez de que tu abuelo era anarquista —murmuró Gabriel sin apartar la vista del frente.

En realidad, desde que la cabo Rojas había cogido el teléfono para contarle la pelea que habían protagonizado la subinspectora Forester y el juez Gallardo, Gabriel llevaba toda la mañana intentando sacar el tema.

- —Pero ¿cómo demonios...? —Saltó Norma, asombrada de que su compañero ya estuviera al tanto de la discusión.
  - —Me lo ha dicho un pajarito —confesó Gabriel con una sonrisa tímida.
- —Ya. Imagino que es el mismo pajarito al que se le cae la baba cada vez que se cruza contigo en comisaría.
  - —Pero ¿es verdad que era anarquista? —insistió Gabriel.
  - —Pues sí, era anarquista.
  - —¿De los que ponían bombas y quemaban iglesias?
  - -Hombre, no todos los anarquistas iban por el mundo con una cerilla en la

- mano... Además, mi abuelo vino a Barcelona para luchar contra los fascistas.
  - —¿Y murió en la guerra?
- —¿A qué viene tanto interés por mi abuelo? —le espetó Norma, un poco molesta por aquella intromisión en su vida privada.
  - —Nada. Solo es curiosidad.

Norma volvió la cabeza y se puso a mirar de nuevo por la ventana esperando que Gabriel entendiera que prefería poner fin a una conversación que consideraba demasiado personal, pero a continuación se arrepintió de haber adoptado una actitud tan esquiva y rectificó. Al fin y al cabo, Gabriel era su compañero y, teniendo en cuenta su apellido inglés y los chismes que corrían por comisaría, por no mencionar los comentarios maldicientes del juez, era comprensible que sintiera curiosidad.

—A mi abuelo lo fusilaron en el treinta y nueve en el Camp de la Bota. Tenía veinticinco años —dijo finalmente.

Gabriel, con la vista aún fija en el volante, sacudió la cabeza.

- —En aquella época, los dos bandos cometieron muchas barbaridades —dijo—.
  Es mejor pasar página.
- —¿Mejor? ¿Mejor para quién? —replicó secamente Norma, desconcertada por las palabras de su compañero.
- —Mujer, mejor para todo el mundo. Los republicanos tampoco es que fueran unos santos...

Norma abrió la boca para protestar, pero al final optó por quedarse callada. En realidad, conocía muy poco al sargento Gabriel Alonso, que en esos momentos fingía estar concentrado en la conducción y eludía su mirada. ¿Qué había tras su aspecto de niño bueno, bajo aquel aire ingenuo que ella sospechaba un poco artificial? ¿Qué ideas políticas tenía? ¿A quién votaba? De sus comentarios burlones y sus actitudes irreverentes, Norma había deducido que su compañero debía de ser más bien de izquierdas, pero de hecho, pensándolo bien, ellos dos nunca habían hablado abiertamente de política. Fue Gabriel quien, al cabo de un rato y con la vista aún fija en el volante, rompió aquel silencio incómodo.

- —A mi abuelo lo mataron los de la FAI. Yo tampoco llegué a conocerle —musitó.
- —No lo sabía —dijo ella un poco desconcertada—. Lo siento.

Norma siempre había supuesto que su compañero pertenecía a aquella generación sin memoria para la cual la guerra civil era un episodio remoto del que a duras penas habían oído hablar. Gabriel tenía dos años cuando murió el dictador, y la transición democrática, en la que había crecido, se había hecho al precio de amnistiar tácitamente a los franquistas silenciando el sufrimiento de los republicanos y borrando del mapa de los recuerdos de las atrocidades de los vencedores. Había triunfado la tesis de que unos y otros eran iguales, de que en ambos bandos se habían cometido heroicidades y crímenes a partes iguales, y, como según esa oportuna tesis, tanto los nacionales como los republicanos tenían sobrados motivos para avergonzarse de su comportamiento, era mejor, decían algunos, no hurgar en las

viejas heridas y limitarse a pasar página. Los artífices de la transición —buena parte de los cuales eran franquistas o estalinistas reconvertidos— habían logrado que muchas víctimas se sintieran culpables y muchos culpables, víctimas. Y puesto que hablar sobre la guerra se había reducido a un simple intercambio de cromos sin perspectiva histórica —Guernica contra Paracuellos, tantas mujeres y niños ejecutados contra tantos curas asesinados y tantas iglesias incendiadas—, en las escuelas se había optado por pasar de puntillas sobre el tema para no ofender la sensibilidad de nadie. La Ley de la Memoria Histórica, aprobada con más de treinta años de retraso, había quedado reducida a un mero ejercicio de retórica y, en el mejor de los casos, a un puñado de permisos burocráticos para hurgar en algunas fosas en busca de restos, a eso se limitaba restaurar la dignidad de las víctimas. Mientras tanto, el tiempo corría y las últimas generaciones de franquistas que juraron lealtad al régimen lograban abandonar tranquilamente el mundo de los vivos sin que nadie les pasara cuentas ni les pidiera explicaciones. El circo orquestado desde el poder había logrado culminar la transición con el olvido, pero, pese a todo, el regusto amargo que Norma percibió en la voz de Gabriel le hizo adivinar que el fantasma de aquel abuelo ausente seguramente también se había cernido sobre la infancia de su compañero con la misma intensidad épica con que lo había hecho la figura trágica de su abuelo Jack.

- —De todos modos, mi abuelo no era de la FAI, ni tampoco un asesino —dijo Norma al cabo de un rato.
  - —No, si yo no quería insinuar...
- —Además, un asesinato y una ejecución no son lo mismo. A tu abuelo lo asesinaron unos bestias, al mío lo ejecutó un tribunal. Ya sé que el resultado es el mismo, pero el matiz es importante. —Y, como se dio cuenta de que quizá se había mostrado un tanto categórica, añadió—: Si quieres, un día lo hablamos, pero ahora mismo estoy demasiado cansada. Me duele la cabeza desde que salí de casa.

Gabriel no supo si aquello era una excusa porque la conversación la incomodaba o si era verdad que se encontraba mal. Se había dado cuenta de que su compañera no tenía buena cara, pero hacía pocos meses que trabajaban juntos y esa era la primera vez que Gabriel se había atrevido a tocar el tema de la guerra civil. Aunque estaba contento de poder trabajar a sus órdenes, Norma lo intimidaba un poco y, de hecho, no podía decirse que fueran amigos, al menos no de la manera en que lo eran ella y el inspector Roca. Por otra parte, Gabriel encontraba peligrosamente sensuales los ojos verdes y los modales desenvueltos de su compañera, y era consciente de que, de haberla conocido en otras circunstancias, habría intentado seducirla y llevársela a la cama. En el fondo, facilitaba las cosas aquella actitud de protectora hermana mayor que Norma había adoptado desde el principio y que hacía impensable el flirteo.

- —Pues yo creía —dijo Gabriel cambiando de tono e intentando aliviar la tensión que tu abuelo era un aristócrata. Un lord o algo así.
- —¿Un lord? —Norma se dio la vuelta y se lo quedó mirando con expresión de asombro—. Qué cosas se te ocurren...

- —Mujer, ya sabes cómo te llaman en broma en comisaría...
- —Vaya por Dios, no sabía que me hubierais puesto un mote.
- —Oye, que no es cosa mía, ¿eh? ¿De verdad no lo sabes?
- —Ni idea. —Y, al ver que Gabriel dudaba y se sentía violento, añadió con una sonrisa—: Anda, suéltalo. No me enfadaré, te lo prometo. ¿Cómo me llamáis?
- —A veces, algunos te llaman *Lady* Norma —dijo Gabriel con un hilo de voz—. Pero yo no, que conste, ¿eh?

Norma alzó una ceja y suspiró aliviada. Conociendo el sentido del humor poco sutil de algunos de sus compañeros, podía haber sido mucho peor.

- —Pues siento defraudarte, pero mi abuelo no era ningún aristócrata. Era un obrero, y pobre como una rata. No he heredado ningún castillo con fantasma, por si te habías hecho ilusiones.
- —Lástima. —Gabriel chasqueó la lengua y sonrió, ya más relajado—. Un castillo con fantasma te pega.

Norma sabía que desde que el subinspector Carrasco había puesto los pies en su casa por la comisaría corrían toda clase de rumores. El hecho de que Octavi y ella vivieran en un edificio modernista en el Eixample, en un piso que valía una pequeña fortuna, había disparado la imaginación propensa a los chismorreos del subinspector, que enseguida se había percatado de que aquel piso enorme, atiborrado de libros y antigüedades, no encajaba con el estereotipo de los investigadores de la brigada criminal ni estaba al alcance del sueldo que cobraban los mossos.

- —Esta tarde echaremos un vistazo al expediente del caso del Poble Sec —dijo Norma mientras Gabriel detenía el coche en la esquina de la calle Roger de Llúria. Lo lleva Carrasco. Ahora le llamaré.
  - —¿De verdad crees que hay alguna relación?
- —De momento, no tenemos nada más a que agarrarnos. —Norma se encogió de hombros—. Vale la pena investigarlo.

Y mientras bajaba del coche y sacaba el móvil del bolso para marcar el número del subinspector Carrasco, Gabriel puso rumbo al Carmel saboreando anticipadamente el generoso entrecot con patatas fritas que pensaba zamparse antes de tumbarse a hacer lo que consideraba una merecidísima siesta. En la calle, aparcada en la acera, Norma vio la vieja Guzzi de Octavi; se acercó, la tocó y comprobó que el motor aún estaba caliente. Estaba de suerte. Por lo menos, pensó con una sonrisa, aquel día almorzarían juntos.

# Capítulo 14

Norma llegó a casa en el momento en que su familia se sentaba a la mesa para comer. Violeta se había ido, pero la tía Margarida, vestida con los pantalones y la blusa que le había prestado Mimí, todavía estaba ahí y se dedicaba a masticar con energía un plato de ensalada mientras les contaba anécdotas relacionadas con la pequeña comunidad de monjas de la que formaba parte. Se había maquillado los ojos, puesto colorete en las mejillas y pintado las uñas de rojo, pero, a diferencia de lo que ella creía, su aspecto rejuvenecido no solo se debía al milagro de aquella improvisada salud de bote procedente del tocador de Mimí, sino que era evidente que vivir en el monasterio le sentaba bien. Como de costumbre, hablaba por los codos, y Mimí, que sabía que a la hora de las comidas las clarisas tenían que guardar silencio, intuía el sacrificio que aquella regla ancestral debía de suponer para su prima. Con sorna, Octavi le preguntó qué había hecho del hábito y ella le guiñó un ojo.

—Hombre, es que no me ha parecido apropiado ir al cine y al bingo vestida de monja...

E inmediatamente se justificó diciendo que todo había sido idea de Mimí, que la había convencido para que buscara una excusa y postergara unas horas su regreso al convento. Si no era ninguna molestia, dijo con un tono de fingida humildad que todavía tenía que perfeccionar, se quedaría con ellos otra noche y aprovecharía para distraerse un poco.

- —Ya sabes que esta es tu casa —dijo Norma provocándole un buen susto a Octavi, que deseó que Norma no lo dijera en serio y que la monja no se lo tomara al pie de la letra. Y, con buena intención, añadió—: Pero, tía, ¿estás segura de que no preferirías dejar el convento e irte a vivir por tu cuenta? Podrías hacer lo que quisieras sin necesidad de escaparte como si fueras una colegiala de quince años…
- —¡Qué cosas dices! —contestó la monja—. ¡Si en el monasterio estoy de coña! Además, ahora hasta tengo un portátil en la celda con una de esas conexiones sin hilos. Puedo chatear y bajarme películas gratis. Ni siquiera tengo que ir al cine.
  - —¿Las monjas tenéis ordenador en las celdas? —preguntó Octavi, perplejo.
- —Bueno, no exactamente... De hecho, supongo que soy la única monja que tiene un ordenador en la habitación. —Y, como Octavi seguía mirándola con ojos de pasmo, añadió—: Es que ya no estamos en la Edad Media y no nos registran las celdas. Lo que pasa —dijo inclinándose un poco hacia delante para darles a entender que se trataba de una confidencia— es que me sé la contraseña del museo Thyssen y por la noche, cuando nos retiramos, me conecto. Lo hago a escondidas, claro. —Y, como si fuera la cosa más natural del mundo, añadió—: Por cierto, antes de que me vaya recordadme que os dé mi dirección de correo electrónico.
  - -Chica, yo con esto de Internet me hago un lío -confesó Mimí-. Los

ordenadores no son lo mío.

- —Pues tendrías que hacer un esfuerzo, Mimí. ¡Si supieras la cantidad de cosas que se pueden hacer...! —La monja sacudió la cabeza e intentó imitar el tono que adoptaba con ella la madre superiora cuando la pillaba intentando escabullirse de alguna tarea desagradable o de chismorreo con otras religiosas—. No entraré en detalles —automáticamente bajó la voz y miró de reojo a Norma—, pero desde que existe Internet los caminos del Señor son inagotables.
  - —Querrás decir inescrutables —la corrigió Octavi.
- —Yo ya me entiendo... —dijo con una sonrisa burlona—. Aunque si lo preferís, a partir de las ocho podéis llamarme al móvil. Me refiero a las ocho de la tarde, claro —añadió.
  - —¿También tienes móvil? —Saltó Octavi—. ¡Caramba, no te privas de nada!
- —De todos modos, por mucho que tengas Internet y móvil, no puedes salir cuando quieres —insistió Norma, que intentaba imaginar el susto que se llevaría la madre superiora el día que descubriera a la hermana Margarida con un teléfono clandestino en la oreja o navegando por Internet a escondidas.
  - —Bah, ya sabéis que tengo mis métodos… —dijo con picardía.

Y volvió a guiñarles un ojo.

Octavi suspiró y sacudió la cabeza, y Norma, que sabía que su marido jamás llegaría a comprender la peculiar manera de razonar de la tía ni su afán por vivir en un monasterio, le dedicó una mirada que venía a decir que era mejor dejarlo correr. No tenía ni idea del castigo que podían llegar a imponerle desde el obispado si se enteraban de la doble vida que llevaba, pero no se atrevía a preguntárselo abiertamente por miedo a que su curiosidad sonara a reproche. De todos modos, no creía que llegaran a expulsarla; a lo sumo, pensaba, la obligarían a rezar unos cuantos padrenuestros y a fregar el monasterio de rodillas. Además, era muy probable que en el obispado supieran que esporádicamente la hermana Margarida se tomaba unos días de vacaciones para hacer de las suyas en compañía de su prima y que hicieran la vista gorda porque iban escasos de vocaciones y no podían permitirse el lujo de despedir personal. Evidentemente, pensó Norma, también cabía la posibilidad de que se tragaran sus excusas, y quizá ni se les pasaba por la cabeza que una monja de cabellos canos encontrara un placer secreto haciendo travesuras propias de una adolescente. En el Vaticano ya tenían suficientes quebraderos de cabeza encubriendo a curas pederastas y reclutando adeptos entre los pobres del Tercer Mundo, y las escapadas urbanas de la tía Margarida no dejaban de ser trapacerías inocentes. Pecados veniales, pensó Norma. Una temporadita en el Purgatorio y asunto arreglado.

- —¿Cómo es que no quieres más, nena? ¿No te encuentras bien? —preguntó Mimí al ver que el muslo de pollo que Norma tenía en su plato seguía intacto.
  - —Lo siento, pero no puedo más.
  - —No tienes buena cara. Deberías comer algo —insistió Mimí.
  - —De verdad, no puedo.

A diferencia de Octavi, que estaba hambriento, Norma a duras penas había probado la ensalada y el pollo. Finalmente, ante la insistencia de Mimí, accedió a comer un poco de uva. Hacía rato que sospechaba que el malestar que sentía por todo el cuerpo no se debía únicamente a las cuatro horas que había dormido, pero, tozuda como era, se resistía a admitir que se le hubiera instalado en el organismo algún virus inoportuno justo cuando tenía una investigación importante entre manos. De reojo, su marido la observó y comprobó que su suegra tenía razón. Además de amodorrada, Norma estaba pálida y le brillaban los ojos. En contra de su costumbre, dijo que no quería café y que iba a echarse un rato.

- —Me parece que tienes fiebre —dijo Octavi poniéndole la mano en la frente—.
  Ponte el termómetro.
  - —No es nada. Solo necesito una aspirina y dormir un poco.
- —Deja que te tome las pulsaciones —insistió Octavi mientras intentaba sujetarle la muñeca.
  - —Déjame en paz… —Norma se levantó de golpe—. ¡Te digo que estoy bien!

Octavi alzó las cejas y sacudió la cabeza, pero no insistió. Sabía que hasta que no pasara de los treinta y nueve de fiebre, su mujer se negaría a admitir que estaba enferma. Norma, que quería saber qué recordaba su marido del caso Porta, le hizo un gesto desde el pasillo para que la acompañara a la cocina.

- —A lo mejor me equivoco, pero me parece mucha casualidad que dos hombres de la misma edad, que se conocían y eran amigos de toda la vida, hayan sido víctimas de un homicidio con tan solo un par de semanas de diferencia. Por fuerza tiene que haber alguna relación —dijo con la voz ronca mientras abría uno de los armarios y rebuscaba en el botiquín.
- —Sentís le hizo la necro. —Octavi recordaba vagamente el caso—. Lo apuñalaron cuatro o cinco veces. Creo que enviamos el informe a Carrasco.
- —He quedado con él esta tarde para que me enseñe el expediente —dijo Norma masticando una aspirina.
  - —Tendrías que quedarte en la cama. Estás que das pena.
  - —Solo necesito dormir un poco. Dentro de un rato estaré bien.

Octavi le dedicó una mirada cargada de escepticismo y volvió al comedor mientras Norma se dirigía hacia el dormitorio deseando que la aspirina le hiciera efecto. Antes de meterse en la cama, se quitó los pantalones y la blusa, y, como tenía escalofríos, se puso unos calcetines gruesos y se tapó con el edredón de plumas. La fiebre la mantuvo durante un buen rato en un estado de duermevela, pero cuando a las cinco y cuarto sonó el despertador, había conseguido caer en un sueño profundo y había perdido por completo la noción del tiempo. Abrió los ojos sin saber si era de día o de noche, aunque al notar que no llevaba el pijama puesto y que por la ventana entraba un poco de luz, dedujo que se despertaba de una larga siesta. A pesar de todo, seguía teniendo sueño y, durante unos minutos, remoloneó entre las sábanas tentada de darse media vuelta y seguir durmiendo. Siempre podía llamar a Gabriel y pedirle

que se ocupara de hablar con Carrasco, pero seguramente el subinspector insistiría en llamarla y acabarían celebrando la reunión por teléfono. Con dificultad, se levantó, volvió a vestirse y fue directamente a la cocina para prepararse un cóctel de analgésicos procurando que Octavi no la oyera.

Por suerte, su marido se había encerrado en su estudio para trabajar en un artículo sobre «La muerte súbita en adultos por patología cerebrovascular hemorrágica asociada al consumo de cocaína», y no se percató de la excursión de Norma al botiquín. Mimí y la tía Margarida habían salido hacía rato, y la bisabuela Senta, que estaba absorta ante el televisor mirando un programa de entretenimiento que emitían en un canal alemán, tampoco la oyó. En los últimos años, la abuela de Norma había desarrollado algunas manías, como la de ir descalza por el piso, negarse a tomar medicinas y mirar programas de televisión de canales extranjeros cuyo idioma no entendía en absoluto. Norma pasó por su lado, pero Senta, concentrada como estaba, no se dio cuenta de la presencia de su nieta. Solo Hamlet, que yacía con placidez en su regazo, alzó un poco la cabeza, entreabrió los ojos al oír los pasos de su dueña y volvió a dormirse.

Antes de salir, Norma se lavó la cara y se puso un poco de colorete en las mejillas para intentar disimular su palidez. Como a pesar de todo tenía cara de enferma, decidió recogerse el cabello en una cola. Por lo general, aquella melena que desde los noventa había encanecido le confería un aire exótico que Octavi encontraba particularmente sensual, pero en esos momentos las canas solo contribuían a acentuar su aspecto enfermizo y la hacían parecer mayor.

- —Me voy a la comisaría —murmuró desde la puerta del estudio de Octavi.
- —Estás enferma. Después no te aguantarás.
- —Ya me encuentro mejor —mintió—. Y, además, no tardaré. —Pero, al ver la cara de preocupación de Octavi, añadió—: Cuando vuelva, me pondré el termómetro. Te lo prometo.

Norma fingió no ver la mirada fulminante que le dedicaba su marido y dio media vuelta. Sacó del vestidor una parca gruesa que solo utilizaba los días más crudos del invierno y salió de casa procurando no hacer ruido. Sabía que poner los pies en la calle en ese estado era una imprudencia, pero confiaba en que el combinado de pastillas que se había preparado a escondidas de Octavi no tardaría en hacer efecto. Mientras se dirigía al aparcamiento a buscar el coche, sacó el móvil y marcó el número de Violeta.

—Hola, cariño —dijo cuando saltó el contestador—. Acuérdate de que hemos quedado para comer juntas un día de estos. ¿Me llamarás? Solo quiero que hablemos. Te prometo que no me pondré pesada y que esta vez no te soltaré ningún discursito.

Aquella era una promesa que Norma sabía que no podría cumplir, y nada más colgar se sintió un poco ridícula por aquel tono de madre desesperada que, sin proponérselo, había empleado. Al fin y al cabo, Violeta ya era una mujer y vivía su propia vida, y si pretendía que ellas dos fueran amigas tenía que prescindir de los

chantajes emocionales y dejar de comportarse como una madre plomo. Un poco antes de llegar a la comisaría, volvió a marcar el número de Violeta y le dejó un segundo mensaje.

—Violeta, soy yo otra vez. Mira, si ahora no tienes tiempo para quedar, no te preocupes. Yo también voy escopeteada... —Y después de unos instantes de duda, añadió—: De todos modos, si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿de acuerdo? Lo que sea...

## Capítulo 15

Aunque era día festivo, aquella tarde había bastante jaleo en la comisaría de Les Corts. Los mossos acababan de detener a uno de los *capos* mafiosos más buscados por la justicia italiana, y los periodistas se habían apostado en la puerta deseosos de conseguir una fotografía o alguna declaración. Cuando Norma llegó eran las seis en punto, pero Gabriel, escarmentado por la regañina, había llegado hacía rato y conversaba amistosamente con el inspector Roca, a quien el papeleo atrasado le había obligado a prescindir de su día de fiesta. Norma aprovechó la presencia del inspector para contarle su conversación con los Parellada y sus sospechas en relación con el asesinato del Poble Sec.

- —Por si acaso, he decidido echar un vistazo al expediente del caso Porta. Ya sé que los dos hombres murieron en circunstancias muy diferentes y que tal vez se trate solo de una coincidencia, pero si te parece bien me gustaría investigarlo —dijo.
- —Allá tú. Ya sabes que tienes carta blanca. Por cierto —recordó de repente el inspector abriendo una carpeta y entregándole un montón de papeles—, tengo la lista de los profesores del departamento. Salvo un par que están a punto de jubilarse y que a finales de los sesenta pasaron por la Modelo porque eran del PSUC, no hay ninguno con antecedentes. Y en el expediente no consta que haya ningún alumno o profesor con trastornos psíquicos o violentos.
  - —¿Tienes la lista de alumnos del catedrático? —preguntó Gabriel.
- —No es muy larga. El hombre solo daba clases de doctorado y dirigía tesis. En total, siete estudiantes.
- —Ocúpate de hablar con ellos —dijo Norma pasándole la lista a Gabriel—. A ver si logras averiguar algo.
- —De acuerdo. ¿Quieres que interrogue también a los profesores del departamento?
  - —Sí, claro.
- —A ver si encontráis a la última persona que lo vio con vida —pidió el inspector Roca—. Por fuerza tiene que ser un estudiante o un profesor. —Y al darse cuenta de que Norma parecía un poco ausente y de que bajo el color artificial de sus mejillas estaba blanca como el papel, añadió—: Norma, ¿te encuentras mal?
  - —No es nada.
- —Pues tienes mala cara —insistió el inspector, que enseguida se arrepintió de haber abierto la boca al recordar que a su exmujer también le cambiaba la cara cuando le venía la regla.
  - —Creo que estoy incubando una gripe. Tengo un poco de fiebre —confesó.
  - —Si no te encuentras bien, no tendrías que haber venido.
  - -No empieces tú también, ¿vale? Con los sermones de Octavi tengo más que

suficiente.

- —Si estás enferma, vete a casa y métete en la cama. Es una orden —le soltó el inspector intentando imprimir a su voz un tono de autoridad.
- —He quedado con Carrasco. Me iré a casa a descansar después de hablar con él, te lo prometo. La verdad es que no me tengo en pie…
- —¿Con Carrasco? ¿Has conseguido que Carrasco venga hoy a la comisaría? Saltó el inspector con un silbido de admiración—. ¡Joder, Norma! ¡Menudo notición! ¿Cómo demonios lo has conseguido?
- —Lo he amenazado con reunir a unos cuantos mossos de uniforme e ir a tomar una copa a su puticlub preferido —dijo ella forzando una sonrisa.
- —¡Hostia, jefa, eso sí que es un golpe bajo…! —Soltó Gabriel con otro silbido de admiración—. Carrasco no te lo perdonará nunca.

Norma se encogió de hombros y miró la hora: eran más de las seis y media. Se había citado con el subinspector a las seis, y empezó a temer que el viejo dinosaurio se lo hubiera pensado dos veces y la hubiera dejado plantada. En realidad, Norma no tenía ninguna autoridad sobre el subinspector, que estaba convencido de que el buen rollo entre colegas no incluía que lo apartaran de su vaso de *whisky* y el taburete del bar cuando no estaba de servicio. Norma se disponía a descolgar el teléfono para recordarle que lo estaban esperando cuando distinguió el metro noventa de su compañero y su descomunal barriga avanzando por el pasillo con paso incierto. El subinspector sudaba y resoplaba, y, por la expresión de su cara, todos comprendieron que venía hecho una furia.

- —¡Hostia puta, Norma! —bramó abriendo la puerta de un manotazo—. ¿No podías esperar hasta mañana? ¿O, mejor todavía, hasta el lunes? ¿Quién cojones te crees que eres? —Y, a continuación, al darse cuenta de la presencia del inspector Roca, añadió en un tono más conciliador—: Lo siento, jefe. ¡Pero es que estoy hasta los huevos de ser la puta del departamento! —Y, dirigiéndose a Norma, le espetó—: A ver, señorita, ¿qué es eso tan urgente?
- —Ya te lo he dicho por teléfono —replicó Norma intentando mantener la compostura—. Podría haber alguna relación entre el caso del Poble Sec y el del catedrático que se cargaron ayer en la universidad.
- —¡Qué ganas de tocar los cojones! —gruñó el policía mientras se quitaba la chaqueta.

En cuanto el subinspector se quedó en mangas de camisa, Norma sintió una arcada que estuvo a punto de hacerla vomitar. El subinspector Carrasco no era precisamente aficionado al agua y al jabón, y en el cuerpo todo el mundo sabía que a duras penas pasaba por la ducha una vez a la semana. Su ropa y su pelo espeso y casposo solían oler a fritura de bar y a colonia barata, y el aliento le apestaba invariablemente a alcohol de garrafa, tabaco negro y bilis amarga. El subinspector no utilizaba nunca desodorante porque lo consideraba, en palabras suyas, una mariconada, y la devoción que profesaba a la cebolla cruda tampoco ayudaba: su

sudor desprendía un olor acre que a Norma le revolvía el estómago. En la brigada de homicidios corría el rumor de que muchos delincuentes preferían confesar antes que pasarse media hora encerrados con el subinspector en la pequeña sala de interrogatorios, y Norma, que no acostumbraba a creerse las leyendas urbanas que corrían por la casa, no tenía ninguna duda de que el rumor era cierto.

El subinspector Agustí Carrasco tenía cincuenta y ocho años y era uno de los hombres más feos que Norma había conocido. Llevaba veinte años divorciado, y desde entonces vivía solo en una modesta pensión junto al mercado de la Boqueria. Su aspecto desaliñado y su afición a las putas del Raval, el whisky y los bares de alterne, de las que acostumbraba a presumir con orgullo, lo convertían en un personaje anacrónico que contrastaba con la imagen de modernidad y pulcra eficiencia que la Conselleria de Interior quería transmitir del cuerpo. El subinspector era torpe, grosero y basto, pero conocía cada rincón del Raval como ningún otro mosso y, para él, la sordidez de los ambientes en los que se movía constituía un aliciente añadido, lo cual le daba excelentes resultados en el trabajo. A diferencia del inspector Roca, que todavía llevaba escrita en la cara la depresión en que lo había sumido su inesperado divorcio, el subinspector Carrasco era infinitamente más feliz desde que su mujer lo había dejado. Todavía no se explicaba cómo había podido vivir tantos años sin whiskys, sin fulanas y sin bares llenos de humo. No tenía familia ni muchos amigos, y él mismo había vaticinado que acabaría sus días agonizando conectado a una botella de oxígeno en un hospital o vegetando en alguna residencia de mala muerte. Aseguraba que le importaba un pimiento, y, de hecho, parecía haber asumido ese final con la misma resignación con la que convivía con su sobrepeso o con el dolor de cabeza de las resacas. Norma no soportaba su hedor, sus camisas llenas de lamparones y sus uñas largas y llenas de mugre, y compadecía a las putas que se veían obligadas a soportar su aliento hediondo y sus sebosos ciento treinta kilos sudando y resoplando encima.

- —¡Hostia, Carrasco! —exclamó Norma echando hacia atrás la cabeza y levantándose para abrir una ventana—. ¡Necesitas una ducha!
  - —Princesa, no me toques los cataplines.
- —Norma tiene razón —intervino el inspector Roca—. Un poco de jabón no te vendría mal... A ver, ¿qué sabemos del caso del Poble Sec?

El subinspector estaba acostumbrado a las críticas relativas a su higiene personal y no se molestó en contestar. Protestando, fue hasta su mesa bamboleando su enorme cuerpo y, de uno de los cajones, sacó un expediente y empezó a buscar entre un fajo de papeles arrugados. Algunas hojas tenían manchas de aceite y de una sustancia calabaza que ninguno de los presentes tuvo problemas en identificar como chorizo porque aún desprendía su olor, pero antes de que Norma o Gabriel hicieran algún comentario el inspector Roca los miró y les hizo un gesto para que se callaran. El subinspector quizá no era muy pulcro, decía esa mirada, pero sabía hacer su trabajo.

—El muerto es un tal Víctor Porta. Sesenta y ocho años. Viudo. Hace cinco años

que volvió a Barcelona y que vivía en el Poble Sec. Una de las vecinas del rellano avisó a la guardia urbana porque el fulano tenía la tele y las luces encendidas pero no contestaba cuando llamaban a la puerta. Los bomberos entraron por el balcón y lo encontraron en el comedor cuando ya empezaba a oler. —El subinspector hizo una pausa mientras rebuscaba entre los papeles—. A ver... Sí, le metieron cinco puñaladas, dos mortales de necesidad. El piso estaba hecho una leonera y supusimos —se encogió de hombros— que se trataba de un robo.

—Tengo entendido que había vivido en México —dijo Norma recordando lo que le habían contado los Parellada.

El subinspector revolvió los papeles y sacó una hoja escrita a mano que solo él podía leer, en parte porque la letra era ilegible y, en parte, porque estaba llena de faltas de ortografía.

- —Se marchó a México a los veintidós años y se casó con una mexicana —contó
  —. Al palmar la parienta, la hija lo convenció para que volviera a Barcelona.
  - —¿Su hija vive aquí?
- —Está casada con un catalán —dijo el subinspector. Y añadió, con sorna—: La cagó bien cagada... Si se hubiera quedado en México, ahora estaría tomando el sol, follando con tías buenas y bebiendo margaritas.
- —Claro. Según tengo entendido, eso es lo que hace todo el mundo en México. No me explico cómo es que todavía sigues aquí... —dijo Norma en tono de burla.
- —¿Tienes alguna pista? ¿Encontrasteis algo en el piso? —preguntó el inspector Roca.
  - —Todavía no tengo el informe del Permanyer.
  - —¿Cuándo lo tendrás?
  - El subinspector sonrió y se encogió de hombros.
  - —Parece mentira que no conozcas al Permanyer, jefe. ¡Y yo qué sé!

El inspector no contestó, pero se dio la vuelta y fue a su despacho para hacer una llamada. Al cabo de unos minutos, salió con cara de satisfacción y les aseguró que el lunes por la mañana tendrían algo. Norma y el subinspector intercambiaron una mirada cargada de escepticismo, pero ninguno de los dos dijo nada.

- —Si el tipo del Poble Sec está relacionado con el homicidio que investigas —dijo el subinspector mientras dejaba de cualquier manera los folios manchados de aceite en el expediente y lanzaba bruscamente la carpeta a las manos de Norma—, te encargas tú, bonita. Yo ya tengo bastante trabajo.
- —No es seguro que haya alguna relación —contestó Norma—. Solo quiero asegurarme. —Y añadió, recordando lo que le había dicho Jordi Parellada—: ¿Es cierto que sospecháis que fue una banda del Este?

El subinspector volvió a sonreír, se rascó la cabeza y se limpió la caspa que se le había quedado metida bajo las uñas utilizando la uña amarillenta de su pulgar. A Norma no le dio tiempo de apartar la mirada y le sobrevino otra arcada.

—Algo hay que decirles a los periodistas, ¿verdad, jefe? —dijo con una risita—.

La verdad es que aún no tenemos ni puta idea.

- —¿Y los testigos? —insistió Gabriel.
- —Nadie vio ni oyó nada —dijo el subinspector encogiéndose de hombros.
- —¿Tampoco la vecina que avisó a la guardia urbana? —insistió Gabriel.
- —Pues no lo sé. Está muerta.
- —¿Muerta? ¿Cómo que está muerta? —preguntó Norma en tono inquisitivo.
- —La culpa fue de los gilipollas de los bomberos —se limitó a decir el subinspector—. Se los llevaron a los dos en la misma ambulancia. Dos por el precio de uno. Está casi todo en el informe. —Pero como se dio cuenta de que el inspector lo interrogaba con la mirada, añadió—: ¡Eh, que esta vez no ha sido cosa mía, a mí no me mires…! Cuando yo llegué, la vieja ya la había palmado.
  - —¿Te importaría ser un poco más explícito? —le pidió Norma.

El subinspector, que ya se había puesto la chaqueta y se disponía a ir hacia la puerta dando por acabada la reunión, suspiró y se dio la vuelta de mala gana.

- —Se ve que uno de los novatos le pidió a la vieja que entrara en el piso a identificar el cuerpo y, claro, de la impresión a la tía le dio un ataque al corazón.
  - —¡Qué putada! —dijo Gabriel.
- —La verdad es que en el piso había mucha sangre. Y moscas... En fin, un bonito panorama, de los que a ti te gustan —soltó el subinspector dedicando a Norma una sonrisa entre lasciva y burlona—. Total, que la tía se quedó seca en el acto.
  - —Hostia, Agustí, la tía era una anciana... —le recriminó Norma con voz cansada.
  - —Ваh...
  - —No sé qué te costaría mostrar un poco más de respeto —insistió ella.
- —Chata, tú es que eres una finolis —dijo el subinspector empleando el tono de viejo cromañón que solía utilizar con Norma.
  - —No me llames chata. No soy una de tus putas.

Desde la puerta, el subinspector la miró despectivamente con sus ojos legañosos y, desafiando todos los carteles de «Prohibido fumar» repartidos por el edificio, encendió un cigarrillo con parsimonia.

—Chata, ya tienes lo que querías. ¡O sea que deja de tocarme los cojones! Y se fue.

# Capítulo 16

Norma había ido a la comisaría con coche, pero, entre la gripe que estaba incubando y los analgésicos que se había tomado antes de salir, estaba muerta de sueño. El inspector Roca, que vio con preocupación cómo Norma hacía eses por el pasillo y se le cerraban los ojos, insistió en acompañarla a casa, consciente de que la subinspectora no estaba en condiciones de conducir. Norma intentó rechazar su ofrecimiento, pero el inspector le quitó las llaves del Volkswagen y la obligó a subir a su coche amenazándola con llamar a Octavi si se negaba. Como en realidad no podía con su alma, al final accedió a regañadientes, y, tras ponerse el cinturón, se quedó dormida. Al ver que temblaba de frío, el inspector se apresuró a encender la calefacción.

Una vez en casa, Octavi la ayudó a desnudarse y a meterse en la cama. Le puso el termómetro, le auscultó el pecho, le examinó la garganta y finalmente emitió su veredicto: Norma estaba a treinta y nueve de fiebre y tenía todos los síntomas de la gripe.

- —Dame antibióticos —dijo ella con un hilo de voz.
- —Tienes gripe. Los antibióticos no sirven de nada —contestó Octavi mientras la obligaba a tragarse una pastilla para bajarle la fiebre.
  - —Para prevenir. Mal no me irán...
  - —Ni hablar. Antipiréticos, analgésicos y cama: eso es lo que necesitas.
  - —Pero...
- —No seas testaruda —Octavi adoptó un tono autoritario—. La gripe es un virus, no una bacteria. No se cura con antibióticos. —Y añadió, con expresión malhumorada—: ¡Qué manía…!

Sin hacer caso de sus protestas, su marido salió del dormitorio y, por si acaso, se fue directamente al botiquín que tenían en la despensa y escondió los antibióticos en un cajón de su estudio. Al igual que Mimí, Norma era aficionada a recurrir a los antibióticos en cuanto tenía un poco de fiebre, y Octavi pensó que más valía prevenir antes de que su mujer decidiera hacer una excursión al botiquín y medicarse por su cuenta. Por más que se esforzara en ser pedagógico, ninguna de sus argumentadas explicaciones servía de nada: Norma y su madre reverenciaban los antibióticos con la misma fe que los creyentes las aguas de Lourdes, y, al menor síntoma, se los tragaban como si fueran caramelos.

Octavi iba a ofrecerse a prepararle algo de comer cuando se dio cuenta de que Norma ya dormía. Decidió no despertarla y, procurando no hacer ruido, apagó la luz y se llevó al gato, que se había instalado en la cama e intentaba meterse entre las sábanas. En la cocina, tras llenarle el bol de pienso, sacó dos cervezas de la nevera y una bolsa de patatas fritas de la despensa. El inspector Roca lo esperaba en el

comedor, entretenido haciendo *zapping* en la tele. Mimí y la tía Margarida todavía no habían vuelto del bingo, y la bisabuela Senta hacía rato que se había retirado a su habitación y en esos momentos veía una película japonesa sin subtítulos.

- —Bueno, ¿qué? ¿Te quedas a ver el partido? —dijo Octavi ofreciéndole al inspector una de las cervezas—. Hoy juega el Barça.
  - —¿Seguro que no molesto?
  - —Norma tiene que dormir. La gripe debe seguir su curso. ¿O tienes otros planes?
  - —La verdad es que no —dijo el inspector un poco abatido.
  - —¿Pizza o pan con tomate y jamón?
  - —La *pizza* me sale por las orejas… —confesó el inspector con una sonrisa.
  - —Pues vamos a la cocina. A ver qué encontramos.

Bajo el efecto de los analgésicos, Norma durmió como un tronco durante toda la noche. A la mañana siguiente seguía teniendo fiebre y dolor de cabeza, y Octavi tuvo que convencerla para que desayunara un poco antes de tomar la medicación que le había prescrito. Mimí, que había adoptado el papel de enfermera de cabecera y se pasaba todo el tiempo entrando y saliendo de la habitación, se aseguró de que su hija comiera un par de galletas María y bebiera un zumo de naranja antes de volver a adormilarse.

Norma se pasó el día sudando, durmiendo, tomando pastillas y bebiendo los zumos que le preparaba Mimí. La tía Margarida, que se había ofrecido a echar una mano y había llamado al monasterio para decirles que no volvería hasta el domingo porque tenía que cuidar a un familiar enfermo, entraba de vez en cuando en el dormitorio y le ponía el termómetro. Lo mismo hacía Senta, que aseguraba tener el don de adivinar la temperatura corporal tocando la frente con la palma de la mano. A Norma las continuas atenciones de las tres mujeres la agobiaban un poco, pero como la gripe la había dejado noqueada y, en realidad, no tenía fuerzas para protestar, se resignó a sus idas y venidas y dejó que la cuidasen sin chistar.

Cuando Octavi regresó del Clínico por la tarde, Mimí y la tía Margarida se le abalanzaron como dos fieras y, algo alarmadas, le comunicaron que la fiebre no remitía.

—¡Es culpa tuya por no haberle dado antibióticos! —Le recriminaron.

Sin inmutarse, Octavi fue a buscar su maletín y volvió a examinar a su mujer. Después de comprobar que la enfermedad seguía su curso y que no había complicaciones, la besó en la frente y sentenció:

—Mañana estará mejor, ya lo veréis.

El sábado, Norma todavía tuvo unas décimas y se pasó el día en la cama, pero el domingo Mimí accedió por fin a que se levantara y se sentara a la mesa para comer. Norma aprovechó la ocasión para hablar con Gabriel, que había llamado varias veces interesándose por su estado de salud.

—Ya sé que es domingo —lo tanteó Norma—, pero… ¿te importaría pasar por mi casa? Esta tarde. Me gustaría que me pusieras al corriente de las novedades.

Gabriel, que todavía no había puesto los pies en el piso de Norma pero había oído los comentarios y las exageraciones que corrían por comisaría sobre la supuesta mansión en la que vivía su compañera, aceptó encantado de inmediato.

- —Lo que pasa es que hoy tengo partido de baloncesto. No podré ir hasta pasadas las siete… —contestó.
- —No te preocupes, ven cuando puedas —dijo ella procurando que Gabriel no notara la impaciencia en su voz.

Después de comer, cumpliendo la promesa que le había hecho a Mimí, Norma fue a echarse la siesta. Cuando se despertó, casi dos horas más tarde, llamó a un par de amigas con las que hacía semanas que no hablaba. Octavi estaba enfrascado en su estudio preparando su ponencia, y ella decidió encerrarse en el suyo para continuar con la lectura de una novela que trataba del asesino de Trotski.

Eran más de las siete y media cuando Gabriel, con el pelo todavía mojado, tocó el timbre. Mimí se apresuró a abrir la puerta, y, al verla, lo primero que pensó Gabriel fue que se había equivocado de rellano. Como no conocía a la madre de Norma, quedó desconcertado al ver que le daba la bienvenida una mujer envuelta en una vaporosa túnica de color azul cobalto sobre la que reposaba una larga melena caoba y una ristra de collares. Mimí, que desde hacía meses se moría de curiosidad por conocer al nuevo compañero de Norma, lo invitó a entrar, y Gabriel cruzó el umbral un poco desconcertado y se encontró con un recibidor que calculó que era tan grande como el salón de su casa. Al verse reflejado en el inmenso espejo enmarcado con pan de oro que lo presidía y que, según le explicó Mimí, databa del Primer Imperio francés, se quedó boquiabierto. Gabriel no tenía ni idea de qué era eso del Primer Imperio, y tampoco sabía cuándo había reinado la dinastía Ching en China, época a la cual, según Mimí, pertenecía el jarrón de porcelana con dibujos de plantas marinas y carpas doradas, herencia de su bisabuela Antígona. El jarrón había resistido los bombardeos que se habían producido durante la guerra y valía una pequeña fortuna, pero, en realidad, lo que a Gabriel le llamó más la atención fue la silla Manolete, sobre la cual Mimí acababa de dejar su chaqueta.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Mimí le hizo un gesto para que la siguiera y un intimidado Gabriel se encontró recorriendo un largo pasillo que desembocaba en un salón de dimensiones ciclópeas. En el salón, la bisabuela Senta y la tía Margarida se lo quedaron mirando muertas de curiosidad mientras Mimí hacía las presentaciones.

—Norma saldrá enseguida —dijo. Y añadió—: Estás en tu casa.

La tía Margarida, que ya vestía el hábito de monja porque estaba a punto de regresar al convento, aún llevaba las uñas pintadas de rojo. Al percatarse del detalle, Gabriel no supo qué cara poner. La bisabuela Senta sonrió y asintió con la cabeza, a Gabriel no le quedó claro si en señal de aprobación o para indicarle que no veía visiones. Octavi, que había oído que llamaban a la puerta, salió oportunamente de su estudio para saludarlo justo en el momento en que Gabriel barajaba la posibilidad de que estuviera sufriendo alucinaciones.

- —O sea, que te ha hecho venir en domingo... —dijo Octavi mientras se daban un apretón de manos.
- —No quiero molestar. Pero ella ha insistido... —se justificó Gabriel un poco cohibido.
- —No te preocupes —Octavi lanzó un suspiro—. Conozco a mi mujer. ¡Es un caso!
- —¿Hablando mal de mí a mis espaldas? —dijo Norma desde la puerta con una sonrisa.

Gabriel se levantó de la silla y vio que el aspecto de Norma había mejorado notablemente desde la última vez que se habían visto.

- —Tienes buena cara —dijo.
- —Será mejor que vayamos a mi estudio. Estaremos más tranquilos. ¿Una cervecita?
  - —Por supuesto. Hoy no estoy de servicio.
  - —Pues ven conmigo.

Norma lo condujo hasta la cocina y lo dejó elegir entre tres marcas de cerveza diferentes, dos nacionales y una de importación; ella, aún convaleciente, optó por el agua mineral. El estudio de Norma se encontraba en el otro extremo de la casa, y, mientras recorría por segunda vez el largo pasillo, Gabriel se vio obligado a reconocer que el inspector Carrasco no solo no había exagerado ni un ápice, sino que se había quedado corto. Aquel piso era un laberinto de pasillos y habitaciones de casi cuatrocientos metros cuadrados, y Gabriel se sintió un poco perdido ante tanta inmensidad.

- —¡Joder, Norma! —Gabriel soltó un silbido—. ¡Esto es un palacio!
- —Es el piso donde vivían mis bisabuelos. Supongo que no me puedo quejar... dijo ella con una sonrisa.

Aunque no había nacido en él, Mimí había crecido en aquel piso en el que se mezclaban las antigüedades heredadas de la familia y los modernos muebles de diseño a los que Norma era aficionada. Desde que su madre enviudó y se fue a vivir con ellos, albergaba también los cachivaches *hippies* de Mimí y las fotografías en blanco y negro que Senta se había dedicado a repartir por toda la casa. Gabriel supuso que el joven de cabello rubio vestido de miliciano que aparecía en algunas de las fotografías era el abuelo de Norma, pero se abstuvo de preguntárselo. A pesar de la afectuosa bienvenida que Norma le había brindado, tenía la impresión de que a la subinspectora le molestaba un poco aquella intromisión en su espacio familiar y de que, de no ser por aquella gripe inoportuna, se habría ahorrado la invitación.

Norma expulsó suavemente a Hamlet de la butaca en la que dormitaba y le ofreció asiento a Gabriel. Ella se quitó los zapatos, se instaló en la *chaise longue* en la que acostumbraba a tumbarse para leer y se tapó las piernas con una manta. El gato dio un salto, se hizo un hueco entre las piernas de Norma y ella empezó a acariciarle la cabeza.

- —Aquí tienes un montón de libros… —comentó Gabriel lanzando una mirada a las estanterías que rodeaban las paredes del estudio.
- —Este era el despacho de mi bisabuelo —explicó Norma con un suspiro—. Era farmacéutico, pero le gustaba mucho la historia.
  - —O sea, que tu familia ha vivido siempre en este piso...
  - —En realidad, mi madre nació en la casa Batlló —aclaró Norma con una sonrisa.
  - —Ostras, ¿la de los turistas? ¿La del paseo de Gracia?
- —Esa misma. Pero cuando acabó la guerra, tuvieron que vender el piso y se instalaron en este, que era de mis bisabuelos —dijo con un suspiro. Y al ver la mirada de desconcierto que le dedicaba Gabriel, añadió—: Es una historia complicada, pero la cuestión es que mi abuela Senta heredó este piso y decidió regalármelo cuando me casé con Octavi.
- —Y estos libros, ¿te los has leído todos? —preguntó Gabriel, que se había levantado de la butaca y no había podido resistir la tentación de ponerse a curiosear.
- —Básicamente aquí hay libros de antropología y de historia —dijo ella con una sonrisa—. Las novelas están en la biblioteca. Si quieres, después te la enseño.

Gabriel sabía que Norma había estudiado antropología, pero la idea que él tenía de los antropólogos se limitaba a la imagen del explorador inglés con salacot en la selva, hirviendo en una olla.

- —¿Has estado alguna vez con alguna tribu salvaje? —le preguntó mientras intentaba comprender por qué Norma tenía cuatro ediciones diferentes —dos en francés, una en inglés y una en catalán— de los *Tristes trópicos* de Lévi-Strauss.
- —La antropología no se ocupa solo de las tribus salvajes, como dices tú —dijo Norma con una sonrisa—. Por cierto, ya no decimos «tribus salvajes», sino sociedades primitivas.
  - —Vale. Pero ¿has estado alguna vez con ellos? —insistió Gabriel.
- —Cuando hacía el doctorado, pasé cuatro semanas en Brasil, en un poblado yanomami.
  - —¡Ostras! ¿Esos no son caníbales?
  - —Endocaníbales, en realidad —lo corrigió Norma.
  - —¿Y no tuviste miedo de que te comieran?
- —Los yanomami solo se comen a sus muertos. De hecho, se trata de un ritual funerario.
  - —¡Puaj!
  - —Sí, da un poco de grima.
- —¿Quieres decir que en lugar de enterrar a sus muertos, los meten en una olla y se los zampan?
- —No los meten en una olla. Queman los huesos, mezclan las cenizas con el fruto de una palmera y hacen una pasta, como una especie de puré.
  - —¿Y se lo comen?
  - —Pues sí, se lo comen.

- —¡Menuda salvajada! —dijo Gabriel con una mueca de asco.
- —Según cómo lo mires. El canibalismo es básicamente una práctica ritual, y la mayoría de pueblos que históricamente han practicado o practican la antropofagia lo hacen porque comerse a los muertos es una manera de apropiarse de la fuerza de los enemigos, de honrar a los familiares o de hacer desaparecer definitivamente a los difuntos para que sus espíritus no les puedan hacer daño. No es que sacrifiquen a las personas para alimentarse, como hacemos nosotros con los animales, sino que se los comen una vez han muerto. Es muy diferente.
- —De todas maneras, yo paso —dijo Gabriel, nada convencido. Y, al cabo de unos instantes, como si acabara de caer en la cuenta, le soltó—: Pero supongo que tú no llegaste a probar la carne humana, ¿verdad?
- —Creía que habías venido a hablarme del caso —dijo Norma con una sonrisa, divertida con la cara que ponía Gabriel ante aquella posibilidad.
  - —Pero...
  - —Al grano. ¿Qué has averiguado?

Un poco mosqueado, Gabriel sacó una libreta del bolsillo y se puso a consultar sus notas.

- —La familia está limpia. Hemos comprobado las coartadas. El hijo del catedrático y su mujer estaban, efectivamente, en la Cerdanya. —Gabriel hizo una pausa—. La hermana, que se llama Eulalia, y su marido cenaron con unos amigos en un restaurante. Llegaron a las nueve en punto, el camarero se acordaba perfectamente porque abren a esa hora y fueron los primeros clientes.
- —¿Has encontrado a la última persona que vio a la víctima con vida o que habló con ella?
- —Parece que fue otro de los profesores del departamento, el doctor Serrano. Pasó por el despacho del catedrático hacia las ocho y media y, como estaba a punto de empezar a llover, se ofreció para acompañarle a casa en su coche.
  - —¡Qué amable!
- —Pero el catedrático le dijo que tenía una reunión con un estudiante y que todavía tardaría un rato. O sea que el tal Serrano se marchó.
  - —¿Y no le dijo de qué estudiante se trataba?
- —No. Pero no era un estudiante de la casa. Le dijo que era alguien de la Autónoma.
  - —Bueno, algo es algo. ¿Estás seguro de que habló de él en masculino?
  - —Segurísimo.
  - —De todos modos, tendremos que hablar con sus alumnos.
- —Tranquila. —Gabriel sonrió satisfecho—. Los tengo a todos localizados y los he citado el lunes por la mañana en la facultad.
- —Vas aprendiendo —dijo Norma con ironía—. Y de ese tal Serrano, ¿sabemos algo?
  - —Fue alumno suyo. Y, según él, Francesc Parellada no tenía enemigos, al menos

no declarados. Se ve que iba a la suya y que no le interesaban en absoluto los líos del departamento ni las luchas de poder. Además, estaba a punto de jubilarse.

- —¿Y la víctima del Poble Sec? ¿Has conseguido localizar a su hija?
- —Se llama Montserrat, es enfermera y trabaja en el Hospital de Sant Pau —dijo con gesto triunfal.
  - —Veo que has hecho bien los deberes. ¡Hoy te mereces un diez!
  - —Como mínimo.
  - —Llámala y queda con ella. Quiero hacerle algunas preguntas.
  - —Pero Carrasco ya la interrogó en su día —repuso Gabriel.
- —Ya lo sé, pero llámala de todos modos —insistió Norma. Y, aunque sospechaba cuál sería la respuesta, le preguntó—: ¿Por casualidad sabemos algo de Permanyer?

Gabriel se guardó la libretita en el bolsillo, se arrellanó en la butaca y sonrió.

- —Dice que no nos preocupemos. Que está en ello.
- —Este Permanyer... —dijo Norma con un suspiro—. No me extraña que saque de quicio a Mistral. Por cierto, ¿cómo está la intendente? ¿Te ha dado mucho la lata estos días?
- —Joder, ya no me acordaba... —A Gabriel se le iluminó la cara—. ¡Tengo buenas noticias!
  - —¿Buenas noticias?
- —La intendente se pegó una leche esquiando y se ha roto la pierna. O sea que estará una temporadita de baja —dijo soltando una risita. E, inclinando el cuerpo hacia delante, añadió—: En Les Corts todavía están celebrándolo. A más de uno la melopea todavía le dura.
- —¡Qué brutos…! —Norma sacudió la cabeza, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

Gabriel le devolvió la sonrisa y alzó la botella de cerveza.

—¡Por las pistas de esquí! —exclamó.

Norma dudó unos instantes, pero al final levantó el botellín de agua mineral y, fingiendo hacerlo a regañadientes, repitió:

—¡Por las pistas de esquí!

## Capítulo 17

El lunes por la mañana, recuperada de la gripe, Norma se levantó más temprano que de costumbre. Todavía estaba oscuro, pero Mimí ya había preparado la mesa para el desayuno, había hecho café y se había retirado a su habitación a ver las noticias. La bisabuela Senta no solía levantarse hasta las diez, y Mimí, que acostumbraba a madrugar porque tenía problemas de insomnio pero que era consciente de que con ella y Senta rondando por la casa durante todo el día su hija y su yerno no tenían muchos momentos de intimidad, se había eclipsado para que ambos pudieran desayunar tranquilos. Octavi ya se había levantado y estaba en la cocina dando cuenta disciplinadamente de una naranja, un yogur y un bol de cereales. Norma, que estaba hambrienta, sucumbió a la tentación de unas tostadas generosamente untadas con mantequilla y mermelada de cereza.

- —Después te quejarás de tu culo —dijo Octavi sacudiendo la cabeza mientras se servía un tazón de café con leche.
  - —Bah, esto es una excepción... Mañana volveré a los cereales.
  - —No, si a mí me da igual. Me gustan los culos grandes.
- —¡Idiota! —dijo Norma riendo y lanzándole una servilleta que Octavi no tuvo tiempo de esquivar.

Su marido sonrió, le devolvió la servilleta por el mismo procedimiento y le guiñó un ojo. Esa mañana, con Norma ya recuperada y la tía Margarida de vuelta al monasterio, Octavi se encontraba de buen humor. Como era lunes, en principio no tendría que ir al juzgado ni tenía programada ninguna reunión aburrida, de modo que si el día no se torcía se pasaría la mañana en la sala de necros practicando autopsias sencillas y volvería temprano a casa.

- —Cada vez estoy más convencida de que los dos asesinatos están relacionados murmuró Norma untando una tercera tostada.
  - —¿Te refieres a la del catedrático y la del jubilado del Poble Sec?
- —Sí. Hoy voy a ir a hablar con la viuda del catedrático. Y también quiero volver a interrogar a la hija del jubilado. Estoy segura de que a Carrasco se le escapó alguna cosa, aunque todavía no tengo ni idea de qué puede ser.
  - —Tómatelo con calma, ¿eh? No hace ni dos días que estabas en cama.
- —Me encuentro bien y estoy en forma. Tú mismo pudiste comprobarlo anoche repuso ella con picardía.
  - —¡Y sin antibióticos!
  - —No empecemos...

Norma se dio la vuelta para mirar la hora que marcaba el reloj de la cocina y se levantó de golpe.

—¡Uf, es tarde! Me tengo que ir pitando a la comisaría.

- —¡Pero si todavía no son las ocho…! —protestó él.
- —Tengo un día complicado. Y, además, debo recuperar el tiempo perdido —dijo ella con un suspiro.
  - Y, mientras lo abrazaba por la espalda y le daba un beso, añadió con una sonrisa:
  - —Tú tampoco trabajes demasiado, doctor.
- —Ojalá hoy me dejen trabajar tranquilo... —dijo él con expresión seria—. Últimamente me paso el día encerrado en el despacho. —Y añadió, sacudiendo la cabeza—: ¡Estoy hasta las narices de tantas reuniones y tanta burocracia!
  - —No te quejes —lo regañó ella, dándole otro beso—. ¡Tú te lo has buscado!

Tras lavarse los dientes y pintarse ligeramente los labios, Norma se puso la chaqueta y salió de casa contenta de volver a pisar la calle. La mañana se anunciaba fría, y mientras se dirigía al aparcamiento bajo la luz de un sol tibio que a duras penas empezaba a asomarse entre los edificios, pensó en el mensaje que David le había enviado antes de caer enferma y que todavía no había contestado. Durante su convalecencia, había pensado en él varias veces, y aunque se sentía culpable en el fondo se alegraba de tener noticias suyas. Era consciente de que tarde o temprano David se enamoraría de otra mujer, o de que sencillamente un día decidiría acabar con aquella relación absurda, y, a menudo, tras meses de no saber nada de él, temía no volver a verle nunca más.

Un desafortunado incidente con Violeta había hecho que Norma le prohibiera llamarla por teléfono, y, si quería comunicarse con ella, David tenía que conformarse con enviarle un correo y esperar con paciencia su respuesta. Hasta entonces, David había respetado de forma escrupulosa aquel pacto, y Norma decidió que lo primero que haría al llegar a comisaría sería llamarle y disculparse por no haber respondido antes. Le contaría la verdad, que la gripe la había mantenido unos días postrada en la cama, y, como hacían siempre que él iba a Barcelona, organizarían una cita y pasarían juntos una tarde. Ella también tenía ganas de verle. No lo podía evitar.

Se habían conocido hacía tres años, poco antes de que su padrastro Roger tuviera el ataque al corazón que le costó la vida. El comisario Nebot había decidido enviarla a Madrid para que participase en unas jornadas dedicadas a la colaboración entre diferentes cuerpos policiales en el Ministerio del Interior, convencido de que los modales refinados de la subinspectora contribuirían a dar una buena imagen del cuerpo entre los escépticos de la capital. En lugar de hospedarse en un hotel, con el resto de sus compañeros, Norma había preferido instalarse en casa de una amiga de toda la vida que trabajaba de conservadora en el Museo Reina Sofía y a la que no veía desde hacía tiempo. Una tarde, al acabar las sesiones en el Ministerio, su amiga pasó a recogerla y la convenció para que fueran juntas a una exposición de arte egipcio que se inauguraba aquel día. Mientras la visitaban, su amiga le presentó al comisario de la exposición, el profesor David Subirana. David era un par de años más joven que Norma, y desde el principio ambos se cayeron bien.

Norma no podía alegar en su defensa que en el momento de conocer a David

estuviera pasando por un mal momento con su marido o que hubiera dejado de quererle. En aquella época, ambos acababan de celebrar su onceavo aniversario de boda con un romántico viaje a Escocia, y la vida sentimental de Norma parecía tan perfecta como estable. Por otra parte, estaba contenta de haber vuelto a homicidios después de la deprimente temporada que había pasado en narcóticos, y Violeta todavía era una adolescente dócil que sacaba buenas notas y no daba excesivos quebraderos de cabeza. Definitivamente, el día en que conoció a David Subirana, Norma era una mujer feliz, de eso no cabía duda. O, al menos, era lo bastante feliz como para no ser capaz de explicarse la intermitente presencia de David en su vida desde hacía tres años.

Aquella noche, al salir de la exposición, a Norma le bastaron unos cuantos gintonics y un puñado de confidencias para enamorarse de David. Bajo los efectos de la ginebra, le pareció que flirtear con otro hombre a seiscientos kilómetros de distancia de Octavi no era una cosa tan grave, y, tras decirse a sí misma que todo se reducía a una travesura inocente, Norma dejó que el egiptólogo la sedujera con su voz cálida y sus historias de tumbas y momias. Estaba convencida de que aquella pequeña aventura extramatrimonial, la primera de su vida, terminaría en cuanto ella regresara a Barcelona y David a sus clases en Oxford y a sus excavaciones en Egipto, pero desde entonces habían continuado viéndose esporádicamente, aprovechando las escapadas que David hacía a Barcelona para visitar a sus padres. Como mucho, quedaban dos o tres veces al año, aunque por deseo expreso de Norma no mantenían ningún tipo de contacto. Octavi, por descontado, nunca había sospechado nada.

Norma solo tardó unos meses en darse cuenta de que un exceso de intimidad sentimental con David podía acabar poniendo en peligro su convivencia con Octavi, por lo que se negaba a mantener con él una relación a distancia. A pesar de la pasión adolescente que el egiptólogo despertaba en ella, Norma quería a su marido y no tenía la más mínima intención de romper su matrimonio, y todavía se avergonzaba de lo sucedido el día en que David la llamó por teléfono y fue Violeta quien respondió la llamada. Ella estaba en la ducha, y Violeta se olvidó de darle el recado hasta que se sentaron a la mesa para cenar: Violeta estaba acostumbrada a que su madre recibiera llamadas de personas que no conocía, de manera que no sospechó nada y le contó que la había telefoneado un tal David con toda naturalidad. Norma se puso colorada y sin saber qué decir, pero como justo en ese momento Mimí soltó un grito y todas las miradas se concentraron en ella, ni Violeta ni Octavi se percataron de su reacción: providencialmente, Mimí empezó a chillar quejándose de que el cuello se le había puesto rígido y no lo podía mover. Al momento, Octavi se levantó para examinar a su suegra y se ofreció para aplicarle una pomada. Mientras Octavi abandonaba el comedor camino del botiquín, Mimí le pidió a Violeta que le trajera la bolsa con sus píldoras que guardaba en su habitación, y en cuanto Octavi y Violeta salieron del comedor, el cuello de Mimí se recuperó milagrosamente ante la mirada atónita de Norma y Senta. Antes de que Norma tuviera tiempo de reaccionar, Mimí se quedó mirándola fijamente y le espetó en voz baja:

—¡Que sea la última vez que te pones colorada delante de tu marido al oír el nombre de otro hombre! —Y añadió, mirando de reojo a Senta, que asintió sacudiendo la cabeza—: ¡No hace falta que me cuentes nada, pero haz el favor de comportarte!

Ella y su madre no volvieron a hablar del incidente, pero desde aquel día Norma le prohibió a David que la llamara, ya fuera a casa, a la comisaría o al móvil. David Subirana no era una relación paralela, no sería su amigo ni su confidente, y no se pasarían el día hablando por teléfono o intercambiándose mensajes adolescentes. Como mucho, se verían de vez en cuando y harían el amor a escondidas, sin declaraciones románticas, promesas ni reproches. Norma, que estaba convencida de que, aunque a ratos le fuera infiel a su marido, a su manera continuaba siéndole leal, se había jurado a sí misma que bajo ninguna circunstancia le confesaría su aventura.

\* \* \*

- —¡Menudo madrugón te has dado! —dijo el inspector Permanyer alzando los ojos del teclado al ver a una Norma radiante en el umbral de la puerta.
- —Pues parece que tú ya llevas un buen rato aquí... —contestó ella con una gran sonrisa.
- —Alguien tiene que trabajar en esta casa —el inspector adoptó una expresión un tanto malhumorada.

Antes de entrevistarse con la viuda del catedrático, Norma quería saber qué habían averiguado los compañeros de la brigada científica sobre el caso Porta y echar un vistazo al expediente.

- —De hecho, quería hablar contigo —le confesó Norma mientras miraba de reojo el informe que el inspector estaba redactando—. ¿Y bien?
  - —Jolín, Norma. ¿No puedes esperar a que acabe?

Aquella mañana la expresión del inspector Permanyer era más bien sombría, y Norma supuso que había vuelto a discutir con su mujer. Últimamente la esposa del inspector dedicaba los fines de semana a quejarse del poco tiempo que pasaban juntos, pero como Norma sabía que al inspector no le gustaba hablar de su vida privada cuando estaba en comisaría, decidió no preguntarle nada.

- —¿Qué tal si me haces un resumen? —le suplicó fingiendo que intentaba leer sus notas desde el otro lado de la mesa—. Seré una buena chica y te traeré un café.
  - —Con leche y azúcar, por favor.
  - —Primero el informe del caso Porta. ¿Qué tenemos?
  - El inspector la miró por encima de las gafas y suspiró.
- —Poca cosa. Según tu marido, el arma utilizada debió de ser un cuchillo de cocina normal y corriente, con hoja de sierra, pero el tío que lo hizo debió de llevárselo consigo porque no lo hemos encontrado. En el piso había un montón de

rastros y huellas: de su hija, de su yerno, de la mujer que iba a hacer la limpieza una vez por semana...

- —Según el informe de Carrasco, él ya descartó la familia y la mujer de la limpieza —intervino Norma—. Todos tenían buenas coartadas. —Y añadió frunciendo el ceño, al ver la expresión escéptica del inspector—: Carrasco será lo que quieras, pero sabe hacer su trabajo.
- —No te emociones —el inspector sonrió con malicia, saboreando de forma anticipada la reacción que esperaba provocar en Norma—, pero también tenemos unos cabellos que todavía no hemos podido identificar y que estaban muy cerca de donde se encontraba el cuerpo.
  - —¡Lo sabía! —dijo Norma con gesto triunfal.
  - —Ya me imaginaba que te gustaría.
- —Por lo tanto, ahora solo tenéis que comprobar si se corresponden con los que había en el despacho del catedrático —dijo Norma pensando en voz alta.
- —¿Acaso pretendes decirme cómo tengo que hacer mi trabajo, subinspectora? No te preocupes, ya lo he enviado todo a Sabadell. Se ocupa Martí.
- —Perdona —se disculpó Norma con una sonrisa—. Esta mañana voy un poco acelerada.
  - —No hace falta que lo jures.
- —Con un poco de suerte, lograremos establecer una conexión entre los dos casos. Estoy segura de que están relacionados de alguna manera. —Y levantándose de la silla, añadió—: Ahora mismo voy a buscarte el café. Te lo has ganado.
  - —Con leche y azúcar —puntualizó el inspector en un tono fingidamente marcial.
  - —Faltaría más, señor.

\* \* \*

Norma aprovechó para tomar otro café y, a continuación, buscó un despacho vacío y llamó a David. Aquella mañana su amigo daba una conferencia en la Universidad Autónoma, y Norma lo pilló en el tren camino de Bellaterra. Tras consultar sus agendas, quedaron en encontrarse al día siguiente en el ático que David tenía en la calle Ganduxer.

Hacía casi nueve meses que no se veían. La última vez, David participaba en un ciclo de conferencias para estudiantes de posgrado y se había quedado toda una semana en Barcelona. Habían pasado juntos tres tardes en su piso, haciendo el amor e intercambiando confidencias. David había intentado convencerla para que fueran a cenar a un restaurante, pero Norma se había negado y él se había enfadado un poco y le había recriminado que su obsesión por la discreción resultaba casi enfermiza.

Norma decidió que tenía que dejar de pensar en David y en sus dilemas éticos, al menos durante un rato. Antes de interrogar a la viuda del catedrático, tenía que familiarizarse con las circunstancias del caso Porta. Con un suspiro, abrió el

expediente y se dedicó a leerlo con atención. Tomó notas, puso en rojo algunos interrogantes y el tiempo se le pasó volando. Al darse cuenta de que eran casi las diez y media, se levantó de la silla de golpe y salió a toda prisa del despacho.

- —¿Sabes dónde está el inspector Roca? —preguntó a la cabo Rojas camino del ascensor.
- —Creo que está reunido con el comisario —murmuró la cabo. Y tras dudar unos instantes, sopesando si aquel era el mejor momento para sacar el tema porque la subinspectora parecía tener prisa, la chica se armó de valor y dijo con un hilo de voz
  —: Subinspectora, querría pedirle un favor...
  - —Ahora tengo prisa —dijo Norma mirando con impaciencia el reloj.
- —Me preguntaba si podría interceder ante el inspector Roca para que me dejara trabajar con usted. —Y añadió, cabizbaja—: Si a usted le parece bien, claro. Es que me han asignado al equipo del subinspector Carrasco…
- —¿Ahora estás con Carrasco? —exclamó Norma con expresión de sorpresa—. Vaya, ya es mala suerte.
- —Trabajar con el inspector Carrasco no es fácil... —añadió la joven con una sonrisa tímida.
  - —No, supongo que no.

Norma intentó imaginársela haciendo de *valet de chambre* de aquel pedazo de bestia maloliente y malhablada y chasqueó la lengua. La cabo Rojas tenía veinticuatro años y, para ser policía, era una mujer más bien menuda cuyo aspecto frágil y apocado despertaba entre los delincuentes no tanto miedo como compasión. Con todo, era lo bastante lista como para lograr salirse siempre con la suya.

—Veré qué puedo hacer... —dijo Norma compadeciéndose de ella—. Pero no te hagas ilusiones, ¿eh? Ya sé que el hombre es una reliquia, pero alguien tiene que trabajar con Agustí. Y además, con él puedes aprender muchas cosas. Será lo que quieras, pero es un buen policía y conoce las calles como nadie. —Aunque al ver la cara de pajarito desvalido que ponía la joven, añadió—: De acuerdo, hablaré con Roca, a ver qué podemos hacer. —Y mientras esperaba que se cerraran las puertas del ascensor, añadió con una sonrisa—: Por cierto, llámame Norma. ¡Ya es hora de que dejemos las formalidades para cuando hay peces gordos delante!

## Capítulo 18

Entre que era lunes y que, debido a la crisis, media Barcelona estaba en obras, Norma tardó más de lo que había calculado en llegar a la plaza Universitat. La viuda del profesor Parellada vivía muy cerca, junto a la calle Aribau, en un edificio de aire señorial en el que el tiempo se había detenido en la época de los tapetes de ganchillo, los empapelados de flores ramplonas y los cortinajes de terciopelo confeccionados a mano. Una criada con acento gallego, que debía de rondar los setenta años y que iba toda vestida de negro, le abrió la puerta y la condujo con paso de tortuga hasta una salita donde una abatida Mercè Parellada la esperaba en silencio rodeada de los suyos. Jordi Parellada se apresuró a darle la bienvenida con el semblante serio, y casi se disculpó por aquella comitiva de familiares que a última hora había insistido en estar presente durante el interrogatorio. Entre él y su esposa hicieron las presentaciones, y Norma, un poco sorprendida porque no había esperado tener que enfrentarse de golpe a toda la parentela, los saludó y les dio ceremoniosamente el pésame. Al menos, eso le daba la oportunidad de conocerlos a todos. La señora Mercè, como la llamaban en aquella casa, era una mujer menuda y de aspecto tímido con la cara surcada de pequeñas arrugas. Se había acomodado en un sofá de dos plazas que compartía con su hija Eulalia, que con un brazo le rodeaba la espalda y con el otro le sostenía la mano. Eulalia Parellada era más joven que su hermano Jordi —unos cuatro o cinco años, calculó Norma—, mientras que su marido, que se llamaba Artur y estaba sentado en un sillón de orejas junto a la ventana, un poco apartado del resto, sin duda le sacaba unos diez a pesar de su manera informal de vestir y del aire juvenil que le proporcionaban sus cabellos rizados y no demasiado cortos. El otro sofá que había en la salita lo ocupaban Gerard Muntaner y su esposa alemana Anja, cogidos de la mano y con cara de circunstancias.

—Supongo que no estaremos mucho rato, ¿verdad, subinspectora? —murmuró Eulalia Parellada sinceramente preocupada—. Mi madre no se encuentra muy bien, ya lo ve...

—No se preocupe. Acabaremos enseguida.

Norma se acercó a Mercè Parellada, que con la cabeza gacha aferraba nerviosamente el pañuelo de hilo blanco que utilizaba para secarse los ojos.

—Señora Mercè —dijo tocándole la mano—, ¿le importa que me siente a su lado?

Mercè Parellada levantó la mirada y se quedó mirando a Norma como si no entendiera quién era aquella mujer ni qué le decía. Su hija Eulalia se apresuró a levantarse del sofá para cederle el sitio.

—Ofrecedle un café a la señorita —dijo la viuda con un hilo de voz y con la mirada un poco perdida.

- —No se preocupe. No la entretendré mucho rato. Solo quiero hacerle algunas preguntas. ¿Sabe quién soy? —Los agentes de la brigada de homicidios nunca iban de uniforme, y Norma era consciente de que no tenía aspecto de policía.
  - —No me acuerdo…
- —Me llamo Norma Forester y soy investigadora —le pareció que decir «investigadora» sonaba menos amenazador que «policía»—. Estoy intentando averiguar qué le pasó a su marido.

Mercè Parellada paseó los ojos por la habitación y se limitó a asentir con la cabeza. Su cara ausente, su mirada desorientada y sus mal disimulados bostezos delataban que se encontraba bajo los efectos de algún ansiolítico.

- —He de hacerle algunas preguntas —dijo Norma con tacto.
- —Mi marido ha fallecido —murmuró.
- —Ya lo sé. Por eso estoy aquí —dijo Norma suavemente—. Señora Mercè, tengo entendido que esa noche —Norma decidió ir al grano pero evitó decir «la noche del asesinato» o «la noche en que lo mataron»— su marido se había citado a última hora con un estudiante. ¿Por casualidad le dijo quién era o cómo se llamaba?
- —Solo me dijo que era un joven de la Autónoma que quería hablar con él... respondió la viuda con voz entrecortada—. Yo me enfadé un poco, claro, porque esa noche Dolors y Manel venían a cenar a casa...
- —¿Y no le dijo nada más? —insistió Norma—. Cómo se llamaba, quién era, para qué quería verle…

Mercè Parellada bajó la mirada y se cambió el pañuelo de mano. Después negó con la cabeza.

—¿Está segura, señora Mercè?

La mujer se enjugó una lágrima que había comenzado a rodar por su mejilla y, sin alzar la vista, volvió a asentir con la cabeza.

- —También quería hablarle de otra cosa —dijo Norma cambiando de tema—. Sé que no hace mucho fueron al entierro de un amigo de su marido.
  - —Ah, el pobre Víctor...
  - —Sí, Víctor Porta. Él y su marido se habían visto hacía poco, ¿verdad?
  - —Venía a comer con nosotros de vez en cuando. Como era viudo y vivía solo...
  - —Y la última vez que él y su marido se vieron, ¿recuerda si fue en su casa?
  - —No sé. No me acuerdo...

Desde el otro extremo de la habitación, Eulalia Parellada intervino para ayudar a su madre a hacer memoria.

- —Mamá, me parece que me dijiste que papá y él habían quedado a media mañana en un bar. Era un día en que había paella y tú tenías miedo de que el arroz se pasara, ¿te acuerdas? No sabías si decirle a Herminia que echara ya el arroz o esperar a que papá llegara...
  - —Puede ser...
  - —Eso fue hace unas tres semanas, quizá un mes —aclaró Eulalia Parellada

dirigiéndose a Norma.

- —Ahora que lo dices... Creo que se encontraron en ese bar de la calle Girona, no me acuerdo cómo se llama... —dijo Mercè Parellada.
  - —Se refiere al Café Central —observó Jordi Parellada.
- —Sí, ese —corroboró ella—. A Francesc le gustaba aquel sitio. Además, está cerca de donde vive la hija de Víctor.
- —¿Y le dijo de qué hablaron? Quizá su amigo le comentó que estaba preocupado por algo...
  - —No me acuerdo.
  - —Es importante —insistió Norma.
  - —No sé... —dijo Mercè Parellada con un hilo de voz.
- —¿Y su marido? ¿Le pareció que estaba preocupado o inquieto después de hablar con Víctor?

En aquel momento, Gerard Muntaner sorprendió a todo el mundo levantándose abruptamente del sofá. Norma vio que era bastante alto y que su rostro había adoptado una expresión tensa. Su esposa Anja también puso cara de sorpresa al ver la reacción de su marido.

- —Subinspectora, creía que había venido a investigar la muerte del profesor Parellada —dijo con un tono educado pero contundente.
- —Sí, señor. Es lo que estoy haciendo —contestó Norma imprimiendo a su voz una falsa entonación de humildad.
- —Entonces no sé a qué viene tanto interés por ese Víctor... —insistió Gerard Muntaner algo cortante—. La señora Mercè aún está muy afectada por lo sucedido.

De los tres hombres que había en la habitación, Gerard Muntaner era el único que llevaba corbata. Su porte delataba que era una persona acostumbrada a mandar y a manejar grandes sumas de dinero, y, a diferencia de su hermana, todo cuanto llevaba encima era ostentosamente caro, empezando por el corte de pelo y terminando por los zapatos. A Norma, el aroma de la colonia que usaba le recordó al juez Gallardo.

- —Estamos siguiendo varias pistas —se limitó a decir Norma para no tener que entrar en detalles.
- —¿Qué pistas? —insistió Gerard Muntaner, que se la quedó mirando fijamente a los ojos con la intención de intimidarla.

Sin inmutarse, la subinspectora le aguantó la mirada pero no contestó. Durante unos segundos, un silencio incómodo se apoderó del salón, hasta que Jordi Parellada se puso de pie.

- —Creo que deberíamos dejar a la subinspectora hacer su trabajo —dijo—. Estoy seguro de que si nos hace estas preguntas es porque tiene alguna buena razón.
- —Perdona, Jordi, yo solo quería... —empezó Gerard Muntaner en tono conciliador. Pero no acabó la frase.
- —Ya sé que todo esto es muy penoso —insistió Jordi Parellada con una voz que dejaba claro quién estaba al mando y mirando de reojo a su mujer—, pero hay que

dejar trabajar a la policía.

Norma, un poco incómoda porque, siguiendo las instrucciones del comisario, estaba obligada a morderse la lengua, sacó una libreta del bolso y fingió que consultaba unas notas mientras meditaba qué hacer a continuación.

- —Ahora que lo dice —saltó de pronto Mercè Parellada alzando la mirada—, Francesc me comentó que Víctor había escrito una especie de libro de memorias. Cosas de la guerra, de cuando eran jóvenes…
- —La de Víctor es una historia dramática —se apresuró a explicar Jordi Parellada con un susurro para evitar que su madre lo oyera—. Su padre murió en la prisión de Burgos, al poco de acabar la guerra, y su madre se suicidó. A él lo criaron unos tíos. —Y añadió, sorprendido por aquella revelación—: Pero no sabía que hubiera escrito ningún libro.
- —¿Está segura de que no recuerda nada más? —insistió Norma dirigiéndose a Mercè Parellada e intentando suavizar aún más el tono de su voz.
  - —Es que han pasado tantos días... —dijo la mujer casi en un susurro.
- —Quizá la hija de Víctor pueda contarle más cosas, si cree que es importante sugirió Mónica Muntaner, que hasta ese momento había permanecido callada—. ¿Verdad que es enfermera y trabaja en el hospital de San Pablo? —preguntó girándose hacia su marido.
  - —En obstetricia, creo —dijo—. Tengo entendido que es comadrona.
- —Hablaré con ella, gracias —dijo Norma recordando que el subinspector Carrasco ya lo había hecho pero que en su informe no mencionaba ningún libro—. Bien, de momento, eso es todo. —Y a continuación, añadió—: De todos modos, si alguno de ustedes recuerda algo que crea que puede ser útil en la investigación, no duden en ponerse en contacto conmigo o con alguno de mis compañeros.
- —La verdad es que yo tampoco entiendo qué relación puede haber entre lo que le pasó a Víctor y la muerte de mi padre —murmuró Eulalia Parellada, que se había levantado del sillón orejero que le había cedido su marido y había vuelto a sentarse junto a su madre—. A Víctor lo mataron unos ladrones que entraron a robar en su casa, mientras que a mi padre…

Aunque se esforzaba por mantener la compostura, Norma se dio cuenta de que la hija del catedrático todavía estaba muy afectada.

- —Puede que no haya ninguna relación —admitió Norma—. Pero antes de descartarlo definitivamente, tenemos la obligación de investigarlo.
- —Subinspectora, si no tiene más preguntas... —Jordi Parellada señaló con su cuerpo la puerta, invitando de esta manera a Norma a despedirse—. Me parece que mi madre debería descansar.
  - —Por supuesto. Y perdonen la intromisión. Sé que son momentos difíciles.

Norma volvió a darles las gracias y se despidió educadamente, dispuesta a representar hasta el final el papel de policía discreta y servicial que el comisario le había asignado escenificar. Una vez en la calle, encendió un cigarrillo y llamó a

Gabriel, que todavía estaba en la Facultad de Historia.

- —No te muevas. Voy para allá —anunció Norma.
- —¡Tengo buenas noticias! —dijo Gabriel, eufórico—. He encontrado a una estudiante que afirma que ella y su amiga vieron a un individuo sospechoso saliendo de la facultad poco después de las nueve de la noche. ¿Qué te parece?
  - —¿Un individuo sospechoso?
- —Esta tarde pasarán por la comisaría y tú misma las podrás interrogar —dijo Gabriel sin disimular su satisfacción.
- —¡Sargento, ahora sí que me descubro…! —Y, sin dejar de caminar, añadió—: Pero tampoco es preciso que las hagas ir a Les Corts. Acabo de decirte que voy para allá…
- —Han tenido que irse. Además, les hace ilusión ir a la comisaría. Les he prometido que les presentaría a Permanyer.
  - —¿A Permanyer? ¿Y qué narices pinta Permanyer en todo esto?
- —Mujer, es que ahora esto del CSI está muy de moda... ¿No te has enterado? Y además, son una monada. —Y con una sonrisa picara que Norma no vio pero que intuyó, añadió—: Tranquila, jefa. Las dos tienen más de dieciocho años.

\* \* \*

Norma decidió que antes de ir a la Facultad de Historia necesitaba un café o una caña, no estaba segura, y, mientras caminaba por la Gran Via, aprovechó para buscar un bar de aspecto presentable. En la otra acera había una cervecería, y Norma se disponía a cruzar la calle cuando sonó su móvil.

- —Tienes que venir enseguida a comisaría, Norma —dijo el inspector Roca con voz circunspecta.
  - —¿Qué pasa?
  - —Violeta está en el calabozo. La han detenido.
  - —¿Cómo que la han detenido?
- —Esta mañana ha habido follón en Via Laietana. Una manifestación de okupas que ha acabado en batalla campal —explicó el inspector—. Pero no te preocupes, ella está bien.
  - —¿Seguro que no se ha hecho daño? —preguntó Norma con un hilo de voz.
- —Seguro. Yo mismo la he visto y he hablado con ella. El problema... —Norma oyó que el inspector suspiraba— es que no quiere irse.
  - —¿Qué significa que no quiere irse? ¿No dices que está detenida?
- —Nebot estaba dispuesto a hacer la vista gorda y ahorrarle que acabara delante del juez, pero ya conoces a tu hija... Ahora ya no creo que se pueda hacer nada.
  - —¡Será idiota…!
  - —¿Quieres que llame a Octavi? —se ofreció el inspector.
  - -No, ya le llamaré yo. -Y cruzando la Gran Via en rojo y dándole un buen

susto a un conductor que se vio obligado a frenar en seco para no atropellarla, añadió —: Vigílamela. Ahora mismo voy para allá.

Violeta estaba en los calabozos de la comisaría de Les Corts, compartiendo celda con una docena de jóvenes que bajo la expresión desafiante no podían ocultar el susto que llevaban en el cuerpo. La combinación de kefias, *piercings*, rastas y botas militares los identificaba inequívocamente como miembros de los colectivos antisistema, y Norma los observó en silencio uno a uno sin hacer ningún comentario. Detrás de los barrotes, algunos se quejaban de los golpes de porra que habían recibido durante su detención, mientras que los más atrevidos coreaban consignas, insultaban a los mossos y les dedicaban gestos obscenos. Norma enseguida identificó a Violeta que, a diferencia de sus compañeros, permanecía sentada en un rincón, algo abatida y fingiendo no percatarse de la presencia de su madre. Como Norma sospechaba que su hija no les había contado a sus amigos que ella era policía, decidió no ponerla en un compromiso y no dijo nada. Tras comprobar que estaba bien, dio media vuelta y se dirigió a su despacho.

De camino a la comisaría, Norma se había apresurado a llamar a Octavi y a su amiga Rita. Al oír la noticia, su marido había salido disparado del Clínico y en veinte minutos se había plantado en Les Corts, pero Rita tardó un poco más.

- —¿Dónde está? —preguntó Octavi con voz preocupada.
- —¿Dónde quieres que esté? —Norma estaba hecha una furia—. ¡Pues en el calabozo, con una panda de cafres!
  - -¿Está bien? ¿La has visto? ¿Se ha hecho daño?
- —Tranquilo, está bien. No le han dado. —Y añadió, mirando con impaciencia el reloj—: Cuando llegue Rita, la llevarán a una sala de interrogatorios y podremos hablar con ella.
- —¿No podemos hacerlo ahora? —insistió Octavi, preocupado por lo que le pudiera pasar a su hija.
- —¿Y qué quieres? ¿Avergonzarla delante de todos sus amigos y que no nos lo perdone nunca? ¡Si hubieras visto la cara que ha puesto cuando me ha visto…!
- —Supongo que tienes razón —dijo él con un suspiro—. Será mejor que esperemos a Rita. ¿Te ha dicho si tardará mucho?

Rita Soler era una abogada especializada en despidos improcedentes, mujeres maltratadas e inmigrantes ilegales, y en esos momentos se encontraba en una vista intentando convencer a un juez para que retirara la custodia compartida a un padre que se comportaba de manera irresponsable con su hijo para vengarse de su exmujer. La abogada llegó un par de horas más tarde, sin aliento y arrastrando con dificultad sus noventa y cinco kilos por los pasillos de Les Corts. Tras intercambiar besos con Norma y Octavi y saludar al inspector Roca, se desplomó sobre una silla y se disculpó por el retraso.

- —Lo siento, chicos. Tenía un juicio y ha salido mal. ¿Qué ha pasado?
- —Han detenido a Violeta durante una manifestación de okupas en la Via Laietana —explicó Norma con voz abatida—. Al parecer, se han dedicado a lanzar piedras, romper cristales y quemar contenedores.
  - —O sea, lo de siempre... —dijo Rita con un suspiro.
  - —Me han dicho que hay un par de antidisturbios con contusiones.
  - —¿Hay heridos entre los manifestantes?
  - —Algunos han recibido algún que otro golpe de porra, pero Violeta está bien.
  - —¿Sabemos de qué los acusan exactamente?
  - —Todavía no.

La abogada alzó la cabeza, se rascó el cuello y enarcó las cejas, y durante unos segundos no dijo nada. De pronto, miró la hora, volvió a suspirar y se levantó de la silla.

—Será mejor que hablemos con ella, a ver qué podemos hacer —dijo yendo hacia la puerta. Y sacudiendo la cabeza, añadió—: ¡Ay, estos jóvenes…!

Rita Soler sabía muy bien qué era vérselas con los antidisturbios. Había sufrido en carne propia porque durante su juventud había corrido delante de los grises de Franco y había recibido más de un porrazo. Era cuatro años mayor que Octavi, y en la época en que se conocieron, Rita militaba en el PSUC y Octavi preparaba oposiciones a forense. Mantuvieron una aventura que apenas duró unos meses, pero de aquella breve relación surgió una buena amistad que se consolidó con los años, hasta el punto de que ya casi ninguno de los dos recordaba que una vez habían sido amantes y se habían tirado los platos a la cabeza. Rita, que por voluntad propia no tenía hijos, se había casado y divorciado tres veces, y Norma y Octavi eran testigos de cómo con cada divorcio Rita engordaba unos kilos que luego no conseguía perder y con los cuales se resignaba a convivir. Con los años, ella y Norma se habían hecho buenas amigas y, de hecho, Rita era la única persona que, aparte de la psicoanalista que trataba a Norma, conocía la existencia de David.

\* \* \*

Violeta compareció en la sala de interrogatorios esposada y solemnemente escoltada por un mosso que no era mucho mayor que ella pero que le sacaba dos palmos. Parecía asustada, y Norma y Octavi se levantaron de la silla y se apresuraron a abrazarla.

- —¿Estás bien? —le preguntó Norma con un hilo de voz.
- —¿Tú qué crees? ¡Tus amigos me han obsequiado con unos cuantos porrazos! dijo Violeta, huraña.
  - —Me han dicho que no te habían golpeado...
  - —Deja que lo vea —dijo Octavi, alarmado—. ¿Dónde te han dado?
  - —En las piernas... Pero ya no me duele.

- —Anda, enséñamelo —insistió Octavi—. Bájate los pantalones.
- —Puede que solo haya sido un golpe... —murmuró Violeta procurando escurrir el bulto—. Además, he podido esquivarlo a tiempo... En realidad, no es nada.

Norma suspiró y sacudió la cabeza, y Octavi, aliviado, la regañó con la mirada pero dejó de insistir. No era la primera vez que un detenido se quejaba de haber sufrido lesiones que después, durante el examen forense, desaparecían como por arte de magia o eran menos aparatosas de lo que el detenido afirmaba.

- —Ya conoces a Rita —dijo Norma secamente.
- —No quiero ninguna abogada.
- —¡No digas tonterías! —Saltó Octavi, que desde que había llegado a Les Corts hacía esfuerzos por no perder la calma—. Necesitas un abogado. Estás detenida. ¿No te das cuenta?

Violeta se puso a mirar el suelo y echó la silla hacia atrás, un gesto con el que pretendía marcar distancias con sus padres.

- —No quiero tener privilegios por el hecho de ser la hija de una poli —dijo evitando mirarlos a los ojos.
- —¿Privilegios? —repitió Rita inclinando todo su cuerpo hacia delante, como si no entendiera bien lo que decía Violeta.
- —El comisario estaba dispuesto a hacer la vista gorda, pero ella se ha negado a marcharse —explicó Norma. Y dirigiéndose a su hija, añadió—: No te preocupes, aunque quisiera, el comisario ya no puede ayudarte. Es demasiado tarde.
- —¡Muy inteligente por tu parte! —le recriminó Octavi, alzando la voz—. Pero ¿en qué coño estabas pensando?

Violeta, que sabía que su padre acostumbraba a mantener la calma incluso en las situaciones más tensas, bajó la mirada, desconcertada.

- —Muy bien. No quieres recibir ningún trato de favor. Lo entiendo. Pero tener un abogado —dijo Rita suavemente— no es ningún privilegio, es un derecho constitucional. Así funciona el sistema.
- —Un sistema que está podrido... —replicó Violeta—. Además, mis amigos no tienen dinero para pagarse un abogado y les designarán uno de oficio. Yo también quiero un abogado de oficio. —Y, alzando la vista del suelo, añadió con gesto altivo —: No quiero ser diferente.
- —Pues mira, si ese es el problema, no hace falta que me pagues —dijo Rita con una sonrisa—. Te representaré gratis. ¿Contenta?
  - —Eso sería hacer trampa.
- —Mira, guapa, seguramente te acusarán de participar en una manifestación que supongo que era ilegal, de destrozos en el mobiliario urbano y de agresión y resistencia a la autoridad. Francamente, las cosas no pintan bien —dijo Rita intentando asustarla.
- —Me da igual. Si tengo que ir a la cárcel, iré. Lo tengo decidido —contestó Violeta desafiante.

Norma golpeó la mesa con la palma de la mano y se levantó de la silla con un gesto tan brusco que casi la hizo caer al suelo. En aquel momento le habría gustado darle una bofetada a su hija, agarrarla por la oreja y llevársela a casa como si fuera una niña pequeña. Octavi, que se dio cuenta de que Norma estaba a punto de perder los estribos, la sujetó suavemente del brazo e hizo que volviera a sentarse. La posibilidad de que el juez acusara a Violeta de agresión y decidiera enviarla una temporada a Can Brians era real, y la perspectiva de que Violeta acabara encerrada en una celda entre traficantes de drogas, ladronas y asesinas que más tarde o más temprano se enterarían de que era la hija de una policía no era nada tranquilizadora.

- —Pero ¿tú eres tonta o qué? —gritó—. ¿Acaso te han sorbido el seso? ¡Los cargos de que te acusarán son muy graves! —Y, bajando un poco la voz e intentando calmarse, añadió—: Esto no es ningún juego, Violeta. Puedes acabar en la cárcel. Y no es una experiencia agradable, créeme...
- —Y que vayas a la cárcel no hará que el sistema deje de estar podrido argumentó Octavi apelando al sentido común de la chica.
  - —No pienso ser cómplice —se limitó a contestar Violeta con un hilo de voz.
- —¿Pero cómplice de qué? ¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? ¡He visto el vídeo, y os habéis dedicado a romper escaparates, a quemar contenedores y a lanzar piedras a los antidisturbios! ¡Menudo lío habéis organizado!
- —Nos hemos solidarizado con los compañeros de Sants que ayer los mossos desalojaron a golpe de porra de una fábrica —murmuró Violeta de mala gana—. Si nos atacan, bien que nos tenemos que defender, ¿no?
- —Romper cristales y tirar piedras a la policía no soluciona las cosas, nena, las empeora —dijo Octavi—. Ya deberías saberlo.
  - —De todos modos, no quiero ningún abogado.

Durante algunos minutos, la pequeña sala de interrogatorios se quedó en silencio. Finalmente, Rita se incorporó un poco de la silla, echó hacia atrás su cuerpo enorme y se quedó mirando a Violeta con una expresión flemática que Norma y Octavi conocían muy bien.

—Violeta, reina... ¿A quién quieres engañar? —preguntó la abogada con tono condescendiente—. ¿De verdad crees que me trago lo que dices?

Violeta alzó los ojos del suelo y la miró desconcertada.

- —¿Sabes por qué no quieres un abogado y prefieres ir a la cárcel? —continuó Rita con el mismo tono suave—. ¿Te crees que no lo sé?
  - —No quiero privilegios... —insistió Violeta.
- —No, guapa —dijo Rita sacudiendo la cabeza—. No me vengas con ese cuento. Quieres ir a la cárcel porque piensas que así te convertirás en una heroína delante de todos tus amigos. Te lo imaginas, ¿no? ¡La hija de una poli en la cárcel! ¡Qué tía más cojonuda la Violeta esta!
  - —Te estás pasando —dijo Violeta, ruborizándose.
  - —Y seguramente acabarás en la cárcel —prosiguió Rita sin hacer caso de la

mirada de odio que acababa de dedicarle Violeta—. Claro que mientras estés en el trullo haciéndote la mártir no podrás continuar luchando contra los especuladores y los corruptos. Eso sí —dijo después de una pausa—, cuando salgas te lo pasarás bomba haciéndote la importante con tus colegas. Podrás llenarte la boca presumiendo de lo valiente que eres mientras os tomáis unas birras y os fumáis unos porros... — Rita hizo otra pausa y observó de reojo la reacción de Violeta—. Sí —dijo acompañando ese «sí» con la cabeza y poniéndose a jugar con el gran collar de cuentas que llevaba—, ser una mártir puede ser muy gratificante.

Violeta se la quedó mirando de hito en hito. Tenía los ojos húmedos.

—¿Estás hablando de mí o de ti? —le espetó.

Rita se echó a reír y, sin dejar de jugar con el collar, se arrellanó en la silla. No parecía que el comentario de Violeta la ofendiera lo más mínimo.

- —¡Qué lista que eres…! Escucha —dijo adoptando un tono más amable—, a mí los okupas me caen bien. De hecho, he defendido a unos cuantos, y no te digo que yo misma si fuera más joven y pesara treinta kilos menos…
- —¡Eso! ¡Ahora solo falta que le des la razón! —Saltó Norma, que no acababa de comprender qué se proponía Rita.
- —Pero ¿tú te crees que podría hacer algo por los desgraciados a los que el sistema margina si me dedicara a apedrear a los jueces cada vez que dictan una sentencia que considero injusta? —continuó Rita sin hacer caso de las palabras de Norma—. Mira, niña, hablemos claro. ¿De verdad quieres cambiar las cosas? ¿De verdad luchas por una sociedad más justa? Porque si para ti todo esto solo es un juego, yo tengo demasiado trabajo para estar aquí perdiendo el tiempo. Ahora mismo tengo que preparar un recurso para una madre desesperada que tiene un exmarido imbécil que se dedica a joderla poniendo en peligro la vida de su hijo. —Rita hizo una pausa—. Claro que si lo que realmente quieres es luchar contra los especuladores y los corruptos, como dices, entonces tienes que utilizar la cabeza, no las emociones. Ir a la cárcel no te servirá de nada.

Avergonzada, Violeta se limitó a bajar la mirada.

La abogada dejó pasar un par de minutos, y cuando consideró que Violeta había tenido tiempo suficiente para digerir el discursito que le acababa de soltar, añadió:

—Ahora bien, si lo que quieres es ir de víctima por la vida... —dijo encogiendo los hombros.

Violeta volvió a ruborizarse y, con la cabeza gacha, miró a Rita de soslayo.

—Muy bien. —La abogada acercó su silla a la mesa y puso encima la pesada cartera que llevaba—. Y ahora que nos hemos entendido, cuéntame tu versión de lo sucedido y dime qué hacías exactamente en el momento de la detención.

Media hora más tarde, Violeta regresaba enfurruñada al calabozo pero representada por una abogada que era toda una institución en los juzgados de Barcelona. Octavi, que llegaba tarde a una reunión a la que no podía faltar porque en el departamento estaban ultimando los preparativos para trasladar el Servicio de Patología Forense a las nuevas instalaciones de la Ciudad de la Justicia, tuvo que irse volando, y Norma aprovechó para ir a ver a Gabriel, que llevaba un buen rato con las dos estudiantes que habían visto a un hombre sospechoso en la Facultad de Historia el día del asesinato del profesor Parellada. En aquellos momentos estaban con el inspector Permanyer, que con su parsimonia habitual enseñaba a las jóvenes los modernos aparatos que utilizaban en el laboratorio científico.

—Roca no está. Será mejor que vayamos a su despacho —propuso Norma, un poco más tranquila después de que Violeta hubiera aceptado que Rita se encargara de su defensa.

Norma no estaba de humor para bromas ni sarcasmos, y quería evitar un desfile de compañeros interesándose por Violeta ahora que en Les Corts la noticia de que la hija de la subinspectora Forester estaba en el calabozo había corrido como la pólvora.

Antes de empezar con el interrogatorio, Norma dedicó unos segundos a formarse una opinión de las dos estudiantes repasándolas de arriba abajo. La más alta se dedicaba a pasarse los dedos por una larga cabellera que era rubia gracias al agua oxigenada, mientras que su amiga, que era morena y bajita, llevaba el pelo corto. Ambas iban muy maquilladas y llevaban unos vaqueros extremadamente ceñidos y unas aparatosas botas de tacón; también lucían grandes pendientes. Por un momento, Norma intentó imaginarse a su hija vestida con aquellas pintas, y la imagen que le vino a la mente le desagradó; a pesar de todo, prefería a la Violeta de los *piercings* y los pantalones cagados.

—El sargento Alonso me ha informado de que visteis a alguien sospechoso saliendo de la facultad el día 31 alrededor de las nueve de la noche. ¿Es correcto? — preguntó Norma secamente.

Las dos muchachas intercambiaron una mirada de desconcierto por el tono antipático de la subinspectora y asintieron con la cabeza.

—Supongo que sabéis que prestar una declaración falsa es un delito que se castiga con la cárcel —les advirtió Norma con expresión severa mientras fingía que consultaba unas notas e intentaba intimidarlas con aquella actitud estudiadamente antipática.

En realidad, la subinspectora temía que los encantos de Gabriel hubieran puesto en marcha la imaginación de las estudiantes y se proponía contrarrestarlos.

—¡Pero si es verdad! —Saltó la rubia—. ¡Vimos a alguien raro! ¡No nos lo hemos

#### inventado!

—¿Raro? Barcelona está llena de gente rara —objetó Norma con el mismo tono cortante—. ¿Por qué os fijasteis precisamente en ese estudiante?

Esa vez fue la chica del pelo corto la que respondió con una pregunta que la desconcertó.

—¿Era un estudiante? Ah, pues no lo parecía...

Norma levantó los ojos del pliego de papeles y la miró fijamente.

- —¿Por qué dices que no parecía un estudiante?
- —No lo sé... Es que no parecía un estudiante —insistió la muchacha.

Su amiga asintió con la cabeza.

- —Es verdad —dijo—. Tenía una pinta rara. Y era viejo. Bueno... —se apresuró a rectificar, calculando la edad que debía de tener aquella policía antipática y temiendo ofenderla—. Quiero decir que era mayor que nosotras.
- —Tengo una idea —propuso Gabriel con una de sus seductoras sonrisas al ver que las chicas empezaban a sentirse incómodas y sin comprender que su compañera hubiera decidido interrogarlas como si fueran testigos hostiles—. ¿Por qué no le explicáis a la subinspectora lo mismo que me habéis contado a mí?

Las dos se miraron indecisas, y finalmente la rubia soltó un suspiro y tomó la iniciativa.

- —Laia y yo salíamos de clase y nos quedamos hablando en la entrada —dijo descruzando las piernas y adoptando una postura más formal—. Como no encontrábamos el encendedor, buscábamos a alguien que fumara para pedirle fuego. Entonces vimos que aquel hombre salía de la facultad y se encendía un cigarrillo. La estudiante buscó con los ojos el asentimiento de su amiga, que dijo que sí con la cabeza—. Total, que Laia y yo nos acercamos a él y le pedimos fuego, pero el tío le dio un empujón a Laia y se marchó a toda pastilla.
  - —¿Se puso a correr? —preguntó Norma.
- —No es que arrancara a correr exactamente —explicó ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos, esforzándose por recordar la escena—. Pero se alejó caminando muy deprisa, como si quisiera huir de nosotras.
- —Y entonces yo le grité «gilipollas». Por el empujón —aclaró la tal Laia, que era la morena del pelo corto. Su amiga se llamaba Neus.
  - —¿Y cómo era? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Delgado? —preguntó Norma.
  - —Era un poco más bajo que Neus —dijo Laia.

Neus se levantó de la silla para que Norma pudiera calcular su estatura.

- —Más o menos me llegaba por aquí —dijo poniéndose la mano a la altura de las cejas. Norma calculó que la chica debía de medir alrededor de un metro setenta, por lo que el desconocido rondaría el metro sesenta y cinco—. Y no era delgado, precisamente —añadió.
- —Tampoco es que estuviera gordo... —rectificó su amiga—. Pero, delgado, delgado, no era.

—Era un poco como el policía que nos ha presentado Gabriel —dijo la estudiante rubia refiriéndose al inspector Permanyer.

En realidad, el inspector no estaba gordo pero empezaba a tener un poco de barriga.

- —Muy bien. Decís que no parecía un estudiante. ¿No sería un profesor? Supongo que en la facultad hay muchos y no los conocéis a todos... —insinuó Norma.
  - —¡Qué va! —Las dos negaron con la cabeza—. ¡Los profes no van vestidos así!
  - —¿Recordáis cómo iba vestido? ¿Lo podéis describir?

Las dos se miraron y se quedaron unos segundos en silencio mientras intentaban recordar su aspecto.

- —Llevaba una de esas camisas progres, sin cuello... Creo que era gris, con rayitas —dijo finalmente la morena.
- —Era azul. De un azul gris —intervino su amiga, que había vuelto a cruzar las piernas.
  - —Sí, pero era de rayitas —insistió la muchacha morena.
  - —Eso sí.
  - —Y llevaba unos vaqueros negros.
  - —Y uno de esos macutos que llevan los ecologistas y los progres.
  - —¿Y cómo era, exactamente? ¿Os acordáis? —preguntó Gabriel.
  - —Era de color morado, ¿verdad? —dijo Laia dirigiéndose a su amiga.
- —Sí, de pana, me parece —corroboró su amiga—. Lo llevaba colgado así —e hizo un gesto en diagonal para mostrar que lo llevaba en bandolera.
- —Y tenía estampado el signo de la paz en la parte de delante —dijo la otra chica, con tono despectivo—. Muy cumbayá.
- —¿Recordáis alguna cosa más? —Norma había llegado a la conclusión de que decían la verdad y dulcificó el tono de su voz.
- —También llevaba gafas de sol —dijo Laia—. Unas RayBan. Pero creo que no eran auténticas…
  - —Y una gorra de militar. No se le veía el pelo.
  - —¿Una gorra de militar? —preguntó Norma arqueando las cejas.
- —Bueno, no es que fuera de militar exactamente... Es que era de color caqui rectificó la morena.
- —¡Ah!, y unas deportivas blancas, como de jugar al tenis. Me acuerdo porque no le pegaban nada. Y no eran de marca.
- Era un tío muy hortera —puntualizó su amiga. Y con expresión autosuficiente,
  sentenció—: De los que no se comen una rosca.

Norma suspiró mientras intentaba imaginarse el aspecto del hombre que acababan de describir.

- —¿Creéis que podríais identificarlo si lo volvierais a ver?
- —Uf, es que entre la gorra y las gafas no se le veía la cara —dijo la tal Laia. Su amiga asintió.

—De todos modos, intentaremos hacer un retrato robot y lo mostraremos a los estudiantes y profesores —decidió Norma dirigiéndose a Gabriel—. ¡Quién sabe, a lo mejor tenemos suerte!

De pronto, la chica rubia echó el cuerpo hacia atrás y exclamó, como si acabara de caer en la cuenta:

—¡Ya sé por qué no parecía un estudiante! ¡Porque era como uno de esos trileros de las Ramblas!

Norma se levantó de la silla y se la quedó mirando fijamente.

- —¿Un trilero? —preguntó desconcertada.
- —Quiero decir uno de esos que se ponen alrededor del tío que mueve las cartas o los cubiletes. Ya sabe —dijo haciéndose la experta—, los que hacen ver que apuestan y ganan mucho dinero para atraer a la gente. Normalmente se disfrazan de turistas, de ejecutivos o de estudiantes... ¡Pero se nota mogollón que son de la banda!
  - —Es verdad —murmuró la amiga—. Ahora que lo dices, sí que parecía un trilero.
- —Lo que quieres decir es que te dio la impresión de que se había disfrazado para hacerse pasar por estudiante, ¿no? —insistió Norma para asegurarse de que había comprendido lo que la joven intentaba decirle.
- —Sí. Seguro que con esa pinta no era ningún estudiante. Además, ya le hemos dicho que era mayor.

Norma decidió que aquellas estudiantes parecían bastante observadoras y que podía fiarse de sus opiniones. Antes de dejarlas marchar, les preguntó si conocían al doctor Parellada.

- —Nosotras estamos en segundo ciclo. Creo que él solo daba el tercero —contestó la chica morena.
- —No pensará que nos hemos inventado todo esto, ¿verdad? —preguntó la rubia oxigenada, que todavía parecía un poco ofendida con Norma—. ¡Porque le juro que es verdad!

La subinspectora sonrió y se levantó de la silla. Las dos estudiantes la imitaron.

- —Os creo. Pero tenía que asegurarme, supongo que lo comprendéis. —Y añadió, con un suspiro—: Hay gente a la que le gusta inventarse cosas cuando habla con la policía. Disculpad si he sido un poco brusca.
  - —¿Qué te parece? ¿Las llevo a ver a Marc? —preguntó Gabriel.
  - —Sí, acompáñalas a hacer un retrato robot. No perdemos nada.
- —Esto... Si no te importa, cuando acabemos saldré un rato. Les he prometido a estas chicas que las invitaría a una Coca-Cola y les contaría alguna historia divertida —dijo Gabriel.
- —¿Una Coca-Cola? ¿Los polis tomáis Coca-Cola? —dijo la chica de pelo largo un tanto decepcionada.
- —Mujer, es que estoy de servicio… —Gabriel le dedicó una sonrisa seductora y le guiñó un ojo.

Norma alzó una ceja y miró la hora; eran casi las seis y media.

—Está bien, no hace falta que vuelvas —dijo. Y, dirigiéndose a las dos estudiantes, añadió—: Pero no me lo mareéis demasiado, ¿eh? Y no os dejéis impresionar por la cara de buen chico del sargento…

Las dos muchachas inclinaron la cabeza e intercambiaron una mirada de complicidad y una sonrisita al tiempo que hacían cábalas sobre cuál de las dos se ligaría a Gabriel aquella noche y terminaría con él en la cama.

El martes por la mañana, una Violeta intimidada por la parafernalia judicial compareció ante la juez mientras Norma y Gabriel se dirigían al Hospital de Sant Pau para interrogar a la hija de Víctor Porta. Violeta le había suplicado a su madre que no asistiera a la vista para no tener que dar explicaciones a sus amigos, y Norma había accedido de mala gana tras considerar que su presencia en la sala podía resultar contraproducente si la juez la malinterpretaba. Afortunadamente, gracias a los buenos oficios de Rita, la fiscalía no presentó cargos y la juez dejó a Violeta en libertad tras comprobar que la joven no aparecía en los vídeos grabados por la policía. Los agentes de la Brimo que declararon, enterados de que se trataba de la hija de una compañera del cuerpo, se abstuvieron de identificarla entre los manifestantes que habían lanzado piedras y quemado contenedores. Al salir de los juzgados, Violeta llamó enseguida a su madre y le dio la buena noticia.

—Podrías venir unos días a casa para recuperarte del susto... —le propuso sin muchas esperanzas de que Violeta aceptara. Y añadió, procurando que su voz no sonara a reproche, por más que en realidad sonó a eso—: Tu padre y yo estamos muy preocupados... Y Guillem también. Ha llamado varias veces para saber cómo estabas.

La detención de Violeta había pillado a su padre biológico en Madrid. Él y Robert habían ido para visitar salas de exposiciones, talleres de artistas y bares de ambiente, pero al enterarse de la noticia se habían apresurado a adelantar su regreso y habían sacado billetes para el AVE de aquella misma tarde. Norma propuso que quedaran para cenar todos juntos en casa.

- —¿Qué te parece? Ya sabes que Guillem es un poco melodramático y no parará hasta asegurarse de que estás bien y que no vas por el mundo con una bola de presidiaría en el tobillo... —dijo intentando ponerle un poco de humor al asunto para vencer las reticencias de su hija.
  - —Uf, no sé…
- —Tenemos muchas ganas de verte. Anda, no me obligues a suplicar... —dijo con un hilo de esperanza en la voz.

Violeta, que en el fondo se sentía culpable por el susto que había dado a su familia y el follón que había organizado, no se hizo de rogar y al final aceptó la invitación de su madre. Como por suerte ni Mimí ni los padres de Octavi se habían enterado de la detención, ambas decidieron no decirles nada para evitarles el disgusto. Como mucho, les contarían que Violeta tenía exámenes y que volvía unos días a casa para encerrarse a estudiar.

La noticia de la liberación de Violeta cambió radicalmente el estado de ánimo de Norma, y Gabriel se alegró de que por fin la subinspectora recobrara el buen humor y

abandonara la expresión de preocupación que la detención de su hija había instalado en su rostro. La llamada de Violeta los pilló de camino al Hospital de Sant Pau, y, como era ella la que conducía, en cuanto llegaron a los alrededores detuvo el coche y le pidió a Gabriel que se encargara de aparcarlo. Tenía que hacer unas llamadas, dijo. Gabriel se puso al volante y ambos quedaron en encontrarse en uno de los bares de la avenida Gaudí para tomar un café antes de entrar en el recinto hospitalario.

Norma entró en el bar y se apresuró a llamar a Octavi para darle la buena noticia, pero su marido ya estaba enterado gracias a los contactos que tenía en el juzgado. Puesto que Violeta no tenía antecedentes, la juez había decidido mostrarse benévola, le explicó, pero también le había advertido muy seriamente de que la próxima vez que la pillaran haciendo el burro no le resultaría tan fácil irse de rositas. Violeta había abandonado la sala en silencio, con la cabeza gacha, bajo la mirada severa de la juez.

Tras colgar, Norma llamó a Guillem y le contó que su hija ya estaba en la calle. Guillem soltó un teatral suspiro de alivio y le dio la noticia a Robert, que estaba a su lado. Si no surgía ningún contratiempo, dijo Guillem, sobre las siete estarían en Barcelona. Por último, Norma llamó a David, con quien teóricamente tenía una cita, y le explicó lo ocurrido.

- —Hoy no podemos quedar, pero podemos vernos mañana, si quieres —le propuso.
- —Imposible. Mañana por la mañana tengo que coger el avión a primera hora dijo David con voz desilusionada—. Por la tarde debo asistir a una reunión en el *college* a la que no puedo faltar.

Desde el taburete del bar, Norma vio a Gabriel a través de los cristales avanzando hacia ella y le dijo a David que tenía que colgar. Por suerte, la llegada de Gabriel evitó que tuviera tiempo de entristecerse pensando en su encuentro frustrado y de torturarse por el hecho de desear estar con un hombre que no era su marido. Gabriel, que no se dio cuenta del cambio producido en el estado de ánimo de Norma en los diez minutos que había tardado en aparcar el coche, se sentó y optó por zamparse un bocadillo de atún y beberse una Coca-Cola. Un poco alicaída, Norma se limitó a pedir otro cortado.

—¡Suerte que al final todo ha quedado en nada…! —dijo Gabriel mientras le daba un buen mordisco al bocadillo.

Norma todavía tenía a David en la cabeza y se lo quedó mirando desconcertada, pero enseguida se dio cuenta de que su compañero se refería a la detención de Violeta.

- —Los antidisturbios se han portado bien, porque me han contado que mi hija arrojó unas cuantas piedras... —dijo con un suspiro—. Aunque al parecer no tiene mucha puntería —añadió con una sonrisa.
  - —Es muy guapa —dijo Gabriel sin apartar la vista del plato.
- —De momento, no creo que enrollarse con un miembro de las fuerzas de represión forme parte de sus planes. —Norma le dedicó una mirada burlona—.

Vamos, date prisa. Es casi la una menos cuarto.

Gabriel se acabó el bocadillo y la bebida y ambos salieron del bar. Habían quedado a la una con Montserrat Porta en la cafetería del hospital, aprovechando la pausa que la enfermera tenía para almorzar, y Norma no quería llegar tarde. Aunque el inspector Carrasco ya la había interrogado, quería indagar si el asesinato de su padre podía tener alguna relación con sus negocios en México o si, por el contrario, estaba relacionada con la muerte del profesor Francesc Parellada.

- —¿Sabes que no había entrado nunca aquí? —dijo Gabriel paseando los ojos por el pabellón que franqueaba la entrada al recinto—. Es bonito.
- —¡Sí, demasiado bonito para ser un hospital para pobres…! —dijo Norma con un suspiro—. Por eso han construido uno nuevo en la parte de arriba. —Y añadió, sacudiendo la cabeza—: ¡Es una lástima…!
- —Mujer, el hospital nuevo será más moderno. Todo esto parece bastante decrépito...
- —Si tú lo dices... —dijo Norma con un tono que expresaba su desacuerdo con la opinión de Gabriel.

Los edificios modernistas del hospital de la Santa Creu i de Sant Pau databan de principios del siglo xx, pero el origen de la institución, ideada como hospital para pobres y peregrinos, se remontaba al año 1401. El hospital de Sant Pau, como se lo conocía popularmente en la ciudad, era el edificio civil más importante del modernismo catalán y un plato demasiado goloso para los especuladores y los políticos, que finalmente habían decidido privar a los enfermos de aquel entorno privilegiado de jardines y hermosos pabellones y trasladar la infraestructura hospitalaria a un edificio nuevo de aspecto anodino y dudosa comodidad. Mientras los antiguos pabellones se restauraban y acondicionaban para convertirse en sede de diversas instituciones de las que en lo sucesivo ya solo disfrutarían los propios políticos, los médicos se quejaban de que en el nuevo hospital los despachos no tenían ventanas ni luz natural.

Con sus caminos y senderos y su pésima señalización, Sant Pau podía convertirse en un laberinto, y a Norma y a Gabriel les costó un poco orientarse entre los diferentes pabellones, la mayoría de los cuales estaban en obras. Cuando por fin dieron con la cafetería, descubrieron que no había ni una mesa libre y decidieron esperar en el exterior. La enfermera llegó con veinte minutos de retraso.

- —Soy Montserrat Porta —dijo alargando la mano e intentando recuperar el aliento—. Me esperan a mí, ¿verdad? —Norma y Gabriel asintieron y se presentaron —. Lo siento muchísimo. He tenido un parto de gemelos que se ha alargado un poco.
- —No se preocupe —Norma sonrió—. Sabemos que no tiene mucho tiempo. ¿Quiere que entremos y así aprovecha para comer algo mientras hablamos?
- —Ahora mismo no tengo hambre. Además, a esta hora en la cafetería hay mucho jaleo. ¿Y si nos sentamos ahí? —propuso señalando el único banco que estaba libre.

El aire que soplaba era fresco, y Montserrat Porta, que iba vestida con el uniforme

de enfermera y solo llevaba una fina rebeca, se situó en el extremo del banco donde daba el sol. Norma y Gabriel, que iban más abrigados, se sentaron a su lado, a la sombra.

- —¿Hay alguna novedad? ¿Los han detenido? —preguntó la enfermera con voz esperanzada.
- —Todavía no. Pero seguimos investigando y tenemos algunas pistas nuevas. Por eso queremos hacerle más preguntas.
  - —Ustedes dirán.

Montserrat Porta hablaba un catalán con un suave acento mexicano que se acentuaba cuando pasaba al castellano. Sus cabellos largos y negros, la forma almendrada de sus ojos y el color moreno de su piel revelaban una ascendencia indígena que no se remontaba a muchas generaciones atrás. Norma calculó que tendría unos cuarenta años muy bien llevados, y Gabriel, que mentalmente siempre puntuaba de uno a diez a las mujeres que conocía, le dio un siete y medio.

- —No me interprete mal —empezó Norma con tacto—, pero debo preguntarle si su padre tenía enemigos en México.
- —¿Enemigos? No, que yo sepa —dijo Montserrat Porta sorprendida por la pregunta.
  - —Quizá dejó alguna cuenta pendiente...
- —¿Alguna cuenta pendiente? —repitió ella frunciendo el ceño, como si no entendiera adonde quería llegar la subinspectora.
  - —Su padre tenía un restaurante, ¿verdad?

La enfermera miró primero a Norma y después a Gabriel con el semblante contrariado, dudó unos instantes y, al final, entendiendo por dónde iban los tiros, echó el cuerpo hacia atrás poniéndose a la defensiva y exclamó:

- —¡Mi padre nunca estuvo involucrado en ninguna actividad ilegal, si es eso lo que están pensando! —dijo alzando el tono de voz.
  - —Perdone, no pretendía...
- —Sí, vivía en México DF, mi madre era mexicana y yo también lo soy. ¡Pero no somos unos delincuentes! —afirmó, contundente.
  - —Le aseguro que no quería insinuar...
- —Mi padre no traficaba ni con armas ni con drogas ni con nada. No era jugador ni bebedor, y no tenía deudas ni cuentas pendientes con nadie.
- —Entiendo que todo esto es desagradable y doloroso... —musitó Norma—. Yo me refería, en realidad, al restaurante que su padre tenía en México. ¿Sabe si alguna vez tuvo problemas con alguien, antes o después de traspasarlo?
- —Era un pequeño restaurante para turistas, cerca de la casa del pintor Diego Rivera, en Coyoacán —explicó un poco más calmada—. Lo llevaban él y mi madre, que era la que cocinaba. En las épocas en que había más trabajo, había un chico, Arturo, que les echaba una mano, pero cuando a ella le diagnosticaron el cáncer mi padre vendió el restaurante para poder cuidarla. Que yo sepa, no tuvo ningún

problema. Eso fue hace unos cinco años. —Y añadió, emocionándose al recordarlo —: La enfermedad estaba muy avanzada. Apenas duró seis meses.

- —Lo siento —dijo Norma.
- —Mi padre todavía permaneció un año en México —añadió—, pero al final entre mi marido y yo lo convencimos para que se viniera a vivir a Barcelona.

Norma decidió cambiar de tema.

- —Tengo entendido que su padre había escrito un libro... —dijo.
- —¿Se refiere a sus memorias? Sí, trabajaba en ellas desde hacía tres años. Empezó a escribirlas al volver a Barcelona.
  - —¿No tendrá el manuscrito o sus notas, por casualidad?
- —No. —Montserrat Porta volvió a mostrar sorpresa ante aquella pregunta—. Y ahora que lo dice, es extraño. Cuando vaciamos el piso no lo encontramos, y tampoco sus cuadernos de notas. No había caído en la cuenta.
- —Los ladrones se llevaron el ordenador. Quizá su padre no guardaba ninguna copia en papel —sugirió Gabriel.
- —No, no, sí que tenía una. La hizo encuadernar con una de esas espirales negras y tenía una cubierta de plástico transparente. Me acuerdo porque estaba sobre la mesa del escritorio la última vez que fui a su casa. El título era *Negras tormentas*, las palabras con que empieza *La varsoviana*. —Y añadió, con una sonrisa—: Mis abuelos eran de la CNT.
- —Es el himno de los anarquistas —dijo Norma, que no estaba segura de que Gabriel supiera qué clase de canción era *La varsoviana*—. ¿Sabe qué extensión tenía el manuscrito?
- —No lo sé. Era más o menos así. —Montserrat Porta utilizó el pulgar y el índice para indicar un grosor de unos tres centímetros.
  - —Unas doscientas páginas —calculó Norma—. ¿Llegó a leerlo?

La enfermera se frotó los brazos para calentarse un poco y suspiró.

- —Decía que no quería que nadie leyera el libro hasta que lo hubiera acabado. La verdad es que yo no le insistí demasiado, porque entre el trabajo, la casa, el niño y el marido apenas me queda tiempo para leer... —se justificó—. Pero ¿por qué me pregunta por las memorias de mi padre? Solo eran un *hobby*, una forma de ocupar el tiempo, supongo.
- —He repasado la lista de los objetos que se llevaron y que usted misma nos ayudó a confeccionar, y la encuentro un poco extraña —dijo Norma frunciendo el ceño—. El presunto o presuntos ladrones le robaron el reloj de oro, que según usted su padre acostumbraba a guardar en el cajón de la mesita de noche, pero no le quitaron la alianza, que también era de oro. Por otra parte, se llevaron su cartera y un ordenador portátil, pero en cambio dejaron la impresora, el televisor y el equipo de música, que eran bastante nuevos.
- —Tiene razón, es un poco extraño —admitió ella, mirando el reloj—. Supongo que los sorprendió en el piso y que ellos se pusieron nerviosos. Por eso lo mataron,

¿no? Es lo que me dijo aquel policía... —Se refería al subinspector Carrasco.

- —Eso es lo que pensamos en un principio, pero queremos descartar otras posibilidades. —Norma no quería entrar en detalles sobre la nueva pista que ella y Gabriel estaban siguiendo.
- —Si creen que el libro es importante, deberían hablar con Berta —propuso la mujer volviendo a mirar el reloj—. Aunque creo que el otro policía ya estuvo hablando con ella.

Norma asintió. Recordaba haber visto el nombre de una tal Berta Macià, amiga íntima de la víctima, en el expediente que le había facilitado el subinspector Carrasco. No se podía decir que el viejo policía no hubiera seguido todas las pistas.

- —Berta y mi padre se veían a menudo —añadió Montserrat Porta—. De hecho, creo que eran novios o alguna cosa por el estilo. También es viuda y está jubilada, pero se ocupa de llevar la biblioteca del centro cívico para la tercera edad al que acostumbraba a ir mi padre, en el Poble Sec. —Y añadió, con los ojos brillantes—: En realidad, a mí no me importaba que mi padre saliera con ella, pero me parece que a él le incomodaba hablar del tema. Por mi madre, supongo.
  - —En estos casos, nunca se sabe cómo reaccionarán los hijos...
- —Supongo que no. ¿Sabe? Mi padre creció en ese barrio. Habría sido más práctico para todos que se hubiera instalado cerca de mi casa, pero imagino que aquellas calles le traían buenos recuerdos. ¡Y eso que el pobre no había vuelto a pisar el Poble Sec desde los veintidós años…!
- —Si recuerda algo que crea que pudiera sernos útil, le agradeceré que me llame —dijo Norma levantándose del banco y dándole una tarjeta.
- —¿De verdad cree que hay alguna posibilidad de atraparlos? —preguntó Montserrat Porta temblando de frío mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo.
  - —Le aseguro que es lo que intentamos.

—¿Y ahora qué quieres que hagamos, jefa? —preguntó Gabriel mientras intentaban encontrar la salida.

- —Lo primero, llamar a esa tal Berta, a ver qué nos cuenta.
- —La hija ha dicho que Carrasco ya habló con ella...
- —Entonces todo apuntaba a un robo, y, como es lógico, Carrasco se limitó a hacerle las preguntas de rutina. A nadie se le ocurrió mencionar que el muerto había escrito unas memorias.
- —Supongo que no lo consideraron importante. ¿De verdad crees que lo es? preguntó Gabriel con escepticismo.
- —Si los dos asesinatos están relacionados, es posible que el libro que escribió Víctor Porta nos proporcione alguna pista. Quiero saber qué sabe Berta Macià de todo esto. A lo mejor él le dio una copia del manuscrito.
- —Parece un poco rebuscado —dijo Gabriel—. ¿No te estarás montando una película, jefa? En el departamento hay quien dice que lees demasiadas novelas...
- —Han asesinado con dos semanas de diferencia a dos hombres de la misma edad que eran amigos —contestó Norma sin ofenderse por el comentario de Gabriel—. Uno era un historiador experto en la guerra civil a punto de jubilarse, y el otro había escrito un libro sobre su infancia en Barcelona durante la posguerra. Son muchas coincidencias, ¿no te parece?
- —Sí, pero a lo mejor se trata solo de eso, de una coincidencia —dijo Gabriel—. Piensa que las dos víctimas eran unos ancianos que no podían defenderse. Si el móvil fue el robo…
- —Los ladrones no son tan idiotas. Por fuerza algo más tiene que haber murmuró Norma dispuesta a aferrarse a aquella hipótesis.

Gabriel había aparcado el coche en la calle Sant Quintí, pero como finalmente habían salido por la puerta principal del hospital tuvieron que rodear el recinto desde la calle. Sin dejar de caminar, Norma sacó el móvil del bolso y marcó el número de Berta Macià pensando que podía ser un buen momento para encontrarla en casa. Efectivamente, la mujer se encontraba en la cocina preparando la comida y apenas tardó un par de segundos en atender la llamada. Al oír que era la policía, pensó que había sucedido otra desgracia y se alarmó, pero la subinspectora se apresuró a tranquilizarla. Solo querían hablar con ella porque estaban siguiendo una nueva pista.

- —Si quiere, podemos pasar por su casa. Esta tarde, si le va bien. No hace falta que vaya a la comisaría.
- —A las siete tengo hora en el ambulatorio... —contestó Berta Macià sobreponiéndose del susto.
  - —No se preocupe, no la entretendremos mucho. Llegaremos a eso de las cinco.

Eran casi las dos y Norma aceleró el paso. A las tres, Gabriel y ella tenían que estar en Les Corts, de manera que ese mediodía apenas tendría tiempo para ver a su hija.

- —Déjame en casa y vete a comer —le ordenó a Gabriel.
- —¿Seguro que quieres pasar por tu casa? Recuerda que Roca nos espera a las tres. Se cabreará si llegamos tarde.
  - —Quiero ver cómo está Violeta.
  - —Si quieres, paso a buscarte...
  - —No, tú come tranquilo y procura ser puntual. Yo tomaré un taxi.

Al mediodía, los horarios en casa de Norma acostumbraban a ser un tanto caóticos. Como nunca se sabía a qué hora ella y Octavi irían a comer ni de cuánto tiempo dispondrían, a Mimí no le extrañó que su hija se presentara sin avisar diciendo que tenía prisa. Hacía rato que Violeta había llegado y que se había encerrado en su habitación, pero al oír la voz de su madre se apresuró a salir del dormitorio.

Norma la abrazó como si Violeta fuera una niña pequeña, y aunque al principio se resistió un poco, se resignó a que su madre la besara y achuchara sin protestar demasiado. Se había duchado y cambiado de ropa, y Norma comprobó que tenía buen aspecto a pesar de que, según dijo, apenas había dormido. Mimí, que estaba contenta de volver a tener en casa a su única nieta, corrió a la cocina para descongelar un solomillo de ternera mientras Senta ponía otro plato en la mesa.

- —Guillem y Robert vendrán a cenar esta noche —anunció Norma intentando imprimir un tono de naturalidad a su voz.
  - —Pero ¿no regresaban mañana? —preguntó Mimí.
- —A Robert le ha surgido un asunto urgente y han decidido adelantar la vuelta mintió Norma—. Pero hoy no podré dedicarme a cocinar, porque tengo trabajo. Habrá que recurrir al *catering*.
- —Bah, no te preocupes. En la despensa hay huevos y patatas. Haremos unas tortillas y pondremos un poco de jamón y pan con tomate. A todo el mundo le gusta el jamón —dijo Mimí mirando de reojo a su nieta.
- —Cuando vuelva pasaré por el colmado para comprar pan y jamón. Y tomates, que no se me olvide. Y también prepararemos una buena ensalada —añadió Norma dedicándole una sonrisa a su hija.
- —Huevos sí que como... —murmuró Violeta en un susurro. Y añadió, dirigiéndose a su abuela—: Si quieres, yo haré las tortillas.
- —¡Ahora sí que cenaremos bien! —Mimí le estampó un sonoro beso a su nieta—. ¡Las tortillas de Violeta son las mejores!

Norma dejó a Violeta, Mimí y Senta sentadas a la mesa comiendo los postres y salió disparada hacia Les Corts. La charla con Violeta tendría que esperar, porque el inspector Roca los había citado para saber cómo iba la investigación antes de reunirse con el comisario Nebot y los esperaba impaciente. Esa tarde, Nebot había convocado a Roca en su despacho para saber qué progresos se estaban haciendo en el caso

Parellada, reunión que, a su vez, había sido motivada por la llamada del director general de la policía ante la insistencia de la consellera Roig de dar prioridad absoluta al caso.

Norma se disculpó por los diez minutos de retraso y se sentó en una silla. El inspector Roca siempre se ponía un poco nervioso cuando tenía que reunirse con el comisario, pero, en contra de lo que esperaba, Norma se dio cuenta de que esa tarde el inspector estaba de buen humor. Se había cortado el pelo e iba bien afeitado, y, por primera vez en mucho tiempo, llevaba una camisa limpia y planchada que tenía todo el aspecto de ser nueva.

- —Reunirte con el comisario te sienta bien... —le espetó Norma con sarcasmo.
- —He quedado para cenar con una colega —confesó él con una sonrisa—. Pero no pienso decirte quién es.
  - —Lo descubriremos tarde o temprano, ya lo sabes...
- —¿Y si nos centramos en el caso? A las cuatro tengo que subir a ver al comisario —dijo mirando el reloj—. A ver, ¿qué tenemos?
- —Es probable que tengamos dos cadáveres y un único asesino —dijo Norma—. Estamos esperando los resultados del laboratorio, a ver si entre los dos escenarios hay alguna coincidencia que confirme nuestras sospechas.

La subinspectora le hizo un resumen de lo que Gabriel y ella habían descubierto en los últimos días y le contó que disponían del retrato robot de un hombre al que no se le veía la cara y del testimonio de dos estudiantes. La viuda les había confirmado que el jubilado del Poble Sec y el catedrático se habían visto poco antes del asesinato del primero, y también que el jubilado había escrito unas memorias que habían desaparecido.

- —Hemos quedado esta tarde para interrogar de nuevo a su amiga Berta Macià explicó Gabriel—. La subinspectora cree que puede ser una pista importante.
- —¿Y tú, qué crees? —El inspector alzó la vista de las notas que estaba tomando y lo miró por encima de las gafas.
- —Bueno, ya conoce a la subinspectora... Normalmente acostumbra a acertar dijo Gabriel con una risita.

El inspector arqueó una ceja, descolgó el teléfono y marcó el número del inspector Permanyer.

- —Francesc, soy Roca. Tengo aquí a Norma y Gabriel. ¿Cómo tenemos el asunto? ¿Habéis descubierto algo? —le preguntó.
- —Ahora mismo estoy redactando el informe —dijo el inspector, a quien en realidad la llamada lo había pillado echando la siesta—. Pero tengo buenas noticias: los cabellos que encontramos en el piso del Poble Sec y en el despacho del catedrático pertenecen a un mismo individuo. Concretamente, se trata de un hombre. Norma tenía razón.
- —Date prisa y envíame ese informe de una vez. Antes de las cuatro, si puede ser... —suplicó el inspector antes de colgar. Y dirigiéndose a la subinspectora y a su

compañero, dijo—: Ya lo habéis oído. Eso quiere decir que podemos centrarnos en un único sospechoso. Ahora mismo informaré al juez que lleva el caso del jubilado, a ver qué quiere hacer.

- —Bueno, al menos ya tienes carnaza para el comisario —dijo Norma con una sonrisa.
- —Hablando del comisario, me ha dicho que mañana por la mañana informará extraoficialmente a la familia —dijo el inspector.
- —¿A la familia? ¡Pero si Gallardo ha decretado el secreto del sumario! —protestó Norma—. ¡Si él mismo decidió blindar el caso para evitar filtraciones a la prensa!
- —Por eso mismo se les informará extraoficialmente —se justificó el inspector—. El juez está de acuerdo. —Y, bajando la voz, aunque la puerta del despacho estaba cerrada, añadió—: Todo el mundo quiere quedar bien con los Muntaner, Gallardo el primero, ya lo conoces. De hecho, citar a la familia para una reunión informal ha sido idea suya.
- —De todos modos, es mejor que por ahora no se difunda la noticia de que trabajamos con la hipótesis de que ambos casos están relacionados —dijo Norma calculando mentalmente las consecuencias de una filtración.
- —Tarde o temprano, la prensa se enterará y empezarán las especulaciones —dijo el inspector encogiéndose de hombros—. Lo siento, Norma. —Y añadió, con resignación—: Es mejor que nos hagamos a la idea.

El domicilio de Berta Macià estaba situado junto a la plaza de la Bella Dorita y de lo que quedaba del *cabaret* El Molino, cerrado desde hacía años. Tanto el *cabaret*, del que solo se habían conservado la emblemática fachada y las aspas del molino, como la plaza estaban en obras, y el ruido de las máquinas perforadoras, que trabajaban a un ritmo frenético porque se acercaban las elecciones y alguien tenía que ponerse una medalla con alguna inauguración, resonaba por el Paral·lel y se extendía por las calles adyacentes. Berta Macià vivía en la cuarta planta de un edificio modesto, sin portera ni ascensor, y Norma y Gabriel tuvieron que subir a pie por una escalera oscura y mal ventilada que, además de apestar a orines, en aquel momento también olía a sofrito de ajo.

Berta Macià era una mujer delgada y menuda, y sus ojos pequeños, sorprendentemente azules adoptaron una expresión de curiosidad antes de decidirse a dejarlos entrar. A pesar del peinado moderno que llevaba y de su manera informal de vestir, aparentaba los sesenta y siete años que tenía, y quizá incluso algunos más. Los recibió enfundada en unos pantalones negros y una casaca de lino que le llegaba hasta las rodillas, y a Norma tanto su vestimenta como el largo collar de cuentas con el que jugueteaban sus dedos le recordaron el estilo entre *hippy* y *new age*, de Mimí. Mientras se dirigían al comedor a través de un pasillo estrecho, Norma calculó que aquel piso a duras penas llegaría a los sesenta metros cuadrados. Era un piso alto que daba al exterior, tenía luz natural y resultaba bastante alegre. Parecía recién pintado, y todos los muebles tenían aspecto de ser nuevos. De hecho, el aspecto pulcro y perfectamente ordenado de aquel piso no encajaba demasiado con el aire tétrico de la escalera por la que acababan de subir.

- —Al fallecer mi marido —explicó Berta al advertir que la subinspectora paseaba disimuladamente los ojos por la habitación—, decidí redecorar la casa, para distraerme. También hice obras en la cocina y el baño.
  - —Es muy bonito, muy alegre —dijo Norma con sinceridad.
- —¡Si lo hubiera visto antes! Todavía teníamos los mismos muebles de cuando nos casamos...
  - —A veces, en la vida hay que hacer algunos cambios...
  - —El caso es que todo esto me hace sentir más joven. Qué tontería, ¿verdad?

Todas las paredes estaban pintadas de un tono amarillo pálido y luminoso y el estilo de los muebles, la mayoría de color blanco, era seguramente de Ikea, dedujo Norma después de observarlos. En el comedor, sobre el suelo de *parquet*, había un par de kilims de colores vivos que no parecían pisados, y proliferaban las cajitas de colores, las velas aromáticas y las barritas de incienso. Los cuadros que decoraban las paredes eran carteles de exposiciones de pintura enmarcados en madera, y a Norma le

llamó la atención que no hubiera ningún objeto que recordara que Berta Macià había vivido casi cuarenta años en aquel piso con su marido. No había fotografías antiguas, ni figuritas ramplonas, ni ningún recuerdo de otros tiempos. Desde el sofá en el que se sentaron, Norma no pudo evitar fijarse en los títulos de los libros que había en las estanterías: la mayoría eran manuales de autoayuda y novelas escritas por mujeres. En uno de los estantes, había CDs de Vangelis, Kitaro y Enya, entre otros. A Norma le pareció que el tema que sonaba en aquellos momentos era de Enya.

- —Mi marido y yo no tuvimos hijos —dijo con un suspiro—, y la meditación y el yoga me ayudaron a superar su muerte. Bueno —se apresuró a rectificar— y también los antidepresivos, para qué la voy a engañar.
- —Todo ayuda —dijo la subinspectora con una sonrisa que pretendía expresar su simpatía—. ¿Hace mucho que murió su marido?
- —Pronto hará cinco años. ¡Y ahora esto del pobre Víctor…! —se lamentó con un suspiro mientras inclinaba la cabeza.
  - —Debe de haber sido un golpe muy duro para usted.
- —Nos conocíamos desde hacía poco más de un año. No es lo mismo que perder a alguien con quien has vivido toda la vida, claro... Pero morir de esa manera... —dijo sacudiendo la cabeza—. Todavía tengo pesadillas por la noche.
  - —Es normal. Pero usted parece una mujer valiente.

Berta Macià sonrió y negó suavemente con la cabeza. Con un gesto lleno de tristeza, se levantó de la silla y fue a buscar un pañuelo de papel para enjugarse las lágrimas.

—Perdonen. Todavía no lo he superado.

Los dos se habían conocido en el centro cívico en el que ella trabajaba de bibliotecaria y mantenían una relación sentimental desde hacía aproximadamente un año. Víctor Porta era una buena persona y tenía buen carácter, dijo, y, que ella supiera, nunca se había peleado con nadie.

—Era un hombre atento y educado, y los únicos vicios que tenía eran fumar tabaco rubio y tomarse una copita de tequila de vez en cuando. Pero no era bebedor, ¿eh? —aclaró para evitar que aquellos policías se hicieran una idea equivocada—. Solo se servía una copita después de comer o de cenar. Y tampoco fumaba tanto, las cosas como sean.

Según se deducía de sus explicaciones, la vida que hacía Víctor Porta era la de un jubilado sin grandes problemas de salud y con unos pequeños ahorros en el banco que le permitían vivir sin grandes lujos pero también sin muchas privaciones. La relación que mantenía con su hija y su yerno era buena, y prueba de ello era que comía con ellos los domingos y algunos días de fiesta, lo cual, dijo, había sido motivo de alguna que otra discusión, ya que los días que él comía en casa de su hija ella se quedaba sola. Víctor Porta adoraba a su nieto y se entendía bien con su yerno, y, cuando estaba con ella, explicó, era lo bastante caballero como para disimular que todavía echaba de menos a su mujer.

—No se lo podía reprochar —dijo ladeando la cabeza.

Berta Macià les aseguró que solo tenía una ligera idea del contenido del libro que había escrito Víctor Porta porque él nunca se lo había dejado leer. Sabía que al volver a Barcelona se había dedicado a investigar las circunstancias que habían rodeado la muerte de sus padres y que finalmente, hablando con unos y con otros, había descubierto por culpa de quién su padre había acabado en el penal de Burgos y por qué su madre se había suicidado.

- —Sobre todo, le obsesionaba la muerte de su madre. Decía que no podía entender que se hubiera quitado la vida dejando huérfano a un niño de tres años —explicó con tristeza.
  - —¿Le contó lo que había descubierto?
- —Había un hombre que la acosaba —dijo Berta Macià echando el cuerpo hacia delante y bajando un poco la voz—, un amigo del padre de Víctor de toda la vida. Se ve que nunca aceptó que ella lo rechazara.
  - —¿Y qué pasó?
- —Al poco de acabar la guerra, ese hombre denunció al padre de Víctor a los falangistas, que se lo llevaron a Burgos. Al parecer, el pobre murió de tuberculosis a los pocos meses, aunque, según Víctor, nunca lo supieron con certeza.
  - —¿Y la madre? ¿Qué le pasó a ella?
- —Víctor averiguó que el amigo de su padre llegó a amargarle tanto la vida que un día ella no pudo más y se tiró por el balcón, pero no conozco los detalles. A Víctor lo criaron sus tíos, supongo que ya lo saben. —Y añadió—: Fallecieron hace años.
  - —¿Sabe quién era ese hombre? ¿Cómo se llamaba? —preguntó Norma.
- —Ni idea. Víctor nunca quiso decirme su nombre. Decía que era un asunto muy delicado, porque involucraba a otras personas.
  - —¿Otras personas?
- —La familia del hombre que denunció a su padre. Cuando los nacionales entraron en Barcelona, ese hombre corrió a hacerse falangista. Más tarde se casó con una chica de buena familia, y se ve que las cosas no le fueron mal... —Y haciendo esfuerzos por contener las lágrimas, añadió—: Víctor lo contaba todo en el libro, pero no se decidía a llevarlo a una editorial. Cuando le pregunté por qué no lo hacía, me dijo que antes tenía que pedirle consejo a su amigo. Quería que se supiera la verdad, pero decía que no quería perjudicar a ningún inocente.
  - —¿Sabe el nombre de ese amigo? —preguntó Norma.
- —Era ese profesor de historia que asesinaron en la universidad, pero no recuerdo su nombre...
  - —El profesor Francesc Parellada —dijo Norma.
- —Eso es. Él y su mujer vinieron al entierro. —Y añadió, bajando la mirada—: Parecía muy afectado. Como eran amigos desde pequeños…
  - —¿Sabe si llegó a darle una copia del manuscrito?
  - —Se lo envió por correo certificado. Yo misma lo acompañé a Correos.

—¿Y se acuerda de qué día fue? —insistió Norma.

Berta Macià suspiró y entrecerró los ojos, intentando recordar.

—Ese día yo había ido a la peluquería, o sea que debía de ser lunes. Víctor vino a buscarme y tuvo que esperar un rato, porque yo aún no estaba lista. Aquel día había mucha gente…

Norma sacó la agenda del bolso y consultó el calendario.

- —Al señor Porta lo asesinaron el día 15 de octubre, un lunes —dijo Norma frunciendo las cejas.
- —Pues debió de ser el lunes anterior... Sí, fue la semana del 12 de octubre —dijo Berta mirando el calendario—. Me acuerdo porque la fiesta cayó en viernes y hubo tres días festivos. Aquel día Víctor fue a comer a casa de su hija y yo me enfadé un poco.
  - —¿Sabe adónde le envió el sobre? ¿A su casa? ¿A la universidad?
- —A la universidad. Me pidió que le buscara la dirección. —Y, al cabo de unos segundos, como si acabara de caer en la cuenta de que la información podía ser importante, añadió—: Ah, pero Víctor también le envió el manuscrito a otra persona.

Norma y Gabriel se miraron de reojo. Si Berta Macià estaba en lo cierto, eso significaba que había un tercer manuscrito que quizá podrían localizar.

- —¿A quién se lo envió? ¿Recuerda el nombre? —preguntó Norma.
- —¡Ay…! —dijo de repente Berta Macià—. Soy una maleducada. Ni siquiera les he preguntado si quieren tomar algo… ¿Les apetece un café? —dijo haciendo el gesto de levantarse para ir a la cocina.
- —No, no. No se moleste, de verdad. —Norma la sujetó suavemente por el brazo para impedir que se levantara—. Entonces, ¿a quién le envió el segundo paquete? ¿A un editor?
- —No lo creo. De hecho, Víctor no me lo dijo, pero estoy segura de que era alguien que de algún modo estaba relacionado con la tragedia de sus padres.
  - —¿Relacionado de qué modo?
- —No lo sé. Pero dijo algo así como que las cosas, si se hacían, tenían que hacerse bien. En ese momento pensé que quizá había decidido enviar el libro a la familia del hombre que era responsable de la muerte de sus padres, pero solo es una suposición. No se lo pregunté. —Y añadió, como si se tratara de una confesión—: La verdad es que yo estaba un poco dolida. Le había pedido muchas veces que me dejara leer el libro, pero él siempre se negó. Decía que no quería que nadie lo leyera hasta que hubiera tomado una decisión.
  - —¿Qué decisión?
- —Ya se lo he dicho. La de llevar el libro a un editor o tirarlo a la papelera. A veces decía que era una equivocación y que no valía la pena remover el pasado, y otras que los muertos tienen derecho a que se les haga justicia. No acababa de decidirse.
  - —Y cuando lo asesinaron, ¿no se le ocurrió que quizá había alguna relación entre

su muerte y sus investigaciones? —preguntó Norma procurando que la pregunta no sonara a reproche.

—La verdad es que ni se me pasó por la cabeza —reconoció Berta Macià, que hasta ese momento ni siquiera había considerado esa posibilidad—. De hecho, en el barrio todo el mundo pensó que se trataba de un robo que había salido mal. Que había sido un drogadicto o una de esas bandas de Europa del Este que matan por nada... Últimamente han entrado a robar en muchos pisos, ¿sabe? Y como ese policía —se refería al subinspector Carrasco— dijo lo mismo…

Y, como si no se lo acabara de creer, añadió:

- —¿De verdad cree que lo mataron por haber escrito un libro? ¡Pero si todo eso pasó hace muchísimos años y ya nadie se acuerda…!
- —La verdad es que no lo sé —reconoció Norma con sinceridad—. Es lo que tratamos de averiguar.

Al salir del piso de Berta Macià, Norma pidió a Gabriel que regresara a la Facultad de Historia y que intentara localizar el manuscrito de Víctor Porta entre los papeles del catedrático. Ella llamaría a Jordi Parellada y le pediría permiso para echar un vistazo al estudio que su padre tenía en el piso de la Gran Via.

—Quizá se lo llevó a casa —dijo Norma sin mucho convencimiento mientras sacaba el móvil del bolso.

Tuvo suerte, porque en esos momentos Jordi Parellada estaba con su madre y no tuvo inconveniente en que la subinspectora efectuara un registro prescindiendo del mandamiento judicial.

—Mi padre era un hombre bastante ordenado —dijo Jordi Parellada abriendo la puerta del despacho—. Si está aquí, no creo que le cueste encontrarlo.

El catedrático era un historiador minucioso, y en aquel gabinete de estudioso convivían los viejos métodos decimonónicos de fichas amarillentas escritas a mano junto a un moderno ordenador. Norma estuvo una hora entera abriendo cajones y revolviendo papeles, hasta que decidió darse por vencida y llamó a Gabriel.

—Pues aquí tampoco está —dijo Gabriel con voz cansada—. O se perdió en Correos o se lo ha llevado alguien.

Norma miró el reloj y se dio cuenta de que eran casi las ocho. Como quería pasar por el colmado antes de volver a casa, decidió tomar un taxi para no arriesgarse a encontrar la tienda cerrada. Salió del establecimiento cargada de bolsas, y, cuando por fin llegó al piso, descubrió que su marido ya estaba en casa. Él y Violeta se habían encerrado en el estudio de Octavi, y en esos momentos hablaban del precario estado del mundo sin entrar en el delicado tema de la detención de Violeta y su supuesta participación en actos vandálicos. Norma los saludó sin atravesar el umbral y les dijo que iba a ducharse y a cambiarse de ropa. Era verdad que necesitaba una ducha, porque el olor a ajo de la escalera de Berta Macià se le había pegado a la ropa y el pelo, pero, sobre todo, no quería importunarlos. Tratándose de Violeta, Octavi tenía más mano izquierda, de manera que ajustó discretamente la puerta y se metió en el baño.

Octavi había decidido morderse la lengua y no hacerle ningún reproche a su hija, consciente de que en aquellos momentos ninguna reflexión sensata podría competir con el fraternal ambiente de camaradería política, sexo y diversión que, según intuía, rodeaba la vida de la joven en el barrio de Gracia. Una vida llena de emociones y estrecheces compartidas, de litronas, porros, bocadillos resecos de atún, pulgas y piojos, y en la cual sospechaba Octavi también había algún príncipe azul adornado con *piercings* y rastas que le alteraba las hormonas y era responsable de la chispa de felicidad que veía en sus ojos. Octavi era lo bastante sutil para darse cuenta de que

enfrentarse abiertamente a su hija no serviría de nada, de manera que había decidido tomárselo con filosofía y recurrir a lo que mejor le funcionaba con Violeta desde que era pequeña: la paciencia y la complicidad intelectual.

Desde que Violeta se había unido al movimiento okupa, sus padres seguían las actividades de los grupos alternativos de Gracia a través de Internet. En el fondo, ninguno de los dos podía evitar sentir cierta simpatía por aquellos jóvenes desencantados de la política que se declaraban anarquistas y se dedicaban a denunciar la especulación inmobiliaria ocupando casas abandonadas en lugar de pasarse el día en el gimnasio y la discoteca intentando imitar el *glamour* de pacotilla de los jóvenes apolíticos de las series estadounidenses. Incluso aquellos perros llenos de pulgas que siempre los acompañaban a todas partes les conferían un punto de ternura que contrastaba con la agresiva estética de crestas, hebillas y botas militares que exhibían sus correligionarios más atrevidos, pensaba Octavi, y, a pesar del ruido de sus fiestas y sus actitudes goliardescas y a menudo incívicas, no se podía negar que existía un espíritu de rebelión romántica bastante auténtico en esos jóvenes que habían tomado el testigo de la bohemia menos romántica y más combativa y que se esforzaban por vivir de acuerdo con sus ideales. Norma y Octavi no podían evitar sentir un punto de orgullo inconfesable por su hija y sus ideales altruistas y rebeldes, pero, conscientes de que las aventuras románticas y los proyectos alternativos a menudo acababan mal, confiaban en que Violeta recuperara la sensatez y que su pequeña aventura de militante antisistema terminara pronto.

La relación que Violeta mantenía con su padre biológico, aunque buena, era muy diferente. De hecho, vista desde fuera, se parecía más a la que podían tener un tío y una sobrina mimada que a la de un padre y una hija. Violeta quería a Guillem y estaba encantada de poder presumir de progenitor gay delante de sus amigos alternativos, pero, ya desde pequeña, era a Octavi a quien consideraba su verdadero padre. A Violeta nunca le habían ocultado que Octavi era, en realidad, su tío y que Guillem era homosexual, y, cuando este regresó de San Francisco y les dijo que quería volver a formar parte de sus vidas, la naturalidad con la que todo el mundo recibió su anuncio contribuyó a que Violeta nunca viviera de manera traumática aquel embrollo familiar. Violeta tenía un año y medio cuando Norma y Octavi se enamoraron, tres cuando se casaron y cinco cuando vio a Guillem por primera vez.

Norma y Octavi se conocieron cuando ella tenía dieciséis años y él veintiséis. Era el primer día que Norma ponía los pies en casa de su novio, y Octavi, que en aquella época preparaba oposiciones a forense y tenía desplegados todos sus libros de medicina sobre la mesa del comedor, ni siquiera levantó la vista cuando su hermano pequeño le presentó a una amiga del instituto y le dijo que se iban a la habitación a estudiar. Esa tarde los padres de Guillem no estaban, y Norma a duras penas vio a Octavi de espaldas y a contraluz antes de dirigirse al dormitorio de Guillem. Octavi, absorto en un mar de papeles que de vez en cuando volaban porque hacía calor y la ventana estaba abierta, tampoco se fijó en Norma, que en esa época llevaba el cabello

hasta la cintura y se pintaba las uñas de rojo oscuro. Más adelante, cuando Guillem se le declaró y los dos empezaron a salir, Norma y Octavi volvieron a coincidir alguna vez, pero ni a Octavi le interesaba la novia jovencita de su hermano ni Norma parecía sentir especial curiosidad por aquel médico de expresión seria que se pasaba el día entre libros y que apenas le prestaba atención. Como a Guillem le incomodaba hablar de la macabra profesión escogida por su hermano, se había limitado a contarle a Norma que Octavi preparaba oposiciones para obtener una plaza en un hospital.

En aquella época, Octavi vivía con sus padres pero no aparecía mucho por casa, y Guillem prefería quedarse en el piso de Norma para ahorrarse los interrogatorios inquisitoriales y las indirectas de su madre. A diferencia de Isabel, que siempre se entrometía, Mimí los dejaba tranquilos y no se dedicaba a entrar en el dormitorio cada dos por tres para ver qué hacían. Cuando Guillem se quedaba a dormir en casa de Norma, a la mañana siguiente no había preguntas ni reproches. Las actitudes relajadas de la familia de Norma, tan diferentes de las de sus padres, hacían que Guillem se sintiera cómodo en aquella casa donde todo el mundo iba a la suya y donde le brindaban una hospitalidad cálida pero respetuosa. En contraste con el férreo control que se respiraba en su casa, el ambiente familiar de los Forester suponía para Guillem una liberación.

El piso de alquiler donde vivían los padres de Guillem, en Hospitalet, era minúsculo en comparación con la casa donde vivía Norma, aunque disponía de tres dormitorios que evitaban que los dos hermanos tuvieran que compartir habitación. Maurici, el padre de Guillem, trabajaba como encargado en una ferretería, la misma en la que había entrado a trabajar a los catorce años, mientras que Isabel, que al casarse había dejado su trabajo de secretaria, era la que se ocupaba de la casa. De hecho, cuando Norma conoció a Guillem, ni él ni su hermano sabían hacerse la cama o freír un huevo, y una de las cosas que más sorprendió a Guillem fue descubrir que el padrastro de Norma ayudaba en las tareas domésticas a pesar de que en la casa había servicio. La mayoría de los amigos de Guillem tenían familias que se parecían a la suya: familias que a menudo tenían problemas para llegar a fin de mes o para pagar las letras del televisor o del coche, con hermanos pequeños condenados a heredar la ropa descolorida y los juguetes rotos de sus hermanos mayores; familias con padres que trabajaban de sol a sol y madres que se limitaban a quedarse en casa o que contribuían a la economía familiar trabajando de señoras de la limpieza por horas para redondear el sueldo del marido y que a menudo tenían que ocuparse también de los abuelos enfermos; familias que vivían amontonadas en pisos y escaleras que al mediodía olían a potajes de lentejas y garbanzos y, por la noche, a tortilla de patatas y a sardinas. Aquellos pisos modestos, con muebles baratos que se remontaban a la época en que los padres se habían casado y que nunca se cambiaban porque para cambiar los muebles o el empapelado de flores de las paredes había que esperar a que tocara la lotería, eran muy diferentes del piso señorial que la familia de Norma ocupaba en el Eixample.

En aquel entonces Norma vivía en la calle Valencia, junto a la Rambla de Catalunya, y desde el primer momento Guillem se sintió impresionado por las dimensiones de aquel piso con fachadas delantera y trasera desde el cual, en los días claros, se veía el mar. La ventana del dormitorio de Guillem daba a un patio interior oscuro que en el verano no se podía abrir porque se llenaba de mosquitos, mientras que la habitación de Norma daba a un patio del Eixample en el que desde primera hora de la tarde entraba el sol. El padrastro de Norma tenía una biblioteca que olía a libros y madera vieja y Guillem solía inventarse excusas y se encerraba en ella para estar a solas consigo mismo y disfrutar de un silencio elocuente y antiguo hasta entonces desconocido para él.

Guillem y Robert llegaron a casa de Norma un poco antes de las nueve, sonrientes, cansados del viaje y con una botella de cava en la mano. Antes de sentarse a la mesa, mientras un Robert atónito examinaba de cerca el jarrón Ming del recibidor y descubría que era auténtico, Guillem fue en busca de Violeta y mantuvo con ella una breve conversación a puerta cerrada. Mimí y Senta no sabían nada del paso de Violeta por los calabozos de Les Corts, y, como no querían alarmarlas, durante la cena nadie sacó el tema. Robert, que estaba avezado en el arte de la conversación social y sabía que con aquel secreto planeando sobre la mesa los silencios resultaban incómodos, se decidió a contar algunas anécdotas relacionadas con su profesión bajo la atenta mirada de Mimí, que empezaba a tener la mosca detrás de la oreja. A pesar del buen humor que parecía reinar en el comedor, Mimí sospechaba que su familia le ocultaba algo. Pero ¿qué? ¿Una enfermedad? ¿Un problema económico? Quizá Violeta se había quedado embarazada, como le había pasado a Norma cuando tenía su edad, y no sabían cómo decírselo. A Mimí no se le había escapado que, desde su vuelta a casa, Violeta tenía el semblante abatido y parecía haberse olvidado de sus actitudes reivindicativas. Algo no cuadraba. Finalmente, no pudo más y saltó.

—Muy bien. ¿Me diréis de una vez qué celebramos? —Les soltó dispuesta a sonsacarles la verdad—. ¿O es que pensáis que me chupo el dedo?

Las palabras de Mimí pillaron a todos por sorpresa y, durante unos segundos, unos y otros tragaron saliva e intercambiaron miradas de desconcierto. Guillem fue el primero en reaccionar.

—¡Caramba, Mimí, no te se escapa una! —dijo con una amplia sonrisa—. La verdad es que queríamos esperar a los postres para daros la noticia, pero ya que insistes...

Ante la mirada atónita de los presentes, Guillem se puso de pie y elevó ceremoniosamente su copa de vino.

—Familia, Robert y yo hemos decidido pasar por el altar. ¡Nos casamos! —dijo acompañando el anuncio con un gesto teatral.

Como el resto de la familia, Robert se quedó mirando a su novio con la boca abierta. Antes de que nadie tuviera tiempo de decir nada, la bisabuela Senta inclinó el cuerpo hacia delante y preguntó:

- —¿Quién decís que se casa? —Senta no oía muy bien y no lo había acabado de entender.
- —Guillem y Robert, mamá. ¡Se nos casan! —dijo Mimí con una gran sonrisa y alzando la voz. Y, visiblemente aliviada, añadió—: O sea que era eso... Jolín, me habíais dado un buen susto, porque creía que pasaba algo... ¡Enhorabuena, chicos! ¡Y que lo disfrutéis muchos años!

- —¡Felicidades! —Murmuraron Norma y Octavi, aún desconcertados.
- —*Congratulations*, papi —dijo Violeta con sarcasmo.

En realidad, Robert le había insinuado alguna vez a Guillem la posibilidad de pasar por el juzgado, pero, en las ocasiones en que había sacado el tema, Guillem había optado por escurrir el bulto. Ahora, después de aquel anuncio hecho a bombo y platillo, Robert no sabía qué pensar. Por una parte, estaba contento porque suponía que después de esa declaración oficial a Guillem le resultaría difícil desdecirse, pero, por otra, se sentía decepcionado. Siempre había fantaseado con una velada íntima con velas y petición de mano en toda regla, y Guillem acababa de hacer trizas ese sueño.

—Esto sí que no te lo esperabas, ¿eh? —le susurró Guillem al oído.

A partir de ese momento, el tema de la boda —del cómo, del cuándo, del quién y del dónde— centró la conversación. Al principio, Robert se limitó a escucharlos en silencio, asintiendo intermitentemente con cara de circunstancias, hasta que finalmente, antes de que aquella extraña familia no solo le organizara el convite sino también el viaje de novios, decidió hacer un intento desesperado por cambiar de tema y volvió a preguntar a Norma por el caso que estaba investigando. Al darse cuenta de que se trataba de una maniobra de distracción de Robert, Norma no se atrevió a cerrarse en banda y les hizo un resumen.

- —Pero si no pillamos al culpable, no creo que lleguemos a leer nunca el manuscrito —concluyó.
  - —¡Qué lástima! —dijo Robert, que parecía sentir una curiosidad sincera.
- —Bah, seguro que en algún lugar tiene que haber una copia —dijo Guillem—. Dices que le robaron el ordenador, ¿no? A lo mejor antes de que se lo robaran se la envió él mismo por *e-mail*.
  - —¿Por qué? —preguntó Mimí, perpleja—. La verdad, no lo entiendo.
- —Bueno, yo lo hago con algunos documentos que no quiero perder —explicó Guillem—. Es como tener una copia de seguridad.
- —Tener documentos importantes colgados en la red no es un método demasiado seguro, cariño —le regañó Robert—. Espero que no hayas colgado nada que sea verdaderamente importante.
- —De todos modos, no sabemos si tenía *e-mail* —dijo Norma con un suspiro—. Supongo que podríamos averiguarlo.
- —¿Y si rastreáis las tarjetas de crédito? —propuso Violeta—. Si tenía una cuenta de correo, seguro que las tarjetas os acabarán llevando hasta ella.

Norma y Octavi se quedaron mirando a su hija como si acabaran de ver a una extraterrestre.

- —¿Qué? A veces yo también veo series de polis por la tele, ¿eh? —se justificó Violeta.
- —En realidad, supongo que podría hablar con los chicos del departamento de informática —dijo Norma pensando en voz alta—, aunque ahora mismo hay varios casos de corrupción que los mantienen colapsados…

Mimí, que desde hacía rato estaba pensativa, dijo finalmente:

—Si es algo de ordenadores, tendrías que hablar con la tía Margarida, hija. Seguro que ella te lo puede solucionar.

En la mesa, todas las caras se volvían hacia ella y se la quedaban mirando sin entender adonde quería ir a parar.

- —¿Con la tía? —exclamó Norma, sorprendida.
- —Me parece que he hablado demasiado.
- —¿Qué quieres decir?
- —Ella hace cosas —dijo Mimí con voz misteriosa. Y, entrecerrando los ojos, añadió—: Claro que algunas no son muy legales…

Norma revisó mentalmente las copas de vino que esa noche se había tomado su madre, miró a Octavi y sacudió la cabeza. Robert, que después de todo lo que había pasado se sentía como de la familia, cogió la botella con un suspiro y decidió llenarse la copa.

- —¿Qué cosas hace la tía, abuela? —preguntó Violeta con curiosidad.
- —No os lo puedo contar.
- —¿Se puede saber qué estás diciendo? —la riñó Norma—. Vamos, mamá, me parece que hoy te has pasado con el rioja.
- —No te lo puedo explicar porque tú eres policía —dijo Mimí levantando la barbilla—. Pero si quisieras, la tía podría echarte una mano.

Norma no tenía ni idea de a qué se refería su madre y, con la mirada, pidió a Robert que le sirviera más vino. No tenía ninguna duda de que la tía Margarida era una mujer extraña y, por si acaso, decidió no preguntar. No obstante, Mimí ya había tomado una decisión. Antes de que Norma pudiera añadir nada, se levantó de la mesa y salió del comedor.

—Mamá, ¿adónde vas?

Mimí se limitó a dedicarle una sonrisa a su hija y volvió al cabo de unos segundos con el móvil en la mano. Se sentó de nuevo y marcó un número.

- -¿Marga? Hola, reina, soy Mimí. ¿Es un buen momento para hablar?
- —¡Pero qué...! —Norma puso cara de incredulidad.

La monja debió de decirle que era buen momento, porque Mimí continuó.

- —Escucha. Norma tiene un problema con un ordenador. ¿Tú no le podrías echar una mano?
- —¡Mamá! —exclamó Norma sin comprender qué se proponía su madre—. ¿Pero qué demonios…?
- —Nena, ¿cómo has dicho que se llamaba el propietario del ordenador? —le preguntó Mimí sin inmutarse.
  - —¡Ni hablar! ¡No sé dónde quieres ir a parar, pero no te lo pienso decir!
  - —Me parece que ha dicho que se llamaba Víctor Porta —dijo Guillem, divertido.
- —Sí, abuela —corroboró Violeta—. Dile a la tía que se llamaba Víctor Porta. Que necesita su dirección de *e-mail*.

- —¡Mamá, haz el favor de colgar!
- —Escucha, Marga, tendrías que averiguar si un tal Víctor Porta tiene una de esas direcciones de *e-mail* que usáis... Y la contraseña, claro. Él está muerto, y se ve que le han robado el ordenador. —Y añadió, con voz de sabueso profesional—: Norma quiere saber si antes de morir se envió una cosa a su propia dirección.
  - —Un documento —la corrigió Violeta.
  - —Un documento —repitió Mimí.
- —¡Yo no quiero nada! —protestó Norma—. ¡Haz el favor de darme el teléfono! —dijo mientras se levantaba de la silla e intentaba quitárselo.
- —¡Callaos, que no oigo nada! —dijo Mimí alzando la voz—. ¿Qué dices, que necesitas qué? Espera, ahora te paso a la nena. Ella te lo explicará mejor.

Mimí le acercó el teléfono a Norma, que se lo arrebató con brusquedad, hecha una furia.

—Escucha, tía, esto no tiene pies ni cabeza... No, escúchame tú: esto no es ningún juego. Y te prohíbo...

Pero antes de que Norma pudiera terminar la frase, la hermana Margarida ya había colgado.

La inesperada llamada del inspector Roca pilló al subinspector Agustín Carrasco en la cama, durmiendo la resaca correspondiente a la trompa de rigor que, cuando no estaba de servicio, agarraba los viernes por la noche. Apenas eran las ocho de la mañana, pero como se había ido a la cama a las cinco y en teoría libraba, al oír el teléfono soltó una palabrota, se tapó la cabeza con la almohada y se dio media vuelta. Al cabo de un par de minutos, la musiquita del teléfono lo volvió a despertar, y así hasta tres veces. Harto de oírla, decidió levantarse y apagar el móvil para seguir durmiendo, pero al ver el nombre que aparecía en la pantalla cambió de idea.

Durante unos segundos, permaneció sentado en la cama en calzoncillos con el móvil sonándole en la mano. Finalmente decidió contestar, de mal humor y con voz pastosa, y en el acto se arrepintió porque la llamada lo obligó a vestirse a toda prisa y a duras penas tuvo tiempo de bajar al bar de la esquina para beberse un carajillo y zamparse un analgésico. Se había producido un homicidio en Badalona que parecía un asunto de drogas, le dijo el inspector Roca, y quería que fuera enseguida con la cabo Rojas a echar un vistazo. La cabo apenas tardó diez minutos en aparecer por el bar, maquillada, vestida de uniforme y con el pelo todavía húmedo. Al verla entrar por la puerta, el subinspector se limitó a mirarla de forma despectiva y a saludarla con un gruñido.

—¡Ni se te ocurra poner la sirena! —le dijo al subir al coche.

Como tenía resaca, el subinspector se instaló en el asiento del acompañante y la dejó conducir. A pesar de que la mañana era fría, su compañera tuvo que abrir la ventanilla para evitar marearse: el subinspector no se había duchado y su aliento apestaba a hígado en descomposición. El subinspector no tardó en ponerse a roncar, y cuando llegaron a Badalona, la cabo tuvo que despertarlo a gritos y recordarle dónde estaban y cuál era su misión.

El cadáver se encontraba medio escondido entre los muros en ruinas de una de las fábricas abandonadas que aún quedaban junto a la vía del tren. Hacía aproximadamente un par de horas que un grupo de jóvenes que se disponía a rematar la noche en el descampado se había topado con el cuerpo y había llamado a la policía.

Cuando llegó el subinspector Carrasco, los hombres del inspector Permanyer ya habían vaciado los bolsillos del muerto y comprobado que no llevaba la cartera. No obstante, no le habían robado el móvil, que estaba encendido y con la batería cargada. El subinspector miró el aparato con escepticismo y soltó algunas de sus habituales palabrotas.

El cadáver estaba boca arriba, pero todo indicaba que antes de la llegada de la policía lo habían movido un poco, quizá para darle la vuelta. La víctima era un hombre más bien bajito, con aspecto de no hacer mucho deporte, y tenía dos impactos

de bala en el tórax, la cara destrozada y el cerebro esparcido a grumos por los alrededores.

A primera vista resultaba difícil calcularle la edad, de modo que el subinspector se agachó para examinarle el dorso de las manos. La víctima debía de tener entre cuarenta y cincuenta años, concluyó. Todavía no olía. Según el forense llevaba aproximadamente doce horas muerto.

- —Debió de palmarla a eso de las nueve de la noche —murmuró el inspector.
- —Más o menos —dijo el forense mientras se quitaba los guantes—. Supongo que le dispararon en el momento en que pasaba el tren, para amortiguar el ruido de los disparos. No creo que usaran silenciador.

El muerto iba vestido con unos pantalones de tergal de color crema que no parecían nuevos, una camisa azul celeste, también de tergal, y una cazadora de tela que definitivamente había conocido tiempos mejores. Los pies, ridículamente pequeños, estaban enfundados en unos mocasines negros que no eran de piel y en unos calcetines de color claro. Además del teléfono, los agentes le habían encontrado encima un par de papelinas de cocaína, de una calidad aceptable, dijeron, pero no de la mejor que en aquellos momentos circulaba por el mercado. De mala gana, el subinspector volvió a agacharse para examinar de cerca el cuerpo, pero resbaló y estuvo a punto de darse de bruces con el cadáver. La cabo Rojas soltó un grito y, tras llevarse una mano a la boca, salió corriendo en dirección a unos arbustos y empezó a vomitar.

Los agentes ayudaron al subinspector Carrasco a incorporarse sin escatimarle las consabidas bromas a su compañera. Cuando el subinspector dejó de tambalearse, uno de ellos le mostró una bolsa de plástico transparente que contenía la pistola que habían hallado cerca del cuerpo. Se trataba de una Glock 17, un arma corriente entre los delincuentes cuyo precio en el mercado negro oscilaba entre los mil y los mil quinientos euros. La Glock era una pistola fácil de manejar y de adquirir, y naturalmente habían borrado el número de serie.

- —Mierda... —se limitó a exclamar el subinspector.
- —Vamos, no te quejes, que esta vez te lo han puesto fácil, ¿eh, Carrasco? —dijo con una sonrisa burlona uno de los hombres de la brigada científica que recogía muestras del suelo.
  - —Tú limítate a llenar bolsitas, Sherlock, que no tienes ni puta idea.
- —Seguro que se trata de un camello que se la ha querido jugar a su proveedor insistió el agente—. O de un cliente que debía demasiado dinero.
- —Que no tienes ni puta idea, te digo. —Y, sacudiendo la cabeza, añadió con tono despectivo—: Tíos, a vosotros esto de leer tanto os vuelve tontos. Mucha universidad y mucha maquinita —el subinspector se refería a los sofisticados aparatos y programas de ordenador que utilizaban los hombres de la brigada científica—, pero a la hora de la verdad tengo que ser yo el que os saque las castañas del fuego. —Y, con el mismo tono malhumorado, añadió—: ¡Y pensar que para esto me habéis sacado de

#### la cama...!

Sin dejar de proferir improperios, el subinspector sacó el móvil del bolsillo y golpeó las teclas para marcar el número del inspector Roca.

- —¿Jefe? —dijo mientras los sanitarios metían el cuerpo en la ambulancia—. No sé de qué coño va todo esto, pero te equivocas. No es un tema de drogas. ¡Y ni de coña lo ha hecho un profesional…! ¡Esto es una chapuza!
- —¿Estás seguro, Agustí? Me han dicho que le han encontrado cocaína encima...
  —Y en un tono conciliador, recordando que era sábado y que el subinspector debía de tener resaca, añadió—: Ya sé que hoy tienes fiesta, pero tú eres el especialista en temas de drogas y los de la científica dicen que la víctima podría ser un camello.
  - —Los de la científica no tienen ni puta idea.
  - —Agustí, no empieces.
- —Ven a verlo tú mismo, si no me crees —dijo el subinspector rascándose el interior de la oreja con el meñique—. Yo me las piro. Que se ocupe otro.
- —Hoy están de guardia Sentís y Teixidor. Y si al final resulta que es un asunto de drogas… —El inspector no concluyó la frase—. Ya sabes que todavía están un poco verdes.
- —¡Que te digo que no es un tema de drogas, coño! —bramó el subinspector a punto de comerse el teléfono—. Mira, jefe, el tío o los tíos que lo han hecho se han llevado la cartera y le han destrozado la cara al fulano, supongo que para complicar la identificación, pero los muy burros se han olvidado de llevarse el móvil, que está encendido, tiene batería y funciona perfectamente. Además, le han dejado encima un par de papelinas de coca. ¿De verdad crees que los traficantes son tan gilipollas? ¡Esto lo ha hecho un aficionado!
  - —Sí, pero…
- —Bernat, no me toques las narices, que es sábado y me quiero ir a dormir. Ya tienes mi opinión, que es lo que querías. Te lo repito alto y claro: esto no es un tema de drogas. ¿Me copias? O sea que llama a Sentís y Teixidor y que se ocupen ellos. ¡Y, si están verdes, que maduren! ¡Yo me vuelvo a la cama!

Y, hecho un basilisco, apagó el teléfono, entró en el coche y se puso a roncar.

# Capítulo 27

Las cinco balas que el lunes por la mañana Octavi extrajo del cadáver pertenecían a la Glock 17 que los hombres del inspector Permanyer habían encontrado al lado del cuerpo. Las únicas huellas que presentaba la pistola eran las de la propia víctima, pero los análisis determinaron que el hombre no había disparado ningún arma porque en sus manos no se apreciaban restos de pólvora. Como había vaticinado el subinspector Carrasco, el teléfono encontrado en el bolsillo facilitó la identificación y, por la noche, los subinspectores Sentís y Teixidor ya sabían que el difunto se llamaba Antoni Falgueres, que era vecino del barrio de Sant Antoni y abogado de profesión.

A la mañana siguiente, a primera hora, los hombres de la brigada científica registraron su domicilio en la calle Joaquim Costa mientras el subinspector interrogaba a Mary en comisaría. En el piso no encontraron gran cosa, excepto suciedad y miseria, pero durante el registro al inspector Permanyer le llamaron la atención los folletos de una agencia de viajes con destino a países tropicales y un paquete chapuceramente envuelto en papel de regalo que contenía un macuto de pana, de diseño juvenil, que parecía bastante nuevo.

- —¿Y esto? ¿A quién coño pensaba regalárselo? —dijo el inspector examinando con curiosidad el macuto y asegurándose de que estaba vacío.
- —No parece del estilo de su novia, ¿verdad, jefe? —dijo riendo uno de sus hombres mientras seleccionaba muestras y las metía en una bolsita de plástico—. ¿Has visto la colección de tangas guarros que tiene en el tendedero?
- —El caso es que este macuto me suena... —dijo el inspector contemplándolo de nuevo e intentando hacer memoria.

Quien enseguida reconoció el bolso fue el dibujante que había hecho el retrato robot del sospechoso del caso Parellada, y Norma se apresuró a pedirle a Gabriel que citara a las dos estudiantes en la comisaría para identificarlo. Las jóvenes examinaron el macuto y no tuvieron ninguna duda: era el mismo que llevaba el desconocido que se negó a darles fuego y las empujó en la entrada de la facultad antes de salir corriendo.

—¿Ve como no nos habíamos inventado nada? —Le soltó a Norma la muchacha de la melena rubia con una sonrisa burlona en el momento de irse.

Aquel macuto establecía una relación que no podía ser casual entre Antoni Falgueres y el catedrático asesinado, y Norma tuvo una corazonada y pidió al inspector Permanyer que comparara los cabellos del abogado con los que habían encontrado en los escenarios de los casos Porta y Parellada. Por su parte, el subinspector Carrasco se había ofrecido a echar una mano averiguando la procedencia de la Glock, encantado de ser útil en un caso que lo obligaba a pasearse

por los bajos fondos y a reencontrarse con viejos conocidos. Aunque a la pistola le habían borrado el número de serie, el subinspector solo necesitó un par de días para saber que Antoni Falgueres la había comprado a un matón de la Barceloneta que le había cobrado dos mil euros por ella.

- —Ese Falgueres no era un extraño para los manguis del barrio —explicó el subinspector sacando un paquete de tabaco negro del bolsillo y colocándose un cigarrillo en los labios.
  - —Agustí, aquí no se puede fumar.
- —Me han asegurado —prosiguió el subinspector encendiendo el cigarrillo— que era la primera vez que el tipo compraba una pistola. Le dijo al vendedor que él no entendía de pipas y que le estaba haciendo un favor a un amigo.
- —¡Fíate tú de esos colgados…! —El subinspector Teixidor, que se había unido a la reunión porque oficialmente llevaba el caso, sacudió la cabeza con escepticismo.
- —Me apuesto lo que quieras a que es verdad —tronó el subinspector, ofendido por aquel comentario que ponía en duda su proverbial solvencia en los bajos fondos —. Ya sabes que a mí los chorizos no me la pegan. Saben muy bien con quién se la juegan.
- —Siempre hay una primera vez, Agustín —intervino el inspector Roca en tono conciliador.

El subinspector Carrasco se limitó a dedicarles una sonrisa burlona y una mirada cargada de desprecio.

- —El tío iba de coca y a menudo tenía problemas para pagar a los camellos, pero no era un matón de los que se dedican a dar palizas ni un sicario —dijo—. En el barrio creen que trabajaba para algún pez gordo.
  - —¿Traficaba?
- —A veces, pero solo como favor, cuando debía pasta. La puta con la que vivía también está enganchada. —Y añadió, sin poder evitar que se le escapara una sonrisa lasciva—: Una tía fea como un demonio pero con unas buenas tetas.
- —Es decir, que el tipo no era precisamente un angelito —dijo el inspector Roca soltando un suspiro.
- —Si se lo cargaron es porque debió de meterse en algún lío. Pero el que le dio el pasaporte —sentenció el subinspector lanzando la colilla por la ventana— es un aficionado. De eso estoy seguro.

\* \* \*

Los análisis de ADN confirmaron que los cabellos encontrados en los escenarios de los casos Porta y Parellada eran de Antoni Falgueres, y el inspector Roca se apresuró a convocar a Norma y Gabriel a su despacho para acordar una estrategia. Todo apuntaba a que Antoni Falgueres era el autor de los homicidios, pero las pruebas eran circunstanciales y la investigación todavía no había podido establecer

ningún móvil.

- —Mañana por la mañana, Gabriel y yo volveremos al piso de Antoni Falgueres y haremos un nuevo registro —anunció Norma. Y, mirando el reloj, añadió con un suspiro—: Si quieres, voy a buscar el expediente y repasamos nuestras notas…
- —Son casi las ocho —contestó el inspector con una mueca que pretendía indicar que estaba agotado—. ¿Qué os parece si salimos y lo hablamos delante de un gintonic? Hace más de doce horas que estoy encerrado aquí dentro. Necesito un poco de aire fresco.
- —Un gintonic no me vendría mal... —concedió Norma—. ¿Vamos a la Casa Fuster?
  - —¿La Casa Fuster? Joder, Norma, mira que eres finolis... —protestó el inspector.
  - —Hombre, se está tranquilo.
  - —Pero no se puede fumar —replicó el inspector.
- —Y te recuerdo que las copas valen un huevo… —añadió Gabriel, escarmentado con los gustos caros de Norma.
- —Tranquilos, invito yo —Norma suspiró y se levantó de la silla—. Pero solo porque no tengo ganas de llegar a casa con la ropa apestando a fritanga de bar, ¿vale?

Desde que lo habían transformado en un hotel de lujo, el vestíbulo de diseño de la Casa Fuster se había convertido en un bar de moda, un lugar ideal en el que citarse para hacer negocios o mantener una conversación tranquila sin tener que soportar de fondo una música ensordecedora. Lo frecuentaban amigas que se hacían confidencias ante una taza de té, ejecutivos estresados que celebraban sus éxitos o se consolaban de sus fracasos con un *whisky* de marca y editores que no leían y contrataban libros regateando con agentes literarias que bebían agua mineral. A aquellas horas había bastante gente, y Norma propuso una mesita situada junto a una ventana y un poco apartada del resto. Ella y el inspector Roca pidieron dos gintonics de Bombay Sapphire, y Gabriel, que no era muy aficionado a las bebidas destiladas, se decantó por la cerveza.

- —Ya sabemos qué tenían en común el catedrático y el jubilado del Poble Sec dijo Norma después de saborear el primer trago—. Eran amigos desde pequeños, se habían criado en el mismo barrio y a los dos les interesaba la guerra civil. Lo que no entiendo es qué narices pinta en toda esta historia un abogado cocainómano que no tenía un duro y que vivía con una puta.
  - —Mujer, es el asesino —dijo Gabriel como si fuera obvio—. Los mató él.
- —Sí, pero ¿por qué? ¿Para robarles el manuscrito? Por ahora, las memorias que escribió Víctor Porta siguen sin aparecer.
  - —Todavía no está claro que sean el móvil de los homicidios —le recordó Gabriel.
- —Las pruebas que tenemos son muy débiles —intervino el inspector dando un buen trago a su gintonic y arrellanándose en la butaca—. El hecho de haber encontrado cabellos que coinciden en los dos escenarios no demuestra que él los matara. Y, por ahora, esos cabellos son lo único que podemos llevarle al juez.

- —¡Pero si está más claro que el agua que se los cargó él! —protestó Gabriel sin comprender adonde quería llegar el inspector.
- —Lo que quiere decir Bernat —Norma cruzó las piernas y giró un poco el cuerpo en dirección a Gabriel— es que ningún juez encausaría a Antoni Falgueres con unas pruebas tan débiles, sobre todo ahora que está muerto. De todos modos, desde el punto de vista de la investigación creo que podemos trabajar con la hipótesis de que él es el autor de los dos homicidios.
- —Los mataría por dinero —aventuró Gabriel, encogiéndose de hombros—. Porque ¿de dónde pensaba sacar si no la pasta para irse de vacaciones al Caribe? No olvidéis que tenía la mesita de noche llena de folletos publicitarios…
- —Gabriel tiene razón —dijo el inspector—. No hemos encontrado ninguna conexión entre él y las víctimas, y eso quiere decir que o bien era un psicópata, cosa que dudo, o bien que los mató por encargo de alguien.
- —Según Carrasco, Antoni Falgueres no era un sicario, y yo tampoco creo que fuera un majara. Estoy segura de que tenía un móvil.
- —A lo mejor lo contrataron para hacer de intermediario y decidió hacer él mismo el trabajo —sugirió el inspector apurando la bebida que quedaba en el vaso—. Puede que estuviera harto de tener que conformarse con las migajas y pensó que podía hacer el negocio de su vida.
  - —Es una posibilidad. Tendremos que averiguar para quién trabajaba.
- —No será fácil —dijo el inspector haciendo una seña al camarero para que se acercara—. Permanyer dijo que no encontró nada, ni en su casa ni en su despacho.
- —Pero de algún sitio sacaba el dinero. Por fuerza alguien tiene que saber algo contestó Norma.
- —Será mejor que volváis a interrogar a la mujer que vivía con él —propuso el inspector—. Mañana por la mañana haré que la traigan a comisaría.

Norma y el inspector Roca pidieron otra ronda de gintonics y Gabriel continuó con la cerveza. Mientras esperaban que les trajeran las bebidas, Norma y el inspector anunciaron que salían un momento a la calle.

- —La próxima vez, vamos a un bar donde se pueda fumar —protestó el inspector encendiendo un cigarrillo.
- —Fumar en los bares tiene los días contados —contestó Norma—. Será mejor que nos vayamos acostumbrando.
- —Pero ¿tú no lo habías dejado? —dijo con cara de sorpresa al ver que Norma sacaba un paquete de su bolso.
- —Oficialmente soy exfumadora. O sea que ni una palabra a Octavi, ¿eh? —Y añadió para justificarse—: Solo fumo uno de vez en cuando.
- —Tranquila —dijo el inspector encogiéndose de hombros y con una sonrisa de complicidad—. Te guardaré el secreto.

En la calle, delante de la entrada del hotel, había otras personas que también habían salido a fumar, la mayoría mujeres. Algunas aprovechaban para hablar por

teléfono o simplemente consumían su cigarrillo con aire ausente. El cenicero situado junto a la puerta estaba lleno de colillas, y Norma se acercó para apagar la suya.

- —Hablemos de otra cosa —dijo—. Quiero que me asignes a la cabo Rojas.
- —¿Quieres trabajar con Laura? —El inspector sacudió la cabeza y suspiró—. Carrasco pillará un buen cabreo si se la quito.
- —Ya se le pasará —dijo Norma sin inmutarse—. Ahora mismo tengo tres muertos sobre la mesa, y te recuerdo que no será a mí a quien le buscarán las cosquillas si no resolvemos pronto este caso.
- —El comisario empieza a estar un poco nervioso, es verdad —admitió el inspector, dudando si encender o no otro cigarrillo.
- —Invéntate la excusa que quieras, pero transfiéreme a Laura —le pidió Norma—. Seguro que encuentras a alguien que estará encantado de trabajar con un policía con la experiencia de Carrasco.
- —Estás de coña, ¿no? Bueno, supongo que, tal como están las cosas, no te puedo negar nada... —dijo el inspector encogiéndose resignadamente de hombros.

Antes de que pudiese encender otro cigarrillo, Norma lo cogió afectuosamente del brazo y lo guio hacia la entrada del hotel.

—Vamos, Bernat —dijo—. Caliente, el gintonic no vale nada.

# Capítulo 28

Antoni Falgueres vivía en la calle Joaquim Costa, muy cerca del teatro Goya, y el miércoles por la mañana, mientras un par de mossos localizaban a Mary en la pensión de mala muerte a la que se había trasladado con sus escasas pertenencias y la llevaban a la comisaría, Norma y Gabriel volvieron al domicilio del difunto para proceder a un nuevo registro. Esa vez sabían lo que buscaban, de manera que no les costó demasiado encontrar los vaqueros negros y unas zapatillas deportivas que se ajustaban a la descripción proporcionada por las dos estudiantes. En el registro efectuado por los hombres del inspector Permanyer un par de días antes, no había aparecido ningún ordenador ni ningún manuscrito, pero Norma se empeñó en revolverlo todo de nuevo con la esperanza de descubrir alguna pista que se les hubiera pasado por alto.

- —Aquí solo hay mierda —dijo Gabriel al cabo de un rato, dándose por vencido.
- —Tienes razón. —Norma suspiró y se quitó los guantes de látex—. Permanyer ha hecho bien su trabajo. Será mejor que vayamos a ver qué tenía en el despacho.
  - —Tampoco encontraremos nada.
  - —Ya lo sé. Solo quiero echar un vistazo. Ya que estamos, no perdemos nada.

Los mossos habían descubierto que Antoni Falgueres tenía alquilado un pequeño despacho en la ronda de Sant Antoni, a cinco minutos a pie de su casa. En realidad, el despacho consistía en una minúscula habitación que daba a una escalera destartalada y en un pequeño lavabo que carecía de ventilación. Había un escritorio con el aspecto de proceder de algún contenedor de basura, un par de sillas viejas con patas de metal oxidado, una estantería con libros de derecho que acumulaban polvo y un archivador vacío. El ordenador que había encima del escritorio era un modelo antiquísimo que no funcionaba, y la oficina no disponía de teléfono ni de aparato de fax.

- —Sentís tenía razón: esto no parece el despacho de un abogado —observó Gabriel arrugando la nariz.
- —Pero tenía colgados el título y la orla —dijo Norma contemplando los cuadros amarillentos que estaban colgados en la pared.
- —No creo que tuviera demasiados clientes —dijo Gabriel abriendo los cajones del escritorio y comprobando que estaban vacíos—. Algún chorizo, como mucho.
- —El despacho debía de ser una tapadera. Una dirección para recibir la correspondencia y domiciliar sociedades. Me apuesto lo que quieras a que el tal Falgueres era un hombre de paja.
- —No será fácil averiguar para quién trabajaba. Aquí no hay ni un solo papel interesante. Ni agenda de teléfonos, ni expedientes... —observó Gabriel mientras revolvía una pila de periódicos viejos—. Y le pagarían en negro, porque en su cuenta corriente no hay ingresos...

Norma sonrió, cogió su bolso y sacó el móvil.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo.

Lo que se le había ocurrido era llamar a Rita Soler y preguntarle si conocía a un abogado llamado Antoni Falgueres o si su nombre le sonaba de los pasillos de los juzgados. Rita dijo que no, pero se ofreció a tocar unas cuantas teclas y hacer correr la voz entre sus colegas.

—Si algo nos gusta a los abogados son los chismorreos —dijo—. Seguro que alguien nos podrá decir algo. Y ahora te dejo, que tengo una vista y no quiero que el juez se enfade si llego tarde.

Al salir del edificio, Norma vio que chispeaba y propuso que fueran a comer algo antes de volver a la comisaría. Cuando llegaron eran casi las dos, y María del Carmen Expósito, alias Mary, llevaba casi cuatro horas esperándolos encerrada en una pequeña sala de interrogatorios, desesperada porque el mosso de la puerta le había dicho que allí dentro no se podía fumar. No estaba detenida, le habían dicho, pero tampoco podía irse.

En cuanto le dieron la noticia de que su pareja sentimental había sido asesinada, Mary se dio cuenta de que se trataba de un asunto feo y supuso que podría salir mal parada. La prueba era que la habían llevado a la comisaría. La policía conocía su relación con la víctima, su afición por la coca y el oficio al que se dedicaba, y estaba segura de que no se tragarían que no sabía nada de los negocios de su amante, lo cual, sin embargo, era verdad. La larga espera le sirvió para reflexionar, y cuando Norma y Gabriel entraron en la sala Mary ya había decidido dejarse de historias y contar a la policía lo poco que sabía con la esperanza de que la dejaran marchar.

- —Miren, sé que trabajaba para unos abogados. Y supongo que las cosas que hacía no eran siempre legales... —confesó con voz cansada—. Le hacían firmar papeles, no sé qué de unas sociedades...
  - —¿Qué sociedades?
- —No lo sé. A mí no me contaba nada. —Y bajando la mirada, añadió, un poco avergonzada—: De todos modos, aunque me lo hubiera contado seguramente tampoco lo habría entendido, la verdad.
- —Antoni Falgueres es sospechoso de haber cometido dos homicidios —dijo Norma sin acabar la frase.
- —Ya sé que no era ningún santo, pero tampoco era un asesino. —Y añadió, como si aquello constituyera una prueba—: ¡Si ni siquiera me ponía la mano encima…!
- —O sea, que pondría la mano en el fuego de que Antoni Falgueres no era capaz de matar a nadie… —dijo Norma con ironía.
- —Mujer, yo tampoco he dicho eso... —contestó Mary cruzando las piernas y colocándose bien la minifalda negra de piel de imitación que llevaba—. A estas alturas, yo no pongo la mano en el fuego por nadie.

Norma sonrió y fingió que consultaba unos papeles.

—Tal vez tenía un cómplice. O una cómplice... —Le soltó de repente en un

intento de asustarla.

- —¿Se refiere a mí? —Mary echó el cuerpo hacia atrás y se puso a reír, nerviosa —. Será un chiste, ¿no?
- —¿Y no le habló de cierto profesor de historia y de un jubilado que vivía en el Poble Sec? —insistió Norma.
  - —No. Sí. Que no me habló de nada de eso, quiero decir.
  - —Pero a lo mejor le comentó algo de pasada…

Mary negó con la cabeza y bajó la mirada. Empezaba a estar asustada.

- —Lo único que sé es que hace cosa de un par de semanas vino con un ordenador portátil que parecía nuevo y lo dejó en el armario. Al cabo de unos días, me dijo que lo había vendido. —Y añadió—: No sé de dónde lo sacó, pero, claro, no se lo pregunté…
  - —¿A quién se lo vendió?
- —Eso tampoco lo sé —aseguró negando con la cabeza. Y, con tono de súplica, preguntó—: Oiga, ¿seguro que no puedo fumar? Solo un cigarro… ¡Estoy aquí desde hace un montón de horas!

Norma miró con parsimonia el reloj, con un gesto que equivalía a decir que ella tenía todo el tiempo del mundo para interrogarla y, al final, después de una larga pausa, dijo:

- —Salir de aquí depende de usted. De si decide colaborar y contarnos todo lo que sabe. Por ejemplo, eso del ordenador...
  - —Le juro que no sé de dónde lo sacó ni qué hizo con él.
  - —¿Y los abogados para los que dice que trabajaba? ¿Qué me dice de ellos?
- —Ya le he dicho que no sé quiénes son ni cómo se llaman. No los he visto nunca. Solo sé que le pagaban una especie de sueldo y que le hacían firmar papeles —repitió con voz cansada.

Norma se quedó callada, consultó el reloj y vio que eran más de las cuatro. Aquella pobre mujer debía de llevar muchas horas en ayunas, y, aunque intentaba conservar la calma, Mary parecía asustada. Norma empezó a sentir remordimientos y decidió darle un respiro. Mantenerla encerrada en aquella sala, sin acusarla formalmente de nada y sin un abogado que protegiera sus derechos... ¿Qué se había hecho de aquella idea de que la ley era igual para todos? Las explicaciones de Mary eran convincentes, y lo más probable, pensó Norma, era que no tuviera nada que ver con los homicidios ni con los turbios negocios de su amante.

- —¿Quiere un bocadillo? ¿Una Coca-Cola? —le ofreció.
- —Ya le he dicho que lo que quiero es fumar.

Norma asintió con la cabeza y la mujer sacó del bolso un paquete de Marlboro. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar con avidez. Era morena, pero llevaba el pelo teñido de un rubio sucio y amarillento que recordaba un estropajo viejo y acentuaba su palidez. Un escote generoso le permitía exhibir unos pechos voluminosos que seguramente no eran naturales, y la falda era tan corta que, estando sentada, no podía

evitar mostrar las bragas rojas de blonda que llevaba. No era guapa, y aunque según su carnet de identidad tenía treinta y nueve años, aparentaba bastantes más.

- —¿Cómo conoció a Antoni Falgueres? —le preguntó Norma empleando un tono más cordial.
- —Lo conocí en el club, como cliente. Venía a menudo, y una noche me propuso que me fuera a vivir a su casa. —Y con un suspiro de desencanto, añadió—: Me dijo que algún día ganaría mucho dinero y me sacaría de la calle.
  - —¿Y usted le creyó?

Mary se encogió de hombros, volvió a colocarse bien la falda y se encendió otro cigarrillo.

- —¿Sabe? —dijo con un hilo de voz—. Esto de que a las putas nos gusta hacer de putas es un cuento chino. ¿A quién coño le puede apetecer pasarse toda la noche abierta de piernas y haciendo mamadas? Mire, yo ya no tengo veinte años. No soy ninguna jovencita. Y si un tipo me ofrece vivir gratis en su piso a cambio de unos cuantos revolcones y dice que me quiere sacar de la circulación…
  - —No parece que su muerte le haya afectado mucho…

Mary se limitó a mirar a Norma de arriba abajo y a dedicarle una sonrisa que acumulaba años de desengaños y golpes.

- —No quiero tener que comerme su mierda, ¿vale? —dijo finalmente—. Ya tengo bastante con la mía.
- —Si descubrimos que nos oculta algo, el fiscal la puede acusar de cómplice de asesinato —le advirtió.
- —Soy una puta que se hace vieja y que no tiene un duro —aclaró—. Sé perfectamente que pueden hacer lo que quieran. ¿Que me quieren acusar de haber matado a no sé quién? —Mary se encogió de hombros y adoptó una expresión desafiante—: Muy bien. ¡Pero yo no he hecho nada y no sé nada!
- —Hay programas de reinserción que podrían ayudarla. Si quiere, puedo facilitarle un número de teléfono… —le ofreció Norma.
- —Seguro. ¡La gente que ha ido a la universidad no tiene trabajo y a mí me contratarán de secretaria…! ¡Venga, guapa, no me hagas reír!
- —De todos modos —dijo Norma, sacando una tarjeta del bolso y dejándola encima de la mesa—, aquí tiene mi teléfono. Por si se acuerda de algo o cambia de opinión…

Mary se guardó la tarjeta en el bolso, se levantó y, al ver que nadie se lo impedía, se marchó.

\* \* \*

Aquella mañana, mientras desayunaban juntos en la cocina, Norma le había dicho a su marido que aquella noche quería ir a un restaurante. Violeta había decidido volver con sus amigos alternativos a la casa ocupada de Gracia, y ella volvía a estar

preocupada por su hija y era consciente de que empezaba a pagar su mal humor con la familia. Aquella noche quería distraerse, beber un buen rioja y pasar un rato a solas con Octavi sin tener que fingir que todo iba bien. Estaba cansada de tener que poner buena cara cuando llegaba a casa para que Mimí no la interrogara, y, por otra parte, le molestaba la sensación de haber llegado a un punto muerto en la investigación.

- —Estoy convencida de que Antoni Falgueres se cargó al jubilado y al profesor dijo Norma untando un trozo de *pappadam* con *chutney* de mango mientras esperaba que le trajeran el primer plato.
  - —Pues ahora solo falta que averigües quién le dio el pasaporte y se acabó.

A los dos les gustaba la cocina exótica, y aquella noche habían elegido un restaurante indio que acababan de inaugurar en el Eixample.

- —No es tan fácil —Norma suspiró—. Y, por desgracia, las pruebas son demasiado débiles. Sus cabellos estaban en los dos escenarios, pero de hecho no hay rastros de ADN que relacionen a las víctimas con el asesino ni al asesino con las víctimas. No tenemos ni un solo indicio de que se conocieran.
  - —Es que quizá no se conocían —aventuró Octavi.
- —Bernat cree que los mataron por encargo de alguien. Pero su cuenta corriente estaba en números rojos, y tampoco hemos encontrado dinero en metálico.
- —Se lo cepillarían para no tener que pagarle —sentenció Octavi colocándose bien las gafas.
- —Hombre, nadie contrata a un asesino para no tener que hacer él mismo el trabajo y después lo mata para ahorrarse la pasta —replicó Norma con sorna—. Además, Carrasco dice que no era un profesional. Puede que pensara que podía sacar más dinero si chantajeaba a la persona que lo había contratado.
- —¡El típico error de principiante…! —dijo Octavi después de apresurarse a beber un sorbo de agua—. Cuidado con esta salsa. Pica un poco.

Dedicaron el resto de la cena a hablar de Violeta y de su repentina decisión de volver a Gracia después de haber recibido la llamada de un tal Micky. Esa vez, Norma no le había hecho ningún reproche a su hija ni había insistido para que se quedara en casa, pero había pedido a la cabo Rojas que averiguara discretamente quién era ese Micky y a qué se dedicaba.

- —Trias no ha encontrado rastros de drogas en sus cabellos —dijo Octavi rebañando el bol de arroz—. Hoy me ha llamado para darme el resultado del análisis. Es una buena noticia, ¿no? —añadió intentando animarla.
- —Desde luego. Pero hasta que no sepa algo de ese Micky, no estaré tranquila contestó Norma.
- —Norma, siempre habrá algún Micky… No puedes hacer de policía de tu propia hija.
  - —¿Ah, no?
- —¿Te das cuenta de que eres peor que tu madre? —le reprochó Octavi con un suspiro de resignación.

### —Sí. ¡Y es espantoso!

Octavi la miró con ternura y sonrió. La camarera empezó a retirar los platos y les entregó la carta de postres, pero los dos decidieron pasar directamente al café.

- —¿Y la ropa del sospechoso? ¿Qué pasa con su ropa? —preguntó Octavi de repente.
- —Encontramos unos vaqueros negros y unas zapatillas deportivas que, según las estudiantes, se parecen bastante a las que llevaba el hombre con el que se tropezaron el día en que murió el catedrático —dijo Norma.
- —Si él mató al jubilado del Poble Sec, debió de mancharse la ropa de sangre, seguro. Y por mucho que la lavara…
- —Hemos analizado todo lo que tenía en el armario y no hemos encontrado rastros de sangre en ninguna parte. Seguramente se deshizo de la ropa. Y, claro, en los vaqueros y las zapatillas tampoco había sangre porque el catedrático murió estrangulado.

Octavi alzó las cejas, miró a su alrededor y sonrió.

—A lo mejor los muchachos de Permanyer deberían buscar otra cosa. Me parece que he tenido una idea.

Con un gesto rápido, Octavi sacó el móvil del bolsillo y marcó el número del inspector Permanyer. Eran casi las once, pero el inspector estaba despierto y contestó enseguida.

- —Deberíais buscar rastros de orina en los pantalones que identificaron las estudiantes y comparar el ADN con el del catedrático —le dijo Octavi después de disculparse por la hora de la llamada.
- —Debo reconocer que no sé muy bien qué te propones —dijo Norma después de que Octavi colgara.
- —El catedrático se orinó mientras lo estrangulaban. Con un poco de suerte, si llevaba esos pantalones y no los han lavado, todavía podremos encontrar rastros. Como lo estranguló por detrás, la víctima debió de desplomarse de espaldas sobre el cuerpo del asesino, o sea que necesariamente tuvo que haber contacto. —Y añadió, con gesto de enfado—: Tenía que haberlo pensado antes.
- —Hombre, por lo que vi en su piso, Antoni Falgueres no es que fuera un maniático de la limpieza, que digamos, pero no creo que guardara unos pantalones meados en el armario —Norma bajó la voz tras descubrir que la pareja joven que tenían al lado los miraba con cara de desaprobación.
- —No quiero decir que se le meara encima. Basta que hubiera un poco de contacto y que algunas células pasaran al pantalón —dijo Octavi—. Seguramente el asesino ni se dio cuenta. Después, en casa, te lo enseño. No me obligues a hacer aquí el numerito.
- —De todos modos, Antoni Falgueres trabajaba para alguien, eso está claro —dijo Norma—. Puede que al final consigamos demostrar que él los mató, pero a quien tenemos que encontrar es la persona que lo contrató para hacer el trabajo. Estoy

segura de que no lo hizo por iniciativa propia.

—¡Ah…! —Octavi se echó hacia atrás, se encogió de hombros y volvió a colocarse bien las gafas—. En eso sí que no te puedo ayudar. Ya sabes que lo mío son las porquerías —y, levantando la botella ya vacía con los ojos un poco brillantes, dijo —: ¿Qué te parece, pedimos un poco más de vino?

## Capítulo 29

A la mañana siguiente, mientras revisaba las declaraciones de los testigos en comisaría e intentaba encajar algunas piezas, Norma recibió la llamada de Rita. A la abogada no le había costado demasiado averiguar el nombre del bufete para el que trabajaba Antoni Falgueres, que resultó ser un importante despacho de abogados situado en la plaza Francesc Macià.

- —Te he enviado los datos por *e-mail* —dijo Rita—. Naturalmente, ellos lo negarán, pero mi contacto me ha asegurado que hacía tiempo que trabajaba para ellos.
  - —¿Quieres decir que lo tenían en plantilla como testaferro?
- —Sí. Lo utilizaban para encubrir operaciones delicadas y evadir impuestos. —Y añadió, chasqueando la lengua—: Era un pobre desgraciado. Al parecer, le pagaban cuatro duros.
  - —Te debo una.
- —¿Solo una? —contestó Rita en tono burlón. Y cambiando de registro, preguntó—. ¿Cómo está Violeta? ¿Todavía la tienes en casa?
  - —Ha vuelto a Gracia, con un tal Micky. ¿Tú cómo estás?
  - —Atareada, como siempre. Ahora salgo con un notario.
  - —¿Lo conozco?
  - —No creo. Un día de estos te lo presento.
  - —Pórtate bien, ¿eh?
  - —¡Eso nunca!

Después de colgar, Norma encendió el ordenador para leer el correo que Rita le acababa de enviar. Se disponía a abrirlo cuando su móvil sonó por segunda vez.

- —¿Norma? —Oyó que decía alguien en voz muy baja—. Escucha, no tengo demasiado tiempo porque me tengo que ir a rezar. Escribe lo que voy a decirte.
  - —¿Tía? —dijo Norma con sorpresa al oír la vocecita de su pariente—. ¿Eres tú?
- —¡Claro que soy yo! —susurró la monja—. Vamos, date prisa, que te digo que no tengo mucho tiempo. ¡Apunta!

Norma suspiró y no replicó. Tomó papel y lápiz y escribió lo que le dictaba la monja.

- —¿Pero qué...? —dijo al darse cuenta de lo que había escrito.
- —Es lo que querías, ¿no? —dijo la monja.
- —Sí, pero... Escucha, tía, ¿cómo demonios...?
- —Otro día te lo explico —murmuró ella con voz misteriosa—. Ahora te tengo que dejar, porque la superiora viene hacia aquí y me puede pillar.
  - —Tía, espera, no cuelgues...
  - —Adiós.

Norma se quedó petrificada, con el teléfono mudo en la oreja, leyendo la

dirección de *e-mail* y la contraseña que le había dictado la monja. Sin pensárselo dos veces, entró en Hotmail, escribió el nombre y, a continuación, tecleó la contraseña. Al ver que lo que se abría ante sus ojos era la bandeja de entrada del correo de Víctor Porta, no pudo evitar dar un brinco en la silla y esbozar una sonrisa de admiración. En menos de una semana, la tía Margarida había conseguido averiguar sus datos conectándose furtivamente a la red del museo Thyssen con un ordenador clandestino desde la celda de un convento.

—Tía, a ti también te debo una —musitó Norma mientras echaba un vistazo a su alrededor y se aseguraba de que todo el mundo estaba lo suficientemente enfrascado en su trabajo como para prestarle atención.

Sin detenerse a considerar si era oportuno fisgonear el correo de Víctor Porta sin una orden del juez, Norma examinó la bandeja de entrada y vio que Guillem tenía razón. El hombre se había enviado a sí mismo un documento titulado *Negras tormentas* que se apresuró a abrir. Le echó un vistazo rápido para comprobar que el archivo no estaba dañado, lo guardó en el escritorio e hizo una copia de seguridad. A continuación, leyó el correo de Rita, fue a buscar a Gabriel y le contó lo que su amiga había averiguado.

- —El bufete se llama Carreras y Ribot, abogados asociados —dijo Norma leyendo el mensaje en voz alta mientras lo imprimía—. Aquí tienes la dirección.
  - —¿Quieres que vaya ahora mismo?
  - —Sí. Llévate a Laura. Procura apretarles las tuercas.
  - —¿Tú no vienes? —preguntó Gabriel, extrañado.
- —Si quieres ascender, tienes que empezar a apañártelas sólito. Además —añadió evitando mirarle a los ojos para que Gabriel no se diera cuenta de que tramaba algo —, yo también tengo trabajo.
  - —Tú mandas.
- —Date prisa. Y no te dejes impresionar por los trajes a medida y las corbatas de seda que llevan los abogados. Estos en concreto son unos chorizos, no lo olvides.
  - —Tranquila. Intentaré hacerte quedar bien.

Gabriel se fue con una sonrisa y Norma se apresuró a imprimir el documento. El manuscrito no llegaba a las doscientas páginas y, como no quería que la interrumpieran, al terminar buscó un despacho vacío para encerrarse dentro y descolgó el teléfono. Si sus sospechas eran fundadas, aquel texto le proporcionaría la clave para resolver los tres asesinatos que el inspector Roca le había colocado sobre la mesa, pero podía equivocarse. Tal vez aquellas memorias no tuvieran nada que ver con los asesinatos, se dijo mientras intentaba contener la euforia. Quizá se tratara de una mera coincidencia que ella había interpretado mal.

Las primeras páginas del manuscrito le sirvieron para darse cuenta de que, como escritor, Víctor Porta no tenía demasiado oficio. Sin duda se había esforzado, pero el texto abusaba de las palabras rebuscadas y de los tópicos, de la sintaxis enrevesada y de las frases hechas, y, desde el punto de vista de la comprensión, algunos párrafos

resultaban ilegibles. Los recuerdos en tercera persona de un niño huérfano criado en la posguerra por sus tíos se intercalaban sin orden ni concierto en la investigación que él mismo había llevado a cabo al regresar a Barcelona cuarenta años más tarde y que relataba con gran profusión de detalles en primera persona. Víctor Porta se había dedicado a recorrer las calles donde habían vivido sus padres con paciencia de sabueso, y finalmente había conseguir localizar a algunas personas que todavía se acordaban de sus padres y de la tragedia que les tocó vivir. Gracias a ellas, había contactado con una amiga de su madre que se llamaba Conxita Planes y que, a pesar de tener noventa años, se conservaba lo bastante lúcida como para llenar con sus recuerdos las lagunas de los relatos fragmentarios que le habían proporcionado otros testigos. Sin embargo, ella no era la única que recordaba el nombre del hombre qué había denunciado a Ramón Porta a los falangistas. La mayoría de personas a las que Víctor entrevistó sabían que se trataba de un amigo de su padre y que se llamaba Pau Muntaner.

Ramón Porta y Pau Muntaner habían nacido en el mismo barrio, habían jugado en las mismas calles y habían ido a la misma escuela. Según el testimonio de Conxita Planes, eran amigos pero no íntimos. El mejor amigo de Ramón se llamaba Andreu —la anciana no recordaba el apellido—, quien al parecer era un joven honesto y bien parecido que actuó de padrino en su boda. Cuando estalló la guerra, los dos amigos se unieron a la columna Durruti y marcharon al frente de Aragón: Ramón sobrevivió, pero Andreu murió en la batalla del Ebro. En la época en que sus padres se casaron, Muntaner y su padre ya se habían distanciado, pero la amistad se rompió definitivamente el día que descubrió que su amigo había aprovechado su ausencia en el frente para acosar a su mujer con promesas y amenazas. Según Conxita Planes, Muntaner era un chico resentido de mirada turbia que sentía una pasión enfermiza por su amiga.

Al acabar la guerra, Muntaner se hizo falangista y consiguió que un tribunal sentenciara a Ramón a veinte años de trabajos forzados en el penal de Burgos acusándolo de una cosa que era verdad: de ser anarquista y militante en la clandestinidad. Ramón a duras penas resistió un año en el penal, y su viuda, aterrorizada por el acoso del hombre que había denunciado a su marido, acabó por arrojarse al vacío desde una ventana con la esperanza de proteger con su muerte a los suyos. Pau Muntaner se marchó del barrio y los vecinos le perdieron la pista, y, según constató Víctor, a nadie se le ocurrió nunca relacionarlo con la poderosa familia Muntaner ni con los laboratorios que llevaban su nombre.

\* \* \*

Antes de acabar de leer el manuscrito, Norma fue consciente de que acababa de encontrar la pieza que permitía resolver aquel rompecabezas: la propia familia Muntaner, sin duda la más interesada en silenciar un episodio que, de hacerse

público, ensuciaría su nombre y cuestionaría los orígenes de su fortuna. A los descendientes de Pau Muntaner, pensó Norma, no debía de hacerles ninguna gracia que su apellido apareciera en la prensa mezclado con una historia de delaciones y acoso sexual, y que, de paso, se ventilaran los vínculos del patriarca de la familia con los falangistas y la etapa más oscura de la dictadura. Pau Muntaner no fue el único empresario catalán que edificó un imperio económico a la sombra del régimen franquista, pero su participación en el encarcelamiento de Ramón Porta y el papel que tuvo en el suicidio de su mujer constituían una historia demasiado jugosa para que algunos periodistas no se abalanzaran sobre ella y la sacaran a la luz. A diferencia de empresarios e industriales, Pau Muntaner no solo desorbitadamente aprovechando las ventajas de vivir bajo un régimen fascista y corrupto, sino que también se vistió con la camisa azul y la boina roja para delatar a su amigo y aterrorizar a su esposa hasta conducirla al suicidio. Todo apuntaba, pues, a que alguien había decidido intervenir en aquel asunto, seguramente contratando a Antoni Falgueres para que se deshiciera de Víctor Porta e hiciera desaparecer el manuscrito y sus investigaciones.

Norma repasó las notas de Gabriel y comprobó que la familia Muntaner no era muy extensa. Pau Muntaner se casó con una joven de apellido rancio y bolsillos vacíos, y solo tuvo un hijo, Gerard, el padre de Gerard y Mónica, muerto en accidente de coche quince años atrás. La madre de los hermanos Muntaner padecía alzhéimer y vivía desde hacía años en una residencia de lujo, y, de los dos hermanos, Mónica era la única que había tenido descendencia. No había tíos ni primos, y eso reducía la familia Muntaner a los dos hijos del patriarca, Mónica y Gerard, a su madre enferma de alzhéimer y a dos muchachos adolescentes que ya no llevaban su apellido. La casualidad había querido que Jordi Parellada, el hijo del mejor amigo de Víctor Porta, se casara con la nieta de Pau Muntaner, y, aunque Norma sospechaba que el catedrático no había llegado a leer el manuscrito que le había enviado su amigo, se preguntaba si él o su hijo Jordi estaban al corriente de todo. ¿Sabían quién era, en realidad, Pau Muntaner y lo que había hecho? Norma escribió en un papel los nombres de Francesc Parellada y Jordi Parellada con un interrogante al lado. Luego llamó a Gabriel, que justo en ese momento amenazaba por enésima vez a uno de los socios del bufete Carreras y Ribot con acusarlo de complicidad en un asesinato.

—Pregúntale si tienen relación con algún miembro de la familia Muntaner o Parellada, y si saben si Antoni Falgueres los conocía —pidió Norma.

Después de mencionar aquellos nombres, Gabriel no tuvo que presionar demasiado al abogado muerto de miedo que tenía enfrente para que confesara que conocía a Antoni Falgueres. El jurista reconoció que Gerard Muntaner era cliente del bufete, y confirmó que Antoni Falgueres y Gerard Muntaner se habían visto en aquel despacho en alguna ocasión. De hecho, Antoni Falgueres era administrador de una de las muchas sociedades que Gerard Muntaner había constituido con la mediación del bufete para defraudar a Hacienda, y, aunque el abogado negó que fuera un mero

testaferro, se curó en salud y le aseguró a Gabriel que, si lo era, el asunto no tenía nada que ver con él.

Gabriel se apresuró a informar a Norma, que enseguida ató cabos. Cuando Gabriel volvió a comisaría, ambos se reunieron con el inspector Roca para ponerlo al corriente de lo que habían descubierto, y el inspector llamó inmediatamente al comisario Nebot, que los citó a los tres en su despacho.

- —O sea, que según vosotros Gerard Muntaner, solo o con la complicidad de su hermana, contrató a Antoni Falgueres para matar a Víctor Porta y Francesc Parellada y robar el manuscrito —dijo el comisario, recapitulando.
  - —Eso es.
- —Y unos días después, Gerard Muntaner citó a Antoni Falgueres en un descampado y lo mató con la pistola que él mismo le había encargado comprar.
  - —Es lo más probable.
  - —Pero no tenéis pruebas, ¿verdad?
- —Por eso necesitaríamos una orden de registro —dijo el inspector Roca mirando de reojo a Norma.
- —De hecho, necesitamos más de una —rectificó Norma—. Hay que registrar los domicilios particulares y los despachos de los dos hermanos.
- —Si la cagáis, ya podéis ir desempolvando el uniforme, porque os pienso poner a patrullar en La Mina —dijo el comisario en un susurro.

Y antes de descolgar el teléfono para hablar con el juez, el comisario cruzó los dedos y suspiró.

El comisario le explicó la situación al juez Gallardo y le pidió una orden para registrar los domicilios y los despachos de Mónica y Gerard Muntaner. El juez escuchó en silencio sus explicaciones, y, tras pensarlo unos segundos, se negó a proporcionarle las órdenes aduciendo que no tenían ninguna prueba que relacionara a la familia Muntaner con todo aquel asunto y que, en esas condiciones, tratarlos como sospechosos era ir demasiado lejos. El juez le recordó al comisario que Norma había accedido ilegalmente al correo de Víctor Porta y que, en consecuencia, el manuscrito no sería admitido como prueba. De todos modos, dijo, la fiscalía ya tenía una versión oficial de los hechos: Antoni Falgueres era un drogadicto, un ladrón y un asesino, y el hecho de que Francesc Parellada y Víctor Porta se conocieran y fueran amigos solo era una coincidencia. Por otra parte, pese a lo que sugerían los informes policiales, la fiscalía estaba convencida de que Antoni Falgueres había sido víctima de un ajuste de cuentas por un tema de drogas. El caso, dijo, estaba prácticamente cerrado.

El juez Gallardo no le dio la menor oportunidad de replicar. Antes de colgar, le recordó secamente al comisario que los tres casos estaban bajo secreto de sumario y le advirtió de que remover el pasado haciendo públicas esas memorias solo serviría para perjudicar a personas inocentes y poner en peligro su carrera y la de la subinspectora Forester.

—Lo siento, Norma —se disculpó el comisario Nebot después de referirles la

conversación—. Tengo las manos atadas.

Norma salió del despacho hecha una furia y, al cabo de un rato, bajó a buscar su coche y se fue directamente a ver a Jordi Parellada sin decírselo a nadie. El hombre estaba en su oficina y la recibió enseguida, y ella, jugándoselo todo a una carta, le lanzó encima de la mesa una copia del manuscrito de Víctor Porta y le expuso sus conclusiones.

—¿Está segura de que eso es lo que sucedió? —dijo Jordi Parellada cuando ella terminó de hablar.

El semblante de Jordi Parellada había ido palideciendo mientras pasaba de la incredulidad a la indignación.

- —Sí, señor.
- —Conozco a mi mujer. Sé que ella no tiene nada que ver con estas muertes aseguró.
  - —¿Y qué me dice de su cuñado?
- —Lo único que sé es que últimamente tiene aspiraciones políticas —reconoció—. Supongo que si se divulgara la historia de su abuelo, lo tendría más difícil. —Y casi de mala gana, añadió—: Él no es como Mónica. Es ambicioso, pero de ahí a hacer lo que usted insinúa…
- —Si me he arriesgado a contarle todo esto es porque usted es un hombre poderoso y puede tocar algunas teclas —dijo Norma—. Hay personas que están por encima del juez Gallardo y que podrían solucionar todo esto con una llamada.
- —Veré lo que puedo hacer —dijo Jordi Parellada acompañándola a la puerta con el semblante descompuesto—. De momento, le suplico que sea discreta. —Y añadió —: No es una historia agradable.
  - —No. No lo es.

\* \* \*

Un par de días más tarde, Jordi Parellada llamó a Norma y le propuso que se vieran en una cafetería discreta. Le dijo que quería mantener con ella una conversación informal y los dos quedaron en encontrarse una hora más tarde en un céntrico café donde su presencia pasaría inadvertida. Jordi Parellada empezó dándole las gracias por su trabajo y la de su equipo, y, a continuación, se disculpó y le dijo exactamente lo mismo que el juez Gallardo le había dicho al comisario: que el caso estaba cerrado, que remover aquel asunto solo provocaría sufrimiento y que él también tenía una familia que proteger.

- —Mi cuñado se ha ido a vivir a los Estados Unidos —dijo—. Él y su mujer se han separado. Se quedará allí una buena temporada.
- —¿Y eso es todo? —replicó Norma, indignada—. Le recuerdo que su cuñado hizo que mataran a su padre y a Víctor Porta, y que posiblemente él mismo mató a Antoni Falgueres.

- —También es posible que las cosas fueran de otro modo —dijo él rehuyendo su mirada.
  - —¿De cuál? ¿Qué es lo que le ha contado su cuñado?
  - —¿Esta conversación es oficial? —preguntó Jordi Parellada.
  - —Supongo que no. No.
- —Pues supongamos —dijo Jordi Parellada bajando aún más la voz— que un día Víctor Porta se puso en contacto con una determinada persona para contarle lo que había descubierto sobre la muerte de su padre.
  - —¿Quiere decir que Víctor Porta pretendía chantajear a su cuñado?
- —No. Víctor solo quería que esa persona supiera lo que había descubierto antes de publicar el libro.
  - —Continúe.
- —Esa persona —dijo con un suspiro— se asustó pensando en las consecuencias que tendría para la familia aquella revelación si se hacía pública y decidió contratar a ese tal Antoni Falgueres para que se encargara de hacer desaparecer el manuscrito.
  - —El manuscrito y a su autor —rectificó Norma.
- —Esa persona no le dijo qué tenía que hacer ni cómo. Solo le pidió que solucionara el problema. Antoni Falgueres decidió ir a casa de Víctor para robarle el ordenador y el manuscrito. La persona que contrató no sabe si ya había decidido matarlo de entrada o si Víctor lo sorprendió y él se asustó.

Jordi Parellada hizo una pausa, sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó las gotas de sudor que notaba que empezaban a formársele en la frente.

- —El caso es que, mientras registraba la casa, Antoni Falgueres encontró un recibo de correos y descubrió que Víctor le había enviado una copia del manuscrito a un profesor de la universidad. Entonces decidió apoderarse de la copia y asesinar al profesor para no dejar cabos sueltos. Claro que él no sabía que Francesc Parellada era mi padre y que yo estaba casado con una Muntaner.
- —Es decir, según usted, el único culpable de la muerte de su padre es Antoni Falgueres —dijo Norma—. ¿Cómo es que también acabó muerto?
- —Cuando el hombre que lo había contratado descubrió que había matado a mi padre por error, se puso furioso y lo mató.
  - —¿Y usted se traga esa historia?
- —Es una explicación razonable —se defendió Jordi Parellada agachando la cabeza.

Norma se quedó callada unos instantes y le dedicó una mirada cargada de dureza.

- —Sabe tan bien como yo que su cuñado ordenó la muerte de Víctor y de su padre —dijo finalmente—. ¿O es que acaso sospecha que pudo haber sido otra persona, como por ejemplo su esposa? —añadió en un intento de ponerlo contra las cuerdas.
- —Mónica no sabía nada —dijo Jordi Parellada negando con la cabeza—. Eso se lo puedo jurar. No le contaría todo esto si mi mujer estuviera involucrada, ¿no cree?
  - —¿Y qué me dice de lo que les pasó a los padres de Víctor y del libro que quería

publicar?

- —Todo eso ocurrió hace mucho tiempo. ¿De qué serviría desenterrar ahora esa historia? —dijo Jordi Parellada encogiéndose de hombros.
- —Supongo que si le digo que para hacer justicia le parecerá cursi —contestó Norma sin disimular su indignación.
- —No, no me parece cursi —Jordi Parellada esbozó una sonrisa—. Recuerde que mi padre se pasó la mayor parte de su vida intentando que se hiciera justicia a los muertos olvidados de la guerra civil.
  - —Lo recuerdo perfectamente.
- —Pero yo también tengo una esposa a la que quiero y dos hijos a los que tengo que proteger.
  - —Proteger de la verdad...
- —Por favor, le ruego que no complique más las cosas. Todo esto es muy doloroso, compréndalo. —Y añadió, para justificarse—: En aquella maldita guerra todo el mundo hizo barbaridades… Eran otros tiempos. Es mejor dejarlo correr.
- —Lo felicito —se limitó a decir Norma secamente—. Yo no podría dormir sabiendo que he dejado escapar al asesino de mi padre.
- —¿Quién le ha dicho que puedo dormir? —dijo él con voz triste. Y, aunque no había probado el café que había pedido, le hizo un gesto al camarero con la intención de pagar la cuenta y añadió—: Le agradezco sus esfuerzos. De verdad. Sé que lo ha hecho con la mejor intención. Pero le tengo que rogar que se olvide del asunto.
  - —Sabe que no puedo.
- —Usted es una buena profesional, pero Mónica es una mujer muy poderosa. No ponga en peligro su carrera, subinspectora. No vale la pena, créame —su voz no sonaba a amenaza sino a consejo.
- —Mi carrera es cosa mía. Y a mí me gusta dormir con la conciencia tranquila replicó Norma, desafiante.
- —Por desgracia, hay guerras que ni siquiera un hombre como yo puede ganar dijo. Y, levantándose de la silla con gesto de cansancio, añadió—: Que tenga un buen día, subinspectora.

\* \* \*

Hacía un par de años que el gobierno socialista había aprobado una Ley de la Memoria Histórica que no había gustado a casi nadie. Las asociaciones de víctimas la encontraban insuficiente, mientras que los políticos conservadores se oponían a ella porque muchos eran hijos o nietos de franquistas ilustres y todavía sentían por el régimen de Franco una admiración que en público no se atrevían a confesar pero de la que se vanagloriaban en privado. Argumentaban que las víctimas de la guerra civil ya no interesaban a nadie, que el pacto de la transición avalaba el silencio y que dedicarse a desenterrar cuerpos de las cunetas solo contribuía a hacer que cabalgara

de nuevo el viejo fantasma de la guerra. En los dos bandos había habido buenos y malos, decían y, de hecho, entre algunos intelectuales que se reivindicaban de izquierdas, empezaba a estar de moda poner el acento en los excesos cometidos en el bando republicano sin tener en cuenta la magnitud ni las proporciones. Stalin y el fracaso del comunismo les permitían esgrimir la tesis de que comunistas y fascistas eran la misma chusma fanática en la España del año treinta y seis, y algunos daban un paso más y terminaban afirmando que gracias a Franco el comunismo no instauró su dictadura convirtiendo al país en un satélite de la Unión Soviética. Las víctimas, aseguraban con la boca cada vez menos pequeña, eran igual de dignas en los dos bandos, la guerra era, por definición, una actividad cruel y los números no contaban. Que las matanzas de republicanos las hubieran organizado minuciosamente los jerarcas de la insurrección para sembrar el terror entre un bando desorganizado y con medios escasos, tampoco.

A Norma, aquel cínico intento de reescribir la historia para aligerar la importancia de los crímenes cometidos por el franquismo o, mejor dicho, de silenciarla en nombre de una reconciliación que nunca se había producido la sacaba de quicio. Lo consideraba una ocurrencia de salón. Había decidido ir a ver a Jordi Parellada convencida de que el hijo de un historiador que había dedicado su vida a impedir que los muertos de la República desaparecieran en el silencio reaccionara de otra manera. Pero se había equivocado.

Cuando Jordi Parellada se fue, Norma se quedó un rato en el bar a solas. Pensó en la conversación que ellos dos acababan de tener, en la actitud del juez Gallardo, en los debates que aquellos días tenían lugar entre los políticos y en la prensa. Tras meditarlo, llegó a la conclusión de que todo se reducía a que, una vez más, en nombre de un puñado de argumentos reaccionarios otro asesino volvería a quedar impune. Pero Norma tenía claro que el silencio no era una opción.

Hacía rato que le daba vueltas a una idea, hasta que finalmente sacó el móvil y llamó a la tía Margarida.

—¿Tía? ¿Tienes un momento? Necesito que me hagas un favor —dijo.

\* \* \*

Quizá no fuera casualidad que aquel día fuese un veinte de noviembre. Eso fue lo que pensó Norma después de hablar con la monja. Mientras unos pocos nostálgicos seguían llorando la muerte del dictador al grito de «¡Viva Franco!» y «¡Arriba España!» en el Valle de los Caídos, la tía Margarida se encerró en su celda y empezó a enviar anónimamente el manuscrito de Víctor Porta a los periódicos, a unos cuantos jueces y a todas las asociaciones dedicadas a la recuperación de la memoria histórica que encontró en Internet. Horas después, mientras los periodistas leían el manuscrito de Víctor Porta y tomaban notas, Norma y Octavi, más elegantes que de costumbre, brindaban a la salud de la tía Margarida con una copa de cava en el Salón de los

Espejos del Liceo aprovechando el entreacto de la ópera *Norma*.

- —Violeta tiene razón —dijo Octavi sin salir de su asombro—. En este país hay demasiadas cosas podridas. Es increíble que el juez haya cerrado el caso y que Gerard Muntaner no sea procesado.
- —El padre de Gallardo también tiene un pasado falangista bastante interesante dijo Norma con una sonrisa—. Pero, tranquilo, esto no ha hecho más que empezar. Al final, Gerard Muntaner no conseguirá salirse con la suya. Y a Gallardo se le caerá el pelo, ya lo verás.
  - —Lo que has hecho te puede costar la carrera.
  - —Tranquilo, no pasará nada.
  - —Eres una optimista. Siempre lo has sido.
- —Es curioso. Nos pasamos el día quejándonos de los periodistas y, al final, tenemos que recurrir a ellos para que hagan el trabajo que nosotros no podemos hacer. Solo espero que la tía Margarida no tenga problemas —añadió Norma sacudiendo la cabeza.
- —¿Dónde demonios habrá aprendido tanta informática a su edad? Y viviendo como vive en un convento...
  - —Ni idea. Pero, entre nosotros, es una *crack*.
- —¿Sabes qué te digo? —Octavi sonrió y cogió a su mujer por la cintura—. ¡Que tú y tu familia sois un caso!
  - —¡Un caso perdido! —añadió ella.

## **Epílogo**

Jack Forester llegó a la estación de Francia de Barcelona el 23 de octubre de 1936, con una pequeña maleta de cartón bajo el brazo y teniendo que hacer esfuerzos para contener la abrumadora emoción que sentía ante la perspectiva de pisar la ciudad de la que tanto había oído hablar. Era la primera vez que él y su amigo Bob salían de Manchester, y mientras el tren aminoraba su paso al acercarse a la ciudad, sus ojos hambrientos, deslumbrados por el azul cegador del cielo y la calidez áspera y terrosa del litoral mediterráneo, lo devoraban todo. Barcelona se preparaba para hacer la revolución en medio de una guerra que había estallado hacía pocos meses y que ya se había cobrado las primeras víctimas, y Jack y su amigo se disponían a luchar contra los fascistas convencidos de formar parte del bando ganador.

Durante el larguísimo viaje desde Manchester hasta Brighton y Le Havre, primero, y desde París hasta Portbou y Barcelona, después, Jack había contemplado cómo se iba transformando la fisonomía de aquel paisaje otoñal y cómo, a medida que avanzaban hacia el sur, el sol volvía a calentar y el cielo se hacía más diáfano. La lluvia, las nubes grises y la monotonía del verde siempre húmedo en los campos habían quedado definitivamente atrás, y también aquel olor asfixiante que procedía de los canales que desgarraban Manchester y que, junto con la niebla y el humo ennegrecido que salía de las chimeneas de las fábricas, mezcla de hollín y azufre, envolvía permanentemente la ciudad a la manera de un sudario sucio y hediondo.

En la estación de Francia se respiraba el olor salado del mar y los peces, de las algas y los moluscos en descomposición que las olas ofrendaban a los escollos, un olor que, según descubriría Jack más tarde, también lo impregnaba todo, los muros de las casas, la ropa tendida en los balcones, sobre todo cuando soplaba viento de levante, y que no siempre era agradable, porque había días en que el mar se rebelaba y devolvía a la ciudad el caudal de detritos que las alcantarillas vomitaban en las aguas en forma de efluvios pestilentes. De ese hedor se quejaban siempre quienes vivían en la Barceloneta y en las calles oscuras y estrechas de la Barcelona medieval, hacinados en minúsculos pisos que atesoraban esperanzas de prosperidad y bucólicos recuerdos de infancias perdidas, malviviendo con sueldos miserables o de la caridad de los vecinos. Del puerto procedía también el tufo de petróleo de los barcos de carga, tan penetrante que se adhería al paladar y provocaba náuseas a quienes no estaban acostumbrados a él, pero desde el primer momento a Jack aquella mezcla de salitre, pescado y petróleo le pareció infinitamente más soportable que el hedor que emanaba de las oscuras aguas del Irk, permanentemente agitadas por las barcazas que, al pasar, removían sin descanso su fondo pútrido, repleto de basura y desechos. Jack se había criado junto al río, en el distrito de Old Town, en uno de los barrios obreros más antiguos de la ciudad, y nunca había visto el mar.

Para llegar a Barcelona, él y Bob habían tenido que cruzar Inglaterra viajando en trenes de mercancías hasta llegar a Brighton, donde tomaron el barco que los condujo al puerto francés de Le Havre. Durante la breve travesía por las embravecidas aguas del canal de la Mancha, Jack se mareó y vomitó lo poco que llevaba en el estómago y, por primera vez en su vida, tuvo miedo de morir. Al llegar a Portbou, las aguas azules y transparentes del Mediterráneo, más benignas y acogedoras, le dieron la bienvenida, y Jack y su amigo experimentaron como nunca antes la emoción de sentir que en el sur todo era diferente y todo era posible. Incluso ganar una guerra contra un ejército profesional de fascistas insurrectos y hacer la revolución.

Cuando bajaron del tren, los dos tenían los ojos brillantes y un nudo en la garganta que les impedía hablar, pero, en realidad, no necesitaban decirse nada. Mientras intentaban orientarse por la estación, inaugurada siete años antes con motivo de la Exposición Universal, ambos se sentían embargados por la misma euforia, por la misma sensación vertiginosa de saber que sus vidas estaban a punto de cambiar. Por primera vez se extendía ante ellos un futuro esperanzador que se escribía con letras mayúsculas, un futuro que avanzaba al compás de consignas e himnos heroicos que hablaban de revolución y libertad con palabras solemnes y compases marciales. Habían llegado a la ciudad de las banderas negras, la ciudad donde, pensaban ellos, toda aquella telaraña de sueños de fraternidad libertaria con los cuales se habían nutrido a falta de una comida decente con que contentar el estómago, pronto se haría realidad.

La guerra había estallado tres meses antes, y, cuando salieron de la estación, en la calle los transeúntes les dedicaron miradas llenas de curiosidad. Demasiado rubios, demasiado pálidos, demasiado altos para pasar inadvertidos. Bob era un par de años mayor que Jack, pero también mucho más alto y fornido; cuando estaban juntos, el metro noventa de Bob hacía que Jack pareciera bajito, sobre todo delante de las chicas, pensaba Jack con un poco de envidia. En la calle en la que creció Bob nadie se explicaba cómo aquel muchacho había llegado a crecer tanto, con el hambre que pasó de niño, y los vecinos suponían que Bob había heredado su complexión robusta del padre que nunca conoció. A su madre la preñó un marinero escocés a quien jamás volvió a ver, y como murió de tuberculosis cuando Bob tenía cuatro años, a él lo crio una abuela prematuramente envejecida que se dedicaba a mendigar trabajo en las fábricas de algodón. A menudo tenían que recurrir a la caridad de los vecinos para engañar el estómago, a veces con un pedazo de pan, a veces con un tazón de sopa insípida, devorados a todas horas por las pulgas, el hambre, los acreedores y el frío. La abuela de Bob era viuda, y la diminuta habitación en la que vivían, en Long Millgate, estaba junto a la casa de los tíos de Jack. Esa coincidencia, así como el hecho de que no tuvieran hermanos, propició que Jack y Bob no tardaran en hacerse amigos.

Los tíos de Jack no tenían hijos. A su tía Rose los embarazos a duras penas le duraban dos meses, tres como mucho, sin que de nada sirvieran los remedios caseros de las comadronas del barrio, más avezadas en provocar abortos que en evitarlos. Siempre acababa perdiendo a los hijos que esperaba, que presintiendo que no valía la pena venir a este mundo a sufrir no conseguían aferrarse a su vientre. Cuando murió la madre de Jack, Rose ya había tenido varios abortos, y ella y su marido, resignados a no tener descendencia propia, aceptaron acoger a Jack y a su padre pensando que aquel sobrinito tímido y desnutrido llenaría el vacío de su maternidad frustrada. Mary, la madre de Jack, tenía veinticinco años cuando la enterraron en el cementerio para pobres situado a orillas del Irk, al lado de su hija; Jack, el primogénito, acababa de cumplir tres.

La abuela materna de Jack era viuda y vivía en el otro extremo del barrio, hacia el norte, junto al distrito comercial, con una hija también viuda que trabajaba de criada en un barrio acomodado. La tía Margaret había perdido a su marido y a dos de sus hijos durante la misma pandemia de gripe que se llevó a la madre y a la hermana de Jack, y todos los días se veía obligada a recorrer un largo trayecto a pie para trabajar como criada en el otro extremo de la ciudad. Pero era un buen trabajo, todo el mundo lo decía, porque los señores hacían la vista gorda con los restos de comida que sisaba y que sacaba ocultos bajo la falda. De vez en cuando, aparecía por casa de Rose con un paquete con restos de rosbif, pastel de riñones, salchichas o galletas. «Para el niño, que todavía tiene que crecer», decía revolviéndole el pelo. A escondidas, Jack se apresuraba a compartir aquellos festines improvisados con su amigo Bob.

Los otros parientes de Jack, los de la familia de su padre, eran irlandeses y él no llegaría a conocerlos nunca. Algunos habían muerto en Francia durante la Gran Guerra, despedazados en las trincheras, pero el resto seguían en Irlanda y malvivían haciendo de pastores y campesinos. Pasaban hambre y los hijos se les morían, y tanta miseria fue lo que empujó al padre de Jack a subirse a un barco a los doce años, atraído por las historias que se contaban sobre la prosperidad de las fábricas de Manchester y las oportunidades que ofrecían a los obreros. Aparte del hambre, sus únicos recuerdos de infancia eran las palizas que le propinaba su iracundo padre y el desfile ritual de ataúdes blancos camino del cementerio. «No tendría que haberme ido», decía a menudo cuando se emborrachaba y descubría que no le quedaba un chelín en el bolsillo. Perder a su mujer y a su hija lo había convertido en un hombre triste y taciturno, y, cuando estaba en casa y no en la taberna emborrachándose con sus amigos, lo cual no sucedía muy a menudo, evitaba hablar de su familia y de su infancia irlandesa. Jack a duras penas sabía que su abuelo era pastor de ovejas, que se llamaba Fergus y que de él había heredado el color de mar embravecido de sus ojos.

Tras la muerte de su madre, Jack sufrió a menudo, en forma de palizas, los excesos alcohólicos de su padre. A la pena de haber perdido a su mujer y a su hija se añadía su afición por el aguardiente y el hecho de que no siempre tenía trabajo: la crisis de la industria algodonera había obligado a los dueños de las fábricas a reducir la producción y a despedir trabajadores. Las palizas se acabaron el día en que Jack recibió una bofetada que le partió el labio y la camisa se le empapó de sangre. Su tío

intervino y los dos llegaran a las manos, y desde ese momento su padre no se atrevió a volver a ponerle la mano encima al niño. La cicatriz aún era visible, y cuando se la tocaba, Jack recordaba la mirada alcoholizada y triste de su padre y las atenciones y las caricias de su tía Rose.

Jack tenía siete años cuando su padre desapareció. Todo el mundo supuso que se había caído al Irk, no sabían si después de pelearse con otros borrachos o porque él mismo estaría ebrio, y que, arrastrado por las corrientes, su cuerpo había ido a parar al Irkwell primero y al Mersey después, que finalmente lo habría escupido al océano.

Nadie se preocupó de buscarlo, y, como tenía mal beber, sus compañeros de juerga pronto se olvidaron de él. Cuando desapareció, los tíos de Jack, hartos de gritos y borracheras, no pudieron por menos que sentirse aliviados, y Jack, que vivía con el miedo de que por culpa de su padre lo echaran de aquel hogar confortable, también.

En los años veinte del siglo pasado, Old Town seguía siendo un barrio miserable. El retrato que del barrio había hecho Engels ochenta años antes para describir las condiciones de vida de los obreros en la ciudad de Manchester apenas había cambiado. En sus calles, azotadas por las constantes epidemias de tifus y cólera, pero también por la tuberculosis, las enfermedades venéreas y el alcoholismo, Jack y Bob habían compartido hambre, frío, pulgas y sueños, y juntos habían aprendido a sobrevivir ayudándose mutuamente. El físico imponente de Bob lo había llevado a asumir desde el primer momento el papel de hermano mayor, y su inquebrantable amistad hizo que entraran a trabajar en la misma fábrica y que eligieran militar juntos en el mismo sindicato. Fue Bob quien guio a Jack entre las meretrices del barrio el día que cumplió trece años y quien convenció a Maggie, la única prostituta que no tenía los dientes podridos y que no escupía sangre, para que hiciera de él un hombre a cambio de unas pocas monedas que había conseguido ahorrar para la ocasión. Y fue también Bob quien llevó a Jack a su primera reunión clandestina con unos hombres que hablaban apasionadamente de justicia y revolución con mirada triste y acento extranjero. Jack oyó por primera vez el nombre de Bakunin y la letra de La varsoviana de labios de un puñado de judíos rusos borrachos de aguardiente y de nostalgia, y entre aquellos hombres curtidos que se negaban a rendirse fue donde descubrió que un mundo diferente era posible y que podía formar parte de él.

Bob estuvo presente el día en que Jack y Senta se conocieron en el refugio del metro de la plaza de Catalunya y se enamoraron. También lo estuvo el día en que se casaron. Juntos, se despidieron de ella en la estación antes de subir al tren que debía conducirlos al frente de Aragón. Allí, entre el silbido de las balas, Jack recibió la carta en la cual Senta le anunciaba que esperaban un hijo y se apresuró a leérsela a su amigo, a abrazarlo y a pedirle que fuera el padrino de su hijo; Bob se emocionó tanto con la noticia que a duras penas pudo contener las lágrimas. Aquella noche Jack y Bob rieron, lloraron, cantaron y bebieron hasta que la madrugada los sorprendió borrachos y con la felicidad dibujada en los labios: todavía no sabían que la guerra

estaba irremediablemente perdida. Tampoco sabían que, algunos meses más tarde, durante la retirada, una bala le reventaría la cabeza a Bob y apagaría sus sueños. Jack lo enterró con sus propias manos, bajo una lluvia de fuego y lágrimas, y regresó a Barcelona derrotado y solo.

La entrada de los nacionales en la ciudad era inminente, pero Senta todavía no había dado a luz. Testarudo como era, Jack se negó a irse solo a Francia. Al caer Barcelona, los fascistas no tardaron en detenerle y llevarlo a la Modelo. No estuvo allí muchos días. Tres o cuatro, nadie lo sabía con certeza. De madrugada, lo obligaron a subir a un camión, lo condujeron al Camp de la Bota y Jack supo que todo había terminado. Ante el pelotón de fusilamiento, temblando de frío y de miedo, pero también de odio y de rabia, Jack hizo el inventario de las pocas cosas que habían valido la pena en su vida en un intento de mantener la cordura. Mientras oía cómo los soldados cargaban los fusiles bajo aquellas primeras luces del alba que para él sería las últimas, cerró los ojos y pensó en la mujer que amaba y en el amigo que había perdido, en su madre difunta y en el afecto de aquellos tíos que lo habían criado. Pensó en la mirada cargada de tristeza de su padre y en la risueña generosidad de la tía Margaret, en las bromas compartidas con los camaradas del frente y en las caricias voluntariosas de Maggie. En el primer beso que le dio a Senta y en la tarde lluviosa en que enterró a Bob.

Jack pensó en todas esas cosas, y en muchas más. Pero cuando la bala le atravesó el pecho ya solo pensaba en Senta y en aquella hija a la que no llegaría a conocer y a la que dejaría en herencia el color de mar embravecido de sus ojos.